

A high-contrast, black and white photograph of a man in a trench coat and hat walking away from the camera down a dark, wet street. A bright light source from above creates a long, dark shadow of the man on the pavement. The street has some puddles and a manhole cover visible.

ROBERT K. RESSLER

TOM SHACHTMAN

ASESINOS EN SERIE

Ariel

Índice

PORTADA	
SINOPSIS	
DEDICATORIA	
CITA	
AGRADECIMIENTOS	
PREFACIO A LA EDICIÓN CASTELLANA	
1. EL ASESINO VAMPIRO	
2. «EL QUE LUCHA CON MONSTRUOS...»	
3. ENTREVISTAS CON ASESINOS	
4. INFANCIAS DE VIOLENCIA	
5. MUERTE DE UN REPARTIDOR DE PERIÓDICOS	
6. CRÍMENES ORGANIZADOS Y DESORGANIZADOS	
7. «QUÉ» MÁS «POR QUÉ», IGUAL A «QUIÉN»	
8. EL MONTAJE DE LA ESCENA DEL CRIMEN: LOS PATRONES DEL ENGAÑO	
9. ¿PARA VOLVER A MATAR?	
10. ESTRECHANDO EL CERCO	
11. DOBLE ESPECTÁCULO	
12. HORIZONTES MÁS AMPLIOS	
13. NUEVOS HORIZONTES	
GLOSARIO	
NOTAS	
CRÉDITOS	

SINOPSIS

Después de toda una vida profesional en el FBI y de enfrentarse a criminales como Richard Speck, Ted Bundy o David Berkowitz, nadie mejor que Robert K. Ressler para mostrar los perfiles y motivaciones de los asesinos en serie -término que él mismo acuñó-.

Cómo combatirles, qué grado de responsabilidad tienen sobre sus acciones y qué castigo merecen por sus abominable actos. No buscan bienes ajenos, no existe animadversión, sólo el deseo de cercenar una vida.

Robert Ressler ahonda en el perfil psicológico de los criminales, sus motivaciones, su organización, su falta de empatía, la inseguridad, su familia, la influencia del entorno, el castigo y la reinserción. *Asesinos en serie* es la obra de referencia en el estudio de esos criminales resueltos a convertirse en cazadores de su propia especie.

A mi íntimo amigo y cuñado, quien durante sus treinta y tres años de carrera como policía luchó con muchos monstruos en las calles de Chicago.

OFICIAL DE PATRULLA FRANK P. GRASZER

Número de placa 4614, Departamento de Policía de Chicago
Sirvió desde el 13 de julio de 1953 hasta el 11 de mayo de 1986

Nacido el 3 de octubre de 1928, fallecido el 24 de diciembre de 1990

Robert K. Ressler

El que lucha con monstruos debería evitar convertirse en uno de ellos en el proceso. Y cuando miras al abismo, él también mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE,

Así habló Zaratustra

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a las muchas personas que me han ayudado a escribir este libro. Ante todo, a Mary Higgins Clark, quien fue la primera que me pidió que hablara a los *Mystery Writers of America* en su congreso anual de Nueva York en 1987. Fue allí donde conocí a la secretaria ejecutiva de los *Mystery Writers of America*, Priscilla Ridgway, quien me animó a hacerme miembro de su organización y, más tarde, me presentó a Ruth Cavin, redactora jefa de St. Martin's Press, quién me instó a escribir este libro. Mary, Priscilla y Ruth siguieron impulsándome y finalmente inicié el proyecto después de abandonar el FBI en agosto de 1990.

Dentro del FBI, algunas personas tuvieron la visión de apoyar mis esfuerzos por crear un departamento completamente nuevo dentro de la organización. Los que más me ayudaron y apoyaron fueron Larry Monroe, el Dr. Ken Joseph y James McKenzie, antiguos directores adjuntos, y James O'Connor, ex subdirector adjunto de la Academia del FBI. Todos vinieron a mi ayuda en numerosas ocasiones cuando tenía que «luchar con monstruos» dentro de la estructura burocrática.

Howard Teten y Pat Mullany fueron los componentes del equipo original de encargado de elaborar perfiles psicológicos y ambos me enseñaron sobre este concepto futurista de la investigación criminal en la Academia del FBI y en el terreno. Doy las gracias especialmente a mis amigos y colegas de la Unidad de Instrucción e Investigación de las Ciencias de la Conducta del FBI y del Programa PDCV, con los que trabajé tan de cerca a lo largo de los años y, en particular, al jefe de la Unidad, John Henry Campbell, así como a Dick Ault, Al Brantley, Kathy Bryan, Bernadette Cloniger, Joe Conley, Connie Dodd, Terry Green, Joe Harpold, Roy Hazelwood, Jim Horn, Dave Icove, Ken Lanning, Cindy Lent, Ellen Maynard, Joyce McCloud, Winn Norman, Roland Reboussin, Jim Reese, Ed Sulzbach y Art Westveer. También doy las gracias a los agentes John

Conway, John W. Minderman, John Dunn, Dick Wrenn, Jim Harrington, Neil Purtell, Charlie Boyle, Byron MacDonald, Laroy Cornett, Ralph Gardner, Karl Schaefer, Mary Ellen Beekman, Don Kyte, Dick Artin, Rich Mathers, Bob Scigalski, Dan Kentala, Candice DeLong, Don Zembiec, Joe Hardy, Hank Hanburger, Larry Sylvester, Pete Welsch, Tom DenOuden, Tom Barrett, Tom Diskin, Jane Turner, Max Thiel, Mel DeGraw, Bill Cheek, Chuck Lewis, Jim McDermott, Mickey Mott, Stan Jacobson y Bill Haggerty. La mayoría todavía está en el FBI, algunos se han jubilado, pero todos, y muchos no se han nombrado, fueron de gran ayuda en mis investigaciones sobre la mente y los crímenes de los monstruos.

Sería un descuido de mi parte si no diera las gracias a Bob Heck del Departamento de Justicia de Estados Unidos, John Rabun del Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados y Roger Adelman, un abogado de Washington, D.C., que tiene un bufete particular, con el que trabajé en el juicio de John Hinckley por el intento de asesinato del presidente Reagan. Un agradecimiento especial a Ray Pierce, del Departamento de Policía de Nueva York, Eddie Grant, de la Policía Estatal de Nueva York, y Joseph Kozenczak, jefe de los detectives del Departamento de Policía de Chicago.

También ha habido profesionales del campo de la salud mental y académicos que me han ayudado muchísimo en mi carrera: los doctores Ann W. Burgess, Allen Burgess, James Cavanaugh, Park E. Dietz, Richard Goldberg, Bruce Harry, Derrick Pounder, Jonas Rappeport, Richard Ratner, Robert Simon, Robert Trojanowicz y Richard Walter. Estoy especialmente agradecido a los difuntos doctores Paul Embert y Marvin Homzie.

Mis amigos y colegas de la policía militar y la División de Investigación Criminal también se merecen un agradecimiento, ya que mis 35 años de servicio militar superan con creces mis años en el FBI: los generales de división (jubilados) Paul Timmerberg y Eugene Cromartie, ex jefes de la Comandancia de la Investigación Criminal del ejército de tierra y el general mayor Pete Berry, su actual jefe, así como el general de brigada Tom Jones, el coronel Harlan Lenius, el coronel Thomas McHugh, el teniente coronel (jubilado) John F. Jackson, el oficial técnico maestro Ray Kangas y muchos más, demasiados para nombrar aquí.

Finalmente, quiero dar las gracias a mi mujer Helen y a mis hijos Allison, Betsy y Aaron, quienes me han apoyado durante los muchos años que estuve ausente de casa mientras realizaba mis investigaciones en el ejército y el FBI.

PREFACIO A LA EDICIÓN CASTELLANA

Es un gran honor para mí presentar la nueva edición en castellano de mi primer libro sobre asesinos en serie dirigido al gran público, *Whoever Fights Monsters*. Desde que salió en 1992, esta obra ha tenido mucho éxito: por ejemplo, de la edición japonesa se han vendido más de un millón de ejemplares. En 1995 fue publicado en castellano con el título de *El que lucha con monstruos* y fue acogido con tal entusiasmo por el público de habla hispana que se agotaron las existencias de modo que, cada vez que mis viajes profesionales me han llevado a Latinoamérica, mis colegas de allí me han preguntado cuándo saldría la segunda edición.

En 1999 el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia me invitó a participar en el IV Encuentro Internacional «Psicópatas y asesinos en serie», del que guardo los mejores recuerdos por su alto nivel científico y su extraordinaria organización. Por esta razón no dudé en aceptar la nueva oportunidad que el Centro Reina Sofía me brindó en 2003 de volver a Valencia e impartir el V Curso Magistral sobre «Asesinos en serie y agresores sexuales hiperviolentos». Con ocasión de esas jornadas, la institución me propuso reeditar mi libro, lo que me pareció una idea excelente. No deseaban, sin embargo, publicar sólo una segunda edición; querían una versión actualizada. Así, este libro no es el mismo de 1992; muchas cosas han pasado desde entonces: varios de los asesinos en serie han muerto, ya sea ejecutados, asesinados por sus propios compañeros de cárcel, o por muerte natural. Además de actualizar los datos biográficos, también se ha añadido un glosario que proporciona información resumida sobre los asesinos que aparecen en sus páginas. Además, el libro cuenta con un nuevo capítulo (Nuevos horizontes) que recoge los últimos desarrollos en el campo, algunas aplicaciones novedosas de las técnicas del perfil criminal y las nuevas tendencias generales en el crimen.

Por último, quisiera dar las gracias a Xavier De Jonge, traductor de este libro y redactor del nuevo capítulo, que está basado en las largas y amenas entrevistas que mantuvimos durante mi estancia en Valencia; y al personal del Centro Reina Sofía, mis amigos, por la profesionalidad y el cariño con el que siempre me han tratado y por su ayuda en hacer posible esta nueva edición del libro.

Sin más, dejo paso al libro. Que lo disfruten ustedes.

EL ASESINO VAMPIRO

Russ Vorpapel era una leyenda en el FBI. Medía 1,93 metros, pesaba 119 kilos, había sido detective de homicidios en Milwaukee, tenía una licenciatura en derecho y era experto en crímenes sexuales y desactivación de bombas. Como coordinador de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI en Sacramento, viajaba a lo largo y ancho de la Costa Oeste impartiendo clases sobre crímenes sexuales en los departamentos de la policía local. Gozaba de gran credibilidad para hacerlo, ya que los policías y *sheriffs* apreciaban sus extensos conocimientos.

Un lunes por la noche, el 23 de enero de 1978, aquella confianza que las policías locales tenían en Vorpapel hizo que recibiera una llamada desde una pequeña comisaría al norte de Sacramento. Se había producido un horrible asesinato en el que lo que se le había hecho a la víctima superaba con creces lo *normal*. Tras terminar el trabajo, sobre las seis de la tarde de aquel 23 de enero, David Wallin, de 24 años, conductor de furgoneta de lavandería, había vuelto a la modesta casa que tenía alquilada en los suburbios y halló a su mujer Terry, de 22 años y embarazada de tres meses, muerta en el dormitorio, con el abdomen acuchillado. Corrió gritando a casa de un vecino, que llamó a la policía. Wallin estaba tan alterado que, cuando las autoridades llegaron, no pudo decirles nada. El primer policía en entrar, un ayudante de *sheriff*, se quedó igualmente horrorizado. Más tarde diría que la carnicería que vio le causó pesadillas durante meses.

En cuanto la policía vio la escena, llamaron a Russ y éste, a su vez, me llamó a mí a la Academia del FBI en Quantico. Aunque el asesinato me trastornó bastante, también despertó en mí un gran interés porque parecía que este caso permitiría el uso de las técnicas del perfil psicológico para atrapar a

un asesino nada más iniciada su carrera homicida. La mayoría de casos que llegaban a la Unidad de Ciencias de la Conducta (UCC) eran antiguos. El de Sacramento, en cambio, era de lo más reciente.

Los periódicos del día siguiente informaron de que, al parecer, Terry Wallin había sido atacada en el salón de su casa cuando se disponía a sacar la basura. Había señales de una pelea que iban desde la puerta de entrada hasta el dormitorio y se encontraron dos casquillos de bala. La mujer fallecida llevaba una sudadera de tipo suéter y unos pantalones; la sudadera, el sujetador y los pantalones le habían sido arrancados y tenía el abdomen acuchillado. Los policías que estaban presentes en la escena del crimen dijeron a los periodistas que no podían determinar el motivo del crimen y que se había descartado el robo como móvil porque no había desaparecido nada.

De hecho, las circunstancias eran mucho peores, pero Russ me dijo que no se habían revelado al público para que no cundiera el pánico. Mucha gente cree que los policías son personas bastante duras y crueles a las que les gusta restregar la basura en la cara de los contribuyentes para que sepan a lo que tienen que enfrentarse cada día. Pues en este caso, no; algunos detalles no se difundieron con tal de ahorrarle al público agonía y miedo innecesarios.

Había también otra razón para no decirlo todo: se querían mantener ocultos determinados datos que sólo el asesino podía conocer, datos que más adelante podrían resultar útiles durante el interrogatorio de un sospechoso. Lo que el público no llegó a saber fue lo siguiente: la herida principal era un tajo que iba desde el tórax hasta el ombligo; de dicho corte salían trozos del intestino y se habían extirpado varios órganos internos. Algunas partes del cuerpo habían desaparecido. Había heridas punzantes en el pecho izquierdo de la víctima y parecía que el asesino removiό un poco el cuchillo dentro de esas heridas. La víctima tenía heces animales introducidas en la boca. Al parecer, alguien había recolectado y bebido parte de la sangre de la víctima.

La policía local estaba horrorizada y desorientada. Russ Vorpagel también estaba alarmado porque, gracias a sus conocimientos sobre los homicidios sexuales, tenía claro —al igual que yo— que había que actuar deprisa, ya que existía un gran peligro de que el asesino de Terry Wallin volviera a matar. El alto nivel de violencia, reflejado en la terrorífica escena del crimen, lo hacía casi seguro. Un asesino así no se iba a conformar con un

solo asesinato. Podría seguir toda una cadena de asesinatos. Estaba previsto que yo viajara a la Costa Oeste el lunes siguiente para dar una de nuestras clases itinerantes e hicimos arreglos para que pudiera llegar el viernes anterior (pero con el mismo coste para el contribuyente) y ayudar a Russ a analizar este crimen. Sería la primera vez que yo elaboraría un perfil *in situ* y me hacía ilusión. Sin embargo, Russ y yo estábamos tan convencidos de que el asesino volvería a matar que no aguardamos a que yo llegara, sino que ya nos pusimos a escribirnos por teletipo, y elaboré un perfil preliminar del probable agresor. Por aquel entonces, la confección de perfiles criminales era una ciencia (o arte) relativamente joven, una forma de deducir la descripción de un delincuente desconocido basándose en la evaluación de pequeños detalles de la escena del crimen, la víctima y otros indicios.

Éstas son las notas originales (y no gramaticalmente correctas del todo) que escribí para realizar el perfil preliminar del probable autor de este horrendo crimen:

Varón blanco, entre 25-27 años; delgado, de aspecto desnutrido. Su casa estará muy descuidada y desordenada y habrá pruebas del crimen en ella. Historial de enfermedad mental, consumo de drogas. Será un solitario que no se asocia con hombres ni mujeres, probablemente pasa mucho tiempo en casa, donde vive solo. Desempleado. Puede que perciba algún subsidio por discapacidad. Si convive con alguien, será con sus padres; pero es poco probable. Sin antecedentes militares; no ha terminado los estudios de bachillerato o de universidad. Probablemente sufre de una o varias formas de psicosis paranoide.

Tenía muchas razones para hacer esa descripción tan detallada del probable autor. Aunque las técnicas para elaborar un perfil todavía estaban en mantillas, habíamos revisado suficientes casos de asesinato como para saber que los homicidios sexuales —y éste encajaba en esta categoría, aunque no hubiera indicios de actos sexuales en la escena del crimen— normalmente son cosa de hombres y suelen ser intrarraciales, es decir, blancos contra blancos o negros contra negros. La mayoría de los asesinos sexuales son varones blancos de entre 20 y 39 años; este simple hecho nos permite eliminar grandes segmentos de la población en la primera evaluación de la identidad del autor. Al tratarse de una zona residencial blanca, estaba todavía más seguro de que el asesino era un varón blanco.

Después conjeturé siguiendo la línea divisoria que empezábamos a formular en la UCC, entre, por un lado, los asesinos que muestran cierta lógica en lo que hacen y, por otro, los asesinos cuyos procesos mentales, siguiendo las pautas normales, no son aparentemente lógicos. En otras palabras, los criminales «organizados» *versus* los «desorganizados». Cuando vi las fotos de la escena del crimen y los informes policiales, tuve claro que este crimen no lo había cometido un asesino «organizado» que acechaba a sus víctimas, perpetraba sus crímenes metódicamente y se esforzaba por no dejar pistas sobre su identidad. No, la escena del crimen indicaba claramente que se trataba de un asesino «desorganizado», alguien que tenía una enfermedad mental seria y totalmente desarrollada. Nadie se vuelve tan loco como el hombre que destruyó el cuerpo de Terry Wallin de un día para otro; hacen falta entre ocho y diez años para desarrollar una psicosis tan profunda como la que se expresó en este asesinato aparentemente sin sentido. La esquizofrenia paranoide suele manifestarse por primera vez en la adolescencia. Si suponemos, pues, que la enfermedad se inició a los 15 años y añadimos 10 más, entonces el asesino probablemente tenía alrededor de 25 años. No pensé que fuera mucho mayor por dos razones. Primero, la mayoría de los asesinos sexuales tienen menos de 35 años. Segundo, si ya tuviera alrededor de 30 años, su enfermedad habría sido tan fuerte que ya habría cometido una serie de asesinatos extraños no resueltos. No se había informado de nada tan salvaje como esto en ninguna localidad cercana y la ausencia de otros homicidios destacables apuntaba a que el asesinato de Terry Wallin era el primero cometido por este individuo, que probablemente no había quitado ninguna vida humana antes. El resto de los detalles sobre su aspecto físico eran la consecuencia lógica de mi conjetura de que era un esquizofrénico paranoide y de mis estudios de psicología.

Pensaba, por ejemplo, que el asesino sería delgado. Me basé para ello en los estudios del Dr. Ernest Kretchmer de Alemania y el Dr. William Sheldon de la Universidad de Columbia, quienes estudiaron los biotipos. Los dos creían que había una alta correlación entre la constitución física y el temperamento. Según Kretchmer, los hombres de constitución delgada (los asténicos) tendían hacia las formas introvertidas de esquizofrenia; las categorías de Sheldon eran similares y pensé que, siguiendo su clasificación,

el asesino sería ectomorfo. A los psicólogos actuales no les gustan estas teorías sobre biotipos y somatotipos —tienen más de 50 años— pero mi experiencia es que la mayoría de las veces resultan ser correctas, por lo menos cuando se pretende sugerir el tipo de constitución probable de un asesino en serie psicopático.

Así que ésas fueron mis razones para pensar que el asesino tenía que ser un tipo delgado, si no escuálido. Era pura lógica. Los esquizofrénicos introvertidos no comen bien, no piensan en la nutrición y se saltan comidas. Tampoco prestan mucha atención a su aspecto y no les importa el aseo ni la elegancia. Nadie querría vivir con una persona así, por lo que el asesino tenía que ser soltero a la fuerza. Este razonamiento también me permitía postular que su vivienda estaría hecha un desastre y que no había estado en el ejército, ya que nunca habrían aceptado a una persona tan trastornada como recluta. Del mismo modo, no habría sido capaz de terminar sus estudios universitarios, aunque sí podía haber acabado el bachillerato antes de desmoronarse. Era un individuo introvertido con problemas que se remontaban a la pubescencia. Su empleo, si es que tenía uno, sería de baja categoría, quizá como conserje o barrendero; era demasiado introvertido incluso para realizar las tareas de repartidor. Lo más probable era que fuera un hombre solitario que vivía de un subsidio por discapacidad.

No incluí en el perfil todo lo que opinaba, pero sí creí que, si el asesino tenía coche, el vehículo también estaría hecho un desastre, con envases de comida rápida en la parte de atrás, óxido por todas partes y un aspecto parecido a lo que yo esperaba encontrar en su domicilio. También creí que probablemente vivía en la misma zona que la víctima porque debía estar demasiado trastornado como para desplazarse en coche, cometer un crimen tan horrendo y luego volver a casa con éxito. Muy probablemente se había desplazado andando. Conjeturé que había salido de una institución psiquiátrica recientemente, hacía no más de un año, y que su conducta violenta era el resultado de una larga escalada.

Russ llevó este perfil a varias comisarías de la zona y empezaron a recorrer las calles en busca de sospechosos. Varias docenas de policías fueron de puerta en puerta, hablaron con la gente por teléfono, etc. Los medios de

comunicación dedicaron mucha atención al caso y se centraron en dos cuestiones: ¿quién había matado a esta mujer? y —todavía más enigmático— ¿por qué?

A lo largo de las siguientes 48 horas más detalles del crimen fueron viendo la luz. Sacramento es la capital de California; Terry Wallin había sido funcionaria y tenía el día libre. Aquella mañana de lunes, había hecho efectivo un talón en un centro comercial muy cercano a su domicilio y se especulaba con que el asesino la había observado y seguido a casa. La madre de Terry la había llamado a la una y media del mediodía y nadie había contestado; la oficina del forense decía que Terry había sido asesinada antes de aquella hora. Esta oficina también opinaba que algunas de las heridas punzantes le habían sido infligidas antes de su muerte, pero este dato no fue revelado al público. A través de los medios de comunicación, los investigadores encargados del caso hicieron correr la noticia de que el asesino probablemente se manchó la ropa de sangre y pidieron que, si alguien había visto a un hombre con sangre en la camisa, llamara a un número de teléfono especial.

El jueves siguiente, la zona norte de Sacramento fue sacudida por la noticia de que se habían producido más asesinatos espeluznantes. Alrededor de las doce y media de la noche, un vecino descubrió tres cuerpos en una casa que estaba a menos de una milla de distancia de la de los Wallin. Los muertos eran Evelyn Miroth, de 36 años, su hijo Jason, de seis años, y Daniel J. Meredith, de 52 años, un amigo de la familia. Además, el sobrino de Evelyn, Michael Ferreira, de 22 meses, había desaparecido, supuestamente secuestrado por el asesino. Todos habían sido asesinados a disparos y a Evelyn Miroth la habían acuchillado de un modo similar a Terry Wallin. El asesino parecía haber cogido la ranchera roja de Meredith para escapar, vehículo que fue encontrado abandonado cerca de la escena del crimen. Una vez más, no había motivo aparente para el crimen. Se informó de que la casa no había sido saqueada. Evelyn Miroth había sido la madre divorciada de tres hijos: uno vivía con su ex marido y el otro estaba en la escuela cuando la matanza tuvo lugar.

Los periódicos publicaban una cita del *sheriff* Duane Low en la que indicaba que los asesinatos eran «los más extraños, grotescos y sin sentido que he visto en 28 años» y que le habían «perturbado profundamente». Evelyn Miroth había hecho de canguro en el vecindario y muchos de los niños y sus madres la conocían bien; otros niños habían ido a la escuela con su hijo de seis años. Nadie podía imaginar por qué alguien había querido matarlos. Una vecina que se había llevado bien con la difunta dijo a un periodista que tenía ganas de llorar, «pero también tengo miedo. Ha sido muy muy cerca». Los vecinos veían las noticias locales en la televisión para enterarse al máximo de todos los detalles posibles y salían de sus casas para formar grupos en la calle y hablar sobre lo sucedido. La niebla de la noche, la presencia de coches policiales y ambulancias y la noticia de que se habían cometido asesinatos, generaron una sensación de inquietud en muchas personas. Aunque la prensa hablaba de disparos, no había nadie que hubiera oído nada.

La gente tenía miedo. La policía intentaba evitar la histeria entre la población, pero se habían filtrado suficientes datos como para que todo el mundo cerrara la puerta con doble llave y bajara las persianas; algunos incluso cargaban sus coches, rancheras o furgonetas y se marchaban.

Russ Vorpapel me llamó nada más enterarse de los hechos. Estábamos alarmados, por supuesto, pero, como profesionales, teníamos que dejar de lado nuestro horror, descifrar el rompecabezas y, además, hacerlo ya. Desde el punto de vista del que tiene que analizar escenas de crimen, el segundo grupo de asesinatos proporcionaba importantes y novedosos datos y confirmaba lo que ya creíamos saber sobre el culpable. En este segundo crimen —al igual que en el anterior, la policía no difundió estos datos al principio— el varón y el chico habían muerto por disparos pero no habían sufrido abuso sexual. Las llaves del coche de Meredith y su cartera habían desaparecido. En cambio, Evelyn Miroth había sufrido un ataque aún peor que el de la primera víctima. Fue encontrada desnuda en el borde de una cama, con un disparo en la cabeza y dos cortes abdominales en forma de aspa por los que sus intestinos sobresalían. Sus órganos internos habían sido seccionados y su cuerpo presentaba múltiples heridas producidas con arma punzante, incluidos cortes en la cara y en la región anal. Una muestra indicó

la presencia de una cantidad considerable de esperma en el ano. En el parque infantil en el que normalmente se quedaba el bebé cuando venía de visita se encontraron una almohada empapada de sangre y una bala. La bañera contenía agua de color rojo, así como tejido cerebral y heces. Parecía que alguien había bebido sangre allí. Otro dato importante era que la ranchera robada fue encontrada cerca, con la puerta abierta y las llaves todavía puestas. No había rastro del bebé, pero la policía estaba bastante segura por la cantidad de sangre hallada en el parque infantil de que ya no estaba vivo.

Utilizando esta información y teniendo presente que era un asunto urgente porque el asesino volvería a matar con toda seguridad y, además, lo haría pronto, ajusté el perfil que había elaborado hacía sólo un par de días. El vínculo sexual entre los crímenes había quedado más claro. Aumentaba el número de víctimas en una sola escena de crimen. Había una escalada en la violencia. Yo estaba más convencido que nunca de que el asesino era un varón joven, con una grave enfermedad mental, que había acudido a la escena del crimen caminando, y luego se había ido de la misma forma del lugar en el que había dejado el coche. El perfil revisado, basado en estas convicciones, decía que el sospechoso era un «soltero que vive solo a una distancia de entre media milla y una milla de la ranchera abandonada». Para mí, el asesino estaba tan trastornado que no pensaba siquiera en ocultar nada y probablemente había aparcado el coche justo al lado de su propio domicilio. También resalté que tendría un aspecto descuidado y desmelenado y que su vivienda estaría desordenada.

Le dije a Russ que, antes de empezar a matar, probablemente había cometido robos fetichistas en la zona y que, una vez detenido el culpable, podríamos remontar sus crímenes y problemas hasta su infancia. Un robo fetichista es un robo en el que los objetos sustraídos o usados son prendas femeninas en vez de joyas u otros objetos de valor comercializables; muchas veces, el ladrón roba los objetos con el fin de usarlos para su autoestimulación sexual.

Con este nuevo perfil en la mano, más de 65 policías salieron a la calle, concentrándose en todo lo que había en un radio de media milla del coche abandonado. Fue una increíble *caza de hombre*. Se preguntó a la gente en los pisos, en las casas y en la calle si habían visto un hombre relativamente joven

que pareciera muy descuidado y delgado. La búsqueda se restringió todavía más cuando la policía fue informada de que habían disparado y destripado a un perro en un club de campo cerca de donde había aparecido el coche abandonado.

La policía halló a dos personas que creían haber visto a alguien conduciendo el coche por la zona, pero sólo pudieron recordar que el conductor era un varón blanco, incluso bajo hipnosis. La pista más prometedora la aportó una mujer de unos 28 o 29 años que se había encontrado con un hombre joven, al que conocía de cuando estaba en secundaria, en un centro comercial cerca del lugar del primer asesinato, una o dos horas antes de los hechos. Se había quedado consternada ante el aspecto que presentaba el chico —desmelenado, delgado como un cadáver, con una sudadera ensangrentada, costras amarillentas alrededor de la boca, ojos hundidos—, y cuando él intentó entablar una conversación con ella y tiró de la manecilla de la puerta de su coche, arrancó y se alejó. Cuando la policía avisó a la gente de la zona para que buscara a un hombre con sangre en la camisa, contactó con las autoridades y dijo que el hombre se llamaba Richard Trenton Chase y se había graduado en la misma escuela secundaria que ella en 1968.

Para entonces ya era sábado. La policía averiguó que Richard Trenton Chase vivía a menos de una manzana del coche abandonado, una milla al norte del club de campo y una milla al este del centro comercial. Vigilaron la zona alrededor de su domicilio y esperaron a que saliera. En ese momento, Chase sólo era uno de entre media docena de posibles sospechosos. No contestó a las llamadas telefónicas y a última hora de la tarde los policías decidieron usar una estratagema para intentar que saliera. Sabían que el asesino poseía un revólver del calibre 22 y que no tenía reparos en matar, por lo que obraron con cautela. Un policía fue a ver al administrador de la finca, fingiendo que quería utilizar el teléfono, mientras el otro se alejó andando. Momentos más tarde, Chase apareció en la puerta de entrada de su casa con una caja bajo el brazo y empezó a correr hacia su furgoneta.

En cuanto echó a correr, los policías sabían que era el hombre que buscaban e intentaron atraparlo. Durante el forcejeo, un revólver cayó de la funda sobaquera que Chase llevaba. Cuando ya lo tenían agarrado, intentó

ocultar lo que tenía en el bolsillo trasero del pantalón: la cartera de Daniel Meredith. La caja que llevaba estaba llena de trapos ensangrentados. Cerca de su casa estaba aparcada su furgoneta, que tenía una docena de años y se encontraba en malas condiciones, con periódicos viejos, latas de cerveza, cartones de leche y trapos esparcidos en su interior. También había una caja de herramientas cerrada con llave y un cuchillo de carnicero de 30 centímetros, así como unas botas de caucho manchadas con lo que parecía ser sangre. En su domicilio —que estaba de lo más desordenado— se encontraron algunos collares de animales, tres licuadoras con sangre y artículos de periódico sobre el primer asesinato. Había ropa sucia esparcida por toda la casa, alguna ensangrentada. En el frigorífico había varios platos con trozos de cuerpos humanos y un contenedor con tejido cerebral humano. Un cajón de la cocina contenía varios cuchillos que provenían de la casa de los Wallin. En la pared había un calendario con la inscripción «Hoy» en las fechas en que se produjeron los asesinatos en casa de los Wallin y los Miroth-Meredith; la misma inscripción estaba en 44 fechas más, repartidas por todo el año 1978. ¿Habría cometido 44 asesinatos más? Afortunadamente, nunca lo sabremos.

La policía sintió un gran alivio al atrapar al culpable —no cabía ni la menor duda de que Chase era el asesino, dadas las pruebas que llevaba encima y las descripciones en las que encajaba—. Todo el mundo estaba agradecido al FBI y apreciaba la ayuda del perfil elaborado. Algunos incluso dirían más tarde que lo que atrapó al asesino fue el perfil. Eso, por supuesto, no era verdad. *Nunca* es verdad. Los perfiles no atrapan a los asesinos; quienes los atrapan son los policías que trabajan al pie de cañón, muchas veces a fuerza de perseverar tenazmente, con la ayuda de ciudadanos normales y corrientes y, desde luego, con un poco de suerte. Mi perfil fue una herramienta de investigación que en este caso ayudó a restringir mucho la búsqueda de un asesino peligroso. ¿Que si mi trabajo ayudó a atrapar a Chase? Desde luego, y estoy muy orgulloso de ello. Pero ¿lo atrapé yo mismo? No.

El hecho de que Chase encajara como un guante en el perfil que yo había elaborado con Russ Vorpapel fue gratificante por dos motivos. Primero, porque ayudó a detener a un asesino violento que, sin lugar a dudas,

habría seguido matando. Segundo, porque cuando el asesino encajó en el perfil, aquello nos proporcionó a los de UCC más información sobre el modo de evaluar futuras escenas de crimen e identificar las señales características que los asesinos dejan tras de sí; resumiendo, nos ayudó a seguir refinando el arte (y sí, quiero decir *arte*, porque no se podía calificar de ciencia todavía) de elaborar perfiles.

En los días y meses siguientes a la detención de Chase, seguí muy de cerca toda la información que iba saliendo sobre este extraño hombre. Casi en seguida fue conectado con un asesinato no resuelto que había ocurrido en diciembre, no muy lejos de donde tuvieron lugar los otros dos crímenes. Resultó que me había equivocado respecto a Terry Wallin: no era la primera víctima, sino la segunda. El 28 de diciembre de 1977, el señor Ambrose Griffin y su mujer habían vuelto a casa del supermercado y estaban trasladando las compras del coche al interior de su casa. Chase pasó en su furgoneta y efectuó dos disparos, uno de los cuales alcanzó a Griffin en el pecho, matándolo. Las pruebas balísticas realizadas del revólver del 22 de Chase después de los dos asesinatos mostraron que la bala que mató a Griffin provenía de ese mismo revólver.

Chase también se ajustaba a la descripción del agresor desconocido que cometió algunos robos fetichistas en la zona anteriormente y fue también señalado como el probable secuestrador de gran número de perros y gatos. En su casa se encontraron varios collares y correas de perros que correspondían a los animales desaparecidos en el área. Chase probablemente sacrificó esos perros y gatos para sus extraños fines; puede que incluso bebiera su sangre, aunque nunca pudimos constatarlo con seguridad.

Diversas búsquedas por ordenador revelaron que, a mediados de 1977, tuvo lugar un incidente en la zona del Lago Tahoe, cuando un policía indio de una reserva interceptó y detuvo a un hombre con la ropa ensangrentada y en cuyo coche había armas de fuego y un cubo con sangre; era Chase. En aquella ocasión se libró porque la sangre era bovina. Pagó una multa y justificó la presencia de la sangre en su ropa diciendo que había estado cazando conejos.

A medida que los periodistas y el equipo jurídico iban entrevistando a personas que lo habían conocido y conforme iban descubriendo informes sobre Chase, toda su penosa historia salió a la luz. Chase nació en 1950 en una familia de ingresos medios y fue considerado como un hijo dulce y cooperador. A los ocho años se meaba en la cama, pero no lo hizo por mucho tiempo. Al parecer, sus problemas comenzaron de verdad cuando tenía unos doce años, cuando sus padres empezaron a pelearse en casa. Su madre acusaba a su padre de serle infiel, de envenenarla y de consumir drogas. Cuando se entrevistó al padre, dijo que su hijo debió de haber escuchado aquellas acusaciones y discusiones. Más tarde, un equipo de psicólogos y psiquiatras entrevistó a la familia y calificaron a la Sra. Chase como la madre clásica de un esquizofrénico, «altamente agresiva... hostil... provocadora». Las discusiones entre los dos continuaron durante casi diez años y al final se divorciaron y el padre volvió a casarse.

Chase tenía un CI casi normal —alrededor de 95— y era, simplemente, un estudiante del montón en la escuela secundaria, allá a mediados de los años 60. Tuvo novias pero las relaciones siempre se rompían cuando llegaban al punto en que él intentaba practicar el sexo y no lograba mantener una erección. No tuvo amigos íntimos ni relaciones duraderas con nadie más que con su familia. Los psiquiatras y psicólogos que le examinaron más tarde opinaron que su deterioro mental empezó a fraguarse en el segundo curso de secundaria, cuando se volvió «rebelde y retador, carecía de ambición y su cuarto siempre estaba desordenado. Fumaba marihuana y bebía mucho». Una de sus antiguas amigas íntimas dijo que empezó a frecuentar a la gente que tomaba LSD. Fue detenido en 1965 por posesión de marihuana y condenado a realizar labores de limpieza en la comunidad.

Cuando esta información se publicó, los periodistas y muchas otras personas interpretaron que Chase había cometido sus asesinatos bajo la influencia de las drogas. Yo no estaba de acuerdo. Aunque las drogas pudieron haber influido en el desarrollo de la grave enfermedad mental que Chase padecía, no jugaron, realmente, ningún papel en los asesinatos. De hecho, nuestras investigaciones han demostrado que, aunque las drogas están presentes en muchos casos de asesinato en serie, raramente son un factor precipitante; las auténticas causas son más profundas y complejas.

Pese a su deterioro, Chase logró terminar los estudios secundarios y tuvo un empleo durante varios meses en 1969; fue el único trabajo en el que duró más de un par de días. Empezó una carrera universitaria, pero no pudo con el ritmo de trabajo o —según recordaron sus amigos— la presión social de la vida universitaria. En 1972 fue arrestado por conducir ebrio. Aquello pareció causarle una gran impresión porque, como él mismo indicó, no volvió a beber más. Sin embargo, fue cuesta abajo. En 1973 lo detuvieron por llevar una pistola sin permiso de armas y resistirse a la detención. Fue a raíz de un incidente en un piso donde gente joven celebraba una fiesta y Chase intentó tocarle un pecho a una chica. Lo expulsaron de la fiesta y, cuando volvió, los chicos se le echaron encima y lo mantuvieron bajo control hasta que llegó la policía. Mientras lo tenían agarrado, una pistola del calibre 22 se cayó de su cinturón. Los cargos se redujeron a una falta, pagó una multa de 50 dólares y salió libre. Era incapaz de seguir en un puesto de trabajo e iba alternando entre la casa de su madre y la de su padre, quienes lo mantenían económicamente.

En 1976, tras intentar inyectarse sangre de conejo en las venas, fue enviado a un psiquiátrico. El juez designó a varios tutores que se encargaran de los asuntos de Chase, aliviando así a los padres de esa responsabilidad; la verdad es que ya para entonces era imposible que una sola persona cuidara de Chase. La tutoría también es un modo de que el Estado se encargue del coste de cuidar de una persona mentalmente trastornada; cualquier familia excepto las más ricas entraría en bancarrota si tuviera que pagar las facturas sin ayuda. Algunas de las enfermeras del psiquiátrico dijeron más tarde que Chase «daba miedo». Cazaba pájaros entre los arbustos y les mordía la cabeza, y varias veces lo encontraron con la cara y la camisa ensangrentadas. En su diario describía cómo mataba animales pequeños y el sabor de la sangre. Dos auxiliares dejaron el trabajo por la presencia de Chase en el hospital. El personal empezó a referirse a él como «Drácula».

Todas estas acciones extrañas tenían una razón, por lo menos en la mente de Chase; creía que estaba siendo envenenado, que su propia sangre se estaba convirtiendo en polvo y que necesitaba sangre ajena para reponer la suya propia y evitar la muerte. Los médicos del centro ordenaron a un enfermero que pusiera a Chase en una habitación con otro paciente una

noche. El enfermero se negó a hacerlo porque, si pasaba algo (lo cual era muy posible, según el enfermero), podía perder su licencia. Con la medicación se logró controlar y estabilizar a Chase y, en un momento dado, uno de los psiquiatras quiso darle el alta y tratarlo como paciente externo, y así hacer sitio para pacientes de mayor gravedad. El enfermero recordó: «Cuando nos enteramos de que le iban a soltar, pusimos todos el grito en el cielo pero no sirvió de nada.» Un médico independiente al que se preguntó más tarde cómo fue posible que Chase fuera dado de alta, dijo que probablemente fue porque «su medicación lo tenía bajo control». (Los familiares de las víctimas demandaron más tarde a los psiquiatras que dejaron que Chase saliera del hospital, reclamando una considerable indemnización por daños.)

Chase salió en 1977 y quedó, la mayor parte del tiempo, bajo los cuidados de su madre, que le consiguió una casa, la misma en la que finalmente fue detenido. Pasaba algún tiempo con ella pero solía estar solo. Era paciente externo y vivía gracias a una pensión por discapacidad, alardeando con los que le conocían de que no necesitaba trabajar. Algunas de las facturas de la casa las pagaba su padre, quien también intentaba pasar tiempo junto a su hijo y le llevaba de excursión fines de semana y le compraba regalos. Los antiguos conocidos que se encontraban con él tras su salida del hospital dijeron que parecía vivir anclado en el pasado, que hablaba de sucesos que tuvieron lugar en la escuela secundaria como si fueran recientes y que no comentaba nada sobre los últimos ocho o diez años. De lo que sí hablaba era de platillos volantes, OVNI's y una mafia del partido nazi que, según él, había estado operando en su escuela secundaria y todavía le perseguía. Cuando su madre se quejó de que tenía la casa desordenada, le prohibió la entrada. Cuando su padre fue a rescatarle después del incidente cerca del Lago Tahoe, Chase dijo que los policías locales habían malinterpretado un simple accidente de caza.

Aquel incidente tuvo lugar en agosto de 1977. Desde entonces hasta el descubrimiento de su primer asesinato, las acciones de Chase reflejan con tanta claridad su deterioro mental y la consecuente escalada de su conducta violenta que conviene analizarlas detenidamente. En septiembre, después de una discusión con su madre, Chase mató al gato de ésta. En octubre compró

en dos ocasiones perros en la perrera por unos 15 dólares cada uno. El 20 de octubre robó gasolina para su furgoneta por valor de dos dólares; cuando un policía le interrogó al respecto se mantuvo tranquilo, negando la acusación, y el policía le dejó marchar. A mediados de noviembre, respondió a un anuncio en el periódico local que ofrecía cachorros de Labrador y regateó hasta conseguir llevarse dos por el precio de uno. Más tarde, en noviembre, robó un perro en la calle y cuando los propietarios pusieron un anuncio en el periódico preguntando si alguien lo había visto, los llamó para atormentarlos. La policía recibió denuncias sobre la desaparición de otros animales en el barrio.

El 7 de diciembre, Chase fue a una armería y compró un revólver del 22. Tenía que rellenar un formulario con la pregunta de si alguna vez había estado en una institución mental y juró que no. Como había tiempo de espera, tuvo que aguardar hasta el 18 de diciembre para recoger el arma. Mientras tanto, hizo gestiones para renovar los papeles de su furgoneta y realizó algunas otras gestiones que requerían tener una mente coherente. Recortó artículos de periódicos sobre un estrangulador en Los Ángeles y señaló con un círculo anuncios de perros gratis. Su padre le llevó a una tienda para escoger un regalo de Navidad y Chase aceptó un anorak amarillo que no se quitó desde entonces.

Tras recoger el revólver en la tienda el 18 de diciembre y comprar varias cajas de munición, empezó a disparar. Primero, hizo un solo disparo contra un muro sin ventana de la casa de una familia apellidada Phares. Un día más tarde disparó una sola vez contra la ventana de la cocina de los Polenske, partiéndole el pelo a la Sra. Polenske, que estaba inclinada sobre el fregadero. Poco tiempo después, Chase efectuó dos disparos sobre Ambrose Griffin, uno de los cuales lo mató. La casa de los Griffin estaba en frente de la de los Phares. Los disparos contra la Sra. Polenske y Griffin no fueron aleatorios; análisis posteriores demostraron que, al disparar desde un vehículo en movimiento, era difícil no alcanzar los muchos árboles que rodean la casa de los Griffin y darle al alguien en el pecho. La Sra. Polenske tenía muchísima suerte de estar viva.

El 5 de enero de 1978, Chase compró un ejemplar del periódico *Sacramento Bee* en el que había un editorial de condena social sobre la muerte de Griffin; lo recortó y se lo guardó. El 10 de enero compró tres cajas más de munición. El 16 de enero prendió fuego a un garaje con el fin de expulsar del barrio a unas personas que le habían molestado poniendo la música alta.

El 23 de enero, el día en que mató a Terry Wallin, la policía logró reconstruir todos los movimientos de Chase. Al inicio del día, intentó entrar en una casa del barrio pero en la ventana de la cocina se topó de cara con la mujer que vivía allí. Entonces, se sentó en el patio sin moverse durante algún tiempo. La mujer llamó a la policía pero Chase se fue antes de que llegaran. Pocos minutos después, un hombre sorprendió a Chase cuando éste había entrado ilegalmente en otra casa. Chase huyó, el hombre lo persiguió por la calle, lo perdió y volvió para evaluar los daños. Chase se había llevado algunos objetos de valor, había defecado en una cama de niño y orinado en algunas prendas en un cajón —estos últimos comportamientos son típicos de robos fetichistas—. Una hora después, Chase estaba en el aparcamiento del centro comercial, donde se encontró con la mujer que le conocía de la escuela secundaria y que desconfió de él.

Chase llevaba la camisa manchada de sangre, tenía costras amarillas alrededor de la boca y era tan diferente de como la mujer le recordaba que se quedó pasmada. De hecho, no lo reconoció hasta que él le preguntó si ella estaba en la moto cuando su antiguo novio, un amigo de Chase, se mató en un accidente. Contestó que no y le preguntó quién era. Chase dijo su nombre y ella intentó distanciarse, aduciendo que tenía que ir al banco. Se quedó esperándola, la siguió a su coche e intentó introducirse por el lado del pasajero; ella puso el seguro y salió disparada. Unos minutos más tarde, Chase cruzó el porche de una casa cercana al centro comercial y, cuando el propietario le gritó que no lo hiciera, contestó que sólo estaba tomando un atajo. Entonces, salió de la propiedad y entró en la casa de al lado, la de Terry Wallin.

A mediados de 1978, el cuerpo del niño desaparecido había sido encontrado, también cerca de la casa de Chase. Éste se había negado a contar mucho en la cárcel. El lugar previsto para el juicio se cambió de Sacramento

a Palo Alto y hubo más retrasos. Durante el año siguiente, un psiquiatra logró ganarse la confianza de Chase y conversar con él. En una de sus charlas, obtuvo la siguiente confesión bastante extraordinaria, en respuesta a la pregunta de si Chase habría seguido matando:

La primera persona a la que maté fue por accidente. Mi coche estaba estropeado. Quería irme pero no tenía transmisión. Tenía que conseguir una casa. Mi madre no me quería acoger en Navidades. Antes siempre me acogía en Navidades, cenábamos y yo hablaba con ella, con mi abuela y con mi hermana. Aquel año no me dejó ir a su casa y disparé desde el coche y maté a alguien. La segunda vez, las personas habían ganado mucho dinero y tenía envidia. Me estaban vigilando y disparé a una señora —conseguí algo de sangre de aquello—. Fui a otra casa, entré y había una familia entera ahí. Les disparé a todos. Alguien me vio allí. Vi a una muchacha. Ella había llamado a la policía y no habían podido localizarme. La novia de Curt Silva... el que se mató en un accidente de moto, lo mismo que un par de amigos míos y tuve la idea de que lo habían matado a través de la Mafia, que él estaba en la Mafia, vendiendo droga. Su novia recordaba lo de Curt; yo estaba intentando sacar información. Dijo que se había casado con otro y no quiso hablar conmigo. Toda la Mafia estaba ganando dinero haciendo que mi madre me envenenara. Sé quiénes son y creo que se puede sacar esto en un juicio si, como espero, logro recomponer las piezas del puzzle.

El juicio se inició a principios de 1979 y, el 6 de mayo de aquel año, Iris Yang, periodista del *Sacramento Bee*, describió a Chase: «El acusado estaba totalmente apático. Sombrío, pelo marrón lacio, ojos apagados y hundidos, tez cetrina y delgadez extrema, no le sobra apenas carne en los huesos. Durante los últimos cuatro meses y medio, Richard Trenton Chase, a sólo unas semanas de su 29 cumpleaños, ha estado sentado encorvado, jugando con los papeles que tiene delante de él o con la mirada vacía puesta en las luces fluorescentes de la sala.»

Sólo hubo juicio porque la fiscalía se empeñó en pedir la pena de muerte, basándose en una nueva ley estatal recientemente aprobada en California. La defensa quería que Chase fuera considerado mentalmente enfermo e incapaz de someterse a juicio, pero la fiscalía argumentó que Chase había tenido suficiente «astucia y conocimiento» en el momento de los crímenes para ser considerado responsable de sus actos y tener que responder por ellos. Le acusaron de seis asesinatos en primer grado: Terry Wallin, las tres personas en casa de los Miroth, el bebé muerto y Ambrose Griffin. El

jurado sólo deliberó un par de horas y le declaró culpable de todos los asesinatos. El juez lo mandó al corredor de la muerte de San Quintín a la espera de su ejecución en la silla eléctrica.

Yo no estaba de acuerdo en absoluto con el veredicto ni con la orientación que se había dado al caso. Ocurrió en el mismo periodo en que el antiguo inspector del ayuntamiento de San Francisco, Dan White, asesinó al alcalde Mosconi y al inspector Harvey Milk. White alegó que se había vuelto loco porque había consumido un tipo de comida basura, los Twinkies, y su estrategia fue aceptada. Lo mandaron a una cárcel estatal sin pena de muerte. Richard Chase, en cambio, que tenía claramente una enfermedad mental y debería haber pasado el resto de su vida en un psiquiátrico, fue condenado a muerte.

John Conway y yo visitamos a Chase en el corredor de la muerte de San Quintín en 1979. Conway era el enlace del FBI con las cárceles de California y era un tipo excepcionalmente afable, apuesto y sutil que poseía el don de conseguir que los prisioneros hablaran con él. Visitar a Chase fue una de las experiencias más extrañas que jamás tuve. Desde el momento en que entré en la cárcel hasta que me senté en el cuarto donde lo entrevistaríamos, pasé por toda una serie de puertas que se cerraban de golpe tras nosotros, una experiencia opresiva y aterradora. Había estado en muchas cárceles pero ésta fue la más horripilante; me sentía como si estuviera atravesando un punto sin retorno. Conway estaba mucho más entero que yo.

Subimos en varios ascensores y el último nos dejó en el corredor de la muerte. Escuché ruidos extraños, gemidos y otros sonidos casi inhumanos provenientes de las celdas. Nos sentamos en un cuarto a esperar a Chase y lo oímos acercarse por el pasillo. Llevaba grilletes en las piernas y hacía un sonido metálico seco al andar, lo que me hizo pensar en seguida en el fantasma de Marley de los Cuentos de Navidad de Dickens. Además de llevar grilletes, iba esposado y tenía puesto uno de esos cinturones a los que van atadas las esposas. Sólo podía arrastrar los pies a duras penas.

Su aspecto me dio otro susto. Era un hombre joven, flaco, extraño, con el pelo negro y largo, pero lo que realmente me impactó fueron sus ojos. Nunca los olvidaré. Eran como los ojos del monstruo de la película *Tiburón*. No había pupilas, sólo puntos negros. Eran ojos malvados que recordé

durante mucho tiempo después de la entrevista. Casi tuve la impresión de que no podía verme, que más bien miraba a través de mí, sin más. No mostró ninguna señal de agresividad, simplemente se sentó y se quedó pasivo. Tenía un vasito de plástico en las manos, algo de lo que no habló al principio.

Como Chase ya había sido condenado y se encontraba en el corredor de la muerte, no me sentí obligado a empezar con el típico cortejo que empleaba en la primera entrevista con un asesino. Normalmente, tengo que esforzarme por demostrar al preso que soy digno de su confianza y que puede hablar conmigo. Chase y yo hablamos con bastante facilidad, considerando su estado mental. Reconoció haber cometido los asesinatos pero dijo que fue para preservar su propia vida. Me indicó que estaba preparando una apelación centrada en la idea de que se estaba muriendo y había asesinado para obtener la sangre que necesitaba para vivir. Lo que ponía en peligro su vida era el «envenenamiento de jabonera».

Cuando le dije que no conocía la naturaleza del envenenamiento de jabonera, me ilustró al respecto. Todo el mundo tiene una jabonera, dijo. Si levantas la pastilla de jabón y la parte de abajo está seca, estás bien. Pero si esa parte está pegajosa, significa que sufres de envenenamiento de jabonera. Le pregunté por los efectos del veneno y me contestó que convierte la sangre en polvo, lo pulveriza básicamente; la sangre entonces va consumiendo el cuerpo y su energía y reduce las habilidades de la persona.

Al lector esta explicación le puede parecer ridícula o demasiado extraña. Sin embargo, cuando me vi en aquella situación, tenía que reaccionar correctamente. No podía parecer horrorizado o sorprendido y debía tomar la explicación como lo que era: una ilustración del razonamiento de un asesino. La regla que empleamos es que no decimos nada sobre la fantasía y animamos a la persona a seguir hablando. De modo que no podía decir sobre el envenenamiento de jabonera «no existe tal cosa», porque eso no habría servido para nada. Tampoco podía decir, «oh, sí, conozco a personas que han tenido envenenamiento de jabonera». Simplemente acepté su explicación y no me puse a discutir al respecto.

Aplicué la misma regla cuando empezó a contarme que era judío de nacimiento —sabía que no era verdad— y que los nazis lo habían perseguido toda su vida porque tenía una estrella de David en la frente, que procedió a

mostrarme. Podía haber dicho, «¡qué chorrada más grande!» o bien el otro extremo, «vaya, qué preciosidad, ojalá tuviera yo una igual». Ninguna de las dos respuestas habría ayudado mucho en la conversación. No veía ninguna estrella de David pero pensé que podía tratarse de una trampa o de una prueba para ver hasta qué punto yo estaba dispuesto a creerme su explicación. Igual me estaba engañando, diciendo que la estrella estaba en su frente cuando en realidad estaba en un brazo o en su pecho, y quería averiguar cuánto sabía yo sobre él. En esa ocasión dije simplemente que no había traído mis gafas, que había poca luz y que no podía ver su marca de nacimiento pero que aceptaba su palabra de que estaba allí. Dijo que los nazis habían estado conectados con los OVNI's que flotan continuamente sobre la tierra y le habían ordenado por telepatía que matara para reponer su sangre. Concluyó su exposición diciéndome: «Así que ya ve, Sr. Ressler, está muy claro que maté en defensa propia.»

Quizá la información más relevante que saqué de la entrevista fue la respuesta que me dio cuando le pregunté cómo había elegido a sus víctimas. Muchos de los anteriores entrevistadores habían sido incapaces de obtener ese dato, pero yo me había ganado la confianza de Chase y él se sintió cómodo contándomelo. Había estado escuchando voces que le decían que matara y simplemente fue de casa en casa, probando si la puerta estaba cerrada o no. Si la puerta estaba cerrada, no entraba. Pero si estaba abierta, entraba. Le pregunté por qué no rompió simplemente una puerta si quería entrar en una casa en particular. «Oh», dijo, «si una puerta está cerrada, significa que no eres bienvenido». ¡Qué delgada era la línea entre los que evitaron ser víctimas de un crimen horrendo y los que sufrieron una muerte atroz a manos de Chase!

Finalmente, le pregunté por el vasito de plástico que llevaba en la mano. Me dijo que era una prueba de que en la cárcel estaban intentando envenenarle. Me lo enseñó y dentro había una sustancia amarilla y pegajosa que más tarde identifiqué como los restos de una cena precocinada de macarrones y quesos. Quería que me lo llevara al laboratorio del FBI en Quantico para que lo analizaran. Era un regalo que no podía rechazar.

La información obtenida en esa entrevista ayudó a la UCC a confirmar el retrato que estábamos elaborando del asesino «desorganizado», que era radicalmente diferente del retrato del asesino «organizado». Chase no se limitaba a encajar en el perfil del asesino desorganizado, sino que se podría afirmar que era su personificación. Nunca he conocido, ni creo que ningún otro policía lo haya hecho, a un tipo que se adecuara mejor a las características del asesino desorganizado. A este respecto, era todo un clásico.

Los otros presos en la cárcel de San Quintín se mofaban de Chase; amenazaban con matarle si conseguían acercarse lo suficiente; y le decían que tendría que suicidarse. Los psicólogos y psiquiatras de la cárcel que examinaron a Chase en aquella época esperaron a que se calmara el revuelo que se había formado en torno a la pena de muerte y luego sugirieron que, dado que era «psicótico, loco e incompetente, y todo esto de manera crónica», fuera trasladado a la prisión de Vacaville, en California, conocida como las «Instalaciones Médicas de California» del sistema penitenciario, el lugar que alberga a los locos criminales. Yo, desde luego, estaba de acuerdo con esa opinión. Para entonces, como creía que el FBI analizaría lo que le daban de comer en la cárcel, Chase también nos escribía a Conway y a mí para decirnos que tenía que desplazarse a Washington, D.C., para trabajar en su apelación. Tenía la convicción de que al FBI le interesaría saber que los OVNI's estaban relacionados con los accidentes aéreos y las armas antiaéreas que los iraníes empleaban contra Estados Unidos. «Sería fácil para el FBI detectar los OVNI's por radar», me escribió, «y verían que me siguen y que son estrellas en el cielo por la noche que se encienden por medio de algún tipo de máquina de fusión controlada».

Fue la última vez que Chase me escribió. Justo después de la Navidad de 1980, lo encontraron muerto en su celda en Vacaville. Había estado ahorrando muchas pastillas antidepresivas de las que recibía para controlar sus alucinaciones y convertirlo en un preso manejable, y se las había tomado todas de una vez. Algunos dijeron que era un suicidio; otros siguieron creyendo que había sido un accidente, que Richard Trenton Chase había ingerido todas las pastillas en un intento de acallar las voces que le habían impulsado a matar y que le atormentaron hasta el día de su muerte.

«EL QUE LUCHA CON MONSTRUOS...»

Andaba un monstruo suelto en Chicago y el asunto me tenía intrigado. Corría el año 1946 y yo tenía nueve años. Mi padre trabajaba en el departamento de seguridad y mantenimiento del periódico *Chicago Tribune*, con lo que siempre teníamos ese periódico en casa. El verano anterior había leído en el *Tribune* que una mujer casada de mediana edad había sido asesinada en un bloque de apartamentos. No fue más que un caso aislado hasta que una antigua miembro del cuerpo auxiliar de la marina fue asesinada en un apartahotel en diciembre del mismo año. En la pared, el asesino había escrito con el pintalabios de la víctima el texto: «Por el amor de Dios cogedme Antes de que vuelva a matar No puedo controlarme.» Basándose en pruebas que eran demasiado atroces para publicar (y que yo no podía ni imaginar), la policía pensó que los dos asesinatos podían estar relacionados entre sí.

El *Tribune* participó de lleno en la caza del asesino, enviando a sus periodistas por todas partes en busca de pistas. Poco después de Año Nuevo, se produjo otro crimen que, al principio, no parecía guardar relación con los otros dos. Una chica de seis años, Suzanne Degnan, fue secuestrada en casa, en su mismo cuarto, y asesinada; las partes de su cuerpo fueron esparcidas por las cloacas de la zona Chicago-Evanston. Toda la ciudad de Chicago estaba horrorizada ante este espantoso crimen y muchos padres se preocuparon por la seguridad de sus hijos. Me pregunté: «¿Qué clase de persona mataría y descuartizaría a una niña pequeña? ¿Un monstruo? ¿Un ser humano?» Como el niño de nueve años que era, no podía imaginar qué tipo de persona podría ser capaz de cometer un crimen tan atroz, pero sí podía tener fantasías en las que atrapaba al asesino de Suzanne. Supongo que tenía un poco de miedo y que mis fantasías eran un modo de afrontarlo, pero creo que, en realidad, sentía más fascinación que miedo.

En los cines, los sábados, vi un modelo que quería imitar. Había una serie —no recuerdo a estas alturas si era *Our Gang* o *The Little Rascals*—¹ en la que salía una agencia de detectives, y en el verano de 1946 formé una agencia con tres amigos. Nuestra «Agencia RKPK» tenía su oficina en un garaje y disponía de un «coche de guerra», una estructura de madera sobre ruedas que llamábamos el *RKPK Express*. Cuando no estábamos investigando, solíamos usar el *Express* para transportar compras, cobrando 25 centavos por cada entrega. El negocio de reparto sólo era una empresa subsidiaria que manteníamos para cubrir gastos generales. Como la mayoría de los detectives ficticios de las películas, no teníamos suficientes casos para poder pagar el alquiler. Nuestra principal actividad aquel verano del 46 fue llevar ropa de «detective» —sombreros y gabardinas— y escondernos cerca de la parada del autobús, esperando a que apareciera algún sospechoso para seguirlo. Intentábamos parecernos a los agentes del FBI, a los que por aquel entonces se consideraba héroes, o a Sam Spade.² Cuando uno de los padres o hermanos mayores de algún vecino del barrio bajaba del autobús con su fiambarrera o maleta, suponíamos que era un sospechoso del asesinato de Suzanne Degnan, lo seguíamos hasta su casa y nos quedábamos vigilando hasta que llegaba la hora de cambiar de turno y comparar las notas. La gente se preguntaba qué hacían esos niños bobos de las gabardinas y la verdad es que nunca llegaron a saberlo.

William Heirens fue detenido aquel verano y me sorprendió mucho que, además de matar a las dos mujeres, también hubiera asesinado a la niña. El motivo que alegó fue que le habían sorprendido en el acto de cometer unos robos que, según se relataba, eran de naturaleza sexual. De acuerdo con la costumbre de aquella época, no hubo más detalles y, como yo, con mis nueve años, no sabía gran cosa sobre el sexo, no di mucha importancia a esa parte de la descripción. Años más tarde aprendería mucho más sobre lo que, en efecto, eran robos fetichistas de lo que una persona corriente llega a saber. Lo que más me sorprendió de Heirens en aquel entonces fue que no era mucho mayor que yo: sólo tenía 17 años y estudiaba en la Universidad de Chicago. Más tarde, se supo que Heirens había estado lo bastante cuerdo como para volver a su habitación en el campus de la universidad después de cada asesinato y actuar de tal modo que nadie sospechara de él. Fue detenido casi

por accidente. Un policía fuera de servicio fue reclamado para que detuviera a Heirens cuando éste huía tras un fallido robo. Se produjo una feroz lucha entre los dos y Heirens intentó dispararle dos veces, pero el policía tuvo la grandísima suerte de que la pistola fallara en ambas ocasiones. Finalmente llegó otro policía, que dejó inconsciente a Heirens golpeándole en la cabeza con una maceta. En el dormitorio de Heirens, la policía encontró recuerdos de sus robos fetichistas. La revista *Time* calificó el caso Heirens de «la historia criminal del siglo» y se maravilló del gran número de periodistas que habían acudido a Chicago desde todo el país para aprender más sobre el caso y asistir al juicio. Una vez que Heirens fue detenido, nosotros, los niños de nueve años, vigilábamos la parada del autobús, esperando a Heirens, el asesino peligroso, y jugábamos a seguirle hasta su guarida.

Tanto nuestro juego fantástico como nuestra agencia de detectives concluyeron aquel verano, pero en cierto modo, incluso a esa edad, continué fascinándome por Heirens y muchos otros criminales como él. A medida que iba creciendo, entré de forma natural en lo que sería una parte importante de la obra de mi vida: atrapar y comprender a criminales.

En el colegio era un estudiante regular y no estaba interesado en ningún tema en particular, actitud que mantuve durante los dos años que estudié, sin gran entusiasmo, en una universidad pública en Chicago. Luego me alisté en el Ejército de Tierra, me casé y fui destinado a Okinawa. Mientras estaba allí, seguía recibiendo el *Chicago Tribune* y en un suplemento dominical leí algo sobre la facultad de criminología y administración de policía de la Universidad Estatal de Michigan. Sonaba bien. Mandé una solicitud, la aceptaron y, tras terminar mis dos años en el Ejército, empecé a estudiar allí. Tenía mucho interés por el trabajo policial y, por consiguiente, mis notas mejoraban constantemente. Después de sacar la licenciatura, me aceptaron para un curso de postgrado. Sin embargo, sólo cursé un semestre porque volví al Ejército, esta vez como oficial, ya que durante mis estudios había estado en el ROTC, el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva.

Había intentado trabajar en la policía de Chicago pero me dijeron que no les interesaban los reclutas con demasiada formación porque «podrían causar demasiados problemas». Aunque el director de mi facultad tenía algo de influencia, mi cuñado policía, Frank Graszer, me dijo que lo mejor que

Chicago me podía ofrecer era un puesto en una patrulla, algo que habría podido obtener con tan sólo un diploma de secundaria. Frank continuó fomentando mi interés por temas relacionados con la policía, pero el Ejército me ofreció un puesto de teniente en la Policía Militar y otro en Alemania. Esta última oferta me intrigó, ya que tanto mi mujer como yo somos de origen alemán, y aprovechamos la oportunidad de ir al país de nuestros antepasados.

Tuve la suerte de que me ofrecieran una posición de primera, la de capitán preboste de un pelotón de Policía Militar en Aschaffenburg. La ciudad tenía una población de unas 45.000 personas y nuestra guarnición estaba formada por unos 8.000 soldados, de modo que me convertí, en efecto, en jefe de policía de una pequeña ciudad donde se produjeron homicidios, robos y allanamientos, incendios, vamos, todos los problemas típicos a los que se tiene que enfrentar un jefe de policía. Tras cuatro años, cuando estaba otra vez a punto de salir del Ejército, me ofrecieron otro puesto atractivo, el de comandante de una unidad de la CID (División de Investigación Criminal) destinada en Fort Sheridan, justo a las afueras de Chicago. Era una unidad de investigadores no uniformados que operaba en las jurisdicciones militares de cinco estados colindantes. Tenía bajo mi supervisión a detectives en Chicago, Detroit, Milwaukee, Minneapolis-St. Paul, etc. Al contrario de lo que la gente suele pensar sobre el Ejército —que en una organización de esta índole el talento y el impulso se pierden— esta institución ha desarrollado maneras para despertar la curiosidad en las personas y retenerlas, observándolas de cerca y ofreciéndoles buenos puestos; ya se habían fijado en mí dos veces.

Como descubriría más tarde, ser el jefe de la CID de Fort Sheridan era similar a dirigir una de las grandes secciones locales del FBI: todos mis agentes iban vestidos de paisano, llevaban credenciales, una insignia y un revólver del calibre 38. De hecho, a menudo colaborábamos con la policía local y el FBI. Como alférez en Aschaffenburg, había sustituido a un capitán; en Fort Sheridan, era teniente (todavía un oficial de bajo rango) y sustituía a un mayor.

En uno de nuestros casos de mayor importancia, agentes de la Oficina Federal de Narcóticos (la FBN o *Federal Bureau of Narcotics*, que más tarde se convertiría en la DEA, la *Drug Enforcement Agency* o Agencia Antidroga)

vinieron a Fort Sheridan para infiltrarse en una red de narcotraficantes. Los agentes se hicieron pasar por reclutas conflictivos que habían sido destinados a Fort Sheridan a la espera de ser licenciados con deshonor. Lograron infiltrarse, pero la operación no fue sin peligro. De hecho, los criminales habían preparado un montaje en el que iban a asesinar a los agentes pero, afortunadamente, nos enteramos del plan a tiempo. El final de la historia fue como de película. Mientras todas las unidades de la guarnición estaban formadas en las calles para una inspección final antes de salir con un permiso de tres días, mis unidades y las de la FBN y el FBI rodearon el área con coches, camiones y ametralladoras. Luego, los agentes infiltrados salieron de las filas, se pusieron la insignia y fueron pasando por las filas con el comandante de la guarnición, señalando a los traficantes, que fueron llevados al calabozo.

Esta historia me dio la sensación de que me gustaría seguir haciendo el mismo trabajo para el Gobierno, pero como civil, es decir, para el FBI. Como parte de mis funciones como comandante de la unidad de investigación criminal, organizaba frecuentes reuniones de enlace para las diversas agencias policiales con las que interactuábamos rutinariamente, entre ellas el FBI.

En aquella época, a mediados de los sesenta, se producían muchos casos de los que suelen ser competencia del FBI. En los campus universitarios estaban empezando a producirse disturbios y otras actividades subversivas, algunas de las cuales se expandieron entre los jóvenes militares que tenían la misma edad que los estudiantes de universidad. Mis agentes se introducían en grupos que planeaban actividades disruptivas e informaban de lo que habían encontrado, no solamente a mí, sino también al FBI. Para que el lector no piense que todo esto era mucho ruido y pocas nueces, quisiera señalar que uno de esos grupos había robado explosivos en Fort Sheridan y fue desarticulado cuando estaba planeando atentar contra objetivos militares. Después de varios años, cuando estaba en el FBI, tuve la ocasión de estudiar esos antiguos casos y me enteré de que los agentes del FBI de la sección de Chicago se habían atribuido el mérito del trabajo de mis investigadores. Fue mi primera y bastante cruda revelación de cómo funcionan las cosas en el

FBI. En aquel entonces operaba lo que los iniciados llamaban una calle de sentido único: el FBI se beneficiaba del trabajo de las otras agencias policiales pero no devolvía nada —nunca—.

Cuando estaba a punto de salir del Ejército y andaba buscando el modo de seguir en el trabajo policial, mi situación se quedó congelada a raíz de la escalada de la guerra de Vietnam. No se permitió a nadie de mi rango en la rama del Ejército a la que yo pertenecía licenciarse en aquel momento. El Ejército me hizo una propuesta interesante: algún alto mando había revisado mi expediente y había visto que había cursado un semestre de un curso de postgrado. Ahora me ofrecieron costear mis estudios de postgrado en administración de policía y seguir pagando mi sueldo durante los estudios, a cambio de que después hiciera otro turno de dos años.

Esta vez estaba acompañado de mi mujer y mis dos hijos y tenía, además de mis estudios, una misión secreta del Ejército: infiltrarme en los grupos que se oponían activamente a la guerra de Vietnam. Me dejé crecer el pelo y asistí a las reuniones de los Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS, o *Students for a Democratic Society*) y la Nueva Izquierda (*New Left*), incluso a algunas marchas y cosas así. Me hacía pasar por un veterano descontento y acudía a reuniones de organización y otras sesiones. Incluso salgo en una foto en algún periódico del campus, con el pelo largo y mi hija pequeña en el hombro como refuerzo. Estábamos protestando contra las actividades de reclutamiento de la CIA en el campus; me pregunto si aquella foto acabó en los archivos de la CIA.

En mi opinión, esos activistas «radicales» no sabían de lo que estaban hablando: no habían estado en las fuerzas armadas ni sabían lo que se hacía en ellas, pero, aun así, habían decidido que el ejército era el enemigo. Muchas veces parecía que querían ponerlo todo patas arriba simplemente por el gusto de hacerlo. Había un profesor adjunto de psicología que frecuentaba las mismas reuniones que yo e intentaba motivar a los estudiantes para que protestaran contra la guerra, sugiriendo incluso que se enrolaran masivamente en el programa de ROTC para colapsarlo. Aconsejó a los estudiantes que hicieran muchas preguntas estúpidas en clase para hacerles la vida difícil a

los instructores y que luego, cuando se suponía que se tenían que graduar, se negaran a servir en las fuerzas armadas. Al poco tiempo este profesor adjunto recibió la notificación de que podía buscarse otro trabajo.

Mis estudios transcurrieron rápido y bien. Entre mis compañeros del curso de postgrado estaba Ken Joseph, el entonces jefe de la oficina de Lansing, en Michigan. Ken se quedó para sacarse el doctorado, mientras yo volvía al Ejército para cumplir con mis obligaciones.

Tras obtener mi diploma, serví un año como capitán preboste en Tailandia y otro año como subcapitán preboste en Fort Sheridan. Para entonces, ya tenía el rango de mayor y me planteaba seriamente seguir en el Ejército y hacer carrera, pero mis amigos en el FBI me convencieron de que volviera a presentar la solicitud de antes, la que se había quedado paralizada porque no pude salir del Ejército. En 1970, con 32 años, la alternativa no me pareció tan atractiva como en 1967, aunque me gustaba mucho la clase de investigaciones que sabía que el FBI llevaba a cabo, así que me presenté en serio y me aceptaron. Varios de mis comandantes en el Ejército intentaron convencerme de que no me fuera y me dijeron que tenía buenas perspectivas de ascenso en la CID, pero yo estaba embelesado por la idea de ser agente especial del FBI y no atendía a razones.

Tuve problemas en el FBI desde el primer momento. Había recibido una carta en la que se me decía que me presentara en un local del antiguo edificio de correos a las ocho de la mañana de un lunes de febrero de 1970. Llegué a las 7:50, dispuesto y ansioso, pero encontré una nota anunciando que la clase había sido trasladada a otro local en el edificio del Departamento de Justicia, a unas manzanas de distancia. Acudí pitando y en los pasillos me crucé con monitores que, cuando les dije mi nombre, me decían que se iba a organizar una buena y que tenía motivos de sobra para estar preocupado. Llegué a la clase y el instructor estaba soltando un rollo monótono sobre los seguros y la jubilación en el FBI. Paró la clase para decirme que llegaba tarde, pero me mantuve firme y le dije que había llegado con la suficiente antelación pero que no sabía que se había cambiado el local. El hombre no sabía cómo reaccionar, así que me mandó a ver a un alto cargo.

En aquellos tiempos, J. Edgar Hoover seguía con vida y dirigía el FBI con mano firme, y Joe Casper, subdirector adjunto de la División de Formación, era de la vieja guardia de Hoover. Aunque le habían puesto el apodo de El Fantasma (por el personaje de «Casper, el pequeño fantasma»), era todo menos amigable. Le repetí mi argumento de que había llegado a tiempo pero que habían cambiado el local. El Fantasma intentó decirme que todos habían recibido una carta en la que se les avisaba del cambio de local y a eso contesté que lo único que yo tenía era la carta que me decía que fuera al antiguo edificio de correos. Quería que admitiera que estaba equivocado y que no había obedecido las órdenes, pero yo no iba a hacer eso; le informé de que había estado en el Ejército durante un buen número de años y que sabía todo lo que había que saber sobre las órdenes, tanto darlas como recibirlas. Entonces Casper empezó a amenazarme con tirarme del FBI allí mismo e incluso parecía que le iba a salir humo de las orejas. Sin embargo, le dije que, si el FBI era una entidad tan critica que no sabía apreciar a nuevos agentes que habían sido tan activamente reclutados, quizá aquello sería lo mejor para todos. El Ejército, en cambio, me readmitiría en sus filas en seguida, sin hacer preguntas.

«Levanta la maldita mano derecha», me dijo Casper y me tomó juramento. Me dijo también que cerrara el pico y me avisó de que «te estaremos vigilando» desde aquel momento. Fue un intento típico de intimidar a un nuevo agente pero, como yo ya era un poquito mayor, un poquito más sabio y un poquito más acostumbrado a la burocracia militar o semimilitar que el recluta medio, lo tomé relativamente bien. No obstante, esa experiencia me dejó con mal sabor de boca respecto a la pesadez e inflexibilidad del FBI, esa actitud de «hacerlo todo según las reglas» que yo combatiría desde aquel día hasta mi jubilación 20 años más tarde.

Mi clase, la 70-2, fue asesorada por dos veteranos agentes de unos 45 años que aspiraban a subir en la jerarquía. Como parte del proceso de ascenso, tenían que asesorar a una clase de nuevos agentes y asegurarse de que terminaran con éxito las 16 semanas de formación. Me enteré de que era una proposición de «alto riesgo por alto beneficio», porque si los nuevos agentes no salían bien, a los asesores les esperaba el olvido en vez de un puesto de oficina en las altas esferas de la administración. Joe «O. C. Joe»

O'Connell era conocido por sus investigaciones sobre el crimen organizado; de hecho, tenía pendiente una denuncia por millones de dólares por haber colocado escuchas a miembros de la mafia (la denuncia terminó archivándose). Joe no parecía preocuparse por ello, pero sí estaba obsesionado con los «camisas blancas», el apelativo no cariñoso con el que se refería a los supervisores del cuartel general. Estos supervisores solían venir a impartir clases sobre diversas violaciones de las leyes que los agentes del FBI tenían que aplicar y, después de esas clases, O. C. Joe nos solía decir que tiráramos los apuntes que acabábamos de tomar y que él nos ayudaría a prepararnos para el examen sobre la ley en cuestión. También dijo que cualquiera que necesitara ayuda extra fuera a verle en el pasillo. Hoy, miro atrás y tengo que reconocer que aquellos agentes que fueron a ver a O. C. Joe en el pasillo —los que realmente necesitaban más ayuda— fueron los que ascendieron mucho en la jerarquía burocrática, mientras que muchos agentes que eran más listos trabajaron duro sobre el terreno y nunca llegaron a ser supervisores.

El otro asesor era Bud Abbott, apodado *Shakey* («Tembloroso») por su nerviosismo. Lo que le ponía nervioso era la actitud poco ortodoxa de O. C. Joe. Al compartir los dos la misma clase de agentes, sus destinos estaban conectados y *Shakey*, un burócrata bastante estándar, temía que las payasadas de O. C. Joe sabotearan sus propios intentos de conseguir un puesto en el cuartel general. Al final, los dos acabaron trabajando allí, así que parece que nuestros resultados dejaron satisfechos a los que habitaban en las altas esferas.

Después de este periodo de formación, trabajé varios años sobre el terreno como agente especial en las secciones de Chicago, Nueva Orleans y Cleveland. Por aquel entonces, a mediados de los setenta, el FBI había inaugurado la nueva academia de Quantico, Virginia, el último legado positivo de J. Edgar Hoover, quien había abogado por la construcción de lo que se convertiría en el mejor centro de formación para policías en todo el mundo. El FBI le pidió a Ken Joseph que fuera al cuartel general para ayudar a montar los programas de Quantico y, en 1974, él me hizo acudir desde Cleveland. Empecé a trabajar en la Academia Nacional del FBI (la FBINA) como asesor de policías visitantes. Cada instructor era responsable de unos

50 estudiantes y los guiaba durante los meses que duraba el programa. En junio de 1974 ya tenía claro que en mi currículo no podía faltar una estancia en Quantico; el ambiente académico era atractivo, el paisaje rural de Virginia era muy bonito y también pensé que, si quería ascender hasta los puestos superiores del FBI, tenía que pasar un tiempo trabajando allí. Otro factor que me atraía de Quantico era la nueva Unidad de Ciencias de la Conducta (UCC), formada principalmente por dos hombres de rango superior, Howard Teten y Pat Mullany, un equipo compuesto por «el gordo y el flaco». Siempre daban las clases juntos y eran una pareja muy particular: Teten era muy alto, medía dos metros y era delgado y serio, mientras que Mullany medía uno setenta y ocho y era gracioso y ligeramente rechoncho. Teten, callado, tranquilo y metódico, y Mullany, rápido y enérgico, dedicaban la mayor parte de su tiempo a la enseñanza, pero de vez en cuando analizaban un crimen violento y «perfilaban» la apariencia y conducta de posibles sospechosos. Fueron mis mentores en el campo del perfil criminal y cuando se jubilaron años más tarde me convertí en la máxima autoridad en el tema de los perfiles criminales.

El aprender a hacer perfiles era un proceso continuo y formaba parte de nuestros intentos por comprender la mente criminal violenta, a lo que también me dedicaba, aunque de otra forma, en mis clases en Quantico sobre la psicología anormal y criminal. Las personas que cometen crímenes contra otras personas, crímenes que no tienen nada que ver con el dinero, son diferentes de los delincuentes normales cuya motivación es el lucro. Los asesinos, violadores y pederastas no buscan beneficiarse económicamente de sus crímenes; lo que buscan, de una manera perversa pero a veces comprensible, es la satisfacción emocional. Esto les hace diferentes y, para mí, interesantes.

Los temas que enseñé en Quantico iban desde la psicología anormal hasta técnicas de entrevista. Descubrí que era bastante buen profesor y también que me gustaba ser instructor. Viajábamos para dar clases, tanto dentro como fuera del país y, aunque viajar puede ser cansado, pudimos ver lugares interesantes en el extranjero y conocimos a un montón de policías.

Fue en una de esas clases en el extranjero donde acuñé el término «asesino en serie», que ahora es de uso generalizado. En aquel entonces, asesinatos como los de David Berkowitz, el «Hijo de Sam» en Nueva York, se denominaban invariablemente «asesinatos de extraños». Dicho término no me pareció apropiado, sin embargo, porque a veces los asesinos sí conocían a sus víctimas. Hasta la fecha se habían empleado otros términos, pero ninguno estuvo realmente acertado. Me habían invitado, pues, a participar durante una semana en un ciclo de conferencias en Bramshill, la academia de policía británica y, durante mi estancia allí, aproveché la oportunidad para asistir a los otros seminarios y conferencias. En una de las conferencias, un señor hablaba sobre lo que los británicos denominaban crímenes en serie —una serie de violaciones, robos con allanamiento, incendios o asesinatos—. Ese término me pareció una manera muy acertada de caracterizar los asesinatos de las personas que matan una y otra vez y lo hacen de un modo bastante repetitivo, así que empecé a referirme a «asesinatos en serie» en mis clases en Quantico y en otras partes. La nomenclatura no nos pareció un asunto trascendental en aquella época; era simplemente parte de nuestro esfuerzo general por entender estos crímenes monstruosos, por buscar maneras de comprenderlos y, de ese modo, detener más rápidamente al siguiente asesino en serie.

Ahora, echando la vista atrás, creo que cuando acuñé el término de «asesinato en serie», también tenía en mente los seriales de aventuras que solíamos ver los sábados en el cine (el que más me gustaba era *The Phantom* —el Fantasma—). Cada sábado volvíamos ansiosos al cine porque el episodio de la semana anterior terminaba con una escena de gran suspense, que dejaba al espectador en vilo. En términos dramáticos, no era un final satisfactorio porque no disminuía la tensión, sino que la aumentaba. La misma insatisfacción tiene lugar en la mente de los asesinos en serie. El acto mismo de matar deja al asesino en vilo, porque el crimen no ha sido tan perfecto como en su fantasía. Cuando el Fantasma se queda hundiéndose en la arena movidiza, el espectador tiene que volver a la semana siguiente para ver cómo el héroe sale del embrollo. Tras cada crimen, el asesino en serie piensa en cosas que podía haber hecho para que el asesinato hubiera sido más satisfactorio. «Dios mío, la maté demasiado rápido. No me tomé el tiempo

necesario para divertirme, para torturarla debidamente. Tenía que haberme acercado a ella de otra forma, haber pensado en otra manera de agredirla sexualmente.» Cuando el asesino tiene este tipo de pensamientos, su mente se adelanta y piensa en cómo puede aproximarse más a la perfección la próxima vez; hay una mejora continua.

Sin embargo, no es así como el público se imagina a los asesinos en serie. La mayoría de las personas creen que el asesino en serie es como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde: un día es normal y al día siguiente algún impulso fisiológico se apodera de él, su pelo empieza a crecer, sus dientes se alargan y, cuando hay luna llena, tiene que cazar otra víctima. Los asesinos en serie no son así. Están obsesionados con una fantasía y tienen lo que llamaríamos «experiencias por satisfacer», que pasan a formar parte de la fantasía y les empujan a cometer el próximo asesinato. Éste es el verdadero significado del término «asesino en serie».

Entre 1975 y 1977 impartí clases de técnicas de negociación de rehenes. El FBI se había quedado muy atrás del líder en el área, el departamento de policía de Nueva York, que era el mejor en comprender y manejar situaciones con rehenes. Aun así, el FBI había logrado obtener mucha información de los expertos de Nueva York, el capitán Frank Bolz y el detective Harvey Schlossberg. Nosotros ampliamos las técnicas y las enseñamos a los cuerpos de seguridad por todo lo largo y ancho del país. En mi calidad de oficial de la reserva del Ejército, enseñé estas técnicas a contingentes de la Policía Militar y de la División de Investigación Criminal. Estimo que durante aproximadamente 15 años enseñé técnicas de negociación de rehenes al 90 % de todos los miembros del Ejército de Tierra estadounidense que han sido formados en este campo.

Eran tiempos interesantes para los que trabajaban en la policía y las áreas relacionadas. A finales de los sesenta y principios de los setenta, muchos de los que salieron del Ejército —ex boinas verdes y otros hombres formados en la jungla de Vietnam— entraron en los cuerpos de seguridad. Sus habilidades y experiencia con el armamento y las tácticas de asalto formaron la base de los equipos SWAT (*Special Weapons and Training*), un concepto totalmente nuevo en Estados Unidos. Un equipo SWAT es,

esencialmente, una fuerza paramilitar, y nunca habíamos tenido nada parecido. Incluso en el FBI, donde los agentes aprendían —además de con pistolas— a disparar con fusiles y ametralladoras, hasta entonces se había prestado poca atención a los aspectos paramilitares de un asalto. Los equipos SWAT, sin embargo, eran *sexy* y gustaban a los medios de comunicación. Tenían francotiradores para matar a los criminales y usaban armamento pesado, como rifles de asalto y lanzagranadas, en los asaltos a escondrijos o en las operaciones de rescate de rehenes. Pero había un problema: sus tácticas causaban muchos daños. Morían muchos criminales, pero también había un número inaudito de bajas entre los policías y bastantes rehenes heridos. La policía de Nueva York había creado su unidad de negociación de rehenes con el fin de evitar tantas muertes y el FBI tardó poco en adoptar la idea de buscar una salida menos drástica a las situaciones con rehenes.

Me gustaba el nuevo enfoque porque ponía el énfasis en la necesidad de comprender la mente del criminal —lo que era también mi caballo de batalla y, por supuesto, la base de los perfiles criminales—. Los policías de la época no estaban preparados para este enfoque comprensivo. La mayoría de ellos no había recibido ninguna formación en psicología y tendían a pensar más en el uso de la fuerza que en el uso de la persuasión. Sin embargo, a medida que el FBI empezó a enseñar su versión de las técnicas de negociación de rehenes, cambió la tendencia a utilizar equipos SWAT y bajó el número de muertos en situaciones con rehenes. Se generalizó el procedimiento de hablar primero y evitar el recurso a las armas siempre que fuera posible. El hecho de que varios departamentos de policía fueran denunciados por uso indebido de la fuerza, ocasionando juicios que terminaron con indemnizaciones multimillonarias, también ayudó a que se adoptara este enfoque. De ahí a que se exigiera que se agotaran todos los medios no violentos antes de dejar intervenir a un equipo SWAT no había más que un paso.

En menos de diez años, el enfoque conductual iría más allá de la negociación de rehenes y los perfiles, culminando en la creación del *National Center for the Analysis of Violent Crime* (CNACV o Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento) del FBI y del *Violent Criminal Apprehension*

Program (PDCV o Programa para la Detención de Criminales Violentos). Tuve un papel determinante en el proceso de creación de ambos programas, pero me estoy adelantando, así que dejaré esto para otro capítulo.

Una vez, estando en Cleveland con nuestra escuela itinerante —la llamábamos el espectáculo ambulante— me vi envuelto en una crisis con rehenes. Un hombre negro armado retenía a un capitán de la policía y a una chica de 17 años como rehenes en el interior de la comisaría de Warrensville Heights y estábamos intentando solucionar la situación a través del diálogo para evitar que hubiera derramamiento de sangre. De algún modo, se habían difundido las demandas del hombre. Quería, entre otras cosas, que todos los hombres blancos se fueran inmediatamente de la faz de la tierra y deseaba hablar con el presidente Carter sobre este asunto. Como estas demandas eran claramente irracionales, no hice ningún amago de acceder a ellas. En un momento dado, en el puesto de mando, me pasaron un teléfono porque alguien importante quería hablar conmigo. Era Jody Powell, el secretario de prensa del presidente, quien me informó de que la Casa Blanca se había enterado de lo que estaba pasando y que el presidente estaba preparado para hablar con «el terrorista». Asombrado, le dije a Powell que no teníamos terroristas en Cleveland. No me podía creer que la Casa Blanca considerara ni tan siquiera la posibilidad de intervenir en una situación tan delicada. Intenté ser cortés y le mentí a Powell, diciéndole que no podíamos hablar con el hombre en ese preciso instante, pero que si necesitábamos al presidente, le llamaríamos. La situación se resolvió sin derramamiento de sangre y sin intervención presidencial.

Dirigí el programa de formación para situaciones con rehenes del FBI durante sólo dos años, pero seguí implicado en el área durante muchos años después de 1977, haciendo sobre todo el papel de *terrorista en jefe de la casa*. En unas instalaciones nucleares en medio del desierto en 1978, en el Lago Placid, a principios de los ochenta y en otros lugares a lo largo de aquella década, los grandes cuerpos de seguridad de Estados Unidos y de algunos otros países participaron en ejercicios a gran escala que duraban una semana y en los que se simulaban ataques terroristas y las negociaciones resultantes. Yo hice de jefe terrorista en varios de esos simulacros. Secuestrábamos un autobús con voluntarios que hacían de personalidades

importantes —científicos o dignatarios visitantes, por ejemplo— y los llevábamos a una granja aislada o un refugio de montaña, donde los reteníamos como rehenes. Usábamos fusiles, granadas, dinamita y otras armas reales y, cuando pedía un avión para llevarnos fuera del país, las autoridades requisaban uno y lo dejaban en el aeropuerto más cercano. Una vez iniciado el ejercicio, lo tomábamos muy en serio y nos metíamos completamente en el papel. En el Lago Placid, yo era «10», mientras un experto en ametralladoras del FBI era «20» y los señores «30», «40», «50» y «60» eran hombres de la CIA, el Servicio Secreto, la Fuerza Delta del Ejército y el equivalente británico de la Fuerza Delta, el SAS (*Special Air Service*). Los simulacros eran tan reales que algunos rehenes sufrieron el «Síndrome de Estocolmo», en el que el rehén se identifica tanto con sus secuestradores que está dispuesto a actuar con ellos para sobrevivir. Mis oponentes al otro lado del teléfono, los negociadores del FBI, eran antiguos estudiantes míos que a veces se quejaban de que era un adversario demasiado difícil, porque me sabía todos los trucos y los contrarrestaba. No obstante, los «buenos» lograron liberar a los rehenes y detener a los terroristas en todos los ejercicios, aunque no siempre sin que hubiera derramamiento —simulado— de sangre.

El mero hecho de que a mediados de los setenta me metiera en el área de las técnicas de negociación con rehenes denota que estaba inquieto. No me sentía muy a gusto repitiendo siempre las mismas clases y ansiaba nuevos retos. Muchos de mis colegas instructores en Quantico no estaban interesados en buscar algo nuevo que hacer; la burocracia suele oponerse a la innovación y, por mucho que la dirección supuestamente animara a los instructores a mejorar sus técnicas y presentación, el FBI no era una excepción. Muchos se quedaban perfectamente contentos enseñando los mismos casos de siempre, la mayoría de los cuales provenían de la generación de instructores anterior. Mi colega John Minderman llamaba a esta clase de instructores «manchas de aceite», porque cubrían una gran superficie pero sólo hasta una profundidad de un milímetro más o menos. Minderman era un antiguo policía motorizado de San Francisco y me enseñó mucho sobre cómo relacionarme con los policías, quienes constituían la mayor parte de nuestros estudiantes.

La mayoría de los casos que yo enseñaba no eran los clásicos de siempre, sino casos muy conocidos, sobre los que había información de fácil acceso para el público. Empleábamos libros y artículos sobre Charles Manson, Sirhan Sirhan, David Berkowitz, Charles Whitman, el francotirador de la *Texas Tower*, y otros parecidos. Al estudiar detenidamente estos casos me fui dando cuenta de que nuestras clases no aportaban información original o inédita sobre estos asesinos, principalmente porque no la había disponible. Los libros sobre Manson estaban escritos desde el punto de vista del fiscal o basados en la cobertura mediática del caso y en las entrevistas con miembros secundarios del entorno de Manson. ¿Dónde estaba el análisis revelador de la mente de Manson que todo policía esperaba encontrar en un curso sobre psicología criminal en la mejor academia policial del mundo? La mayoría de las personas, viendo el caso de Manson desde fuera, había decidido hacía mucho tiempo que el hombre estaba «loco» y que nada podía ganarse estudiando lo que había hecho. Pero, ¿y si no estaba exactamente «loco»? ¿Significaría eso que se podían aprender cosas nuevas sobre los asesinatos que él inspiró? Desgraciadamente, aquella pregunta no tenía respuesta porque sólo disponíamos de la información que todo el mundo ya tenía. Sí teníamos, en cambio, datos más reveladores sobre Richard Speck, quien mató a ocho enfermeras en Chicago: un psiquiatra que le había entrevistado extensamente había escrito un libro. Pero, incluso esas entrevistas no eran adecuadas porque quien las había realizado no tenía la experiencia con criminales que nuestros estudiantes necesitaban, ni la necesidad de comprender las cosas desde una perspectiva policial. Yo quería entender mejor la mente del criminal violento, primero, para satisfacer mi propia curiosidad y, segundo, para ser mejor profesor, para que nuestras clases en la academia del FBI fueran más valoradas por los policías que asistían a ellas.

En el momento en que llegué a esa conclusión, el FBI no tenía casi ningún interés por los asesinos, violadores, pederastas y demás criminales que acechan al prójimo. La mayoría de estos comportamientos criminales violentos caían bajo la jurisdicción de las policías locales y no constituían violaciones de las leyes federales que el FBI tenía que hacer cumplir. En la academia sí enseñábamos criminología a los policías visitantes, por lo que el estudio de la mente criminal era una actividad relevante para mí, pero para la

mayoría de mis colegas y superiores carecía casi de relevancia. No querían tener nada que ver con el tema. Yo, en cambio, estaba profundamente intrigado.

Mi interés por este tema fue estimulado por las personas que conocí en los congresos y convenciones a los que empezaba a asistir, y en los encuentros de profesionales de la salud mental y otros campos relacionados. Esta curiosidad me llevó a hacerme miembro de la Asociación Americana de Psiquiatría, la Academia Americana de Ciencias Forenses y la Academia Americana de Psiquiatría y la Ley, entre otras. Ninguno de mis colegas vio mérito alguno en ese tipo de asociaciones y para el FBI tampoco valía la pena. De hecho, durante muchos años tuve que pagar mis cuotas de miembro de estas y otras organizaciones, aunque de vez en cuando me reembolsaban el importe por asistir a congresos profesionales. La costumbre del FBI de evitar a los profesionales de la salud mental estaba a la par con su creencia de que, si había algo que valía la pena saber sobre los criminales, el FBI ya lo sabía.

Sin embargo, yo tenía otra visión, una sensación de que quedaba mucho por aprender y que numerosos expertos fuera de los círculos policiales podían enseñarnos muchas cosas que desconocíamos. Ciertamente, mi perspectiva y mis horizontes se expandieron como consecuencia de mi asistencia a los congresos profesionales y también después, cuando se me invitaba a hablar en ellos y a compartir mi trabajo con gente que no pertenecía a la policía. El contacto con psiquiatras, psicólogos, personas activas en la ayuda a víctimas de crímenes violentos y otros profesionales de la salud mental me impulsó a profundizar en la clase de investigación para la que estaba en una posición única.

Durante mis viajes por todo el país en el marco de nuestra escuela itinerante empecé a pasarme por las comisarías locales para pedirles copias de los expedientes sobre agresores particularmente violentos, como violadores, pederastas y asesinos. Como había trabajado durante años como enlace con los diferentes cuerpos de seguridad, era fácil para mí hablar con las diversas autoridades y obtener información. Si un caso me interesaba, aprovechaba cuando alguien de la jurisdicción responsable venía a Quantico para encargarle que reuniera los expedientes de su departamento y elaborara un informe escueto del que, por supuesto, aceptaba agradecido una copia para

mis propios archivos en desarrollo. La gente cooperaba tanto y estaba tan interesada en ayudar a poner orden en lo que sabíamos y lo que no sabíamos sobre los criminales violentos, que me mandaban montones de material. En cierta manera, su ayuda ponía de manifiesto que hacían falta más información y conocimientos en este área.

Fue por aquel entonces cuando encontré una cita de Nietzsche que me causó una honda impresión. Parecía hablar tanto de la fascinación que sentía por esta investigación como de los peligros que entrañaba. Posteriormente, la puse en una diapositiva que siempre proyectaba en mis clases y ponencias. La cita reza así:

«El que lucha con monstruos debería evitar convertirse en uno de ellos en el proceso. Y cuando miras al abismo, él también mira dentro de ti.»

Era importante para mí tener esta clase de reflexiones serias cuando me adentraba en las profundidades de la criminalidad humana. Como resultado de mis indagaciones y peticiones de información, pronto dispuse de más datos sobre criminales violentos que los medios de comunicación o cualquier departamento de policía local, y también tenía más material que cualquier otra persona, quizá porque muy poca gente pedía esta clase de información. Como la cita sugiere, el trato con monstruos conlleva ciertas complicaciones. Además, los otros investigadores se topaban con un problema de procedimiento que yo no tenía: los académicos no podían obtener expedientes policiales con tanta facilidad como un agente del FBI y, a menudo, se les disuadía de intentarlo. Así pues, yo estaba en una posición privilegiada para realizar esta investigación.

Me volqué en el estudio de todo este material, tanto en la oficina como en casa, analizándolo sistemáticamente y aprendiendo algo nuevo de vez en cuando, y empecé a intuir las muchas posibilidades que ofrecía para la investigación y la ampliación de los conocimientos sobre los criminales violentos. Al final, llegué a un punto en el que tenía muchas ganas de hablar con las personas mismas sobre las que había estado dando clases, con los asesinos en persona. Le comenté mi idea a John Minderman y decidimos intentarlo. Queríamos saber más sobre los factores ambientales, de la infancia y los antecedentes de los asesinos que les llevaban a cometer sus crímenes.

También queríamos saber más detalles sobre los crímenes mismos —qué ocurrió durante la agresión, qué pasó inmediatamente después de que el asesino se hubiera asegurado de que la víctima estaba muerta, cómo había elegido el lugar en el que dejar el cadáver, etc.—. Si conseguíamos suficiente información de suficientes criminales, podríamos elaborar listas útiles: tantos criminales se llevan recuerdos; tantos leen o visionan material pornográfico, etc. También queríamos poner a prueba algunas antiguas ideas referentes a los asesinatos como, por ejemplo, si los asesinos realmente vuelven a la escena del crimen o no.

Grace Hopper, almirante de la marina y experta en ordenadores, había venido a Quantico para presentar una ponencia y describió muy elocuentemente las estrategias que utilizaba para manejar la burocracia naval y conseguir hacer algo innovador. Dijo que su éxito en neutralizar la burocracia se basaba en el axioma «Es mejor pedir perdón que pedir permiso». Una vez que queda constancia por escrito de un proyecto, si es denegado, está muerto. Pero si *no* se pone por escrito... bueno, captas la idea, ¿no? Para evitar que me pararan los pies antes de empezar, pensé que lo mejor era seguir adelante con mi querido proyecto y hacerlo sin informar previamente a ningún supervisor.

A principios de 1978 tenía que ir al norte de California a dar unas clases con la escuela itinerante y ésa era mi gran oportunidad. El agente John Conway, que había asistido a una de mis clases en Quantico, estaba destinado en San Rafael y era el oficial de enlace entre el FBI y el sistema penitenciario de California. Le pedí que me localizara a determinados presos en las cárceles de California y, cuando llegué para dar mi semana de clases, tenía toda la información preparada. Como agentes del FBI, podíamos entrar en cualquier prisión de todo el país mostrando simplemente nuestra insignia a las autoridades penitenciarias y, una vez dentro, no teníamos que explicar por qué queríamos entrevistar a una persona en particular. Así que, un viernes, después de dar clases durante cuatro días, Conway y yo emprendimos una gira relámpago por cárceles y presos que duró todo el fin de semana y parte de la semana siguiente. De un tirón, entrevistamos a siete de los asesinos más peligrosos y notorios jamás detenidos en Estados Unidos: Sirhan Sirhan, Charles Manson, Tex Watson (un cómplice de Manson), Juan Corona (que

asesinó a muchos trabajadores inmigrantes), Herbert Mullin (con 14 víctimas mortales), John Frazier (autor de cinco asesinatos) y Edmund Kemper. Nunca antes se había entrevistado a asesinos convictos de esta manera y fue un avance extraordinario.

La primera entrevista fue con Sirhan Sirhan, en Soledad. Las autoridades penitenciarias nos habían preparado un cuarto bastante grande, al parecer, una sala de reuniones. No tenía realmente el carácter íntimo que yo quería, pero nos apañamos. Sirhan entró con la mirada salvaje, asustado y temeroso. Se puso contra la pared con los puños cerrados y se negó a estrecharnos la mano. Exigió saber qué queríamos de él; creía que, si realmente éramos agentes del FBI, estábamos probablemente asociados con el Servicio Secreto, que entrevistaba regularmente a asesinos. Sin embargo, nuestras entrevistas tenían un motivo completamente diferente. Cuando fue condenado por el asesinato del senador Robert F. Kennedy, Sirhan había sido diagnosticado con esquizofrenia paranoide. Ahora veíamos por qué. No nos dejaba usar grabadora y quería hablar con un abogado. Le dije que sólo era una entrevista informal y preliminar y que únicamente queríamos hablar.

Para calmar sus temores, le pregunté sobre el sistema penitenciario y con eso arrancó. Estaba irritado con un antiguo compañero de celda que le había «traicionado» al hablar con un periodista de *Playboy*. Lentamente, empezó a relajar los puños, se fue acercando a nuestra mesa y, finalmente, se sentó y se puso un poco más cómodo.

Me dijo, por ejemplo, que había oído voces que le dijeron que asesinara al senador y que, en una ocasión, mientras estaba mirándose en un espejo, había sentido cómo su cara se rompía en pedazos y caía al suelo; ambas afirmaciones eran compatibles con un diagnóstico de esquizofrenia paranoide. Cuando se soltaba a hablar, Sirhan siempre se refería a sí mismo en tercera persona: Sirhan hizo esto, Sirhan sintió lo otro. Dijo que estaba en detención preventiva no porque las autoridades temieran por su vida —la verdadera razón—, sino porque lo estaban tratando con más respeto que el que dispensaban a los ladrones y pederastas corrientes.

Sirhan es un árabe que creció en una zona en guerra y sus motivaciones y orientación tenían mucho que ver con eso. Por ejemplo, me preguntó inesperadamente si Mark Felt era judío. Felt era un director adjunto del FBI

que tenía un alto rango y aparecía mucho en los medios de comunicación. La pregunta de Sirhan reflejaba su modo de ver el mundo, sus creencias. Dijo que se había enterado de que el senador Kennedy había apoyado la venta de más aviones de guerra a Israel y que, asesinándolo, había evitado que llegase a la presidencia un hombre que habría sido amigo de Israel. Por lo tanto, él, Sirhan, había cambiado la historia del mundo y ayudado a los países árabes. Creía que no le dejaban salir en libertad condicional porque temían su magnetismo personal. Si lo dejaban salir, prefería volver a Jordania, donde estaba seguro de que la gente lo llevaría en hombros por la calle, como a un héroe. Simplemente había hecho algo que no fue correctamente comprendido en su día y que sólo quedaría claro desde una perspectiva histórica.

Sirhan había estudiado ciencias políticas en la universidad y me dijo que quería haber sido diplomático, trabajar en el Departamento de Estado y terminar como embajador. Admiraba a los Kennedy —aunque mató a un miembro del clan—. El deseo psicótico de fusionarse con un personaje conocido a través del asesinato es común entre los hombres como Sirhan, John Hinckley, Mark Chapman y Arthur Bremer. Sirhan sabía que en Estados Unidos un crimen como el suyo solía conllevar una condena media de unos diez años en prisión, por lo que opinaba que, en aquel momento, en 1978, ya iba siendo hora de que le soltaran; creía que sus perspectivas de rehabilitarse eran buenas, a no ser que lo retuvieran demasiado tiempo en la cárcel.

Al término de la entrevista, de pie en la puerta, Sirhan sacó el pecho, flexionó los músculos y se me presentó de perfil en toda su magnificencia. Había estado practicando bastante con pesas y se le notaba algo. Dijo: «Bueno, Sr. Ressler, ¿qué opina de Sirhan ahora?»

No contesté a la pregunta y entonces se lo llevaron. Era obvio que, en su opinión, si conoces a Sirhan, amas a Sirhan: los aspectos esquizoides de su comportamiento habían remitido en la cárcel, pero la paranoia no. No aceptó que le entrevistáramos más para el programa.

Frazier, Mullin y Corona encajaban completamente en la categoría de asesinos «desorganizados» y tenían mentes tan extrañas que realmente no llegamos a ninguna parte con ellos. Corona era totalmente comunicativo y Frazier estaba preso de sus propias ilusiones. Mullin era dócil y cortés pero no tenía gran cosa que contar.

Tuve más suerte con Charles Manson, Tex Watson y los otros. Ellos sí eran auténticos asesinos «organizados», aunque Manson y sus colegas se habían esforzado en conseguir que los asesinatos parecieran ser obra de alguien con una personalidad desorganizada.

Por supuesto, antes de visitar a estos asesinos, les había investigado a fondo y estudiado sus crímenes. De este modo, sabía mucho sobre todos ellos y estos conocimientos me sirvieron de mucho, especialmente en el caso de Manson. Ya desde el principio de la entrevista, cuando se acercó a nosotros, quiso saber qué era lo que el FBI quería de él y por qué habría de hablar con nosotros. Una vez que le convencí de que estábamos interesados en él como ser humano, obtuve una respuesta muy positiva porque Manson sabe hablar muy bien y su tema favorito es él mismo. Descubrí que tenía una personalidad compleja y maravillosamente manipuladora; aprendí mucho sobre su modo de percibirse a sí mismo en relación con el mundo exterior y sobre cómo había manipulado a los que cometieron los asesinatos por él. No estaba loco en absoluto; comprendía muy bien sus crímenes, así como la personalidad y motivaciones de los que habían caído bajo la atracción fatal de su carismática presencia. Obtuve más información en la entrevista preliminar con Manson de lo que había esperado y comprobé que esta clase de entrevistas eran una forma excelente de aprender cosas completamente nuevas sobre estos asesinos. No había nada en la bibliografía que pudiera compararse con lo que me estaba contando el asesino mismo. Antes, tanto yo como el resto estudiábamos el tema observando desde fuera el interior de la mente del asesino; ahora estábamos consiguiendo una perspectiva única, mirando desde el interior de la mente del asesino hacia fuera.

En los siguientes capítulos comentaré los detalles de la entrevista que mantuve con Manson y las entrevistas posteriores con otros asesinos. De momento, quiero contar la historia de cómo las entrevistas con asesinos fueron incorporadas a la estructura bastante rígida del FBI.

Cuando íbamos más o menos por la mitad de la semana de entrevistas, y quizá como consecuencia de haber estado tratando con estos hombres extraños y obsesionados, empecé a ponerme un poco paranoico yo mismo. Me di cuenta de que no tenía permiso para realizar las entrevistas y que necesitaba un modo de informar al FBI sobre ellas. Debería haber tenido

autorización previa para ir a ver a presos tan conocidos como Manson o Sirhan, pero no la tenía. Pensé que, bueno, sólo eran entrevistas preliminares, ni siquiera tomaba apuntes y sólo estaba pidiendo a estos hombres poder volver más adelante con una grabadora pero, aun así, debería haber tenido algún permiso por escrito. Había violado uno de los principios capitales del FBI: había hecho algo sin autorización. De hecho, los agentes del FBI se dividen en dos grupos por el modo en el que hacen las cosas. Está la mayoría, que piden permiso para todo lo que hacen, porque no quieren tener problemas con la dirección. Tal y como yo veo las cosas, esos agentes son básicamente inseguros. El segundo grupo, mucho más reducido, es el de los que nunca piden permiso para nada porque quieren que las cosas se hagan. Yo estaba firmemente incluido en el segundo grupo y me estaba preparando para pagar las consecuencias de mi impetuosidad. De acuerdo con la regla de la almirante Hopper, esperaba poder diseñar una estrategia adecuada cuando me llamasen al orden.

Cuando volví a Quantico, sin embargo, estaba tan entusiasmado con la nueva información que decidí volver a intentarlo antes de dejar constancia escrita de mis actividades, porque muy posiblemente eso supondría el final definitivo de mi «proyecto». Era la primavera de 1978. No muy lejos de Quantico estaba el reformatorio para mujeres de Alderson, en Virginia del Oeste. Dos de las «chicas» de Manson, Squeaky Fromme y Sandra Good, estaban allí encarceladas, además de Sara Jane Moore, que había intentado asesinar al presidente Gerald Ford. Podía entrevistarlas a todas en un solo día. Minderman no podía venir conmigo porque se estaba divorciando y decidió volver a San Francisco para ocupar un puesto de supervisor. Necesitaba, pues, a otra persona y elegí a John Douglas, un joven y flamante agente por quien había abogado, para que entrara en la UCC después de que terminara su estancia como asesor visitante en Quantico.

Decidí contarle a mi supervisor inmediato, Larry Monroe, lo que iba a hacer. Larry se alteró. «¿Con *quién* hablaste en California? ¿A *quién* vas a entrevistar en Virginia del Oeste?» Le dije que no se preocupara, que cuando volviera lo pondría todo en un informe. Entonces Larry tomó una decisión típica de un cuadro medio: accedió a dejarnos ir a condición de que, si

hubiera algún resultado burocrático negativo, él pudiera decir que no sabía nada y que todo era culpa mía. Dado que, efectivamente, todo era culpa mía desde el principio hasta el final, no tuve nada que objetar.

Hablamos con las tres mujeres y sacamos información interesante. Básicamente, Fromme y Good reforzaron las ideas que me había formado sobre Manson y su influencia, basadas en mis entrevistas preliminares con Manson y Tex Watson.

Cuando volví a Quantico, mis acciones podían tipificarse acciones «en serie»: quería perfeccionar mis crímenes y hacer todavía más entrevistas antes de tener que enfrentarme al verdugo de papel. Mi estrategia se frenó en seco, sin embargo, a causa de una indiscreción accidental. Un amigo mío, ante el que había alardeado un poco de mis hazañas, estuvo cotilleando un día sobre ellas en la sala de comer y no se dio cuenta de que Ken Joseph estaba lo bastante cerca como para poder escuchar. Ken era ya el director de la academia del FBI y, aunque era mi mentor, era también el administrador en jefe y un admirador del difunto Hoover, con el que compartía la idea de que la dirección tenía que estar informada en todo momento de todo lo que pasaba entre sus filas. Se vio obligado, pues, a actuar como debía actuar todo alto cargo ante el comportamiento claramente no autorizado de su antiguo amigo de la Universidad Estatal de Michigan, Robert Ressler.

Larry Monroe y yo tuvimos que comparecer ante Ken y explicarle por qué no se le había informado de mi iniciativa. Afortunadamente para mí, un mes o dos antes, Ken había hecho circular un memorándum que, por primera vez, animaba a los instructores a hacer investigación. Le dije, pues, que mi proyecto —un proyecto preliminar, subrayé— había sido una respuesta a su memorándum. Ahora bien, esto no era totalmente verdad y creo que los tres lo sabíamos, pero hicimos como que no. Ken atacó, apuntando que entrevistar a personas «significativas» como Sirhan y Manson podría comprometer al FBI. Contesté que había dejado constancia de mis intenciones en un memorándum antes de ir a California. Ken replicó que nunca había visto nada y entonces sugerí alegremente que tendría que ver si podía localizarle alguna copia en los archivos para enseñársela. Larry Monroe se mantuvo serio todo el tiempo (lo mismo que Ken Joseph) y, desde luego, en mi cara no apareció ni rastro de sonrisa. Estábamos bailando un número

burocrático muy conocido para todos los que trabajan en oficinas gubernamentales. Cuando salimos de la oficina de Joseph sabía que tenía que escribir el memo en cuestión, ponerle una fecha anterior y hacerlo ¡ya! Escribí un memo apropiado en el que anunciaba que iba a realizar un «trabajo piloto» para preparar un gran programa de entrevistas a asesinos en serie. Con las entrevistas en las cárceles de California sólo pretendía averiguar si los asesinos se prestarían a colaborar en la investigación.

Después arrugué el memo, lo pisé un par de veces, saqué una fotocopia de la que saqué otra, puse esta última en los archivos, la saqué y se la llevé a Ken Joseph con el comentario de que se debió de haber archivado mal, pero que, afortunadamente, había sido localizado. Por supuesto, a Joseph no le costó admitir esa historia porque se pierden cosas continuamente por archivarlos mal. Además, como Joseph estaba básicamente de acuerdo con mi idea, estaba dispuesto a seguirme el juego.

Ahora que habíamos «justificado» el proyecto piloto, Ken quería que le redactara un memo completo con la verdadera dinámica y las dimensiones del proyecto, junto con las reglas básicas para las entrevistas, los enlaces con profesionales e instituciones académicas, etc. Lo hice con agrado y Larry Monroe, Ken Joseph y yo estuvimos intercambiando propuestas hasta que tuvimos en mano un proyecto de primera categoría que identificaba los objetivos a largo plazo, las personas a las que queríamos entrevistar, el modo en que se protegería tanto al FBI como a los presos, etc. Primero, antes de poder realizar una entrevista, había que pasar por un proceso de aprobación que constaba de siete pasos; teníamos que certificar, por ejemplo, que ningún preso al que íbamos a entrevistar tenía algún recurso pendiente de resolución. Otro ejemplo era que nos limitaríamos a hablar de los crímenes de los que el preso en cuestión había sido declarado culpable. Dijimos que no gastaríamos fondos del FBI en el proyecto, sino que se harían durante las clases itinerantes que dábamos regularmente. Este memo, debidamente firmado por Ken Joseph, fue enviado a finales de 1978 a la atención de John McDermott al cuartel general de Washington.

McDermott, uno de los cargos más altos justo por debajo del director Clarence Kelley, era conocido en todo el FBI como *El Rábano* porque del cuello de la camisa para arriba, era rojo como un tomate, probablemente

debido a la tensión alta que, a su vez, debió de provocarle trabajar para Hoover durante tanto tiempo. El Rábano leyó lo que habíamos llamado «Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal» (incluida la información de que la versión «piloto» ya llevaba 18 meses en funcionamiento) y, de inmediato, lo rechazó.

Para empezar, escribió, la idea era totalmente ridícula. La tarea del FBI era capturar a los criminales, llevarlos a juicio y encarcelarlos. Nuestro trabajo no era hacer algo que un asistente social podía y debía hacer; no éramos sociólogos ni teníamos que serlo; las entrevistas distendidas con criminales eran para los académicos. No existía en el FBI ninguna tradición de hacer algo tan descabellado como entrevistar a asesinos y, además, debido a la relación conflictiva que siempre habíamos tenido con la comunidad criminal, El Rábano estaba convencidísimo de que, de todas maneras, no hablarían con nosotros.

La reacción de El Rábano era muy característica y acorde con la actitud reinante en el FBI en los años cuarenta, el periodo en el que ascendió bajo Hoover. No importaba en absoluto que ya hubiera logrado hablar con una docena de asesinos convictos, que hubieran conversado conmigo abiertamente, y que el FBI hubiera aprendido cosas nuevas sobre la conducta criminal en el proceso. En la tradición no había precedentes para esta clase de acción y, si no hay precedentes, una acción no puede ser válida. Uno de los objetivos que exponía en mi memorándum era involucrar a expertos en conducta criminal y psicología que no fueran del FBI, idea que tampoco gustó a El Rábano, porque iba en contra de la vieja actitud de que nadie ajeno al FBI nos podía enseñar nada de valor. Tal postura era absurda, lo mismo que todas las respuestas del Rábano, pero una vez que él había dicho que «no», el proyecto estaba muerto. La regla de Grace Hopper se había cumplido totalmente. Ya no habría más entrevistas con presos.

Así que simplemente esperé a que se jubilara El Rábano y William Webster, un hombre que miraba hacia el futuro, sucediera a Clarence Kelley. Para aquel entonces, Ken Joseph también se había jubilado y nuestro nuevo jefe administrativo, James McKenzie, se mostró entusiasmado con el proyecto. McKenzie fue el director adjunto más joven de la historia del FBI; su rápido ascenso daba cuenta de sus capacidades personales y su aptitud

para comprender el funcionamiento del engranaje burocrático. Lo que McKenzie hizo fue reenviar mi memo, con muy pocos cambios, a Webster. El nuevo director tenía el mandato de darle un nuevo rumbo al FBI y había mencionado la posibilidad de trabajar con expertos de fuera y explorar nuevos campos. Su primera reacción al leer mi memo era que quería saber más, por lo que nos invitó a McKenzie, a Monroe y a mí a una «comida de trabajo» en su despacho.

La comida tuvo lugar en una sala de reuniones mediana al lado del despacho del director, uno de esos lugares aburridos que tanto gustan a los que diseñan los edificios oficiales. Algunos burócratas de mayor rango se habían adherido *de pegote* al proyecto, así que teníamos bastante público, pero el proyecto era mi hijo y yo hice la presentación. Los demás se limitaron a comer y no hablaron mucho. Tenía un bocadillo delante de mí pero no me lo podía comer, porque estaba muy ocupado hablando. El director Webster era un hombre tranquilo e imperturbable que ocultaba muy bien sus emociones y durante mi discurso no detecté ninguna señal de si le gustaba mi idea o no. De hecho, era tan difícil detectar qué pensaba que lo di por imposible. Sin embargo, al final señalé que el proyecto había sido rechazado anteriormente por El Rábano y este dato sí le llamó la atención, porque le habían designado para orientar al FBI en nuevas direcciones.

Entonces el director pasó de pasivo a activo y —en vista de lo que era el procedimiento burocrático normal— nos sorprendió bastante: aprobó el proyecto durante esa misma reunión. Apoyó el proyecto, pero a condición de que se hiciera correctamente. No quería que se hiciera mal; el término que utilizó para referirse despectivamente a la forma normal de hacer las cosas era «investigación de andar por casa». Insistió en que colaboráramos con universidades y hospitales de primera clase. También se alegró de que los principales colaboradores seleccionados vinieran de la Universidad de Boston y del *Boston City Hospital*, y de que los otros fueran todos reconocidos expertos académicos en psiquiatría, psicología y el estudio de la conducta criminal. Yo los conocía a todos de los congresos a los que había asistido y llevaba años hablando con ellos. En poco tiempo el proyecto recibió la aprobación de todos los escalones jerárquicos del FBI.

Más tarde, me hizo gracia enterarme de que la sesión con Webster había sido realmente una comida de trabajo: recibí una nota pidiéndome siete dólares por el bocadillo que no me había comido al estar demasiado ocupado con mi discurso. Pero bueno, nos habían dado el «adelante» y eso era lo realmente importante. También recibimos algunos fondos del Departamento de Justicia en los meses siguientes. Íbamos a poder dedicarnos una semana entera a entrevistar a presos sin tener que combinarlo todo con las clases itinerantes.

Antes de que llegaran los fondos para el Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, pero después de saber que todo iba a ser aprobado y financiado, decidí visitar a William Heirens, el asesino que me había interesado tanto cuando tenía nueve años. Como de costumbre, un colega mío y yo estábamos de viaje, impartiendo clases itinerantes en Saint Louis, y fuimos a verle a una cárcel en el sur de Illinois. Heirens llevaba más de 30 años encarcelado y ya tenía casi 50 años de edad. Le expliqué que sus crímenes me habían intrigado desde mi infancia y que, en cierto sentido, nos habíamos criado juntos en Chicago. Él tenía 17 años cuando yo tenía 9 y los ocho años que nos separaban parecían todavía menos ahora que antes.

En el tiempo transcurrido entre los años cuarenta y los setenta había aprendido mucho sobre Heirens, el contenido sexual de sus asesinatos, la serie de robos fetiche que cometió antes, los numerosos intentos de asesinato y agresiones que le habían sido atribuidos con ciertas reservas, y su capacidad para mantener sus crímenes ocultos a su familia y amigos. Su primera línea de defensa había sido tan extraordinaria como sus crímenes: dijo que el culpable era otra persona, George Murman, con quien había convivido. Era mentira, porque había llevado a los investigadores a los lugares de los crímenes e hizo una reconstrucción de sus actos durante los asesinatos. Sólo cuando se le interrogó duramente acabó admitiendo que George Murman era una creación mental suya.

Heirens no tenía realmente una personalidad múltiple, aunque sus problemas se habían iniciado y manifestado desde muy joven, volviéndose plenamente visibles en la adolescencia. Tenía fantasías sexuales y, cuando estaba solo en su habitación, pegaba fotos de líderes nazis en un álbum de

recortes y las miraba mientras se ponía ropa interior femenina. Las fotos fueron descubiertas, así como todo un arsenal de pistolas y rifles, y este hecho, unido a su confesión de varios robos con allanamiento e incendios, hizo que le enviaran a un internado católico como alternativa al encarcelamiento. Allí terminó sus estudios en pocos años y mostró una conducta lo bastante buena como para ser readmitido en la sociedad, especialmente porque tenía tan buenas notas académicas que se podía saltar la mayoría de las asignaturas del primer curso en la Universidad de Chicago y hacer algunos estudios avanzados. Empezó a matar poco después de salir del internado y, mirando atrás, los asesinatos eran la continuación de los allanamientos y otros crímenes que había cometido al principio de su adolescencia. De hecho, también cometió muchos más robos con allanamiento entre un asesinato y otro.

En realidad, Heirens no había sido juzgado nunca. Durante los preliminares, los psiquiatras dijeron a su abogado defensor que, aunque Heirens alegara que a veces se convertía en George Murman —¿*Murderman?*—³ y que no era responsable de sus actos, ningún jurado lo comprendería o creería y, si lo intentaba, sería condenado a muerte sin lugar a dudas. Las pruebas en su contra —huellas dactilares, escritos y su confesión— eran abrumadoras. La opción alternativa era declararse culpable y que los psiquiatras recomendaran una pena de prisión y tratamiento. Heirens aceptó el trato, se declaró culpable y fue sentenciado a cadena perpetua. Después de la condena, los padres de Heirens se divorciaron, cambiaron de nombre y empezaron a acusarse mutuamente de haber sido responsables de los crímenes de su hijo. En cuanto a Heirens mismo, fue un preso modelo. De hecho, fue el primer recluso del estado en obtener una licenciatura mientras estaba en la cárcel e incluso trabajó en un postgrado.

Yo estaba realmente preparado para la entrevista con el hombre cuya vida había seguido desde mi infancia, pero no salió tan bien como esperaba. Aunque Heirens respondió cuando vio que yo sabía mucho sobre él, ya no estaba dispuesto a admitir que había cometido los crímenes de los que antes se había declarado culpable. Había decidido que era la víctima de un montaje, por lo que ya no quería reconocer —como había hecho en los cuarenta, tras su detención— que había asesinado a dos mujeres adultas que lo habían

sorprendido durante un robo con allanamiento, o que había estrangulado y descuartizado a una niña de seis años. Yo recordaba especialmente que Heirens había reducido a Suzanne Degnan en su cama. Sólo entonces mató a la pequeña, la envolvió en una sábana, la bajó al sótano para descuartizarla y después, tranquilamente, se deshizo del cuerpo y volvió a su propio cuarto en el colegio mayor. El hombre era un monstruo y ahora negaba su culpabilidad.

Heirens sí reconoció, no obstante, haber tenido algunos problemas sexuales y haber cometido los robos con allanamiento, de los que ahora se arrepentía como si fueran bromas de adolescente. Dijo que nunca había sido un peligro para la sociedad y que, en vista de los muchos años que había sido un preso modelo, tenía derecho a pasar el resto de su vida fuera de la cárcel.

Aquella entrevista me decepcionó. No obstante, el tema en general, es decir, el intento de entrevistar a asesinos en serie convictos con el fin de obtener información útil para la policía, iba por buen camino y formaba ya parte de un programa establecido dentro del FBI y el Departamento de Justicia. Con el tiempo, llegaría a entrevistar personalmente a más de cien de los criminales violentos más peligrosos recluidos en las cárceles estadounidenses, formaría a otros investigadores para continuar la tarea y, con la información recogida, ampliaría significativamente los conocimientos sobre las pautas seguidas por los asesinos y sobre técnicas de detención de aquellas personas cuya mente produce dichas pautas. En su juventud, Bill Heirens había escrito con pintalabios en una pared: «Por el amor de Dios cogedme Antes de que vuelva a matar No puedo controlarme.» Yo me dedicaría a entrevistar a asesinos en serie en un intento de hacer eso mismo.

3

ENTREVISTAS CON ASESINOS

Estaba terminando mi tercera entrevista con Edmund Kemper, un hombre enorme que medía 2 metros y cinco centímetros, pesaba casi 136 kilos, era extremadamente inteligente, había matado a sus abuelos durante su infancia, había pasado cuatro años en reformatorios y, al salir, había matado a ocho personas más, entre ellas, su madre. Le habían caído siete cadenas perpetuas consecutivas. Había ido a entrevistarle a la prisión de Vacaville, California, en dos ocasiones más, la primera con John Conway y la segunda con Conway y mi colega en Quantico, John Douglas, al que estaba introduciendo en este campo. Durante la entrevista profundizamos bastante en el pasado de Kemper, sus motivaciones para matar y las fantasías relacionadas con los asesinatos. Era un hombre de gran complejidad intelectual que no sólo había matado a sus víctimas, sino que también las había decapitado y descuartizado. Nadie jamás había hablado con él de la forma en que nosotros lo habíamos hecho, ni con tanta profundidad. Yo estaba tan contento con la buena relación que había logrado con Kemper que me decidí a tener una tercera sesión con él, a solas. La conversación tuvo lugar en una celda justo fuera del corredor de la muerte, la clase de celda que se emplea para dar la última bendición a un preso que está a punto de morir en la cámara de gas. Aunque Kemper no estaba aislado de la población reclusa general, éste era el lugar que las autoridades habían elegido para nuestra entrevista. Tras conversar con Kemper en esta celda cerrada y claustrofóbica durante cuatro horas, tocando temas relacionadas con las conductas más depravadas, consideré que habíamos llegado al final y pulsé el botón para avisar al guardia de que me dejara salir.

No apareció nadie, así que seguí con la conversación. La mayoría de los asesinos en serie son personas solitarias pero, aun así, les gusta todo lo que alivie el aburrimiento de la cárcel, como mis visitas. Piensan en muchas cosas

y, cuando tienen delante a un buen entrevistador, tienden a hablar. También es bastante fácil prolongar las conversaciones con ellos. Sin embargo, Kemper y yo ya habíamos llegado al término de nuestra entrevista y, después de unos minutos más, pulsé el botón por segunda vez, todavía sin respuesta. Quince minutos después de la primera vez, pulsé el botón por tercera vez y nadie vino.

Debió de pasar una expresión de miedo por mi cara, a pesar de mis intentos por mantener la calma y la frialdad, y Kemper, muy sensible a la psique de los demás (como la mayoría de asesinos), la detectó.

«Tranquilo. Están cambiando de turno y dando la comida a los que están en las zonas de seguridad.» Sonrió y se puso de pie, acentuando su tamaño enorme. «Puede que tarden quince o veinte minutos en venir por ti.»

Aunque creía mantener una actitud de calma y tranquilidad, estoy seguro de que esa información provocó señales de pánico más claras en mí y Kemper reaccionó ante ellas.

«Si ahora se me cruzaran los cables, ¿no te parece que lo pasarías mal? Te podría arrancar la cabeza y ponerla sobre la mesa para que el guardia la viera al entrar.»

Mi cabeza daba mil vueltas. Me imaginaba cómo vendría a por mí con sus largos brazos, inmovilizándome contra la pared, estrangulándome y retorciendo mi cabeza hasta romperme el cuello. No necesitaría mucho tiempo y, con la diferencia de tamaño que mediaba entre los dos, seguro que acabaría rápidamente con mi resistencia. Él tenía razón: me podía matar antes de que yo o cualquier otra persona pudiera hacer algo al respecto. Le dije, pues, que si se metía conmigo, tendría serios problemas.

Se burló: «¿Qué pueden hacer? ¿Impedirme ver la tele?»

Contesté que con total seguridad terminaría encerrado en «el agujero» —la celda de aislamiento— durante un periodo extremadamente largo. Los dos sabíamos que el aislamiento del agujero deja a muchos reclusos al menos temporalmente locos.

Kemper le restó importancia, diciendo que ya era un experto en eso de estar en la cárcel, que podría aguantar el dolor del aislamiento y que ello no duraría para siempre. Al final, su situación volvería a ser más normal y los

inconvenientes no serían nada en comparación con el prestigio que ganaría entre los otros reclusos por haberse *cargado* a un agente del FBI.

Mi pulso corrió los cien metros lisos mientras intentaba pensar en algo que decir o hacer para impedir que Kemper me matara. Estaba bastante seguro de que Kemper no lo haría, pero no tenía la total seguridad, ya que, a fin de cuentas, se trataba de un hombre extremadamente violento y peligroso que, como él sugería, tenía muy poco que perder. ¿Cómo había podido ser yo tan estúpido como para entrar en ese cuarto sin acompañante?

De repente, supe cómo me había metido en esa situación. ¡Que precisamente tuviera que ser yo el que cayera en la trampa! Había sucumbido a lo que los estudiantes de las situaciones con rehenes conocen como el «Síndrome de Estocolmo»... Me había identificado con mi secuestrador y le había otorgado mi confianza. A pesar de haber sido el instructor jefe del FBI en técnicas de negociación de rehenes, ¡había olvidado este dato esencial! La próxima vez no sería tan arrogante de pensar que había logrado una buena relación con un asesino. La próxima vez...

Le dije: «Ed, no me digas que crees que vendría aquí sin tener algún modo de defenderme.»

«No me jodas, Ressler. Aquí no te dejarían entrar con armas.»

Kemper tenía razón, por supuesto. Los visitantes no pueden llevar armas dentro de las cárceles por temor a que los reclusos las cojan y las empleen para amenazar a los guardias o escaparse. No obstante, señalé que los agentes del FBI disfrutaban de algunos privilegios especiales que los guardias normales, policías y otras personas que entraban en una cárcel no tenían.

«Entonces, ¿qué tienes?»

«No voy a revelar lo que pueda tener o dónde lo pueda llevar.»

«Venga, venga. ¿Qué es? ¿Una pluma con veneno?»

«Quizá, pero también hay más tipos de armas.»

Entonces Kemper se puso a pensar. «Artes marciales, pues. ¿Karate? ¿Tienes cinturón negro? ¿Crees que podrías conmigo?»

Con eso, pareció que la situación había cambiado un poco, si no se había invertido del todo. Había un matiz casi de cachondeo en su voz; eso deseaba yo, al menos. Pero no estaba seguro y Kemper comprendió que yo no estaba seguro e intentó seguir desconcertándome. Sin embargo, para entonces ya me

había serenado un poco y pensé en mis técnicas de negociación de rehenes, la más importante de las cuales es que hay que seguir hablando y hablando y hablando, porque ganar tiempo siempre parece calmar los ánimos. Hablamos un rato sobre las artes marciales, que muchos presos aprenden para poder defenderse en el duro entorno penitenciario, hasta que finalmente apareció un guardia y abrió la puerta.

El procedimiento normal es que el entrevistador se quede en la habitación mientras el guardia lleva al preso de vuelta a su celda. Cuando Kemper se dispuso a salir con el guardia, me puso la mano en el hombro.

«Sabes que sólo estaba bromeando, ¿verdad?»

«Por supuesto», dije, soltando un gran suspiro.

Me propuse no volver nunca a ponerme ni a mí, ni a ningún otro entrevistador del FBI, en una situación similar. Desde entonces, nuestra política fue la de nunca entrevistarse a solas con un asesino, violador o agresor de niños convicto, y hacerlo siempre en pareja.

El Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal (PIPC) era mi hijo y, cuando se puso en marcha a finales de los setenta, me volqué en él, aprovechando mis viajes con la escuela itinerante para entrevistar a hombres (y a unas pocas mujeres) en varias cárceles a lo largo del país. Antes de terminar de hacer las entrevistas personalmente y dejar esa tarea a mis colegas, había entrevistado a más de cien criminales violentos convictos, más que cualquier otra persona viva. (Mis esfuerzos acabaron siendo reconocidos dentro del FBI y por instituciones asociadas. Gané en dos ocasiones el Premio Jefferson, concedido anualmente por la Universidad de Virginia, para la que el campus de Quantico también hacía de escuela anexa.) La información recogida en estas entrevistas fue sistematizada y analizada para el PIPC y, con el tiempo, mis colegas y yo mismo pudimos discernir y documentar ciertos patrones en el historial y comportamiento de estos asesinos. Los patrones de la infancia y adolescencia, los factores de estrés previos al crimen y el modo de comportarse durante el mismo forman la base de varios capítulos posteriores de este libro. No obstante, antes de profundizar en estas conclusiones quisiera centrarme en el arte de entrevistar a asesinos convictos y en algunos de los momentos clave transcurridos

durante el tiempo que pasé en cuartos pequeños de distintas prisiones, hablando con estas personas que habían cometido el delito que la sociedad considera más grave de todos.

Las entrevistas a criminales violentos sólo tienen valor en la medida en que aportan información útil para la policía sobre su personalidad y acciones. Para que el entrevistador pueda obtener tal información es necesario que el recluso lo tome en serio y que haya suficiente confianza como para que hable libremente. Eso requiere ganarse su respeto.

Para ello, es necesario ocultar los sentimientos que en uno despiertan los horrendos crímenes que estos individuos han cometido. Si, mientras un asesino estaba describiendo el modo en que había mutilado un cuerpo, yo hubiera mostrado mi disgusto a través del lenguaje corporal o una expresión facial, aquello habría zanjado la conversación. En el otro extremo, si hubiera contestado algo como, «Ah, le cortaste la cabeza. No pasa nada, conozco a un montón de tíos que lo han hecho», probablemente tampoco se habría sentido muy inclinado a darme más detalles. Bromear con criminales violentos no es la mejor manera de tratar con ellos. Puede que estos individuos estén locos, pero no son estúpidos ni totalmente insensibles a los matices de la conducta interpersonal.

La mayoría de los entrevistadores pasan a las preguntas difíciles demasiado deprisa. Entonces se alzan las barreras mentales y la entrevista ha terminado. Hay que tener presente que estos reclusos poseen todo el tiempo del mundo y, si no se sienten a gusto, saldrás de la entrevista sin nada. Por lo tanto, es esencial dedicar tiempo a intentar que se sientan bien revelando detalles íntimos de su vida. Yo voy lento, acariciando la superficie, sondeando suavemente y acercándome más y más hasta que siento que ha llegado el momento oportuno para hacer las preguntas difíciles; a veces eso requiere muchas horas o varias visitas.

Algunos hombres y mujeres que trabajaban en la Unidad de Ciencias de la Conducta (UCC), por un motivo u otro, no estaban a la altura de la tremenda tarea de entrevistar a criminales violentos convictos. Un colega mío tuvo que entrevistar a un hombre que había abusado de y asesinado a varios niños. El entrevistador tenía hijos, sentía disgusto hacia el asesino por ello, y la entrevista salió irremediablemente mal. Cuando el entrevistado se quejó

del humo del tabaco y quiso abrir una ventana, el agente respondió que tenía que sentarse y contestar a las preguntas sin objetar. Luego, en respuesta a una de nuestras preguntas estándar (qué le habría gustado ser de no haber tomado el camino del crimen), el recluso dijo que le habría gustado ser astronauta.

Entonces, el agente le dijo aparte a otro colega del FBI: «Sí, y seguro que te habría gustado tener a un niño pequeño contigo allí en la cabina.»

Aquella era una conducta innecesariamente hostil por parte del agente, un interrogatorio antagonista que iba totalmente en contra del objetivo de la entrevista. El agente había sido víctima del estrés de la situación. Poco tiempo después, este agente vino a verme (ya que era yo quien le había encargado la entrevista con el agresor de niños) y admitió que eso de las entrevistas no era lo suyo. «No puedo trabajar con estos animales», me dijo. Admiré su valor al reconocer sus limitaciones. Se decantó por otra especialidad y se convirtió en una de nuestras estrellas en el área de estrés policial y asistencia psicológica a policías. No es que no tuviera talento ni pudiera realizar una buena labor; simplemente, no se adaptaba a la difícil tarea de entrevistar a agresores de niños convictos e intentar extraer de las entrevistas algo que fuera útil para la policía.

Mucha gente se quería apuntar al Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, aunque la mayoría no quería hacer el trabajo duro. Estaban más que encantados de acompañar en las entrevistas a asesinos muy conocidos como Manson o Berkowitz. En cambio, no querían invertir el tiempo y esfuerzo necesarios para entrevistar debidamente a criminales menos conocidos pero cuyos crímenes eran igual de horrendos. Hacían falta muchas horas de preparación antes de entrar en una prisión. Luego, antes de realizar la entrevista, había que estudiar detenidamente el expediente carcelario y completar el largo «protocolo» que habíamos diseñado. Muchas veces, las entrevistas duraban entre tres y cuatro horas, e inmediatamente después había que escribir un informe para completar el resto del protocolo, así como realizar otras tareas administrativas.

Casi todos en la Unidad sufrimos los efectos del estrés causado por las situaciones que nuestro trabajo implicaba. Una mujer que hacía perfiles lo dejó tras unos años porque su trabajo le ocasionaba pesadillas. Se encontró con que ya no podía tratar racionalmente con casos en los que alguien entraba

en una casa y violaba a una mujer; ella también se dedicó a otro trabajo en el FBI. Varios de nuestros agentes desarrollaron úlceras sangrantes y tres tuvieron ataques de ansiedad tan graves que al principio se pensó que eran infartos. Cuatro de nosotros, yo incluido, tuvimos periodos en los que perdimos peso de manera rápida e inexplicable, aproximadamente entre diez y veinte kilos en seis meses. Nos hicieron diversas tandas de pruebas, incluido el chequeo gastrointestinal estándar, y no se descubrió ninguna causa puramente física; estaba todo relacionado con el estrés. Otro agente masculino se dejó embaucar por un asesino de masas hasta el punto de utilizar el antagonismo que este criminal sentía hacia mí para conseguir ser el único que tuviera acceso a él. Llegó incluso a pasarle una gran cantidad de información del FBI que el asesino esperaba utilizar para recurrir su pena de muerte. Este comportamiento por parte del agente se debió, por un lado, a que el asesino era un excelente manipulador y, por otro, a la falta de experiencia del agente que, al ser nuevo, no estaba preparado para resistir el gran control que el asesino ejercía sobre todo aquel que se cruzaba en su camino. El agente logró involucrar a un supervisor administrativo del FBI en sus hazañas. Pronto este supervisor, que también soñaba con alardear luego de lo cerca que había estado de un personaje atractivo y malvado, quería acompañar al agente a las entrevistas con el asesino. Cuando éste fue finalmente ejecutado, el agente se quedó pálido y desorientado, tan afectado como si acabara de perder a un amigo íntimo o un familiar —un sorprendente ejemplo del peligro que conlleva mirar demasiado tiempo en lo profundo del *abismo*—.

El poseer estabilidad en la vida le permite a uno mantener una distancia útil al entrevistar a criminales violentos, pero incluso cuando los agentes implicados son estables, como yo, el estrés es considerable. Por supuesto, cuando empecé a realizar las entrevistas en 1978, no tenía ni idea del estrés que conllevarían.

Ahora comentaré por encima las circunstancias en que se desarrollaban las entrevistas. La mayoría de los visitantes, incluso los familiares o abogados, sólo tienen acceso limitado a los reclusos. Han de hablar a través de un agujero en un cristal o por un teléfono, o están de un modo u otro a cierta distancia del preso. A mí generalmente se me permitía realizar las

entrevistas en una sala de esas que están reservadas para abogados, o en el cuarto de un jefe de la guardia, así que los presos y yo estábamos relativamente cómodos. En ocasiones, los presos entraban esposados; siempre pedía que les quitaran las esposas, y así intentaba conseguir una buena relación con el entrevistado. Al principio de las entrevistas, los presos sentían curiosidad por saber qué quería el FBI de ellos, así que solía empezar hablando sobre ellos, demostrando que sabía mucho, y diciendo que no había venido para recabar información sobre un crimen en particular, sino simplemente para investigar determinadas categorías de delincuentes. No decía que los que me interesaban eran los asesinos sexuales porque habría sido un error. Le decía al recluso que quería saber cosas sobre su infancia, sobre su vida en general, y que nada de lo que me dijera llegaría a las autoridades carcelarias. Esta última «regla» era muy importante, ya que el mayor miedo de los reclusos era precisamente que el aparato penitenciario se enterara del contenido de nuestras entrevistas y que esa información fuera empleada en su contra de alguna manera. Por algún motivo (quizá mi fervor a la hora de prometerles confidencialidad) me creían y yo siempre cumplí mis promesas. También les avisaba de que no me hablaran de ningún crimen no juzgado —por ejemplo, que no admitieran que en realidad no mataron a una docena de personas, sino a dos docenas— porque, si lo hacían, tendría que leerles sus derechos y esa nueva información podría desencadenar una investigación, etc.

Casi todo el mundo quiere hablar con Charles Manson, principalmente para poder decir que lo han hecho, más que porque les interese lo que Manson pueda decir. Manson y algunos otros han sido entrevistados repetidamente por periodistas y sensacionalistas de una clase u otra, y están hartos de recibir ese tratamiento. Recuerdo una entrevista que hace unos años le realizó a Manson el presentador de televisión y radio Tom Snyder. En dicha entrevista, Snyder le preguntó a Manson qué se sentía al cortar una oreja. Aquélla era una pregunta perfecta para repugnar a Manson, para que se volviera insincero, evasivo y hostil hacia el entrevistador. Viendo la entrevista, me quedó claro que en aquel momento Manson perdió todo respeto por Snyder. Casi podía escuchar a Manson diciéndose mentalmente: «Este tío es un idiota. Está jugando, así que yo también jugaré.» Allí terminó

la entrevista, al menos por lo que se refiere a la obtención de información seria. Si Snyder le hubiera preguntado a Manson por qué cortó una oreja, podría haber conseguido una respuesta interesante, probablemente relacionada con el vínculo entre aquel extraño acto y las fantasías de Manson. Sin embargo, Snyder tomó otro rumbo y no obtuvo nada que tuviera valor para nadie, excepto quizá para encandilar al público.

Al hablar con estas espectaculares personalidades criminales, mi experiencia fue que era primordial estar extremadamente bien preparado, a fin de que los asesinos comprendieran que no estábamos allí para hacerles perder el tiempo. Tenía que dejarles bien claro que valía la pena hablar conmigo. Eso de saber mucho sobre sus vidas y casos formaba parte de la imagen que yo proyectaba y contribuía a convencerles de que podía ser merecedor de su confianza. Así, por ejemplo, cuando un preso estaba en mitad de una historia, yo mostraba que conocía los nombres y otros antecedentes a los que se estaba refiriendo. Un día, Manson empezó a contar: «Pues Bobby me llevó a conocer a unos traficantes de droga». Antes de que pudiera continuar, le interrumpí.

—«¿Bobby Beausoleil?»

«Sí», contestó y siguió, con la certeza de que su interrogador había hecho sus deberes y estaba al tanto de todos los datos conocidos sobre su vida, y que comprendería, por tanto, las referencias. Yo le interrumpí, precisamente, para que supiera eso, para informarle de que sabía de lo que estaba hablando y que lo consideraba importante. Manson reaccionó hablando con mayor franqueza. Cuando habló con Tom Snyder, tuvo que ir lento y explicarlo todo, por lo que le dijo poca cosa de importancia. Pero cuando estaba con alguien que le trataba con respeto, como yo, Manson se sentía cómodo para hablar libremente, soltar cosas en las que había pensado, partes de su historia que ningún policía había oído antes, consciente de que yo sabía lo suficiente para poder seguir su relato.

Otra cosa que me ayudó fue que siempre intenté encontrar y hablar sobre algún aspecto positivo de la vida de estos asesinos. Tex Watson había vuelto a encontrar la fe; podíamos empezar por ahí. Heirens había sido un preso ejemplar. Era más difícil encontrar algo positivo en un hombre como Manson, por supuesto, pero al menos podía centrarme en algo que él pudiera

considerar positivo dentro de su mundo, aunque el resto de la humanidad no lo viera del mismo modo. En el caso de Manson, se trataba de la manera en que la gente se relacionaba con él.

Manson quería informarme —una vez que hubimos dejado atrás la fase de la conversación que yo más tarde denominaría «el cortejo»— de que realmente no sabía por qué estaba en la cárcel, ya que no estaba presente cuando los asesinatos fueron cometidos. Lo que intentaba decirme era que no se consideraba *realmente* culpable. Dijo que, cuando miras un negativo fotográfico, ves una versión del mundo que está al revés y que él era esa clase de negativo de la sociedad, un reflejo que mostraba todos sus aspectos negativos.

La clave para descifrar el misterio de Manson radica en que la primera fase de su vida fue, efectivamente, muy mala. Cuando salió de la prisión de Terminal Island en California a la edad de 32 años, resuelto a no estar nunca más entre rejas, ya había pasado 20 años en la cárcel o en reformatorios desde su adolescencia. (Muchos hombres que han sido criminales entre los diez y los 30 años de edad abandonan su conducta antisocial con la madurez y consiguen llevar una vida no criminal cuando salen de la cárcel.) Manson, un hombre bajo y poco atractivo que medía un metro sesenta y ocho y pesaba 59 kilos, era emocionalmente muy perspicaz. Había aprendido a tocar la guitarra en la cárcel e incluso componía algo de música. Quería ser músico y algún día ganarse la vida así. Cuando salió de la cárcel a mediados de los sesenta, pudo integrarse sin problemas en la contracultura que en aquel entonces se estaba implantando entre los jóvenes de la costa oeste. Se sumó al movimiento juvenil y le sacó partido.

«Veía la clase de gente que los jóvenes admiraban y me convertí en eso.» Entendió quizá mejor que los jóvenes mismos el qué y a quién respetaban: a la gente de pelo largo, la que lleva sandalias, gente un poco fuera de lo común que habla en términos metafísicos, toca la guitarra y escribe canciones que pocos comprenden. Comprobó que sólo tenía que andar por el distrito de Haight-Ashbury en San Francisco —el corazón de la cultura del LSD— y que, por ser doce años mayor que los *hippies*, llevar cierta ropa y comportarse de cierta manera, los jóvenes se congregaban a su alrededor en masa. «Miré lo que querían ver y en eso me convertí.»

Muy pronto consiguió «comida gratis, alojamiento gratis, sexo gratis, droga gratis» y se convirtió en una especie de gurú. «Me convertí en un negativo, un reflejo de estos jóvenes.» Manson explicó esta metáfora diciendo que, cuando miras a un espejo, no estás realmente viendo el espejo, sino lo que se refleja en su superficie. «Estaban buscándose a sí mismos», reconoció. «Oye, que yo no soy un tipo grande. No puedo ir por ahí pegando patadas, así que tengo que conseguir las cosas con mi cerebro.» Sus ojos, de mirada fija e hipnótica, le fueron de mucha ayuda; comprobó que era capaz de controlar a unos jóvenes más que a otros y que los primeros harían lo que él les pidiera. En el desierto, cerca de Death Valley, montó el equivalente de un campo de verano para jóvenes aberrantes y rebeldes. Al ser mayor que ellos y más experimentado en las técnicas de manipulación aprendidas durante los veinte años que pasó en la cárcel, fue rompiendo las defensas de los jóvenes y pidiéndoles más y más, hasta que terminaron pasando de delitos menores a crímenes mayores.

Manson había llegado a la conclusión de que, como no había hecho más que reflejar lo que sus discípulos querían ser, no era realmente responsable de los asesinatos cometidos por ellos; por eso «no sabía por qué» estaba en la cárcel. Era una explicación muy ingenua, por supuesto, ya que se negaba a tomar en consideración su propia personalidad psicopática, así como su inclinación hacia el poder. Aun así, en nuestras conversaciones explicaba sin tapujos las técnicas con las que había dominado a los que le rodearon. Para descifrar los asesinatos cometidos por él y sus discípulos hay que comprender la capacidad genial que Manson tenía para la manipulación. No ordenó los asesinatos claramente —como el fiscal Bugliosi alegó— sino que creó un clima en el que los discípulos sabían qué hacer para complacerle y deseaban hacerlo. En el momento en que sus discípulos estaban a punto de asesinar a los La Bianca, Manson les dijo que tenía que salir fuera, que no debía estar presente durante los asesinatos porque, al ser un ex presidiario, aquello violaría su libertad condicional. Sus discípulos creyeron esta explicación.

Una vez, durante nuestra entrevista, Manson se volvió un poco salvaje y empezó a saltar encima de la mesa para demostrarnos cómo los guardias controlan a los prisioneros en las instituciones. Yo le habría dejado despotricar un poco más pero John Conway le dijo secamente: «Charlie,

bájate de la mesa, siéntate y compórtate.» En aquella ocasión, la negativa de Conway a consentir el teatro de Manson resultó ser la respuesta adecuada ya que Manson se sentó y habló más claramente sobre sus técnicas de control mental.

Cuando la entrevista llegaba a su fin, Manson me imploró que le diera algo que se pudiera llevar a su celda; quería un recuerdo para poder decir que había «engatusado» a un agente del FBI. Dijo que si no, nadie se creería que había estado hablando con nosotros durante todo este tiempo; sería difícil de explicar y su posición jerárquica entre los reclusos bajaría. Cogió mi insignia del FBI, se la puso en la camisa y actuó como si estuviera dando órdenes a los guardias y los otros presos. Le dije que no se podía quedar la insignia. A Manson le encantaban unas antiguas gafas de sol de piloto que yo había traído y decidí regalárselas. Las cogió y se las puso en el bolsillo de la camisa pero advirtió que los guardias probablemente le acusarían de haberlas robado. Fue, efectivamente, lo que pasó. Los guardias trajeron a Manson de vuelta a la habitación mientras él se resistía y protestaba sobre lo horrible que era que alguien le creyera capaz de ratear. Puse cara seria y afirmé que le había dado las gafas de sol. Los guardias me miraron como si fuera un gilipollas. Luego, pavoneándose lo mejor que podía y llevando las gafas de sol que desentonaban totalmente del entorno, escondiendo sus temibles ojos, Manson se alejó por el pasillo. No me cabe la menor duda de que luego se jactó ante los otros presos de haber engañado al FBI. Era un ejemplo espléndido de los trucos de manipulación que Manson manejaba. En cuanto a mí, las gafas de sol y la pérdida de prestigio valían la pena a cambio de los conocimientos adquiridos sobre la mente de un asesino.

En mi viaje inicial por las cárceles, me desplazé por la costa californiana desde la prisión en la que estaba Manson a la de San Luis Obispo, donde se encontraba Charles «Tex» Watson. Watson afirmaba haber encontrado a Jesús en la cárcel; se había salvado y había vuelto a nacer. De hecho, se había convertido en un predicador de bastante renombre. Los domingos acudían los habitantes de las comunidades vecinas, así como otros presos, a escucharle predicar. Francamente, parecía tener a las autoridades carcelarias en un aprieto; andaba por la prisión como si fuera suya. Los encargados opinaban

que estaba haciendo un buen trabajo, que era un gran ejemplo de la rehabilitación. En mi opinión, era cierto que estaba haciendo un buen trabajo y ayudando a la gente. Ahora bien, si su proselitismo era completamente auténtico o una estrategia para conseguir la libertad condicional, eso no lo tenía tan claro.

El aspecto de Watson era bastante normal —o así me pareció después de visitar a Sirhan Sirhan, Charles Manson y Ed Kemper—. Admitió voluntariamente que cuando los asesinatos en la casa de los La Bianca y Sharon Tate, estaba completamente drogado y bajo la influencia de Manson; de haberse hecho justicia en aquel entonces, lo tendrían que haber ejecutado nada más terminar el juicio. Pero no fue ejecutado, Satanás lo abandonó, el Señor lo cogió en sus manos y ahora era realmente un hombre diferente al que había cometido los crímenes.

En el libro *Will You Die For Me?* —escrito con el capellán de la cárcel, Ray Hoekstra— Watson le echa toda la culpa a Manson, que había, según él, ordenado a sus discípulos que mataran. Justo antes de los asesinatos en casa de Sharon Tate, Manson había sacado a Watson de un apuro —apuñalando a un traficante de drogas al que habían estafado— y le había dicho que le devolviera el favor matando a unos cuantos «cerdos». En nuestras conversaciones, Watson admitió que Manson no le había dado órdenes directas y explícitas de cometer asesinatos, pero no había duda de que Manson sabía lo que Watson y los demás iban a hacer, que no hizo nada por detenerlo y que luego se deleitó sabiendo que lo habían hecho por él.

Watson se crió en una pequeña ciudad de Tejas y fue el típico chico americano. En su libro se describe a sí mismo como un estudiante que siempre saca matrículas de honor, campeón de deportes de pista (su récord en las vallas todavía no ha sido batido), *Yell Leader*,¹ y el típico chico de la puerta de al lado, el que lleva el pelo muy corto y cuyo ternero sale premiado en todas las ferias. Se graduó a finales de los sesenta y viajó por California, en busca de sol y playa, chicas, drogas alucinógenas y vida fácil. Conoció a Manson por casualidad, empezó a seguirlo y acabó dejándolo todo para poder estar cerca de él. Ahora, tras estar algún tiempo en la cárcel, Watson

comprendía a Manson: Charlie había actuado como un viejo convicto que domina completamente a otro nuevo. No lo había convertido en homosexual como había hecho con otros, pero sí lo había convertido en un esclavo.

«Cuando empecé a tomar LSD —comentó Watson— Charlie no era una figura importante en mi vida.» Sin embargo, tenía un amigo que era un evangelista del «evangelio según Charlie» y las chicas de la *familia* repetían la filosofía constantemente.

Decían que cada uno de nosotros tenía un ego, un deseo de afirmar nuestra identidad y nuestra existencia como algo separado del resto de la vida que nos rodea. Nos aferramos a este ego y pensamos que el yo independiente es lo único que nos permite sobrevivir, que sin él moriríamos. Pero... la Libertad Verdadera significa abandonarnos a nosotros mismos, dejar que ese viejo yo muera para poder ser libres del yo que nos separa de los demás, que nos separa de la vida misma. «Deja de existir», cantaba Charlie en una de las canciones que escribió. «Deja de existir y ven a decirme que me amas.» Las chicas lo repetían, una y otra vez —*deja de existir, mata a tu ego, muere*— de modo que, una vez dejes de existir, puedas ser libre para amar totalmente, fundirte con los demás por completo.

Manson fue debilitando la personalidad de los que le rodeaban a través de las drogas que alteran la mente; los ataques verbales contra la personalidad de sus discípulos y la implicación de éstos en orgías. Cada noche, después de la cena, Manson solía subirse a un montículo en la parte de atrás del rancho y recitaba su filosofía ante un público completamente drogado y lleno de admiración. Predicaba que había que dejar atrás y ridiculizar el pasado, especialmente la familia en la que nacieron y sus raíces de clase media. Lo único que importaba era la nueva familia, la Familia. Manson tenía treinta y tantos años e instó a la Familia a que lo viera como un nuevo Cristo, que también tenía una edad similar cuando fue crucificado. Al igual que Cristo, Manson cambiaría el mundo. Él, también, hablaba con frases apocalípticas, se burlaba de las enseñanzas de los padres y predicaba el amor. Para simbolizar la nueva personalidad de los acólitos después de ser expuestos a la verdad de Manson, les ponía nombres nuevos. A Watson le dio el nombre de Tex, no solamente por su origen y acento tejanos, sino también porque sólo podía haber un Charlie en la Familia Manson. De hecho, la rivalidad entre Manson y Watson, un tema del que hablaron ambos, influyó sin duda en la dinámica de los asesinatos.

La clave, sin embargo, fueron los sermones del montículo. Manson decía que el antiguo mundo estaba a punto de llegar a su fin, que llevaría su rebaño hasta una entrada secreta en el desierto, donde esperarían el final del Apocalipsis para luego salir y repoblar la Tierra. Era posible, mediante ciertas acciones, acelerar la destrucción del mundo presente y, para eso, se tenían que producir algunos asesinatos sangrientos. Desde su montículo, Charlie repetía una letanía: le habían estafado y quitado la infancia, nunca había tenido una fiesta de cumpleaños o una vida, lo habían *jodido* desde su primer día. Para compensar lo que se le había hecho, predicaba, había que matar a algunos *cerdos*. La definición de cerdo era gente de clase media, aventajada, personas que Manson opinaba tenían que ser sacadas de su cómoda vida y expuestas a la tortura y a una sangrienta muerte.

«Por muy extrañas que le suenen las enseñanzas de Manson a alguien de fuera», escribió Watson, «para nosotros eran irresistibles. Cuanto más LSD tomábamos y más le escuchábamos, más obvio e inevitable nos parecía todo». Manson les solía hablar cuando estaban bajo los efectos del LSD y les describía imágenes atractivas de asesinatos y torturas. «Seguíamos todos el ejemplo de Manson y nos imaginábamos la carnicería y el terror y, aunque todo era sólo un juego, las imágenes se quedaban grabadas en nuestro cerebro.»

Una noche, después de una de estas sesiones de juego de rol, Watson reunió a unas cuantas de las chicas y les dijo a ellas y a Manson que iban a salir y a realizar la obra del diablo. Él, Watson, sería el cabecilla y se responsabilizaría de los asesinatos; las mujeres —entrenadas por Manson para servir a los hombres— serían sus cómplices. Watson le dijo a Manson, según él mismo explicó: «Hacemos esto para ti, Charlie», y éste respondió: «Sí, Tex, hazlo y hazlo bien.» Manson, en cambio, me dijo que sólo le dijo a Watson: «Haz lo que tengas que hacer.»

En mi opinión, las dos versiones coinciden en lo esencial y no son contradictorias: aunque Manson no ordenó directamente los asesinatos, sí dejó muy claro que los condonaba y que no haría nada por evitar que sus discípulos mataran. Aunque los asesinatos formaban parte de la fantasía de Manson, comunicada a sus seguidores a través de descripciones verbales muy violentas, serían ellos (y no él) los que convirtieran esa fantasía en una

horrible realidad, acelerando de este modo el final de un mundo con *malas vibraciones* que tenía que acabar antes de que la paz y el amor de Manson pudieran iniciar otro mundo nuevo. Considerando que los discípulos de Manson habían cometido allanamientos y robos de coches y dinero siguiendo sus órdenes, que las mujeres se habían acostado con hombres a instancias suyas y que, en general, habían satisfecho todos sus caprichos, resulta obvio que, si Manson no hizo nada por evitar que Watson y las mujeres salieran a matar, fue porque, como mínimo, aprobaba la acción.

Aquella, sin embargo, no era toda la historia. Cuando habló conmigo, Manson dijo en confianza que lo más estúpido que había hecho en su vida fue «dejar que ese hijoputa de Watson tuviera demasiado poder en la Familia». Watson, por su parte, confirmó sin darle demasiada importancia que efectivamente había estado intentando subir en la estructura del poder de la Familia, para conseguir que las chicas lo vieran como una figura de autoridad. Con los asesinatos, Watson intentó convertirse, si no en el líder de la Familia, por lo menos en el principal lugarteniente de Manson, alguien al que todos debían respetar por lo terribles que eran sus crímenes y su familiaridad con la violencia. De modo que los asesinatos en casa de los La Bianca y Sharon Tate no eran ejecuciones minuciosamente planificadas y dirigidas, sino, más bien, una escalada de sucesos terribles que acabaron saldándose con media docena de vidas y que fueron cometidos por una pandilla de adolescentes conflictivos que se habían fugado de casa, cuya personalidad fue anulada y que se vieron envueltos en una lucha por el poder *familiar*.

Quise hablar con los otros miembros de la *Familia Manson* que se encontraban en las cárceles californianas, sobre todo con Susan Atkins, que participó en los asesinatos, pero no lo conseguí en este primer viaje. No obstante, pude entrevistar a Lynette «Squeaky» Fromme y Sandra Good en la Penitenciaría Federal de Mujeres de Alderson, en Virginia del Oeste. Ninguna de ellas participó en los asesinatos, pero habían pasado mucho tiempo con Manson. Cuando las dos entraron en la habitación, fue como una imagen sacada de una película. Squeaky llevaba un atuendo rojo con un pañuelo a juego alrededor de la cabeza y Sandra llevaba ropa verde con el

correspondiente pañuelo verde. Vinieron hacia nosotros con una pose de monjas, andando juntas, moviéndose al unísono. Se llamaban Roja y Verde entre sí y proclamaban que eran hermanas de la iglesia de Charles Manson.

Squeaky Fromme procedía de una familia normal, gente con educación que había trabajado en el programa espacial estadounidense. Sandra Good tenía un máster. A pesar de ser inteligentes, ambas habían cedido el control de su vida a Manson. Squeaky fue condenada por intentar dispararle al presidente Gerald Ford con una pistola del 45; la pistola no llegó a disparar porque un agente del Servicio Secreto metió la mano entre el martillo y el percutor (lesionándose en el proceso). Sandra estaba encarcelada por intentar extorsionar por carta; había escrito a algunos directores de grandes empresas, diciéndoles que si no paraban de contaminar la Tierra, los miembros de la Familia Manson (que estaban escondidos en todas partes) empezarían a matarles a ellos y a sus familiares. Estando en la cárcel, las «chicas» —ahora ya eran mujeres treintañeras— conservaron la fe. Creían que, algún día, Charlie saldría de la cárcel y le daría nueva vida al movimiento que sería la única esperanza para el futuro del planeta y que ellas participarían en ese proyecto. Me dijeron que, aunque les trajera un indulto presidencial, no saldrían de la cárcel a no ser que también se dejara salir a Manson. No pude sonsacarles mucha más información, aparte de comprobar cómo unas personas con una personalidad inadecuada pueden entregar su vida y destino a un psicótico que las lleva por muy mal camino. Sandra Good fue puesta en libertad a finales de 1991 y se mudó a una ciudad a cuarenta kilómetros de Manson. Charlie y el resto de la familia siguen encarcelados. Varias de las chicas han renegado de Manson e intentan conseguir la libertad condicional pero, hasta la fecha, sin éxito.

Richard Speck no era realmente un asesino en serie, sino lo que yo llamo un «asesino de masas». Una terrible noche en Chicago, a finales de los sesenta, entró en una casa con la intención de robar y se encontró con unas estudiantes de enfermería que vivían allí. A lo largo de la noche fueron llegando más chicas estudiantes. Las ató; algunas de las enfermeras estadounidenses dijeron a las demás que colaboraran porque estaban convencidas de que así no les haría daño, aunque las enfermeras filipinas

pusieron pegas. Se las fue llevando una por una a otra habitación, las agredió y luego mató a ocho de ellas, principalmente para que no pudieran identificarle. La novena enfermera había rodado debajo de la cama y tuvo que pasar por la experiencia de permanecer allí debajo mientras Speck agredía y mataba a una de sus amigas sobre esa misma cama. Al parecer, Speck había perdido la cuenta porque salió de la casa después de asesinar a la octava enfermera. De este modo, la superviviente pudo proporcionar una buena descripción a la policía, incluido el detalle de un tatuaje que decía: «Nacido para armar la gorda.» La policía remitió la descripción a los servicios de emergencia de los hospitales por si el individuo en cuestión se hacía daño, una técnica policial habitual que, en este caso, resultó provechosa. Unos días más tarde, Speck apareció en un hospital con una herida en un codo, fue reconocido por el tatuaje y detenido. (Una de mis preguntas a Speck trataría sobre aquella herida aparentemente autoinfligida en el interior del codo.) Speck fue identificado por la enfermera superviviente y por unas huellas dactilares que dejó en la escena del crimen. Fue juzgado y condenado a cadena perpetua.

Yo quería entrevistar a Speck porque era un asesino muy conocido, aunque no fuera muy inteligente ni pareciera tener una clara visión de sus crímenes. Según los psicólogos de la cárcel, era un matón cuyo comportamiento violento era de sobras conocido, tanto dentro como fuera del sistema penitenciario. Antes de recalar en Chicago, fue fugitivo en Tejas, donde le buscaban por intentar asesinar a su suegro. En los meses precedentes a los asesinatos, la idea que tenía Speck de salir y pasarlo bien era emborracharse, tomar pastillas, ir a un bar, meterse con alguien y tener una pelea. Si dejaba a su oponente en mal estado, era una noche de éxito; si no, buscaba una prostituta y le pegaba a ella antes de quedarse dormido. Un guardia me contó que Speck una vez capturó un gorrión y lo domesticó, llevándolo en el hombro con un hilo atado a una de sus patas. Como no se permiten los animales domésticos en la prisión, uno de los guardias le dijo a Speck que se deshiciera del pájaro, pero Speck no obedeció. Después de varias discusiones, el guardia le dijo a Speck que, si no se deshacía del pájaro, lo meterían en la celda de aislamiento. Al oír eso, Speck se acercó a un ventilador y echó dentro al pájaro, que quedó destrozado. El guardia,

sorprendido, preguntó: «¿Por qué has hecho esto? Creía que te gustaba el gorrión.» Al parecer, Speck contestó: «Sí, me gustaba, pero, si no es mío, no es de nadie.»

Speck no quería hablar con nosotros. Cuando los guardias lo trajeron, adoptó una postura afectada y de mal humor. Sin embargo, uno de los guardias comenzó a hablarle, diciéndole que cuando Speck cometió los asesinatos en Chicago, él era soltero, y que le molestó que les quitara ocho mujeres jóvenes a los solteros que estaban al acecho en la ciudad. Speck soltó una risotada y empezó a soltarse un poco.

Estaba incómodo porque en las entrevistas procuro no descender a la cloaca con el asesino e —igualmente importante— no reírme de las víctimas. En mi opinión, no hay excusas para hablar mal de los que han sufrido, simplemente por quedar bien con un asesino. No obstante, intentamos aprovechar la oportunidad que nos había brindado el guardia.

Como descubrí rápidamente, Speck no tenía gran cosa que contar ni sabía demasiado sobre su situación interna. Daba poca importancia a la vida humana y admitió que había matado a sus víctimas para que no pudieran testificar en su contra. Su escasa inteligencia y actitud negativa me frustraban e intenté sacar algún provecho de la entrevista preguntándole cómo había acabado en el hospital, donde su tatuaje fue reconocido. Aunque varios médicos opinaron que el corte que se había hecho en la arteria del codo era el resultado de un intento fallido de suicidio en la pensión de mala muerte donde se hospedó después de los asesinatos, Speck lo negó y alegó que se había visto envuelto en una pelea en un bar y que le cortaron con una botella de whisky rota. Diez años después del crimen, todavía intentaba ser un machote.

Un ejemplo totalmente opuesto al de Speck es el de Ted Bundy, que se convirtió en el asesino más famoso de todos los tiempos, quizá porque era tan fotogénico y bien hablado que muchas personas concluyeron que era imposible que hubiera cometido los crímenes por los que fue condenado. Bundy era un hombre joven, apuesto e inteligente, que parecía tener un gran atractivo sexual para algunas personas. Los medios de comunicación lo

describían como una persona culta, respetada, aseada, un antiguo estudiante de derecho, un tío guay, casi un asesino benévolo, un buen amante que mataba a sus víctimas con rapidez.

Nada más lejos de la realidad. Ted Bundy no era el Rodolfo Valentino de los asesinos en serie, sino un hombre brutal, sádico y perverso. Su última víctima fue una niña de doce años a la que ahogó metiéndole la cara en el barro mientras la agredía sexualmente. Su modo de operar habitual era atraer a chicas y mujeres jóvenes, valiéndose de sus habilidades verbales y, luego, una vez que estaban en una posición vulnerable, pegarles con una palanca corta que llevaba escondida en su brazo escayolado para la ocasión o debajo del asiento del coche. Después cometía actos sexuales brutales con las víctimas inconscientes o semiconscientes, siendo su práctica sexual favorita la penetración anal. Posteriormente, las estrangulaba y transportaba los cuerpos, muchas veces a cientos de kilómetros. Antes de dejar los cuerpos, solía mutilarlos, despedazarlos y, a veces, practicaba la necrofilia con ellos. A menudo regresaba al cabo de unos días al lugar donde había dejado el cuerpo de una víctima reciente para agredir sexualmente las partes de su cuerpo, por ejemplo, eyaculando en la boca de una cabeza cortada. El tipo era un animal y me sorprendió que los medios de comunicación fueran incapaces de comprenderlo. Tras la ejecución de Bundy, los policías de todo Estados Unidos que habían intentado interrogarle, reunidos en un seminario organizado por el FBI, estimaron que había asesinado entre 35 y 60 mujeres jóvenes en una docena de estados.

Bundy había iniciado su carrera en Seattle y, cuando las autoridades comenzaron a pisarle los talones tras once asesinatos, se mudó al sudeste, dejando un rastro de muerte, hasta que llegó a las estaciones de esquí de Colorado, donde pasó un tiempo. Fue detenido pero escapó, lo volvieron a capturar y volvió a escapar. Otra vez se fue hacia el sudeste, cometiendo más asesinatos en su camino a Florida.

Colaboré breve y tangencialmente en este caso cuando Bundy se fugó en Colorado. Trabajé con Howard Teten en el perfil que formaría parte de un cartel de «Se busca» en el que avisábamos sobre el modo de actuar del asesino: solía frecuentar lugares donde se congregaba la gente joven —

playas, estaciones de esquí, discotecas, universidades— y buscaba a mujeres jóvenes y atractivas, chicas a las que les gustaba el aire libre y que llevaban el pelo largo y raya en medio.

Después de su condena a muerte y la desestimación de la mayoría de sus apelaciones, quise entrevistar a Bundy para nuestro proyecto de investigación porque era una persona inteligente que se expresaba muy bien y porque esperaba que contribuyera a ampliar nuestros conocimientos. La primera vez que fui a verle a la cárcel de Starke, Florida, perdí varios días en el intento porque Bundy tenía unas apelaciones pendientes y, al final, me vi obligado a dejar que mis colegas se encargaran de la entrevista ya que me esperaban las clases de la escuela itinerante. Años más tarde Bundy nos sorprendió cuando nos remitió una carta a la Unidad en la que nos pedía poder consultar nuestros expedientes y fotografías de escenas de crimen de los 36 asesinos encarcelados incluidos en mi proyecto de investigación. Decía que quería ayudarnos asesorando a la Unidad de Ciencias de la Conducta. A raíz de esto, fui a visitarle por segunda vez a Florida.

Bundy me ofreció la mano antes de que yo pudiera ofrecerle la mía. Empecé a presentarme y me dijo: «Ah, Señor Ressler, sé quién es usted; he estado leyendo cosas suyas durante años.» En su celda tenía muchos de los informes publicados por la Unidad y se preguntaba por qué yo no había ido a verlo antes. Le dije que sí había ido pero que no pude esperar a que se resolviera el asunto de la apelación. Bundy dijo que lamentaba no haber podido atenderme antes y que ahora estaba dispuesto a hablar porque «me gusta hablar con alguien con quien puedo conectar, alguien que comprende de lo que hablo». Era un intento obvio de controlarme y me alegré de entenderlo así cuando me senté a charlar con él.

Bundy siguió halagándome diciendo que los profesores, periodistas y policías locales que lo habían entrevistado habían sido todos unos principiantes, pero que ahora tenía delante a un profesional. Había escrito su carta en un intento de obtener los resultados de nuestras investigaciones y utilizarlos en sus apelaciones con el fin de evitar la ejecución. Por muy increíble que parezca, uno de mis superiores del FBI quería darle los resultados a este asesino convicto; yo me negaba a hacerlo. Le dije a Bundy

que los únicos crímenes de los que nos interesaba hablar eran los suyos. Bundy no me miraba a los ojos. Dijo que ganaría la apelación, de todos modos, y que nunca lo ejecutarían.

Después de unas cuantas escaramuzas más, accedió a hablar sobre algunos asesinatos de manera hipotética. Uno de los casos, por el que le acusaron en Colorado, era el de una mujer que fue secuestrada cuando estaba en el bar de un hotel con su novio. Le pregunté cómo pudo hacer algo así. Utilizando la tercera persona, Bundy me contó que «quizá pasó del modo siguiente». El asesino podía haber estado observando a la mujer y se podía haber acercado a ella fingiendo ser un guarda de seguridad o personal del hotel, alguien con un poco de autoridad. Luego, empleando alguna estratagema, tal vez la llevó a un cuarto en el que la redujo rápidamente.

Bundy muy probablemente me estaba contando el modo exacto en que había cometido ese crimen, pero no me lo quería decir directamente. Después de dar rodeos como éste durante tres o cuatro horas, me di cuenta de que Bundy nunca hablaría y que intentaría engañar a la gente (como había hecho con tanto éxito) hasta que lo ejecutaran, así que me fui a casa.

Meses más tarde, a tres o cuatro días de su ejecución, Bundy anunció que lo contaría todo. Una docena de policías de todo el país fueron a verle, cada uno con unas pocas horas a su disposición. El primero en hablar con él fue Robert Keppel de Seattle, quien había seguido minuciosamente la pista de los primeros once asesinatos de Bundy. Durante todo el tiempo, Bundy estuvo dando rodeos, limitándose a hablar sólo del primer asesinato, e informó a Keppel de que necesitarían más tiempo del esperado y que, si los policías se unían y pedían que se permitiera a Bundy vivir entre seis y ocho meses más, llegarían hasta el fondo de muchos asuntos. No coló. Bundy había estado diez años en la cárcel con tiempo de sobra para revelar detalles y estaba claro que nunca lo haría. Fue ejecutado días más tarde.

Cuando todos esos policías vinieron de Florida a nuestro seminario en Quantico, me enteré de algo que me perturbó. Bundy había conseguido un último engaño. Había convencido a alguien del FBI para que obtuviera un ejemplar firmado de mi libro de texto sobre el asesinato en serie y lo tenía en su celda cuando lo ejecutaron en la silla eléctrica. Incluso citó el libro en su última entrevista grabada con el Dr. James Dobson.

David Berkowitz, el «Hijo de Sam», se sentó a hablar conmigo y mis colegas tres veces a mediados de 1979. En el curso de un solo año había matado a media docena de personas —principalmente en coches aparcados en lugares donde iban parejas de enamorados— y herido a otra media docena. Dejó notas para la policía en las escenas de crimen y escribió a los columnistas de algunos periódicos durante un reinado de terror en el que muchos neoyorquinos se quedaron en casa por la noche. Cuando lo entrevistamos, Berkowitz estaba en la prisión de Attica, aislado del resto de la población reclusa.

Berkowitz tenía el mismo aspecto que durante su juicio: gordinflón, pálido, extremadamente tímido, reservado, cortés y discreto. Me estrechó la mano enérgicamente, algo que siempre presagia una entrevista interesante, como había descubierto. Se sentó y sólo habló para responder las preguntas. Tomé nota a mano porque me indicó que no quería que usara una grabadora.

Dado que Berkowitz cometió sus crímenes en la ciudad de Nueva York, los medios se habían interesado incluso más de lo habitual por él y sus asesinatos. De esta forma, cuando me preparaba para conocerle, tenía un montón de material que leer. Pronto me di cuenta de que Berkowitz y los periódicos neoyorquinos mantenían una compleja interrelación. Descubrí, entre otras cosas, que Berkowitz tenía un libro de recortes en el que había pegado los artículos que habían sido publicados sobre sus crímenes; muchos criminales compilan libros de recuerdos antes de ser detenidos, pero a Berkowitz se le permitió guardar su libro de recortes en su celda y me dijo que lo usaba para mantener vivas sus fantasías.

De lo que realmente quería hablar con Berkowitz era del contenido sexual de sus crímenes. Al principio no quería comentar el tema; dijo que había tenido una vida sexual normal, con novias, y que los asesinatos no eran más que eso, asesinatos. Así, pues, le pregunté sobre su infancia. Lo habían adoptado cuando era muy joven y había tenido problemas con su familia adoptiva. Siempre había querido localizar a su madre biológica, especialmente tras la muerte de su madre adoptiva, cuando él tenía catorce años. Al terminar el colegio, quiso alistarse en el ejército e ir a Vietnam. Se imaginaba a sí mismo como héroe, recibiendo medallas, siendo reconocido como alguien importante y formándose, así, una identidad. En lugar de ir a

Vietnam, el ejército le envió a Korea, donde pasó un año sin que ocurriera nada destacable. Fue a ver a una prostituta para ganar experiencia sexual y se quedó profundamente decepcionado al contraer una enfermedad venérea. Más tarde, diría a sus entrevistadores que aquélla fue la única vez que consumó el acto sexual con una mujer.

Cuando regresó a casa, Berkowitz logró localizar a su madre biológica. Fue a visitar a su madre y a su hermanastra, que vivía con ella, pero también esa experiencia fue decepcionante. Berkowitz quería que su madre biológica lo acogiera y lo hiciera parte de la familia, pero las cosas no salieron así.

Antes de cometer sus asesinatos, Berkowitz había provocado por lo menos 1.488 incendios en Nueva York. Es una cifra asombrosa que conocemos porque los apuntaba en su diario; también causó varios centenares de alarmas falsas. Quería ser bombero, pero nunca se presentó a los exámenes. Sin embargo, sí pudo participar en algunos rescates similares a los de los bomberos en su trabajo como guarda de seguridad en una empresa particular de transportes en el neoyorquino barrio de Queens.

Cuando tocamos el tema de los asesinatos, Berkowitz empezó a decirme, igual que había comentado a los psiquiatras que lo evaluaron para el juicio, que su vecino Sam Carr tenía un perro que estaba poseído por un demonio de 3.000 años de edad y que le había ordenado, por medio de ladridos, que matara.

Le dije a Berkowitz que dicha explicación me parecía un disparate y que no la aceptaba. Se quedó perplejo y continuó desarrollando la historia del perro endemoniado. Le repetí que si su sinceridad con nosotros se limitaba a eso —atribuir el motivo de los asesinatos a un perro hablador— la entrevista había terminado. Cerré mi cuaderno y me dispuse a salir de la habitación.

Berkowitz me paró y protestó. Los psiquiatras habían aceptado esa historia como el verdadero motivo de sus crímenes y, si a ellos les había parecido suficiente, al FBI también le tenía que parecer suficiente.

«No es ésa la historia que estamos buscando, David», le dije. «Queremos conocer los hechos que están en la base de los crímenes y, si no vamos a hablar sobre ellos, nos vamos.»

Berkowitz suspiró, se calmó y empezó a hablar en serio. Todo el rollo de El Hijo de Sam y el perro hablador había sido una manera de mostrar a las autoridades que estaba loco. En otras palabras, era un constructo cuya finalidad era evitar ser enjuiciado debidamente. Estaba lo bastante cuerdo como para saber lo que estaba haciendo. En el momento en que yo lo entrevisté, Berkowitz ya había tenido el suficiente contacto con psiquiatras y otros profesionales en la cárcel como para sentirse cómodo hablando sobre la verdadera causa de sus crímenes. Admitió que el motivo real por el que disparaba a mujeres era el resentimiento que sentía hacia su madre y su incapacidad para establecer buenas relaciones con ellas.

Su primer intento de asesinato había sido un apuñalamiento. Rajó a una mujer en la calle y salió corriendo. Después estuvo viendo los periódicos pero no hubo ninguna mención del crimen, por lo que concluyó que la mujer había sobrevivido. Entonces decidió mejorar su *modus operandi*. Usar un cuchillo fue un error, pensó; dejó demasiadas manchas de sangre en su ropa y en su propio cuerpo y eso no le gustó. Así que viajó a Tejas con la intención de encontrar un arma con la que matar y se compró una pistola .44 de la marca Charter Arms y unas balas. Tenía miedo de comprar las balas en Nueva York porque pensaba que, si lo hacía y las autoridades encontraban los casquillos, podrían seguirles la pista hasta su dirección de Nueva York. Después de varios asesinatos, Berkowitz incluso volvió a Tejas para comprar más balas.

Su *modus operandi* era ir en busca de alguna mujer que fuera sola en su coche o que estuviera besándose con un hombre. Entonces se acercaba y disparaba a la mujer y, a veces, también al hombre que iba con ella. Me dijo que se excitaba sexualmente durante el proceso de acechar y disparar a las mujeres y que después se masturbaba.

Por fin íbamos al grano. Tanteé suavemente y Berkowitz acabó diciendo algo que no era muy conocido: se dedicaba a acechar a las víctimas todas las noches. No dependía de las fases lunares, ni lo hacía en determinados días de la semana, ni por ninguna de las teorías que habían sido propuestas por los que intentaron resolver el caso. Berkowitz salía todas las noches, pero sólo golpeaba cuando pensaba que se daban las circunstancias idóneas. Este grado de premeditación por sí solo ya refutaba cualquier análisis rápido que dijera que Berkowitz era un asesino loco.

Me dijo que, en las noches en que no encontraba la víctima idónea o circunstancias propicias, regresaba a los lugares donde había matado antes y disfrutaba de la experiencia de volver a estar en un lugar donde ya había asesinado. Para él, era algo erótico ver restos de manchas de sangre en el suelo o unas marcas de tiza de la policía. A menudo miraba estos macabros recuerdos desde su coche y se masturbaba (no es de sorprender que tuviera su libro de recortes en su celda).

En ese mismo momento, Berkowitz nos reveló, sin darle importancia, una pista crucial para la policía y, al mismo tiempo, aportó más conocimientos que serían utilizados en un sinnúmero de novelas de detective. Sí, los asesinos efectivamente vuelven al lugar del crimen y, sabiendo esto, intentaríamos atrapar a futuros asesinos de este modo. Igual de importante era que el mundo entendiera que el asesino no vuelve porque se sienta culpable, como los psiquiatras y profesionales de la salud mental solían explicar, sino por la naturaleza sexual del asesinato. La vuelta a la escena del crimen tenía una connotación que ni Sherlock Holmes, ni Hercule Poirot y ni siquiera Sam Spade se habían atrevido a sugerir nunca.

Para mí, aquella revelación tenía también otro significado. Hacía tiempo que yo argumentaba que, en cierto aspecto, la conducta aberrante de los asesinos no es más que la extensión de una conducta normal. Los padres de chicas adolescentes habrán observado que los chicos adolescentes pasan repetidamente por delante de su casa en bici o en coche, o que las rondan todo lo cerca que pueden, haciendo cosas impetuosas y espontáneas. El quedarse en los alrededores de una escena de crimen refleja, pues, un desarrollo de la personalidad estancado e inadecuado, una conducta normal que se ha tornado anómala.

Berkowitz sentía un fuerte deseo de ir al entierro de sus víctimas, igual que muchos asesinos. No lo hacía porque temía que la policía estuviera observando (y tenía razón). Había aprendido de la televisión y de las revistas de detectives que la policía vigilaba esta clase de eventos. En cambio, lo que hacía era tomarse el día libre cuando había un entierro y acudía a los lugares donde los policías iban a comer, para intentar oír sus conversaciones. Nunca escuchó nada sobre sus propios crímenes. Aunque no fuera a los entierros, sí

intentó localizar las tumbas de sus víctimas, algo que no consiguió. Era increíblemente ineficaz a la hora de hacer cualquier cosa que no fuera provocar incendios o matar a gente.

Le gustaba la idea de hacerse famoso y por eso se comunicó con la policía y, más tarde, directamente con los periódicos. El poder que tenía sobre la ciudad y las tiradas de los periódicos le resultó increíble y muy emocionante. Al igual que Jack el Destripador, del que había cogido la idea de comunicarse con la policía, dejó una nota en el asiento del coche en el que su primera víctima yacía moribunda, una nota en la que escribió en letras toscas: «Bang-bang... Volveré» y que firmó con «Sr. Monstruo». En aquel momento, todavía no era El Hijo de Sam. Ese nombre figuraba en una carta que Berkowitz mandó a los periódicos. Sólo se hizo suyo el apodo cuando la prensa empezó a llamarle El Hijo de Sam y llegó incluso a diseñar un logotipo. La publicidad estimuló su creatividad.

En mi opinión, personas como el columnista Jimmy Breslin incitaron a Berkowitz y contribuyeron irresponsablemente a que siguiera matando. Breslin escribía sobre El Hijo de Sam y el asesino le enviaba cartas directamente. Tras los primeros asesinatos, cuando la ciudad era presa del miedo, la prensa llegó a dirigir a Berkowitz. Por ejemplo, los periódicos publicaban planos en los que mostraban los barrios en los que el asesino había actuado y luego se preguntaban si lo haría en todos. Berkowitz no había pensado en hacerlo, realmente; pero, tras publicarse el plano y los artículos, decidió intentarlo. La historia fue mantenida viva incluso cuando no había nada de que informar, porque así la gente compraba el periódico. Estaba claro para todo el mundo, hasta para el periodista más imbécil, que Berkowitz buscaba la fama (o la infamia) y asesinaba con la finalidad de impresionar y escandalizar a la sociedad, llamar la atención y crearse una identidad. Alimentar ese ego con innumerables artículos en los periódicos y programas en la televisión era la mejor forma de asegurar que los asesinatos continuaran. Quizá, tratándose de Nueva York, era demasiado pedir que los medios de comunicación se controlaran o que el nivel de atención no interfiriera con el trabajo policial o incitara al asesino. En cualquier caso, siempre he tenido claro que David Berkowitz siguió matando para seguir concitando la atención de columnistas como Jimmy Breslin.

Berkowitz me contó que durante la adolescencia empezó a desarrollar fantasías sexuales en general, así como fantasías de actos violentos, disruptivos y homicidas, entremezclados con escenas eróticas normales. Recordaba que, incluso de muy joven, a los seis o siete años, vertía amoníaco en el acuario de su madre adoptiva para matar los peces y los arponeaba con un alfiler. También mató el pájaro de su madre adoptiva con veneno de ratas y se deleitó con la muerte lenta del animal y la angustia de su madre por no poder detener la enfermedad. Torturó animales pequeños, como ratones y polillas. Eran todas fantasías de control, de poder sobre cosas vivientes. También me reveló en confianza que fantaseó con causar accidentes aéreos en los que hubiera mucho fuego. Aunque nunca había cometido ningún acto que pudiera causar daño a un avión, la piromanía era una extensión lógica de esa fantasía. A la mayoría de los pirómanos les gusta la idea de ser los responsables de toda la emoción y violencia que ocasiona un incendio. Con simplemente encender una cerilla controlan sucesos en la sociedad que normalmente son incontrolables; orquestan el incendio, la llegada con sirenas y el despliegue de los bomberos y sus camiones, las multitudes de espectadores y la destrucción de la propiedad y, a veces, de personas. A Berkowitz le encantaba ver cómo se rescataba a personas encerradas en edificios en llamas. Sus incendios eran el preludio del próximo paso, del área donde podía ejercer el máximo control: el homicidio. Su mayor satisfacción en la vida consistía en estar sentado en casa viendo el telediario y las noticias sobre su último asesinato y el miedo que había ocasionado en la ciudad.

¿Y qué hay de sus payasadas durante el juicio? ¿Su sugerencia de que había estado poseído por un demonio? Todo chorradas, me dijo, un intento de montar una defensa por enajenación mental. En su opinión, lo habían detenido justo a tiempo porque sus fantasías habían ido creciendo hasta el punto en que se imaginaba a sí mismo muriendo gloriosamente en una batalla. Se veía acudiendo a una discoteca con mucha gente bailando, disparando sobre todos y todo, hasta que llegaba la policía y se iniciaba una gran batalla tipo Hollywood en la que perecía junto con muchos otros.

La fantasía final de Berkowitz era un reflejo extraordinariamente vivo de la envidia que le tenía a la gente normal que tiene relaciones heterosexuales normales. Reconoció esa envidia y me dijo con toda seriedad que si, antes de

iniciar sus extraños asesinatos, hubiera podido tener una relación con una buena mujer, alguien que le hubiera aceptado, hubiera satisfecho sus fantasías y se hubiera casado con él, nunca habría empezado su carrera asesina.

Era un final bonito para la entrevista pero no creí a Berkowitz entonces ni le creo ahora. Una buena esposa no hubiera solucionado sus problemas ni hubiera evitado que asesinara. La realidad es que Berkowitz tenía unos déficits tremendos, que sus problemas iban mucho más allá del rechazo por las mujeres y que provenían de unas fantasías que comenzaron a surgir a una edad en la que la mayoría de los chicos están iniciando sus primeras relaciones importantes con el otro sexo. Fueron esas fantasías y los comportamientos que los encarnaban los que le impedían tener una relación madura con una mujer. Como tantos otros criminales a los que entrevisté, se había criado para matar.

INFANCIAS DE VIOLENCIA

«¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?» Estas tres grandes preguntas que aparecían en el tríptico de Gauguin son el tema de fondo de la serie de entrevistas que realicé a asesinos encarcelados desde finales de los setenta. Mi objetivo era conocer cómo funcionaban esas personas, comprender mejor la mente del asesino. Al poco tiempo mi curiosidad adquirió un carácter más sistemático y las entrevistas quedaron bajo los auspicios del FBI y se convirtieron en el componente central del Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal que fue financiado en parte por el Departamento de Justicia y que contó con la participación de la Dra. Ann Burgess de la Universidad de Boston y de otros académicos, siendo yo el principal investigador. Entrevistamos a 36 asesinos encarcelados haciendo uso de un protocolo de investigación de unas 57 páginas que evaluaba la historia de su vida, sus motivaciones, fantasías, y determinadas acciones específicas. Como resultado, descubrimos patrones importantes en su vida y aprendimos muchas cosas sobre sus motivaciones.

Una serie de expertos afirmaron que nuestro estudio era la investigación más amplia, rigurosa y completa jamás realizada sobre asesinos múltiples y que era el estudio que incluía el mayor porcentaje de asesinos múltiples encarcelados que seguían con vida. En un artículo de 1986, los psiquiatras Katie Bush y James L. Cavanaugh, Jr., del Centro Isaac Ray de Chicago, calificaron nuestra labor como «ejemplar» por su amplitud y dijeron que «sus conclusiones deberían ser evaluadas a fondo».

Antes de entrar en detalles sobre quiénes son esos asesinos y cómo se han formado, permítanme dejar bien claro que nadie pasa de repente, a los 35 años, de ser una persona perfectamente normal a tener un comportamiento

profundamente malvado, disruptivo y homicida. Los comportamientos precursores del asesinato siempre han estado presentes y llevan mucho, mucho tiempo desarrollándose —desde la infancia—.

Hay un mito muy común según el cual los asesinos provienen de hogares pobres y desestructurados. Nuestra muestra demostró que no es realmente así. Muchos de los asesinos habían nacido en familias que no vivían en condiciones de pobreza extrema y que tenían unos ingresos estables. Más de la mitad vivían en hogares aparentemente intactos que contaban tanto con un padre como una madre. Eran, en general, niños inteligentes. Aunque siete de los 36 tenían un cociente de inteligencia menor de 90, la mayoría poseía una inteligencia normal, y once puntuaban alto, es decir, por encima de 120.

No obstante, aunque los hogares parecían normales, en realidad eran anómalos. La mitad de nuestros sujetos tenía algún pariente cercano con una enfermedad mental. La mitad tenía padres con antecedentes criminales. Casi el 70 % de los casos tenían un historial familiar de consumo abusivo de alcohol o drogas. Todos los asesinos —todos— habían padecido maltrato *psicológico* grave en la infancia, y todos acabaron siendo lo que los psiquiatras denominan adultos sexualmente anómalos, es decir, incapaces de mantener una relación madura y consentida con otra persona adulta.

Los estudios han demostrado que la figura adulta más importante para un niño entre el nacimiento y los seis o siete años es la madre; es durante este periodo cuando el niño también aprende lo que es el amor. Resulta que todos nuestros sujetos tuvieron una madre fría, distante, negligente y nada cariñosa. Para ellos hubo poco contacto físico, calor afectivo o aprendizaje de las formas en que los seres humanos normales se miman y demuestran su afecto e interdependencia. Estos niños carecieron de algo mucho más importante que el dinero: el amor. Acabaron pagando por esa privación durante el resto de su vida, y no sólo ellos, sino también la sociedad, porque quitaron la vida a muchas personas y dejaron cicatrices permanentes en muchas otras.

En su infancia sufrieron tanto maltrato físico como psicológico. Hasta cierto punto, la sociedad ha comprendido que el maltrato físico es un precursor de la violencia, pero el componente emocional puede ser de igual importancia. Una madre solía dejar a su bebé en una caja de cartón delante

del televisor mientras se iba al trabajo; cuando volvía, lo metía en un parque, le tiraba un poco de comida y lo dejaba otra vez con el televisor hasta que regresaba a casa. Otro sujeto nos contó que durante su infancia lo encerraban en su cuarto por la noche; cuando salía de su habitación e iba al salón, lo mandaban a otra parte porque la noche era el momento en que su papá y su mamá querían estar solos. El niño creció pensando que era un huésped indeseado en su propia casa.

Estos niños, pues, se criaron en un ambiente que hacía caso omiso de sus actos, donde nadie ponía límite a lo que podían hacer. Una de las tareas de los padres es enseñarle a su hijo la diferencia entre lo bueno y lo malo. Nuestros asesinos, sin embargo, llegaron a la edad adulta sin que nadie les hubiera enseñado que no se le debe meter algo en el ojo a un cachorro porque causa daño, o que destruir la propiedad ajena no está permitido. El trabajo que deben llevar a cabo los padres durante los primeros seis años es la socialización del niño, enseñarle que vive en un mundo en el que también viven otras personas y que es importante interactuar bien con ellas. El niño cuya crianza lo encamina hacia el asesinato interpreta el mundo en términos egocéntricos, porque sus profesores — principalmente, su madre— no han impartido bien esta crucial asignatura.

Richard Chase, el «asesino vampiro» del primer capítulo, mató a media docena de personas antes de ser detenido. Según los informes psiquiátricos que le fueron realizados durante el juicio, su madre era una esquizofrénica, una mujer emocionalmente incapaz de socializar a su hijo o cuidar de él con cariño. Otros nueve sujetos tuvieron una madre con problemas psiquiátricos más graves. Incluso en aquellos casos en los que una madre no sufría problemas lo suficientemente severos como para llamar la atención de un profesional de la salud mental, presentaba anomalías en algún otro aspecto; muchas eran alcohólicas, por ejemplo. La negligencia tiene muchas caras. Ted Bundy lo resumió todo cuando dijo a un entrevistador que no había crecido exactamente en un hogar de cuento de hadas. Aunque su madre fue quien lo crió, él pensaba que ella era su hermana, y aunque no se pudo identificar ningún incidente concreto de maltrato o negligencia, había indicios que apuntaban a que Bundy había sufrido maltrato físico y abuso sexual a manos de otros miembros de su familia.

A veces, la madre, incluso cuando cría a su hijo con cariño, no puede compensar la conducta destructiva del padre. En uno de los casos el padre formaba parte del cuerpo de Marina y pasaba mucho tiempo fuera; las pocas veces que volvía a casa, los hijos se aterrorizaban porque solía pegarles a ellos y a su madre. También abusaba sexualmente del hijo, que posteriormente se convirtió en un asesino. Más del 40 % de los asesinos afirmó haber sufrido golpes y maltrato físico en la infancia, mientras que más del 70 % dijo haber sufrido o presenciado actos sexualmente estresantes, un porcentaje muchas veces superior al que se suele encontrar en la población general. Los asesinos ofrecían diferentes testimonios, como: «De niño, dormía con mi madre», dijo uno; «Mi padre me maltrató desde los 14 años», dijo otro. «Mi madrastra intentó violarme», afirmó un tercero; «Una noche, cuando tenía siete u ocho años, un hombre me llevó a la cama», dijo un cuarto.

La calidad de los vínculos de apego con los otros familiares se considera el factor más importante a la hora de determinar cómo se relacionará el niño con los miembros de la sociedad que no son sus familiares y cómo los valorará. Ahora bien, en las familias de nuestros asesinos las relaciones con los hermanos y otros familiares, es decir, con las personas que podrían haber compensado la frialdad del padre o de la madre en estas situaciones, fueron igual de deficientes. Estos niños, criados de forma inadecuada en la primera infancia, no tuvieron a nadie a mano a quien poder recurrir. Por esta razón fueron incapaces de formar vínculos de apego con los familiares más cercanos y crecieron en un ambiente cada vez más solitario y aislado.

Es verdad que la mayoría de los niños que han tenido una infancia anómala no acaban matando o cometiendo actos antisociales violentos. Por lo que pudimos ver, ello se debe a que la mayoría se salva gracias a la intervención de una figura fuerte en la siguiente fase de la infancia, la preadolescencia. A nuestros sujetos, sin embargo, nadie les salvó cuando se estaban ahogando; más bien al contrario: se les empujó todavía más hacia el fondo. Entre los ocho y doce años, todas las tendencias negativas a las que habían estado expuestos se vieron exacerbadas y reforzadas. Lo que un niño realmente necesita en esta fase es a un padre, y fue justamente en ese momento cuando, de un modo u otro, la figura paterna desapareció para la

mitad de los sujetos. Unos padres murieron, otros fueron encarcelados, y la mayoría simplemente se fue por la vía del divorcio o el abandono; otros padres, aunque físicamente presentes, se alejaron emocionalmente. John Gacy mató a 33 varones jóvenes y los enterró debajo de su casa antes de ser detenido. Durante su infancia, su padre solía llegar a casa, bajar al sótano y sentarse a beber en un sillón; cuando ya estaba borracho, subía a cenar, provocaba conflictos y acababa pegándoles a su mujer e hijos.

John Joubert mató a tres chicos antes de ser detenido. Sus padres se divorciaron durante su preadolescencia y cuando John quería ver a su padre, su madre se negaba a llevarlo o a darle dinero para pagar el viaje. Esto también es maltrato, del tipo que los psicólogos llaman pasivo-agresivo. Hoy en día, el divorcio es algo muy común en Estados Unidos y cientos de miles de niños se crían en hogares monoparentales. Sólo unos pocos se convierten en asesinos. Que conste que no estoy acusando a las familias monoparentales. Simplemente quiero que se reconozca que la inmensa mayoría de los asesinos de nuestro estudio provenía de un entorno anómalo y que, en muchos casos, esa anomalía se debía al divorcio.

Monte Ralph Rissell violó a una docena de mujeres, mató a cinco de ellas, y lo hizo todo antes de cumplir 19 años. Sus padres se divorciaron cuando él tenía siete años y su madre se mudó en coche de Virginia a California, llevándose a sus tres hijos. Monte era el hijo menor y lloró durante todo el viaje. Cuando lo entrevisté en la cárcel, muchos años después, Monte me dijo que, si le hubieran dejado ir con su padre en vez de con su madre, estaría en la facultad de derecho y no en una cárcel, condenado a cadena perpetua. Su conclusión es cuestionable, pero el sentimiento es real. En cualquier caso, ¡menuda infancia tuvo!

Monte inició su vida como bebé Rh, es decir, le tuvieron que hacer una transfusión de sangre completa, pero después estuvo sano, aunque siempre fue bajito para su edad. Sus padres se pelearon durante varios años, hasta que finalmente se divorciaron. Monte afirma que sus hermanos mayores le hicieron probar la marihuana y el alcohol antes de los siete años. Su primera conducta antisocial contrastada ocurrió a los nueve años, cuando el director de la escuela le pilló a él y a varios otros chicos escribiendo palabrotas en la acera. También tuvo problemas en casa. Su madre y su nuevo padrastro

pasaban mucho tiempo a solas, dejando que los niños se supervisaran entre ellos y castigándolos luego arbitrariamente si algo salía mal. En nuestra entrevista, Monte repitió varias veces que su padrastro no sabía educar y que eso se debía a que el hombre había trabajado en el ejército durante la mayor parte de su vida adulta. Solía traer regalos para sus nuevos hijastros, en un intento de comprar su amor, pero era el único modo que conocía de relacionarse con ellos. Con tan sólo nueve años, Monte dio rienda suelta a su ira disparando contra su sobrino con una escopeta de aire comprimido que su padrastro le había regalado. Después del incidente, su padrastro rompió la escopeta y le propinó una paliza con el cañón del arma. Cuando Monte tenía doce años, el segundo matrimonio de su madre fracasó y Monte pensaba que su hermana y él eran responsables de lo ocurrido. Ese año, de vuelta a Virginia, entró en un piso y robó algunas cosas; a los 13 años, fue acusado de conducir sin permiso y, a los 14, de allanamiento, hurto, robo de coches y dos violaciones. Aunque Monte Rissell se distingue por el inicio temprano de su carrera delictiva, el desarrollo progresivo de su conducta es igual al de muchos asesinos.

Otro de los asesinos de mujeres también manifestó sus tendencias antisociales a una edad temprana. Nació prematuro, el último de cuatro hijos de una familia de Mobile, Alabama sumida en la pobreza y en la que también había malos tratos. Pasó nueve días en la incubadora, hecho que se convirtió en una leyenda familiar, lo mismo que un aparente ataque de epilepsia que tuvo unos meses después, durante el cual «murió y fue resucitado». Durante sus primeros seis años durmió con su madre en la misma cama. Durante los doce años siguientes, durmió en una cama individual, pero todavía en la misma habitación. Su madre dijo más tarde que le mantuvo en la misma habitación para protegerse de las insinuaciones del padre alcohólico. Trató a su hijo como si fuera alguien muy especial, aunque también lo maltrató. Era muy severa con sus hijos y a veces incluso les pegaba con un cable eléctrico. Además, todos los días los dejaba bajo el cuidado de su propia madre, que les pegaba cuando desobedecían. Los dos hermanos mayores se fueron de casa en cuanto terminaron los estudios secundarios, y entonces la madre, la abuela y la hermana del futuro asesino lo utilizaron como arma contra el padre, animándolo a pegar a su padre para mantenerlo alejado de su madre.

Tuvo un rendimiento irregular en la escuela y uno de sus boletines de notas mencionaba que a menudo estaba «perdido en sus fantasías», algo que también decía su hermana. Luego, en la pubertad, ganó y perdió 15 kilos, y mantuvo una actitud abiertamente vitriólica hacia su madre. Según ella, se ponía violento por cualquier motivo, por ejemplo porque quería dos perritos calientes en vez de uno o porque no le dejaban poner jarabe de chocolate en su helado. Robaba ropa interior femenina y espiaba a su hermana en el baño. En una declaración autobiográfica, el asesino escribió: «Para los demás, era un bicho raro... Elegí tragarme los insultos... Era un perro al que acariciaban cuando hacía sus cosas en el lugar indicado.» A los 13 años empezó a robar bolsos y se metía en peleas entre bandas. Sin embargo, su familia siguió protegiéndole. A los 16, le acusaron de robar el bolso de una señora mayor ciega y de violar a su prima de 14 años. Mientras esos cargos eran investigados, otra anciana del vecindario que le recriminó sus «fechorías» recibió un tiro mortal en la cabeza. Las pruebas físicas indicaban que había sido el chico, pero su padre mintió sobre su paradero en el momento del asesinato, su madre contrató a un abogado, y todos los cargos fueron desestimados. (Muchos años después, tras su condena por otros asesinatos, confesó que, efectivamente, había matado a aquella anciana.)

Dos años después de estos incidentes, el asesino se graduó en el colegio y se alistó en el ejército, dejando atrás la supervisión e intervención de sus padres. Tardó menos de un mes en ser acusado de intentar matar a una mujer, fue declarado culpable y condenado a 20 años en una prisión militar. Dentro del sistema penitenciario militar volvió a recibir el apoyo de su madre, que escribió a congresistas e intentó conseguir la anulación de la sentencia por motivos técnicos. Tras siete años, y en contra de las recomendaciones de algunos profesionales que habían intentado tratarle sin éxito, salió con libertad condicional, bajo la custodia de su madre.

Pronto se casó con una mujer divorciada con varios hijos que describiría sus relaciones como más o menos normales al principio, aunque hubo unos incidentes extraños. Por ejemplo, cuando ella dijo que el comportamiento de su ex marido la deprimía y que quería suicidarse, su nuevo marido se ofreció a matarla y empezó a ahogarla con una almohada. A veces —especialmente cuando estaba borracho— amenazaba con romperle el cráneo si no le dejaba

en paz. En otra ocasión, mató a un conejo que tenían como animal de compañía golpeándolo contra un poste, manchándose todo de sangre. La relación cambió drásticamente con el nacimiento de una hija: el hombre empezó a comportarse de un modo irregular y se aisló de su mujer y del bebé. Poco tiempo después, menos de dos años después de salir de la cárcel, inició una serie de violaciones, asesinatos y mutilaciones de varias mujeres, a las que eligió porque eran dependientas en tiendas de ultramarinos. Fue detenido en conexión con la tercera víctima y confesó los demás crímenes.

Nuestros asesinos potenciales se volvieron definitivamente solitarios entre los ocho y los doce años. Este aislamiento, considerado el aspecto más importante de su identidad psicológica, nace de muchos factores, siendo uno de los más importantes la ausencia de un padre. Para un niño de ocho, diez o doce años, es muy vergonzoso no tener un padre, o una figura paterna, cuando sus iguales sí tienen uno. Por ello, empieza a huir de sus amigos y evitar situaciones en las que hay equipos de padres e hijos, como la *Little League*¹ o los *Boy Scouts*. La incipiente sexualidad del niño no se dirige hacia los demás, sino hacia sí mismo. Más de tres cuartas partes de los asesinos a los que estudiamos iniciaron prácticas autoeróticas en la preadolescencia; la mitad dijo haber fantaseado con violar a alguien entre los 12 y 14 años; y más del 80 % confesó haber consumido pornografía y tener tendencias hacia el fetichismo y *voyeurismo*. De nuevo, es verdad que muchos chicos se crían en hogares sin padre y no acaban siendo sociópatas; no obstante, para los que sí acaban siéndolo, el tramo de edad entre los ocho y doce años es crítico. De hecho, las investigaciones a menudo indican que, cuando se da el conjunto de circunstancias en el que hay un padre ausente, es en este periodo cuando se inician las conductas desviadas.

Cuando Ed Kemper tenía diez años, después del divorcio de sus padres, volvió a casa un día y se encontró con que su madre y sus hermanas mayores habían mudado todas las pertenencias de su habitación al sótano. La madre de Kemper, Clarnell Strandberg, era muy querida en la universidad, donde trabajaba como administradora, porque se preocupaba mucho por los estudiantes. En su propia casa, sin embargo, era terrorífica, menospreciaba constantemente a su hijo y lo culpaba de todo lo que a ella no le salía bien en la vida. Le dijo a su hijo Ed que lo había desterrado al sótano porque era tan

alto que sus hermanas adolescentes se sentían incómodas. Poco tiempo después, Kemper, un gigantón que pasaba horas en una lóbrega habitación, sin más compañía que la de sus sombríos pensamientos, empezó a alimentar fantasías homicidas.

Cuando los chicos con daños psicológicos entran en la adolescencia se ven incapaces de desarrollar las habilidades sociales que son las precursoras de las habilidades sexuales y la base de las relaciones emocionales positivas. Ahora bien, la soledad y el aislamiento no siempre convierten a un asesino en potencia en una persona tímida e introvertida. Algunos asesinos lo son, sí, pero otros son sociables con otros hombres y saben hablar bien en público. En esos casos, la conducta orientada hacia afuera es, en realidad, una máscara que encubre el aislamiento interior. Cuando los jóvenes normales bailan, van a fiestas y dan sus primeros besos, el solitario se repliega sobre sí mismo y desarrolla fantasías desviadas que sustituyen a las relaciones humanas más positivas. A medida que el adolescente se hace dependiente de sus fantasías, pierde el contacto con los valores sociales aceptables.

A los 12 y 13 años, Jerome Brudos empezó a secuestrar a chicas de su propia edad o más jóvenes, amenazándolas con un cuchillo y llevándolas al granero de su granja. Allí, les decía que se quitaran la ropa y les hacía fotografías, sin llegar a más, ya que todavía carecía de la suficiente conciencia sexual para ello. Después, las encerraba en una cabaña, se cambiaba de ropa, se peinaba el pelo de un modo ligeramente distinto, abría la puerta y anunciaba que era Ed, el hermano gemelo de Jerry. Se mostraba horrorizado por lo que su hermano había hecho y decía a las chicas: «No te ha hecho daño, ¿verdad?» Las chicas le explicaban que Jerry había tomado fotografías y entonces él decía que encontraría la cámara y destruiría el rollo de película. Luego añadía: «Jerry ha recibido terapia, está bajo tratamiento psicológico. Esto le hará retroceder mucho. Por favor, no digas nada a mis padres ni a nadie más.» Las chicas consentían. Años más tarde, Brudos ponía anuncios en los periódicos del campus en los que ofrecía trabajo para modelos de zapatos y medias, y quedaba con las chicas que contestaban en una habitación de motel. Secuestraba y asesinaba a algunas de ellas, luego colgaba sus cuerpos en su garaje y los fotografiaba, desnudos o con diferentes trajes (y especialmente zapatos).

El denominador común a estos asesinatos, si es que existe, es la naturaleza sexual de sus actos. Todos, sin excepción alguna, eran sexualmente desviados; es decir, eran incapaces de tener y mantener relaciones sexuales maduras y consentidas con otras personas adultas, y traducían esa incapacidad en asesinatos sexuales. Claro que no todo el que es incapaz de participar en el besuqueo juvenil se convierte en un adulto sexualmente anómalo. También es importante señalar que una buena relación sexual adulta no tiene por qué ser heterosexual. Desde el punto de vista de dos personas que se quieren, puede haber relaciones homosexuales perfectamente normales. Los asesinos homosexuales de nuestra muestra también tenían anomalías en este respecto; eran incapaces de mantener relaciones a largo plazo y mostraban una clara preferencia por el *bondage*, la tortura y el sadomasoquismo en sus relaciones a corto plazo. Casi la mitad de los asesinos nos dijo que nunca habían tenido una experiencia sexual consentida con otra persona adulta. Igual de importante era que todos sabían que sus relaciones no eran normales y estaban resentidos por ello; este resentimiento era la fuente nutricia de su comportamiento asesino. Richard Lawrence Marquette ligó con una mujer en un bar; se conocían muy superficialmente de la infancia. Según su confesión posterior, cuando llegaron a su casa, él fue incapaz de tener relaciones sexuales y cuando la mujer se burló de él, la mató y la cortó en trozos pequeños. Cumplió 13 años de cárcel por ese asesinato. Tras salir de la prisión, ligó con dos mujeres más en circunstancias similares, intentó en vano tener relaciones sexuales y también las mató. Volvió a ser detenido y acabó otra vez en la cárcel.

La adolescencia de un joven perturbado está dominada por el creciente aislamiento, tiene conductas de externalización y sueña despierto, a la vez que suele incurrir en masturbación compulsiva, mentiras, enuresis y pesadillas. La época de la adolescencia ofrece más oportunidades para la conducta antisocial. En vez de pasar los días en casa o en el jardín, el joven está en la escuela, en la calle, fuera de casa. Comete actos crueles con animales y otros niños, se fuga de casa, falta a clase, agrede a los maestros, comete actos de piromanía y destruye la propiedad propia y ajena. Estos actos

se inician en la adolescencia, pero la mentalidad que los produce está presente desde antes, sólo que ha estado escondida bajo la superficie porque el niño ha vivido en casa, en un ambiente controlado.

Aunque muchos de los asesinos eran inteligentes, no obtuvieron buenas notas en la escuela. «Suspendí en segundo porque era imposible de educar», nos contó un asesino. Sus padres lo querían sacar de la escuela para que trabajara en la granja, «pero entonces me salté tercero porque aprobé segundo, y saqué notas excelentes en algunas asignaturas y me dejé otras. Era buenísimo en matemáticas pero no sabía escribir sin faltas». La irregularidad en el rendimiento escolar era un patrón que se mantuvo en la vida adulta. La mayoría de los asesinos fue incapaz de mantener un trabajo o de realizar su potencial intelectual. No tenían éxito como empleados e iban de despido en despido, discutiendo en el trabajo y metiéndose en problemas continuamente con los jefes. Poseían las capacidades intelectuales necesarias para desempeñar un puesto profesional, pero trabajaban casi todos en puestos de baja categoría. Si se alistaban en el ejército, como hizo más o menos el 40 %, no se licenciaban con honores.

Otro denominador común, además del poco amor que existía en la familia, era que habían carecido (tanto en casa como en la escuela) del estímulo necesario para encauzar su energía hacia fines positivos y, en consecuencia, ésta se dirigía a fines negativos. En la escuela, eran o bien crónicamente disruptivos, o tan tranquilos y retraídos que nadie les prestaba atención.

«Me sentía culpable por tener esos pensamientos [hacia mi familia]», me dijo Rissell —después de escuchar a psicólogos durante años y adoptar su jerga— «y los reprimí y acumulé mucha hostilidad, que luego traduje en fantasías... Deberían haberse dado cuenta en la escuela, porque pasaba tanto tiempo soñando despierto que lo mencionaban siempre en mis boletines de notas... Soñaba con exterminarlos a todos».

Al futuro asesino no sólo le ha fallado la familia, sino también el sistema escolar. Demasiadas veces, cuando se enfrenta a un niño problemático, el sistema escolar no proporciona ayuda psicológica o, si lo hace, no aborda las cuestiones importantes de su vida, especialmente las que tienen que ver con el hogar anómalo. Si un maestro dice, «Hay que hacer algo por Joe, tiene

problemas», el sistema escolar es incapaz de examinar la vida de Joe adecuadamente, no consigue que otras instancias, como los servicios sociales, se pongan en marcha y realicen una intervención que ponga fin al daño que el niño está sufriendo. Además, como el daño es emocional, no es fácil incidir sobre él. Encima, al tratarse de un niño con una inteligencia superior a la media, encuentra maneras de disfrazar y ocultar sus heridas mentales hasta que grandes cicatrices las cubren.

Muchas personas experimentan enormes dificultades en la infancia y no acaban convirtiéndose en asesinos. Sin embargo, cuando los problemas de la infancia se ven reforzados por la negligencia de la escuela, los servicios sociales y el vecindario, empeoran considerablemente. Una madre distante, un padre y hermanos ausentes o maltratadores, un sistema escolar que no interviene, servicios sociales ineficaces, y una persona incapaz de relacionarse sexualmente con los demás de un modo normal: es casi una receta para producir una personalidad desviada.

A menudo, me preguntan por qué no hablo de asesinas en serie. Sólo ha habido una mujer detenida y acusada de ser asesina en serie: Aileen Wuornos, en Florida. Aunque puede haber otras, mis extensas investigaciones no las han encontrado. Las mujeres sí cometen asesinatos múltiples, por supuesto, pero tienden a cometerlos juntos en el tiempo, no de la forma secuencial propia de los hombres a los que yo me refiero. Las deficiencias psicológicas de estos asesinos, ¿son también características de la personalidad de las mujeres violentas? Francamente, no lo sé; esta cuestión no ha sido investigada. Los asesinos en serie son, en su mayoría, varones blancos con una edad comprendida entre los 20 y 40 años en el momento de los asesinatos.

La capacidad para iniciar, mantener y desarrollar buenas relaciones interpersonales empieza a desarrollarse en la infancia y es reforzada en la preadolescencia. Pero si no existe al principio y no hay refuerzo positivo en la época preadolescente, cuando el niño llega a la adolescencia puede ser demasiado tarde. Aunque su conducta exteriorizada no sea necesariamente la de un asesino o un violador, seguirá siendo una conducta anómala. Las personas que han tenido una infancia muy deficiente no son adultos completamente normales; se convierten en madres alcohólicas o padres

maltratadores que crean ambientes que perpetúan el ciclo del maltrato y aumentan la probabilidad de que sus hijos acaben siendo delincuentes. Los adultos anómalos producen criaderos propicios al desarrollo de fantasías y conductas criminales, en detrimento de sus hijos y la sociedad.

Siempre es posible intervenir en la vida de un niño potencialmente peligroso y existen modos de retrasar sus conductas delictivas hasta, pongamos, los doce años. Puede aparecer un nuevo padrastro cariñoso, un maestro o un hermano mayor que ejerza una influencia positiva sobre él. O puede que la terapia psicológica llegue al corazón del problema y lleve al niño por un camino que lo aleje de las conductas desviadas.

Cabe destacar aquí que, cuando hay alguna intervención en esta fase y el niño se salva, todavía puede decepcionar a su familia, faltar a clase y no responder abiertamente a las mejoras de su entorno; sin embargo, como adulto, puede no llegar a delinquir nunca, o por lo menos no hasta el punto de secuestrar, violar y asesinar. Sólo se puede cambiar el rumbo de alguien encaminado a la delincuencia hasta cierto punto; lo más probable es que la persona todavía se convierta en un adulto muy problemático. Es poco probable que se le pueda remodelar y se vuelva completamente normal.

Esto significa que es muy poco probable que estos asesinos, una vez detenidos y encarcelados, puedan rehabilitarse —después de todo, sus problemas vienen desarrollándose desde la infancia—. Nunca han sabido relacionarse adecuadamente con otros seres humanos, y una habilidad interpersonal tan básica no es algo que se pueda enseñar fácilmente en la cárcel. Hay que reeducarlos, enseñarles a sentir cariño por otros seres humanos como individuos. Convertir a hombres enfadados, resentidos y agresivos en personas sensibles que encajan bien en la sociedad es una tarea casi imposible.

Un hombre condenado por cometer reiterados abusos a menores hizo una descripción muy gráfica de su incapacidad para cambiar de comportamiento. Dijo que había tenido fantasías sexuales con menores durante muchísimos años. En la cárcel, las autoridades habían intentado dirigir su afecto mental hacia los adultos —incluso hacia hombres

homosexuales adultos—, pero él seguía centrando sus ensueños y juegos autoeróticos en los niños y, además, sabía que lo haría siempre, tanto dentro como fuera de la cárcel.

La mayoría de los estudios anteriores sobre la mente del asesino situaba las raíces de la violencia en el trauma infantil —un niño abusado a los seis años se convertiría en violador de mujeres—. Sin embargo, no todos los violadores o asesinos que entrevistamos habían sufrido abusos en la infancia. Mis investigaciones me convencieron de que la clave no es tanto el trauma infantil, sino el desarrollo de patrones de pensamiento pervertidos. Lo que llevaba a estos hombres a matar eran sus fantasías.

«Sabía mucho tiempo antes de empezar a matar que lo haría, que las cosas acabarían así», nos dijo un asesino múltiple. «Las fantasías eran demasiado fuertes. Las había tenido durante demasiado tiempo y eran demasiado detalladas.» Después de empezar a matar, el hombre seguía teniendo fantasías. «Es un desarrollo progresivo. Te cansas de un nivel de fantasía y pasas a otro, a cosas todavía más raras... la cosa fue tan lejos, llegó a tales profundidades, que todavía no he llevado a la práctica mis peores fantasías.»

Todos los asesinos que entrevistamos eran incapaces de resistirse a sus fantasías. Asesinaban para llevar a la realidad lo que habían visto una y otra vez en su mente desde la infancia y la adolescencia. Cuando eran adolescentes, en lugar de desarrollar intereses y actividades normales con sus iguales sin tener un estricto control sobre todo, estos asesinos se refugiaron en fantasías sexualmente violentas donde sí podían controlar el mundo a su alrededor. Sobrecompensaban las agresiones sufridas en la infancia repitiendo el maltrato en sus fantasías, pero ya no como víctimas, sino como agresores. Un asesino me dijo: «Nadie se molestó en averiguar cuál era mi problema y nadie sabía nada sobre el mundo de mis fantasías.»

Es justamente por las fantasías por lo que caracterizamos el asesinato en serie como homicidio sexual, incluso cuando no parece haberse producido penetración física u otros actos sexuales. La inadaptación sexual es el elemento clave de todas las fantasías, y las fantasías son el motor emocional de los asesinatos.

La fantasía es un acontecimiento inalcanzable en la vida normal. Una fantasía masculina normal podría ser tener relaciones sexuales con una estrella de cine muy guapa. Poseer sexualmente a una diosa del sexo no es un pensamiento perverso, sino simplemente la expresión mental de un deseo que, para la mayoría de las personas, no es alcanzable. Ahora bien, una fantasía anormal sería inmovilizar a la estrella de cine y hacerle cortes durante el sexo. Un hombre normal acepta el hecho de que nunca tendrá acceso a Britney Spears, Elle Macpherson, Jennifer López o quien él considere guay o sexy; se busca una sustituta. La gente normal aprende a aceptar que su conducta esté limitada por el control social y la moderación. La persona desviada, en cambio, al haber tenido muy pocos límites impuestos desde la infancia, cree que puede llevar su fantasía a la práctica y que nadie lo detendrá. A muchos chicos les gustaba Jodie Foster, pero sólo John Hinckley se sintió con derecho para acecharla en New Haven, mandarle notas y grabar sus conversaciones, y todo eso mientras planeaba atentar contra el presidente Reagan.

De un modo parecido, todos sabemos que muchos niños juegan con animales de compañía y están fascinados por los animales salvajes. Sin embargo, no los suelen torturar deliberadamente. Un niño desviado sintió que era una buena idea abrirle el estómago a un perro con un cuchillo, para ver cuánta distancia podía recorrer el animal antes de caer agonizante; otro cogía gatos y les ponía petardos potentes en las patas, mutilando a gran parte de la población felina de su barrio. Otro niño no tuvo ningún reparo en estrangular a un gato, pero cuando alguien le dio cristal molido de comer a su propio perro, se enfureció y lo sintió mucho.

Cuando entran en la adolescencia, con el inicio de la pubertad y la excitación sexual, los niños desviados se vuelven solitarios y se vuelcan cada vez más en sus fantasías. Son agresivos, se sienten engañados por la sociedad, y canalizan esa hostilidad hacia sus fantasías. Varios asesinos dijeron que desde una edad temprana se sintieron atraídos por los zapatos de tacón alto, la lencería femenina, y las cuerdas para estrangular y asfixiar (no solamente para emplear con otras personas, sino también contra sí mismos, principalmente para estimularse sexualmente). Con doce años, Ed Kemper jugaba con su hermana a la «cámara de gas», un juego en el que su hermana

tenía que atarle a una silla y accionar una manivela imaginaria que soltaba el gas. Entonces él se dejaba caer en la silla y «moría», un juego sombrío, hostil y repetitivo que mezclaba temas de sexo y muerte. Otro adolescente se masturbaba utilizando la ropa interior de sus hermanas —muchas veces delante de ellas— y luego se preguntaba por qué todo el mundo estaba enfadado con él. Un tercer chico, a los 15 años, arrastraba a otros chicos más jóvenes al cuarto de baño del psiquiátrico para forzarles a tener sexo anal y oral con él, repitiendo lo que le habían hecho a él cuando tenía diez años. A un cuarto chico le descubrieron a los tres años con el pene atado a un cajón de escritorio, estrangulándolo y estimulándolo; con 13 años, sus padres lo descubrieron un día en la bañera, intentando atarse del cuello y del pene a una barra situada encima de los grifos; a los 17 años, redirigió sus instintos autoagresivos hacia una joven a la que secuestró y mantuvo cautiva a punta de pistola durante una noche entera.

Las fantasías se caracterizan por tener elementos visuales fuertes y temas relacionados con la dominación, la venganza, el acoso y el control. Mientras una persona normal fantasea con aventuras sexuales, el desviado relaciona el sexo con actos destructivos. Fusiona las aventuras interpersonales normales con intentos anormales de degradar, humillar y dominar a los demás. Una idea central en las fantasías normales es que la pareja imaginaria se divierta tanto como el que tiene la fantasía. En el caso de estos hombres desviados, sin embargo, cuanto más se divierten ellos, más peligro corre la pareja.

Allí reside la clave: en las fantasías desviadas, la pareja imaginaria es despersonalizada, se convierte en objeto. «Lamento decirlo de un modo tan frío», se disculpaba Ed Kemper, «pero lo que necesitaba era tener un determinado tipo de experiencia con una persona, y poseerla del modo que yo quería; tenía que expulsarla de su cuerpo humano». Una vez expulsada de su cuerpo, sin embargo, una persona no puede volver a entrar. En otras palabras, lo que Kemper decía era que la otra persona tenía que morir para que él pudiera realizar sus fantasías sexuales.

La gente, por lo general, no habla de sus fantasías sexuales, ni siquiera en las familias intactas y normales. No se informa de manera rutinaria a los chicos adolescentes de que, habiendo alcanzado la pubertad, no pasa nada si

piensan en chicas y cuerpos desnudos, y sueñan con hacerles cosas en la cama. Lo que un niño que vive en una familia normal sí puede observar son comportamientos adecuados entre sus padres: Mamá y Papá abrazándose, besándose y cogiéndose de la mano. Acepta que sus padres tengan una relación amorosa y espera algún día tener una similar. Nuestros asesinos, en cambio, no observaron esos comportamientos entre sus padres, ni recibieron ningún afecto de ellos. Para la gente normal, el sexo forma parte del amor. Los desviados, en cambio, sienten el impulso sexual sin haber aprendido que tiene algo que ver con el afecto. Estos chicos, pues, piensan en términos de «mojar» o «follar», sin considerar a la otra persona como individuo o tan siquiera como ser humano. La mayoría ni siquiera sabría qué hacer con una mujer si «tuviera» una.

El proceso que los psicólogos llaman el desarrollo del «mapa cognitivo» está casi terminado en este momento. El mapa cognitivo es el conjunto de patrones de pensamiento que afectan al modo en que la persona se relaciona consigo misma y con su entorno; determina el significado que la persona confiere a los sucesos que ocurren en su mundo. El chico desviado se coloca en una posición cada vez más antisocial, ve el mundo como un lugar hostil. Se vuelve casi incapaz de interactuar adecuadamente con el mundo exterior porque todos sus patrones de pensamiento están dirigidos hacia su propio interior, diseñados para estimularse a sí mismo en un intento de reducir las tensiones, lo que, a su vez, no hace sino reforzar todavía más su aislamiento. Se crea un círculo vicioso. El adolescente solitario tiene fantasías aberrantes e intenta materializarlas parcialmente en la vida real, probando diferentes actos antisociales: dice una mentira que no es descubierta; maltrata a un animal sin que se produzcan efectos negativos en su propia vida; comete un acto de piromanía; asusta a un niño menor que no lo denuncia. Se «sale con la suya». Luego, los efectos de estas hazañas se incorporan a las fantasías, aumentando la intensidad de la violencia. El adolescente se retrae todavía más de la sociedad y, con el tiempo, intentará, cada vez con mayor frecuencia, llevar sus fantasías a la práctica.

Mis entrevistas me enseñaron que el tema de discusión más difícil para los asesinos era la expresión temprana de las fantasías. Ed Kemper empezó a tener fantasías a una edad muy temprana, pero en nuestra entrevista no las

relacionó con sus primeros asesinatos —a los 15 años, mató a sus abuelos a disparos—. Cuando indagué, descubrí que sí los relacionaba con el castigo que sus abuelos le habían impuesto —le quitaron la escopeta— por matar pájaros y animales pequeños en la granja. A muchos niños de áreas rurales se les regala una escopeta y la emplean para cazar, pero Kemper no mataba a animales de caza y se enfadó cuando le quitaron la escopeta. Al hacerlo, sus abuelos no abordaron la agenda oculta, las razones por las que Kemper mataba otro tipo de animales. Desgraciadamente, lo único que hicieron fue quitarle la escopeta, creyendo que de ese modo su nieto dejaría de portarse mal. No le preguntaron qué era lo que pasaba por su cabeza —cuáles eran sus fantasías— y qué le hacía matar pequeños animales sólo por diversión. No conseguí que Kemper hablara de esto directamente pero sospecho que mató a sus abuelos en parte para que no se enteraran de sus fantasías asesinas.

Lo que empieza como una fantasía termina como parte del ritual homicida. Un hombre que había arrancado las cabezas de las muñecas Barbie de su hermana en la infancia, decapitaba a sus víctimas cuando era adulto. Otro hombre persiguió a un amigo por el jardín con un hacha cuando era joven; de adulto, empleó un hacha en sus asesinatos. A los 13 años, John Joubert le clavó un lápiz en la espalda a una niña al pasar por su lado en bicicleta. La experiencia le resultó estimulante. Cuando vio que nadie le pillaba ni castigaba, aumentó el grado de violencia: la próxima vez que fue en bici, cortó a alguien con una cuchilla de afeitar. Al profundizar en la vida de Joubert descubrimos que, justo antes de su primera agresión, perdió a un amigo, un chico más joven, con el que había empezado a desarrollar una relación sana y quizá homosexual latente. John se había ido de vacaciones durante el verano y cuando volvió, su amigo ya no estaba, se había mudado. La madre de John le dijo que no sabía adónde había ido su amigo y que John simplemente iba a tener que aceptar la pérdida. Otra madre habría ayudado a su hijo a encontrar una dirección para mandar cartas, le habría animado a escribir, le habría dicho que quizá se podrían ver al verano siguiente, etcétera. La Sra. Joubert, sin embargo, destruyó la alegría que esa relación le aportaba a su hijo y, poco tiempo después, John le clavó un lápiz en la espalda a una niña. Con ese acto, cruzó el umbral de la conducta criminal activa. Una vez que las fantasías de John Joubert le habían impulsado a atacar a otro ser

humano, muy pocas cosas podían evitar que siguiera por ese camino hasta terminar asesinando. Quizá, si John hubiera sido detenido, castigado y tratado de tal manera que los estresores de su entorno familiar se vieran amortiguados, se le podría haber disuadido de cometer más actos violentos, pero —y esto es lo triste— aun así probablemente no habría sido posible acallar las fantasías subyacentes a su conducta antisocial.

A pesar de criarse en entornos familiares y sociales faltos de cariño y de tener fantasías muy violentas, muchos potenciales delincuentes no llegan a cometer actos violentos. Son bombas de relojería, pero la historia de su vida muestra que no cometen actos mayores de violencia antisocial si antes no reciben un empujón final en forma de determinados estresores previos al crimen. En el caso de Joubert, la pérdida repentina de su único amigo precipitó su primera agresión. Más adelante, cuando John estaba en las Fuerzas Aéreas, su compañero de habitación se mudó voluntariamente; esto, combinado con una inesperada y costosa avería de su coche, le produjo el estado de ánimo adecuado para convertir en realidad su fantasía de secuestrar y asesinar a un chico joven.

Monte Rissell pasó de la violación al asesinato de mujeres, y lo hizo en el colegio, después de haber recorrido varios reformatorios y mientras estaba recibiendo tratamiento psicológico como parte de las condiciones que le habían impuesto para poder disfrutar de la libertad condicional. Había cometido violaciones anteriormente, pero nunca había alcanzado cotas tan altas de violencia. Tenía una novia que iba un año por delante de él en el colegio. Ella se había graduado y estaba en la universidad. Le mandó una carta en la que rompía con él, diciendo que prefería estar con otros hombres. Rissell cogió su coche, fue a la universidad y observó a su antigua novia con su nuevo novio, pero no hizo nada de momento. Cuando volvió a casa, cerca de Washington, D.C., aparcó el coche en un aparcamiento y se quedó sentado en el interior, tomando una cerveza, fumando un porro y reflexionando hasta muy tarde. A eso de las dos de la noche, apareció una mujer sola en un coche; era una prostituta. No había nadie más en los alrededores y Rissell decidió

que tomaría de esa mujer —a punta de pistola— lo que ya no podía conseguir de su antigua novia. Con una pistola del 45 en la mano, se acercó al coche de la prostituta, la secuestró, la violó y la mató. Asesinaría a cuatro mujeres más.

Richard Marquette mató por primera vez porque intentó tener relaciones sexuales con una mujer a la que había conocido en un bar y fue incapaz de cumplir su parte. El primer asesinato de Ted Bundy se debió supuestamente a la pérdida de la ayuda económica que le había permitido estudiar derecho. Algunos argumentarán que si Bundy no hubiera experimentado estresores previos al crimen, si hubiera terminado sus estudios, y si hubiera conocido a una mujer que satisficiera muchas de sus necesidades, quizá nunca habría llegado a matar. Quizá se habría convertido en un abogado excepcionalmente agresivo, alguien que frecuenta a prostitutas, busca relaciones sadomasoquistas e intenta desahogarse de otros modos sin llegar a cruzar del todo el umbral delictivo, es decir, expresando su desviación de una forma más aceptable socialmente. Claro que es imposible saberlo con seguridad, pero teniendo en cuenta la conducta posterior de Bundy, probablemente hubiera cruzado el umbral de todos modos, independientemente de si seguía estudiando o no y de si encontraba a una mujer con la que satisfacer algunas de sus fantasías sexuales. Su mente ya había fusionado el deseo sexual con la necesidad de dañar y destruir mucho tiempo antes. David Berkowitz ya no pudo con sus problemas cuando su madre biológica no quiso acogerlo en su familia; por supuesto, su deseo de formar parte de esa familia estaba condenado al fracaso de todas maneras. Ed Kemper, después de salir de la cárcel por el asesinato de sus abuelos, cedió ante la presión de su madre y fue a vivir con ella. No obstante, a pesar de haber luchado para conseguir la liberación de su hijo, lo regañaba constantemente, culpándole de sus problemas sentimentales con los hombres. Después de un incidente particularmente horroroso, Kemper salió de casa cerrando la puerta de golpe, subió a su coche y dijo: «La primera mujer guapa a la que vea esta noche, morirá.» Salió en busca de una posible víctima y no tardó en encontrar una, una mujer en el campus de la universidad, y le ofreció llevarla a casa.

Muchos de los estresores previos al crimen que al parecer precipitan los asesinatos son los mismos que afectan a muchas personas todos los días: la pérdida de un empleo, una ruptura sentimental o problemas económicos. Las

personas normales, sin embargo, saben afrontar estos problemas y lo hacen con la ayuda de un conjunto de recursos aprendidos durante el desarrollo normal de su personalidad. En los asesinos potenciales, sin embargo, estos patrones son defectuosos, lo mismo que los mecanismos mentales para afrontar los sucesos estresantes. Ante una dificultad casual como la pérdida de un empleo se retraen hacia sí mismos, centrándose en sus propios problemas, excluyendo todo lo demás y utilizando sus fantasías como la única solución. Por ejemplo, cuando su pareja rompe la relación, un asesino potencial pierde la concentración en el trabajo, así que es despedido. Sin ingresos ni consuelo, le sobrevienen otros problemas, que antes habría afrontado a pesar de las presiones, pero que ahora parecen aplastantes. Los estresores previos al crimen son la gota que colma el vaso.

En el fondo, las conductas transgresoras son, por un lado, autodestructivas y, por otro, destructivas para la sociedad. El delincuente comete crímenes sabiendo que no están permitidos y que quedará mal parado en caso de ser descubierto. Aun así, toda la experiencia acumulada a lo largo de su vida le empuja a cruzar el umbral. Más tarde, tras muchos crímenes, llegará a creer que es invencible y que nunca será detenido, pero justo antes de cruzar la línea, el hombre joven no está tan seguro.

La presión va aumentando hasta el momento en que el asesino potencial está preparado para cometer el acto violento. En ese instante aparece una posible víctima, alguien en una posición particularmente vulnerable, y el asesino potencial se convierte en asesino real.

El acto está consumado. El umbral ha sido cruzado y no hay posibilidad de volver atrás. El asesino está al mismo tiempo asustado y emocionado. Durante el crimen, ha experimentado una fuerte excitación, y eso le ha gustado. Espera varios días, temiendo ser detenido y castigado en cualquier momento, pero no sucede nada. Quizá se sienta mal por lo que ha hecho e intente controlar sus impulsos. Bill Heirens dijo que una vez se encerró en un cuarto de baño para evitar cometer otro crimen cuando empezó a sentir la necesidad de hacerlo. De este modo esperaba poder resistirse a la tentación. Sin embargo, logró salir trepando por la ventana del cuarto de baño, vestido con un albornoz, y cometió una atrocidad de todos modos. Lo más habitual, no obstante, es que, después del primer asesinato, el egocentrismo del asesino

aumente y le lleve a creer que puede repetir con impunidad. Enriquece sus fantasías con detalles del primer asesinato y empieza a construir nuevos crímenes. ¿Y si juego más con ella antes de estrangularla? ¿Y si descuartizo el cadáver para que la policía no lo pueda identificar? ¿Y si obligo al chico a decir y hacer ciertas cosas antes de agredirlo físicamente? ¿Y si cojo un anillo de la víctima para utilizarlo después, cuando repase el crimen en mi mente? ¿Y si busco una víctima en la próxima ciudad en vez de a cinco manzanas de mi casa? ¿Y si preparo unas esposas o cuerdas y me las llevo, para no tener que improvisar? ¿Y si no uso un cuchillo para controlar a la víctima, sino una pistola?

Ahora que el primer asesinato ha tenido lugar, ya no hacen falta estresores previos para que haya más asesinatos. Una vez cruzado el umbral, el asesino suele planear sus futuros crímenes con más detenimiento. A lo mejor el primer crimen tenía algunos elementos de espontaneidad, pero la próxima víctima será seleccionada más cuidadosamente, el crimen se ejecutará de un modo más experto, y la víctima sufrirá más violencia. Éste, pues, es el modo en que nuestro niño solitario del hogar anómalo se ha convertido en un asesino en serie.

MUERTE DE UN REPARTIDOR DE PERIÓDICOS

En el otoño de 1983 me dirigía a mi *alma mater*, la Universidad Estatal de Michigan, para dar clases en un seminario anual sobre homicidios. Era un día caluroso de septiembre, las hojas estaban cambiando de color y el campus estaba precioso. Cuando entré en el hotel me pasaron una nota en la que me decían que llamara a la oficina de inmediato. Cuando recibo mensajes de esta índole, siempre me recorre un escalofrío por el cuerpo porque sé que algo terrible ha pasado; las malas noticias vuelan, especialmente si eres agente de la ley. Llamé y mi superior inmediato me dijo que un chico joven, un repartidor de periódicos llamado Danny Joe Eberle, había sido secuestrado y asesinado en Bellevue, Nebraska, cerca de Omaha, y que tenía que viajar hasta allí para ver si podía ayudar a capturar al asesino. Cogí la oportunidad con ambas manos.

Me vinieron a la cabeza dos casos similares. Casi exactamente un año antes, en Des Moines, Iowa, un joven repartidor había desaparecido en circunstancias misteriosamente similares: un domingo por la mañana, mientras repartía los periódicos. El chico, Johnny Gosch, no había sido encontrado nunca. El FBI había tardado mucho en implicarse en el caso y los Gosch me dijeron personalmente que sentían mucho rencor por ello. Por supuesto, su hijo había sido secuestrado dentro de los límites de un estado y, técnicamente hablando, el FBI no tenía jurisdicción, pero los padres pensaron, con toda razón, que la primera agencia policial del país debería haber hecho algo más. Poco antes se produjo un caso similar, el de un joven llamado Adam Walsh. Tras su desaparición, la policía de Florida le pidió al FBI que se involucrara en el caso, pero la petición fue denegada, ya que se trataba de un asunto local. Al no haber ningún indicio de un desplazamiento interestatal, el FBI no tenía jurisdicción. Más tarde, cuando la cabeza de Adam fue encontrada flotando en un canal y se sospechó de una persona que

tenía un coche de otro estado, el FBI se interesó por el caso. En ese momento, sin embargo, John Walsh, el padre de Adam, rechazó la ayuda del FBI, por motivos que me explicó más tarde. Dijo que el FBI no quiso ayudar cuando simplemente se trataba de un niño desaparecido y que lo hizo sólo tras hallarse la cabeza del chico, cuando su vida claramente ya no se podía salvar; los Walsh no necesitaban esa clase de ayuda. Más tarde, John Walsh se haría famoso a escala nacional como presentador del programa de televisión *America's Most Wanted* (Los más buscados de América). Estuve de acuerdo con los Gosch y los Walsh en que el FBI debía haberse implicado en la búsqueda de sus hijos e involucrarse de forma más decidida y rápida en futuros casos de niños desaparecidos.

El problema siempre había sido la falta de jurisdicción. Cuando estudié en la academia del FBI, tuvimos que estudiar las diversas leyes federales que teníamos que hacer cumplir. Una de ellas era la *Migratory Bird Act* (Ley sobre las Aves Migratorias), que nosotros llamábamos la «Ley de la Garza Azul». Matar ciertas aves migratorias era un delito federal, así como lo era el no quitar la puerta de un refrigerador cuando se deja en la calle para que sea recogido con la basura. Ambas leyes, por cierto, se habían aprobado tras detectarse problemas. La ley sobre las aves fue aprobada para proteger una especie en peligro de extinción porque sus plumas se utilizaban para los sombreros de mujer a principios del siglo xx; y la ley de las puertas de frigorífico se aprobó después de que un número sorprendente de niños se metiera en frigoríficos abandonados y muriera al no poder abrir la puerta.

No había ninguna ley federal que tratara sobre el asesinato en serie y la definición de secuestro era tal que el FBI sólo podía entrar en un caso si se exigía un rescate. La tragedia de los Walsh y los Gosch, junto con los esfuerzos de los defensores de los niños de todo el país, ayudó a cambiar la opinión imperante en Washington y capitales de estado sobre los niños desaparecidos y secuestrados. A principios de los ochenta, el Gobierno Reagan presentó al Congreso un proyecto de ley que recogía varias cuestiones relacionadas con el crimen. Dicho proyecto pretendía que el asesinato, secuestro y otros crímenes serios formaran parte de la jurisdicción del FBI. Cuando Danny Joe Eberle fue secuestrado, el proyecto de ley se acababa de aprobar y todo el FBI quería prestar la máxima ayuda posible.

En cuanto se denunció la desaparición de Danny Joe, el jefe de la oficina del FBI en Omaha mandó al subjefe, Johnny Evans, a Bellevue, la pequeña ciudad donde se había producido el secuestro y que estaba cerca, para ver qué se podía hacer, y luego pidió permiso para que Evans se quedara allí hasta que se resolviera el caso. Evans era el modelo por excelencia del buen agente del FBI: un hombre bien plantado, aseado, guapo y comprometido con el bienestar de la comunidad; en otras palabras, justo el tipo de hombre que transmitiría el deseo del FBI de colaborar en un caso difícil. De hecho, Johnny Evans llegó a implicarse tan profundamente y estuvo tan decidido a resolver el caso, trabajando estrechamente con las autoridades locales, estatales y militares en un esfuerzo coordinado, que fue algo único en aquellos tiempos.

El cuerpo del chico fue encontrado dos días y medio después del secuestro. Fue entonces cuando me pidieron que colaborara en el caso. Era una de las primeras veces que iba a poder asistir *in situ* a un caso de asesinato que todavía estaba en curso. Sería una buena oportunidad para ver las cosas en persona y para tener una relación con las autoridades locales que fuera más allá de lo que se solía permitir, es decir, de la comunicación a través del teléfono y el teletipo. ¡Del aula a la primera línea de fuego!

Yo, desde luego, deseaba involucrarme y lo mismo querían mis superiores, porque todos pensamos que podríamos aportar alguna ayuda real. En mi opinión, el escalafón superior del FBI decidió que yo participara plenamente en el caso por motivos políticos, para asegurarse de que el FBI estuviera presente en el primer secuestro importante de un niño tras la aprobación de la nueva ley. Fue un hecho positivo, porque hacía mucha falta el tipo de servicios que el FBI podía aportar, como más personal para la investigación, el Programa para la Detención de Criminales Violentos (PDCV) que todavía estábamos desarrollando, los cada vez mayores conocimientos sobre los perfiles criminales, así como nuestro laboratorio, cuyo trabajo era, tradicionalmente, de primera calidad.

Estaba nevando en Omaha y llegué allí temblando, sin abrigo, porque sólo estaba preparado para el clima suave de Michigan. El *sheriff* del condado de Sarpy, Pat Thomas, me recogió en el aeropuerto y me llevó a la comisaría general de la policía de Bellevue. Ya se había constituido el grupo de trabajo

y estaban haciendo sus labores; docenas de personas recogían e intentaban analizar información sobre el caso. Johnny Evans se alegró de verme. Era un veterano que había trabajado, sobre todo, en temas relacionados con el crimen organizado, atracos de bancos y problemas en el comercio interestatal, pero tenía poca experiencia en asesinatos, especialmente si eran tan repulsivos como el de este chico.

Bellevue es un suburbio periférico de una típica ciudad del Medio Oeste, un lugar tranquilo y ordenado, de ingresos medios; la clase de lugar que imaginamos cuando se quiere describir la calidad de vida que simboliza Estados Unidos en el mundo. Un domingo por la mañana, antes del amanecer, Danny Joe Eberle había despertado, se había vestido —todo menos sus zapatos, porque le gustaba ir descalzo, a pesar de los comentarios de sus padres— y había ido en bici hasta un ultramarinos donde recogió los periódicos que tenía que doblar y repartir en su ruta habitual. Danny tenía 13 años, era el típico chico rubio, con ojos vivaces; medía uno cincuenta y siete y pesaba cuarenta y cinco kilos. Su padre era un empleado de correos y su hermano, que era un poco mayor, también repartía periódicos.

A las siete de aquella mañana, el supervisor de la ruta de Danny empezó a recibir llamadas de gente del barrio que decía que no les había llegado el periódico. El hombre fue a ver, no encontró nada y luego despertó al Sr. Eberle, quien también buscó por la zona sin encontrar a Danny. Los tres primeros periódicos habían sido entregados pero la bici de Danny estaba apoyada contra una cerca de la cuarta casa de la ruta. Los periódicos restantes estaban todavía en el bolso y no había señales de lucha. Danny simplemente había desaparecido. Se avisó a la policía y ella, a su vez, llamó a la oficina del FBI en Omaha. Había algunas sospechas de que Danny podía haber acompañado a sus tíos en un viaje fuera del estado, donde su tío iba a buscar trabajo, pero esa hipótesis quedó pronto refutada. Se inició un rastreo masivo de la zona, de casa en casa, y en la tarde del miércoles el cuerpo de Danny fue hallado en unos matorrales al lado de un camino de grava, a unos seis kilómetros de donde se había quedado su bici y a sólo unos pocos kilómetros de la frontera del estado de Iowa.

Fui a ver el lugar donde había aparecido el cuerpo. Puedes aprender muchas cosas de las fotos que se sacan en las escenas del crimen, pero estar en el lugar mismo te proporciona una gran ventaja. Te permite orientarte completamente y ver relaciones entre los detalles que, de la otra forma, nunca descubrirías. Por ejemplo, era obvio que el lugar estaba cerca de un camino de grava sin salida. Sin embargo, lo que no habría quedado claro en las fotos (a no ser que se hubieran sacado desde una distancia de unos 400-500 metros del lugar del cuerpo) era que había un cruce cerca y que uno de los caminos llevaba al río. ¿Por qué el asesino (o asesinos) no había dejado el cuerpo en el río mismo, donde la corriente podía habérselo llevado o donde habría estado más escondido? El cuerpo estaba en el tipo de lugar donde la gente acude para organizar fiestas al aire libre, deja latas de cerveza vacías, etc. Crecían hierbas altas al lado del camino pero, si uno miraba con atención, el sitio era visible desde el camino. Quien dejara el cuerpo allí corrió el peligro de quedar expuesto por los faros de algún coche pasando, si todavía era de noche, o de ser descubierto de alguna otra forma.

Al público se le había dicho que Danny Joe Eberle había sido asesinado con un cuchillo. Los detalles eran mucho más horribles, ya que el chico también había sido mutilado. El cuerpo estaba boca abajo, como si se hubiera caído o lo hubieran arrojado a las hierbas, con las manos y los pies atados a la espalda con una cuerda. También le habían atado las manos y los pies con esparadrapo, tenía la boca tapada con esparadrapo y sólo llevaba calzoncillos. Había múltiples heridas profundas de arma blanca en el pecho y la espalda. Le habían cortado el cuello. Al parecer, le habían seccionado un trozo de carne del hombro y en el muslo izquierdo había unas heridas *post mortem* que parecían tener un patrón de tipo cruzado o de tres en raya. Le habían golpeado en la cara y tenía marcas de piedras por todo el cuerpo.

El informe forense sugería que el cuerpo había sido desplazado quizá varias veces después de la muerte (porque se halló una piedra dentro de la boca de la víctima, debajo del esparadrapo); que Danny posiblemente hubiera estado con vida hasta un día después de su secuestro; y que fue asesinado poco antes de encontrarse su cuerpo. Danny no había sido agredido sexualmente de ninguna manera ni le habían quitado los calzoncillos.

El poder estar en el terreno y hablar con los policías, testigos y demás personas fue muy importante para mi comprensión del caso. El hermano mayor de Danny Joe dijo que un hombre blanco joven en un coche marrón lo había seguido un par de veces en su propia ruta de reparto. Había otros testigos que no podían dar muchos detalles, pero que creyeron haber visto un hombre en un coche que parecía seguir a chicos jóvenes de vez en cuando.

Tomé en cuenta toda esa información y elaboré un perfil preliminar. Dije que el asesino de Danny Joe Eberle era un varón blanco joven de veinte años, más o menos. Como el lector ya sabe, la mayoría de los asesinos en serie son varones blancos y, dado que Danny vivía en un barrio blanco, si hubiera aparecido cualquier hombre negro, hispano o incluso asiático, muy probablemente habrían notado su presencia. Pensé que el asesino era joven porque el asesinato tenía un carácter experimental y porque el cuerpo había sido abandonado a poca distancia de un camino, elementos que indicaban que se trataba de un primer asesinato. Por supuesto, no podía ser muy joven porque él o algún amigo suyo tenían que tener un carnet de conducir, pero el asesino no demostró la inteligencia de alguien de treinta años. Pensé que el asesino podía haber sido alguien que conocía a Danny de manera superficial, al menos lo suficiente como para poder acercarse a él e inducirle a subir voluntariamente en un vehículo, como un coche o, posiblemente, una furgoneta. No estaba seguro de si hubo un asesino o varios. Era posible que el varón violento estuviera acompañado de uno o dos varones blancos jóvenes; quizá uno atrajo al chico a la parte trasera de la furgoneta, donde el otro lo mantuvo bajo control mientras el primero arrancaba el vehículo. Basándome en lo que sabía sobre la víctima, cabía la posibilidad de que intentaran agredir sexualmente a Danny, y que lo asesinaran mientras oponía resistencia, aunque el cuerpo no presentaba heridas *defensivas*. La forma en que el cuerpo había sido abandonado, junto a un camino en medio de la nada, me sugirió que quizá el asesino tuvo pánico después de matar y se deshizo del cuerpo con prisas en vez de hacerlo ordenadamente. «El abandono del cuerpo justo al lado de un camino poco transitado sugiere que el asesino quizá no tenía la fuerza física suficiente para llevar el cuerpo más lejos, al interior de una zona boscosa», escribí. Creía que el asesino probablemente conocía el lugar de vista al haber pasado por la zona muchas veces. Las ataduras y la falta de

abrasiones bajo las cuerdas, unidas al informe forense, me habían convencido de que muy posiblemente Danny no estuvo atado durante algún tiempo y que su asesino incluso podía haberlo tratado bien antes de su muerte.

Volviendo a la identidad exacta del asesino, escribí que vivía en la zona —no era forastero ni alguien que pasaba por casualidad—, que era soltero y que no había estudiado más allá de la escuela secundaria. Quizá estaba desempleado o bien tenía un empleo de bastante baja categoría o no especializado. El crimen mostraba un cierto nivel de inteligencia, pero no el suficiente como para haber sido planeado de antemano al detalle; por eso pensaba que el asesino sólo tenía estudios secundarios. No obstante, el esparadrapo y las cuerdas sugerían que se trataba de alguien con cierta habilidad manual. Después de considerar la naturaleza de las heridas, el esparadrapo y las ataduras de cuerda, el dato más importante fue que no llegó a penetrar a la víctima. Esto casi siempre indica que se trata de un varón joven que no ha tenido ninguna experiencia sexual real y consentida con una pareja de su propia edad, sea masculina o femenina. Dado que este hecho es inusual en nuestra sociedad, también connota haber padecido problemas psicológicos durante la infancia. Tratábamos con un asesino que desnudaba a la víctima hasta dejarla en calzoncillos, pero sin hacer nada más. Sobre la orientación psicológica probable del asesino escribí lo siguiente: «Con total seguridad, el principal agresor ha tenido problemas sexuales crónicos a lo largo de su vida, lo que indica experiencias desviadas y extrañas.» Tras haber revisado muchos casos en los que un asesino no penetra a la víctima pero sí la mutila, sabía que ese comportamiento no se daba sin que anteriormente hubiera muchas fantasías desviadas que allanaran el terreno —fantasías que tenían que haber salido a la superficie de un modo u otro en los años anteriores—. «Es probable que lea mucha pornografía y que haya realizado experimentos extraños a lo largo de su adolescencia. Estos experimentos pueden haber incluido animales o posiblemente actos sexuales forzados con niños más jóvenes, tanto chicos como chicas.» Como se indica en el capítulo 4, este tipo de comportamientos precoces es característico de las personas de las que se dice que están «educadas para matar». Aquí había una aparente contradicción: sabía que la víctima no había sido penetrada pero, al mismo tiempo, pensaba que era posible que el asesino hubiera realizado actos

sexuales forzados con chicos menores que él. Quizá fuera reacio a penetrar por la presencia de terceros en el coche o la furgoneta. El perfil sigue: «Probablemente se han producido recientemente acontecimientos estresantes en la vida del asesino, como una ruptura con la novia, la pérdida del empleo, la expulsión del instituto o problemas con la familia inmediata.» Como el lector también sabe, tales estresores previos al crimen suelen darse en el primer asesinato y yo pensaba que éste era el caso. «Además, el individuo puede haber estado ausente de su lugar de trabajo, si tiene uno, durante varios días antes y después de la desaparición de Eberle.» Para sugerir esta última característica me basé en mis entrevistas con asesinos; muchos de ellos, como Berkowitz, me dijeron que los días de antes y después del asesinato eran muy importantes para ellos, tanto que rompían su rutina habitual.

Sabía que el asesino había estado fuera de casa a las seis de la mañana. Eso indicaba que no tenía nadie ante quien justificarse y que, por lo tanto, muy probablemente no convivía con una esposa o padres demasiado preocupados. A veces, cuando un caso ocurre en la madrugada, es porque el asesino ha estado despierto toda la noche, bebiendo, con el fin de reunir el valor necesario para cometer el asesinato. Si mantuvo al chico vivo durante un tiempo, debía tener un lugar donde esconderlo. No estaba seguro de por qué el chico sólo llevaba los calzoncillos puestos, aunque quizá se debía a motivos no sexuales —impedir que escapara, por ejemplo—. Por la gravedad de las heridas y el hecho de que estaban inacabadas, tuve la impresión de que el asesino había matado al chico de manera casi espontánea y que luego le había cortado en la nuca, quizá con la idea de decapitarlo, descuartizarlo y esparcir los trozos, pero que cambió de opinión porque resultó difícil de hacer y, al final, simplemente lo dejó en un lugar que le pareció remoto. Esto indicaba que el asesino nunca había descuartizado un cuerpo, pero sí podía haber matado antes.

Un detalle del cuerpo me parecía potencialmente importante pero no podía estar seguro todavía: en la pierna y el hombro había unas heridas que parecían inexplicables. ¿Qué motivo podría tener un asesino para cortar un trozo de carne del hombro o de la parte interna de una pierna? Me rondaba la idea de que esos cortes quizá se habían hecho para borrar las marcas de

mordeduras, pero todavía no podía demostrar esta teoría. Que se produjeran mordeduras en medio del frenesí concuerda con un tipo de asesinato con motivaciones sexuales, como de hecho era éste, en mi opinión.

Debido a la falta de control del asesino (evidenciado en la escena del crimen) pensé que probablemente intentaría inmiscuirse en la investigación, tratando de dar la imagen de que nos quería ayudar cuando lo que en realidad buscaba era información, rondando por los alrededores del lugar donde se encontró el cadáver, la funeraria o el cementerio, o el barrio en el que se cometió el crimen. Teniendo esta idea presente, recomendé que cualquier retrato del asesino que se realizara basado en los recuerdos de testigos *no* se hiciera público, sino que permaneciera dentro de los círculos policiales, por si el asesino asomaba la cabeza. Durante un tiempo, tuvimos a agentes nuestros vigilando el entierro, la tumba, el lugar donde el cuerpo fue encontrado y el sitio en el que Danny fue secuestrado, pero no hubo suerte.

Además del perfil, hice lo que podríamos llamar un análisis preliminar de tipo PDCV. Utilizando el ordenador de mi cerebro en lugar del que teníamos en Quantico, realicé una comparación del caso de Eberle con otros y llegué a la conclusión de que no se parecía al caso de Gosch. El cuerpo de Eberle había sido encontrado, mientras que el de Gosch todavía estaba desaparecido. El secuestrador de Gosch, a mi parecer, había tenido mucho más cuidado que el asesino de Danny Joe Eberle. Los medios seguían resaltando el hecho de que ambas víctimas eran repartidores de periódicos y que habían sido secuestradas un domingo por la mañana, pero yo, que conocía más detalles y tenía más experiencia comparando crímenes, pensaba que los dos casos no eran obra del mismo asesino.

La cuerda utilizada para atar a Eberle fue enviada al laboratorio del FBI para ser analizada y no correspondía a ninguna muestra conocida. Aquello en sí ya era una pista importante, porque el hecho de que fuera una cuerda tan excepcional podría ayudar a atribuirle el crimen a quien tuviera trozos de cuerda similares. Además de ayudar con el trabajo de laboratorio, el FBI quería poner todos los recursos de nuestro arsenal a disposición de la investigación, así que se movilizó también a nuestro equipo de hipnosis de San Antonio. El hermano mayor de Danny y otros testigos accedieron a ser hipnotizados con el fin de intentar recordar lo que habían visto.

Desgraciadamente, aportaron muy poca información pero, aun así, nos ayudaron a comprender más a nuestro probable asesino. A pesar de mi convicción —apoyada por Johnny Evans— de que la persona que había secuestrado y asesinado a Eberle volvería a actuar, no había nada más que yo pudiera hacer allí, así que volví a Quantico. El grupo de trabajo estaba haciendo todo lo que se podía. La familia Eberle estaba soportando relativamente bien la situación, con la ayuda de su fe y el apoyo moral de los vecinos y la gente de la parroquia. Yo tenía un hijo adolescente y eso me hizo sentir una gran empatía hacia la familia.

A principios de diciembre, cuando estaba en Alabama impartiendo clases en otra escuela ambulante, recibí una segunda llamada, directamente de Johnny Evans, que estaba muy nervioso. Otro chico había sido secuestrado cerca de Omaha y encontrado, brutalmente asesinado, tres días más tarde. Nuestros peores temores se habían hecho realidad. Acudí apresuradamente a Omaha, otra vez sin abrigo, y pronto estaba caminando de nuevo por la nieve con Thomas Evans y muchas otras personas que ya había conocido en septiembre. Sobre las 8 y media de la mañana del viernes 2 de diciembre, Christopher Paul Walden, el joven hijo de un oficial de la base aérea de Offutt, se fue andando a la escuela en el condado de Sarpy. Fue visto por última vez subiéndose a un coche con un varón blanco. Tres días después, por la tarde, dos cazadores de pájaros encontraron su cuerpo en una zona muy boscosa a ocho kilómetros del lugar donde fue secuestrado. Él también llevaba sólo calzoncillos, había sido apuñalado y tenía la garganta tan cortada que casi estaba decapitado. Ninguno de los policías que vieron lo que se le había hecho al joven Walden tenía la menor duda de que el asesino era el mismo que se había ensañado con el cuerpo de Eberle. El patrón de las heridas *post mortem* de la segunda víctima indicaba que las cuchilladas sádicas del asesino iban en aumento. Christopher Walden tenía la misma estatura y edad que el joven Eberle, pero pesaba siete kilos menos aproximadamente.

Fue una suerte que la víctima apareciera en ese preciso momento porque acababa de empezar una fuerte nevada. Unas pocas horas más y la nieve habría cubierto por completo el cuerpo y las huellas de alrededor, con lo que muy probablemente no habría sido descubierto hasta el deshielo primaveral.

Para entonces, se podrían haber producido varios asesinatos más, y las pistas de éste podrían haberse degradado y ya no servir de ayuda en la investigación.

En muchos casos, la víctima no es asesinada en el mismo sitio donde ha sido secuestrada y el cuerpo tampoco se encuentra siempre en el lugar donde se ha producido el asesinato. En cualquier caso, el lugar que aporta más detalles sobre el asesinato es siempre el llamado «la escena del crimen», es decir, el lugar en el que el cuerpo es hallado. A veces, nunca se llegan a conocer el lugar del secuestro y el de la muerte. Los asesinos atraen a las víctimas hacia otros lugares y transportan los cuerpos aún más lejos con tal de evitar que se descubra el asesinato y se les relacione con sus víctimas. Eberle había sido asesinado en un lugar y abandonado luego en otro, entre los matorrales cerca del río. El segundo chico, Walden, fue encontrado en pleno bosque pero, a diferencia de Eberle, parecía que fue asesinado en el mismo lugar en el que fue abandonado. Las huellas que aparecieron junto al cuerpo —casi cubiertas por la nieve— mostraban claramente que dos personas habían llegado a ese lugar y que sólo una se había marchado de él. La ropa de Walden estaba a su lado, ordenada en un montoncito. Era obvio que lo habían matado allí mismo. Aquello en sí era una pista importante porque me decía que sólo había un asesino y que era de constitución relativamente débil. Por lo visto, había obligado a Walden a entrar en el bosque en el que cometió el asesinato.

En mi opinión, era obvio que el asesino era un cobarde. Los chicos adolescentes eran víctimas de bajo riesgo, parecidos a pequeñas ancianitas, víctimas vulnerables, chicos demasiado jóvenes o que estaban tan asustados que no podían oponer resistencia a alguien que podía ser un poco mayor que ellos en cuanto a la edad, pero no en lo que al físico se refiere. Por otro lado, tenía que reconocer y tener en cuenta que el asesino había mejorado su *modus operandi* desde el primer asesinato. Intenté meterme en la mente del asesino y pensar como lo habría hecho él:

«En el primer caso, me llevé mis trastos, el esparadrapo y las cuerdas. Quizá lo han mandado todo al laboratorio del FBI para analizarlo. No volveré a usarlos. De todos modos, no voy a necesitar esos trastos más, porque he aprendido a controlar a la víctima mediante el engaño, con presión mental y

amenazas. Quizá debería llevar al chico un poco más adentro de la zona boscosa. Desde luego, no quiero que su ropa se quede en mi coche, donde la dejé la última vez, así que haré que entre en el bosque vestido, le diré que se quite la ropa ahí, y entonces lo mataré.»

En vista de tanta planificación por parte del asesino, revisé mi estimación de su edad; ahora pensaba que tenía entre 20 y 30 años y no entre 10 y 20. La desnudez de la víctima era claramente un elemento sexual, no un modo de ejercer el control. Eso, combinado con la ausencia de penetración sexual (confirmada en el segundo caso), reforzó mi creencia de que el asesino era asexual. Me sorprendería mucho que alguna vez hubiera tenido una experiencia sexual consentida con una mujer. Y, en el caso de haber tenido una experiencia homosexual, probablemente ocurrió cuando tenía más o menos la misma edad que las víctimas. Al asesino le costaría relacionarse con la gente de su misma edad, aunque quizá salía con chicas, ya que intentaba negar su homosexualidad. Si salía con chicas, serían chicas bastante menores que él, a las que podría dominar fácilmente. Lo que estos dos casos mostraban era el enfado que el asesino sentía hacia sí mismo y que expresaba a través de una ira asesina hacia unas víctimas que, en su mente, eran el reflejo de cómo él era a esa misma edad. En la vida diaria, tenía poco control sobre su existencia, sobre lo que le pasaba y cuándo y cómo pasaba. Fuera o no físicamente débil, en el plano emocional lo era sin lugar a dudas.

Por eso concluí que el segundo asesinato era diferente del primero; la primera vez había sido un experimento; la segunda, sin embargo, el asesino había demostrado su fascinación con matar a otro ser humano y había puesto a prueba y probado ante sí mismo su poder y control sobre la víctima. Por ejemplo, los cortes eran más extensos en el segundo asesinato que en el primero.

Los cortes *post mortem* me indicaban que el asesino tenía un interés mórbido creciente por las prácticas sádicas, interés que podía llegar a dominar su comportamiento en futuros asesinatos.

Durante el tiempo transcurrido entre el primer asesinato y el segundo se descubrió que algo que se tomó por una pista, en realidad no lo era. La piedra en la boca, que al principio pareció demostrar que el cuerpo había sido transportado desde otro lugar, resultó ser un error. El forense originalmente

afirmó que se había encontrado una piedra en la boca de Eberle. Más adelante, se retractó y explicó que la piedra venía de otro caso y que no tenía nada que ver con la muerte de Eberle. La ausencia de la piedra nos permitió especular que no transcurrió tanto tiempo entre el primer asesinato y el momento en que el cuerpo fue hallado como pensamos en un principio.

Con esto, revisé mi anterior perfil. Había un solo joven asesino que operaba sin cómplices. Sobre su capacidad para llevar a sus víctimas, escribí que no podía ser mucho más corpulento que los chicos asesinados y que había matado *in situ* con el fin de evitar tener que desplazar el cuerpo. Estaba convencido de que el asesino vivía en Bellevue o en la base aérea, ya que conocía la zona demasiado bien como para ser de fuera. De hecho, me pareció que probablemente viviría en la base militar. Dije, además —y con eso me aventuraba mucho, pero era algo consistente con mis conjeturas anteriores sobre su inteligencia y educación— que seguramente era un soldado de bajo rango, como mucho, cabo. No sería un especialista altamente cualificado, como alguien que trabajaba con ordenadores, sino más bien un administrativo o técnico, quizá algún tipo de mecánico. Por las heridas del cuerpo, que indicaban un intento de ocultar marcas de mordeduras, pensaba que el asesino leía revistas de detective o de policía, en las que se menciona rutinariamente que es posible identificar a alguien a través de marcas de mordedura. El patrón de las heridas y la facilidad con la que el asesino había secuestrado a ambas víctimas me hicieron pensar que quizás desempeñaba alguna función relacionada con chicos jóvenes —los *Boy Scouts*, la *Little League* (liga de béisbol para jóvenes) o algún tipo de enseñanza deportiva—.

Estaba completamente convencido de que el asesino volvería a matar y que lo haría pronto, porque se avecinaban las vacaciones escolares; Johnny Evans opinaba lo mismo. Hablamos sobre los detalles. Habría niños en los jardines de las casas, en las calles y en los parques a todas horas del día y el asesino podría acercarse a uno en cualquier momento. Recomendé que se llevara a cabo una campaña masiva en la prensa, utilizando los periódicos, la televisión y la radio para avisar a los niños de que jugaran en grupo y no a solas, y para decir a los padres y los cuidadores que estuvieran alerta por si veían algún individuo o coche sospechoso y, en caso de que así fuera, apuntaran la matrícula, una descripción, etc., y se pusieran en contacto con el

grupo de trabajo, cuyo número de teléfono se anunciaría en todas partes. El grupo de trabajo también montó lo que se llamaba un «Código 17»: en caso de que se produjera otro secuestro, toda el área del condado de Sarpy podía ser acordonada en once minutos. De esta forma, se esperaba que, si otro niño era secuestrado, el culpable sería detenido antes de llevárselo al bosque para matarlo. La campaña mediática fue tremenda y así lo fue también la cooperación del público. Esto fue probablemente la causa de que no hubiera más asesinatos en todo el año. Una vez de vuelta a casa por vacaciones, me quedé un poco más tranquilo.

Durante esa época, las autoridades locales detuvieron a muchos desviados sexuales conocidos y los interrogaron exhaustivamente. Uno era considerado un importante sospechoso; incluso suspendió en una prueba de polígrafo y en su casa se hallaron cuerdas y esparadrapo muy sospechosos. Encajaba bastante bien con el perfil, aunque era abiertamente homosexual. Superó la segunda prueba de polígrafo, sin embargo, y se demostró por otras vías que no era el asesino. La gente del vecindario se quedó sorprendida por el gran número de personas cuyo comportamiento desviado era tan visible que había llamado la atención de la policía. Se detuvo y condenó a media docena de los peores delincuentes —como un pedófilo que solía empujar a chicos jóvenes al interior de su Cadillac— por diversos delitos durante la caza del asesino de Eberle y Walden.

Además, una testigo que había visto a Walden y a un varón joven caminando juntos antes del secuestro fue sometida a hipnosis y consiguió recordar que los dos tenían más o menos la misma estatura. Incluso recordó los primeros dígitos de la matrícula del coche hacia el que ambos se dirigieron. Gracias a la excelente colaboración entre los servicios policiales, este número llegó rápidamente al departamento de tráfico del estado, donde se hizo una búsqueda por ordenador; había casi mil coches en el estado con esos dígitos en la parte inicial de la matrícula, pero había muchos menos en la zona del condado de Sarpy. La policía estaba a punto de investigar cada coche del listado cuando, a primeras horas de la mañana del 11 de enero de 1985, la suerte les sonrió.

Una maestra de una guardería parroquial observó a un hombre que parecía rondar por la zona en su coche. Era un hombre joven y delgado que encajaba con la descripción difundida por los medios de comunicación. El coche no encajaba, pero el conductor sí.

El hombre, al ver que la maestra había escrito algo, aparcó y llamó a la puerta de la guardería, entró con un empujón cuando la maestra abrió y pidió llamar por teléfono. Ella se negó. Entonces amenazó con matarla y le dijo que le diera la hoja de papel en la que había escrito la matrícula de su coche. La maestra logró escapar a otro edificio parroquial y llamó a la policía. El hombre se fugó en el coche. Eran las ocho y media de la mañana.

Con la matrícula en la mano, la policía no tardó mucho en localizar al propietario del vehículo, un concesionario de Chevrolet cercano. Acudieron allí rápidamente y constataron que el coche avistado por la maestra era un vehículo de sustitución que le había sido prestado a un soldado de la base de Offutt cuyo coche estaba siendo reparado en el taller. Dicho vehículo se ajustaba a la descripción que varios testigos habían proporcionado y los primeros dígitos de la matrícula eran iguales a los que la testigo recordó bajo hipnosis. Cuando miraron el interior del coche, los policías vieron algunas cuerdas y un cuchillo. La policía anduvo con pies de plomo y solicitó una orden de registro antes de abrir el coche. Más tarde, resultó que este vehículo era el número cuatro del listado de mil coches generado por el ordenador del departamento de tráfico y que muy probablemente habría sido investigado unos días más tarde.

Incluso antes de registrar minuciosamente el coche, la policía alertó a la base aérea y un equipo compuesto por un agente del FBI, un teniente de la policía del condado de Sarpy y varios agentes de la OSI (Oficina de Investigaciones Especiales de las Fuerzas Aéreas) se dirigió inmediatamente al dormitorio del soldado de primera John Joseph Joubert IV, un técnico de radar que trabajaba en mantenimiento. Joubert accedió a que se registrara su alojamiento. Los investigadores encontraron más cuerdas dentro de un petate. También había un cuchillo de caza y dos docenas de revistas de detectives; una de las revistas en particular estaba muy desgastada y tenía un artículo sobre la muerte de un repartidor de periódicos. Joubert, con cara de bebé, 21

años y delgado —medía 1,68 metros y pesaba 74 kilos— encajaba a la perfección con el perfil, hasta el detalle de que era ayudante de jefe de un grupo local de los *Boy Scouts*.

Joubert fue sometido a un largo interrogatorio por varios equipos de agentes. Al principio negó las acusaciones y dijo que todas las pruebas eran circunstanciales y que nunca serían suficientes para condenarle. Cuando los agentes le dijeron que las cuerdas encontradas en su petate y en su coche parecían ser iguales a las que se usaron con la primera víctima y que era un tipo de cuerda muy raro que el jefe del grupo de *scouts* había traído consigo de Korea, Joubert pidió hablar con el jefe en cuestión y con uno de los *scouts*, un chico de 14 años con el que había tenido una relación muy íntima. Habló con esas personas y, poco antes de la medianoche del 11 de enero, Joubert confesó haber asesinado a los dos chicos, aportando detalles que sólo el auténtico asesino podía conocer.

Yo estaba en casa, echando combustible al fuego de la chimenea, cuando sonó el teléfono. Mi mujer descolgó y me dijo que era Johnny Evans. Se me cayó el alma a los pies; pensé que me llamaba para decirme que otro chico había sido asesinado en Omaha. No hay palabras para expresar mi alegría al enterarme de que el asesino había sido detenido, que la cruzada de Johnny Evans para cogerlo había dado su fruto y que yo quizás había contribuido a detener al culpable de la ola de asesinatos. Evans estaba especialmente sorprendido de que yo hubiera podido predecir que se encontrarían revistas de detectives o policías en la residencia del asesino; cuando confesó, Joubert dijo que había usado las revistas de detectives en sus rituales masturbatorios.

En su confesión, Joubert reveló algunos detalles inusuales, como que después del primer asesinato fue a un McDonald's para lavarse la sangre y, a continuación, desayunó allí mismo; más tarde el mismo día, acudió a una reunión de los *scouts* en la que se habló del secuestro, aunque él no participó en la conversación. Dijo no haber tenido relaciones sexuales con los chicos muertos y negó incluso más tajantemente haberlos conocido previamente — nunca le habría hecho ese tipo de cosas a un chico conocido como, por ejemplo, los del grupo de *scouts*—. Sin embargo, después de ambos asesinatos, volvió a su dormitorio y revivió lo acontecido mientras se

masturbaba. Durante su confesión inicial, también dijo que tras el incidente en la guardería supo que lo detendrían ese mismo día y que se alegraba de haber sido detenido, porque estaba seguro de que habría vuelto a matar.

El grado de cooperación entre las diferentes agencias fue realmente espectacular y fue un modelo del modo en que se deberían hacer las cosas en cualquier caso importante de secuestro y asesinato. Hubo elogios oficiales en el Congreso para todos los cuerpos implicados en el caso y llovieron felicitaciones a las policías estatal, local, federal y de la fuerza aérea que habían contribuido a detener al asesino. Recibí con orgullo una carta del director del FBI, William Webster, en la que me felicitaba por mi perfil del probable asesino, perfil que «contribuyó a la detención de un individuo que encajaba con las características físicas y mentales que usted describió. Sus hipótesis al respecto fueron muy certeras y demostraron gran habilidad... Le doy las gracias profundamente por su estupendo trabajo».

Por supuesto, quería aprender más sobre Joubert, así que hice un seguimiento del caso a través de los tribunales. Inicialmente se declaró inocente, a pesar de haber confesado los crímenes, luego cambió de opinión y se declaró culpable. Un panel de tres jueces ordenó evaluaciones psiquiátricas, recopiló todo tipo de informes y llegó finalmente a la conclusión de que Joubert había sido muy consciente de la naturaleza del bien y del mal cuando cometió los asesinatos y lo condenó, por tanto, a morir en la silla eléctrica. La sentencia fue apelada varias veces, con el resultado de que Joubert pasó mucho tiempo en el corredor de la muerte.

La vida de Joubert fue investigada minuciosamente y, aunque la mayor parte de ella entraba en los cánones de la normalidad aparentemente, sí se podía detectar, en cambio, un claro proceso que lo fue empujando hacia el asesinato desde la primera infancia. Joubert nació en Massachusetts y se crió en Portland, Maine. A los seis o siete años tuvo una de las primeras fantasías que recordaba. Consistía en que se acercaba a su canguro por detrás, la estrangulaba y luego se la comía hasta que había desaparecido del todo. Que un niño tenga fantasías tan extrañas y violentas a una edad tan temprana resulta inaudito y chocante. Joubert la recreó y mejoró a lo largo de los años, durante toda su infancia y adolescencia, hasta —y durante— el periodo de los

asesinatos. Su madre trabajó en un hospital y su padre fue *barman* y camarero en un restaurante. Se habían separado por problemas matrimoniales más o menos en la misma época en la que su hijo tuvo su primera fantasía violenta. Se divorciaron cuando Joubert tenía diez años y luego su madre y él se mudaron a Maine. Le dijo a un psiquiatra, cuyo informe fue remitido al tribunal, que su madre tenía mal genio y muchas veces se enfadaba y rompía cosas; el chico solía retirarse a su habitación hasta que la rabieta pasaba y su madre venía a pedirle disculpas, como normalmente hacía. También dijo que su madre lo despreciaba y le hacía sentir como si no valiera nada. Ella continuó pegándole hasta los doce años y le reñía frecuentemente por masturbarse abiertamente. Las primeras fantasías de Joubert tenían como protagonistas a mujeres jóvenes, pero luego empezó a fantasear con chicos jóvenes, adolescentes en calzoncillos. Ya no recordaba si fueron los pensamientos sobre estrangular y apuñalar a chicos los que le hacían masturbarse o si las masturbaciones le provocaban esos pensamientos.

Durante los años previos a la adolescencia, Joubert se convirtió en un peón en la batalla entre, por un lado, su madre y, por otro, su padre, quien intentó sin éxito obtener la custodia. En verano, Joubert iba a veces a ver a su padre, viajando solo más de 160 kilómetros en bicicleta, y una vez también hizo un viaje similar para visitar a un tío. Con tal de evitar tener que ir a un instituto público que consideraba demasiado peligroso, Joubert se hizo cargo de una ruta de reparto de periódicos y con lo que ganaba se pagaba él mismo la matrícula en un instituto católico, ya que su madre no quería o no podía pagarla. Sus compañeros de instituto lo atormentaron, dijo, porque pensaban que quizá era homosexual. Llevó a una chica al baile de fin de curso —su única cita en todos esos años— para evitar que le pusieran la etiqueta de homosexual. Formó parte de los equipos de carrera en pista y de cross. También era un ávido *Boy Scout* e incluso retrasó el momento en que recibiría su placa final de *Eagle Scout* para poder seguir en el programa el máximo tiempo posible. En su anuario escribió: «La vida es una autopista con muchas salidas —no te pierdas—».

Tras graduarse en secundaria, fue a una universidad militar en Vermont. La libertad que allí encontró —la edad mínima para poder beber alcohol era menor— hizo que no acudiera a clase o se quedara dormido, por lo que

sacaba malas notas. Cuando no estaba bebiendo o durmiendo, jugaba a Dragones y Mazmorras. Estuvo en esa universidad durante un curso, volvió a casa para el verano y luego se alistó en las Fuerzas Aéreas. Allí, en la escuela de formación de Tejas, hizo amistad con un joven, eligieron el mismo destino y se alojaron juntos en Offutt en el verano de 1983. Fue entonces cuando Joubert empezó a coleccionar revistas de detectives. Al cabo de unas semanas, su compañero de habitación le dijo que los demás se referían a él y a Joubert como «las chicas». Al compañero le perturbó mucho esa acusación y, un día, cambió a otra habitación sin previo aviso. Para Joubert, este hecho se constituyó en un estresor previo al crimen muy importante. Menos de una semana después de que su compañero de habitación se mudara, Joubert secuestró y asesinó a Danny Joe Eberle.

Joubert contó a los psiquiatras que le entrevistaron que no había comprobado realmente lo que se siente al matar y que, durante sus asesinatos, actuó como de memoria, realizando simplemente la fantasía tal y como la había ido perfeccionando desde los seis años, sintiendo muy poco. Una vez de vuelta a su habitación, se masturbó y después entró en un sueño profundo y pacífico. Cuando era presa de la fantasía, no podía controlar sus impulsos. Le confesó a alguien que se había sentido muy bien cuando cayó en la cuenta de que, efectivamente, había tenido el control sobre su primera víctima. Varios de los profesionales de salud mental que lo entrevistaron coincidieron en que era un hombre inteligente (CI 125), espabilado y muy satisfecho de ser el centro de tanta atención. Lo diagnosticaron como un 301.20 en la clasificación numérica del manual estándar de trastornos psiquiátricos, es decir, como alguien que sufre un trastorno esquizoide de la personalidad con rasgos compulsivos.

Uno de los psiquiatras que evaluaron a Joubert fue el Dr. Herbert C. Modlin de la Clínica Menninger, quien informó al tribunal de lo siguiente:

Este hombre parece ignorar lo que son el amor y el afecto, como si nunca hubiera experimentado estos sentimientos. Al describir la relación con su hermana, lo mejor que pudo decir fue: «No nos odiábamos.» Llama la atención que este hombre inteligente fuera incapaz de describir ni a su padre ni a su madre. Parece estar tan alejado de las experiencias emocionales que se podría pensar que padece algún proceso disociativo crónico. Sospecho que es remotamente consciente de este defecto o esta carencia y que los homicidios fueron, en parte, un intento de experimentar emociones fuertes.

Para el Dr. Modlin, muchas preguntas sobre Joubert y sus crímenes quedaron sin respuesta. ¿Por qué las víctimas tenían 13 años? ¿Por qué eran desconocidos? ¿Por qué las apuñaló y les hizo múltiples cortes? ¿Por qué les quitó parcialmente la ropa? ¿Por qué los secuestros tuvieron lugar por la mañana temprano?

Muchas de estas preguntas siguieron intrigándome, aunque creí tener cierta idea sobre la respuesta de algunas de ellas. No obstante, quedaba mucho por descubrir y, en el otoño de 1984, se produjo un suceso fortuito que mejoró notablemente nuestros conocimientos sobre Joubert y sus crímenes. Me había traído a Quantico diapositivas y otro material documental sobre el caso y los estaba utilizando como ejemplo en una de mis clases. Cuando enseñé el material, uno de los estudiantes levantó la mano y pidió verme en el descanso. Era el teniente Dan Ross de la policía de Portland, Maine, quien me dijo que los asesinatos de Omaha le recordaban un caso no resuelto en Portland.

Yo estaba ilusionado porque, cuando Joubert fue detenido en Omaha, sugerí que las autoridades se pusieran en contacto con las de Maine, su anterior residencia, para ver si allí se habían cometido crímenes con características similares. Aunque inicialmente pensé que el asesinato de Eberle fue el primero, había empezado a sospechar que bien podía haber crímenes anteriores, preparatorios; la fantasía era demasiado fuerte como para no haberse expresado en conductas antisociales en algún momento previo. También pensé que su alistamiento relativamente brusco en las Fuerzas Aéreas podía haber sido una manera de salir de la ciudad de un modo limpio y sin llamar la atención después de cometer un crimen. La gente de Omaha estaba demasiado ocupada con otros aspectos del caso, y la llamada inicial de las autoridades del condado de Sarpy a las de Portland no dio ningún resultado.

El teniente se fue a casa durante el fin de semana y volvió con los expedientes sobre el asesinato no resuelto. Otro de los estudiantes en mi clase en aquel trimestre era un policía del condado de Sarpy con el que había trabajado en la investigación de Joubert y los tres nos sentamos juntos a revisar los expedientes.

Las circunstancias eran muy similares: los hechos ocurren justo antes del alba; la víctima es un chico solo; el atacante, descrito por testigos como joven, conoce claramente la zona; la víctima muere por arma blanca, con cortes; hay marcas de mordeduras. El horrible suceso ocurrió en agosto de 1982, poco más de un año antes del secuestro de Eberle y justo antes de que John Joseph Joubert IV se alistara en las Fuerzas Aéreas. Ricky Stetson, de once años, rubio con ojos azules, había estado corriendo por su recorrido habitual cerca del viaducto de una autopista. Fue asesinado a puñaladas justo al amanecer en la ladera de una colina cerca del viaducto y mutilado, aunque no tanto como las víctimas posteriores. El asesino intentó quitarle la ropa a la víctima, pero lo logró sólo parcialmente. Cuando vi las fotos de la escena del crimen, me enteré de que también se habían realizado fotos de las marcas de mordedura y que dichas fotografías todavía existían.

Repasamos la información sobre el pasado de Joubert y encontramos que, años antes de ese asesinato, Joubert había sido repartidor de periódicos, con una ruta que pasaba al lado de la colina donde Stetson había sido asesinado y mordido. Más recientemente, Joubert había trabajado en una compañía cuya fábrica se encontraba cerca del mismo sitio. Los testigos recordaban haber visto al chico corriendo, seguido por un hombre joven en una bicicleta de montaña. La mayoría de los testigos, al ver fotos de Joubert, creyeron que él fue el agresor pero, después de varios años, no podían estar completamente seguros.

Dan Ross fue a la cárcel estatal de Nebraska y, aunque fue difícil, logró obtener huellas de mordedura de Joubert. Luego las enseñó a un experimentado odontólogo forense, el Dr. Lowell Levine, director de la Unidad de Ciencias Forenses de la policía estatal de Nueva York. Tras examinarlas, el Dr. Levine estuvo convencido de que las huellas de Joubert coincidían perfectamente con las obtenidas del cuerpo de la víctima.

A medida que se investigaba el asesinato de Portland, se descubrieron otros crímenes que se remontaban todavía más en el tiempo, como yo había sospechado que podía ocurrir. En 1980, hubo varias agresiones con arma blanca no resueltas, una a un niño de nueve años y otra a una maestra de entre 20 y 30 años. Ambas víctimas sufrieron lesiones bastante graves y tuvieron suerte de sobrevivir. Antes de aquellos ataques, en 1979, una niña de nueve

años había sido apuñalada por la espalda con un lápiz por un chico que pasaba en bici. Tenía poco sentido intentar acusar a Joubert de aquellos incidentes pero el asesinato de Ricky Stetson sí reclamaba una respuesta. Al final, Joubert fue enjuiciado y condenado por aquel asesinato. Si su condena en Nebraska hubiera sido conmutada, le habrían tenido que llevar a Maine para que cumpliera allí la condena perpetua a la que había sido condenado. En el fondo, la resolución del asesinato de Ricky Stetson fue un triunfo temprano e informal de lo que más tarde sería el Programa para la Detención de Criminales Violentos (PDCV). En ese caso, dio la casualidad de que vino alguien a mi clase que pudo establecer una conexión entre dos asesinatos que ocurrieron en diferentes estados y tenían el mismo *modus operandi*. Una vez que operara el PDCV, las autoridades podrían recurrir a ese tipo de análisis comparativo cada vez que se cometiera un crimen grave.

No pude entrevistar a Joubert hasta que finalizaron los juicios en Maine y Nebraska, años más tarde. Me acompañaron el agente especial Ken Lanning, nuestro experto sobre maltrato infantil, y un agente de la oficina del FBI en Omaha. Joubert había ganado un poco de peso en prisión y al fin parecía un hombre joven en vez de un chico crecido. Las autoridades penitenciarias me informaron de que Joubert había estado haciendo dibujos en papel higiénico en el corredor de la muerte y que le habían quitado esos dibujos. Eran de bastante calidad, bien dibujados, pero lo que mostraban era escalofriante. Uno de los dibujos era el de un chico al lado de la carretera, atado como un cerdo de pies y manos, y el otro mostraba un niño arrodillado y un hombre que le clavaba un cuchillo.

Cada retazo de información que le extraemos a un asesino sobre su mente y sus métodos nos hace más capaces de seguirle la pista al siguiente. Al principio, Joubert no quería hablar con nosotros, pero conseguí que se soltara un poco, demostrándole mi gran interés por su caso y aplicando las técnicas que había aprendido en las más de cien entrevistas que había hecho antes.

Le pregunté sobre los sucesos estresantes de su pasado y fue entonces cuando recordó que, antes de comenzar a hacerle daño a nadie, había perdido a un amigo. Su madre se negó a ayudarlo a encontrar al amigo y Joubert se

quedó muy afligido. Poco después empezó a inclinarse hacia el asesinato. Durante la entrevista, me preguntó con bastante aflicción si el FBI podría ayudarlo a encontrar a su amigo. Le dije que lo intentaría.

Admitió haber cometido los asesinatos y empezamos a hablar sobre los detalles. Entre los muchos que quería estudiar había tres que me interesaban particularmente: las marcas de mordedura no explicadas, las revistas de detectives y el criterio de elección de las víctimas. Todos estos detalles guardaban relación entre sí.

Nos habló de la fantasía que había tenido desde los seis o siete años en la que practicaba el canibalismo. La realización de esa fantasía había sido el motor que impulsó sus asesinatos. Los mordiscos en los cuerpos de las víctimas —incluida la primera, la de Portland— formaban parte de su fantasía. Según cabía presumir, los cortes en la pierna de Eberle, aquel patrón de tres en raya que tantos quebraderos de cabeza nos dio, tenían por objeto borrar las mordeduras que había hecho en esa zona. Le pregunté si había aprendido de las revistas de detectives que la policía puede identificar a un asesino a través de las marcas de mordedura, por la odontología forense, y dijo que sí. De hecho, una de las razones por las que leyó esas revistas fue porque quería información sobre métodos para evitar la detección. La razón principal, no obstante, fue la estimulación; para él, lo mismo que para muchos asesinos, las revistas de detectives eran pornografía, a pesar de que no mostraban cuerpos desnudos, sino sólo sugerencias de dominación, tortura y esas cosas.

Le pregunté cuándo había empezado a leer esas revistas y me dijo que a los once o doce años, cuando acompañó a su madre a una tienda de ultramarinos y las vio en una estantería. Las imágenes de gente que estaba siendo asustada y amenazada le excitaron, así que consiguió una de las revistas y la empleó como fuente de inspiración en la masturbación y en su fantasía de estrangular y apuñalar. En otras palabras, casi una década antes de que cometiera los crímenes, su mente ya relacionaba las revistas con la excitación sexual y el asesinato. Además, cuando empezó a equiparar las revistas con la fantasía y la autoestimulación sexual, Joubert era un chico prepubescente, delgado, de pelo claro que tenía una bicicleta que usaba en la ruta de reparto que recorría antes del amanecer.

Después de seis o siete horas de entrevista, Joubert me hizo una pregunta: «He sido bueno con usted, Sr. Ressler, así que ¿podría hacerme un favor? Consígame una serie de fotos de escenas de mis crímenes. Hay algo que tengo que aclarar en mi mente.»

Ese hombre joven, que en aquel entonces tenía 28 años, se encontraba en el corredor de la muerte por haber cometido varios asesinatos y, a pesar de eso, todavía quería tener fotografías de los crímenes, probablemente para masturbarse. Le dije que no podía acceder a su petición y salí de la entrevista con la triste idea de que la terrible fantasía de John Joubert probablemente lo acompañaría hasta su muerte. John Joseph Joubert IV fue ejecutado en la silla eléctrica el 17 de julio de 1996.

CRÍMENES ORGANIZADOS Y DESORGANIZADOS

Para la mayoría de las personas, la violencia criminal es una conducta enigmática, incluso la consideran algo aislado y excepcional. Muy pocas personas están acostumbradas a ver asesinatos violentos, mutilaciones, cuerpos tirados en barrancos, etcétera. La mayoría de la población es ajena a estos asuntos y esta mayoría incluye al grueso de los policías locales, que raras veces se enfrentan a crímenes de esta índole. Sin embargo, ninguna conducta criminal, por monstruosa e incalificable que sea, es excepcional e incomprensible. De hecho, también en el pasado hubo asesinatos de este tipo y, si se analizan debidamente, podemos llegar a entenderlos hasta el punto de clasificarlos en categorías basadas en unas pautas más o menos predecibles. A finales de los 70, la Unidad de Ciencias de la Conducta había acumulado mucha experiencia en la evaluación de este tipo de crímenes. Puede que un policía normal y corriente no vea ningún caso de destripamiento o canibalismo en toda su carrera; sin embargo, nosotros evaluamos tantos casos inusuales que estamos acostumbrados a ver escenas de este tipo. Esta experiencia que hemos acumulado nos permite superar la repulsión que una persona normal sentiría, y percibir lo que las pruebas revelan sobre el probable autor del crimen.

Adquirir experiencia y conocimientos sobre el tema era una cosa, comunicarlos a nuestro público —los policías que solicitaban nuestra ayuda para cazar a criminales violentos— era otra bien distinta. En aquel momento nos planteamos la necesidad de usar una terminología que no estuviera basada en la jerga psiquiátrica para explicar los diferentes tipos de criminales a la policía y otras personas que trabajaban en el área. De poco sirve decirle a un policía que el delincuente que busca es un psicótico, si el policía en cuestión no tiene ninguna formación en psicología. Necesitábamos, pues,

hablar con la policía en términos que ellos pudieran comprender y que les ayudaran a buscar a los asesinos, violadores y otros criminales violentos. Por esta razón, no describíamos la escena de un crimen cometido por un psicópata como tal, sino que decíamos que era «organizada», como su autor; en el caso de un crimen cometido por alguien con un trastorno mental, describíamos la escena del crimen como «desorganizada».

La distinción entre organizado y desorganizado se convirtió en la gran línea divisoria, la separación fundamental entre dos tipos de personalidad que, a pesar de sus enormes diferencias, cometen crímenes múltiples. Como suele suceder con las clasificaciones y distinciones, esta dicotomía es demasiado sencilla y perfecta para poder aplicarse a todos los casos. Algunas escenas de crimen, así como algunos asesinos, presentan características tanto organizadas como desorganizadas. Entonces las llamamos «mixtas». Por ejemplo, Ed Kemper era un asesino altamente organizado, pero también mutilaba los cuerpos de sus víctimas, una práctica más típica de los asesinos desorganizados. A continuación describiré las principales características del clásico delincuente organizado y del desorganizado. El lector tiene que recordar, sin embargo, que cuando digo que un rasgo particular es propio del delincuente organizado, no significa que esté presente en el 100 % de los casos, sino *en general*. Digo, por ejemplo, que el organizado oculta los cuerpos de sus víctimas. Para esto me baso en nuestras entrevistas y en el análisis de las escenas de crímenes, que muestran que esta conducta se produce en más del 75 % de los casos, un porcentaje lo suficientemente alto como para poder generalizar, pero no tanto como para considerar esta característica como condición absoluta que permita calificar a un delincuente como organizado. Así sucede con todas las «reglas» que se manejan en la elaboración de perfiles criminales. Aunque la distinción entre organizados y desorganizados resulta muy obvia una vez que se reconoce, cada categoría tiene una serie de atributos que ha ido aumentando a lo largo de los años —a medida que hemos ido aprendiendo más sobre estos asesinos— y que continúa creciendo hoy en día.

El primer paso para determinar si un crimen es obra de un delincuente organizado o desorganizado es observar las fotografías de la escena del crimen y, si es posible, examinar la información disponible de o sobre la víctima. A partir de esta información intentamos averiguar, por ejemplo, si la víctima en cuestión entrañó un bajo o alto riesgo para el criminal. Una víctima de bajo riesgo es una persona frágil o débil. Posteriormente nos preguntamos sobre el lugar en que tuvo lugar la agresión. Por ejemplo, Monte Rissell secuestró a una prostituta en un aparcamiento a altas horas de la noche; supo elegir a una víctima que nadie echaría en falta durante algún tiempo. Saber que el delincuente eligió deliberadamente una víctima con esas características puede ser un factor importante para su detención.

Habitualmente dividimos un crimen en cuatro fases. La primera es la fase anterior al crimen: los «antecedentes» del delincuente. Muchas veces, ésta es la última fase sobre la que obtenemos información, aunque es la primera en la secuencia temporal. La segunda fase es la del crimen mismo. En esta fase incluimos la selección de la víctima y los actos criminales, que pueden ir más allá del asesinato, como son el secuestro, la tortura y la violación. En la tercera fase se considera el modo en que el asesino se deshace del cuerpo. Mientras que a algunos asesinos les preocupa poco que se encuentre a su víctima, otros hacen grandes esfuerzos por evitar su descubrimiento. La cuarta y última fase es la del comportamiento posterior al crimen, que puede ser muy importante, ya que algunos delincuentes intentan implicarse en la investigación del asesinato o seguir en contacto con el crimen de algún otro modo, con el fin de seguir con la fantasía que lo inició.

El rasgo principal del delincuente organizado es la planificación del crimen: son premeditados, nunca espontáneos. Esta planificación es fruto de sus fantasías que, como he mostrado en capítulos anteriores, suelen desarrollarse y ampliarse durante años, hasta que estallan y se expresan abiertamente en forma de comportamientos antisociales. John Joubert estuvo planeando sus crímenes durante años, hasta que se le presentó la oportunidad de matar a alguien y cogió un cuchillo; decidió cruzar el umbral y pasar a la acción. Del mismo modo, Rissell llevaba años fantaseando con actos

violentos, hasta aquella noche en que apareció una posible víctima en un aparcamiento precisamente el día en que, según él creía, su antigua novia le había rechazado.

Las víctimas de delincuentes organizados son, por lo general, personas desconocidas y apresadas con mucho criterio. Con esto queremos decir que el delincuente vigila o patrulla un área, buscando alguien que encaje con el tipo de víctima que tiene en mente. La edad, el aspecto, la profesión, el peinado o el estilo de vida son elementos que influyen en la elección. David Berkowitz, por ejemplo, buscaba mujeres que estuvieran en el interior de un coche aparcado y que fueran solas o con un hombre.

El delincuente organizado emplea a menudo trucos o engaños para controlar a su víctima. Posee buenas habilidades verbales y una gran inteligencia, las suficientes como para atraer a la víctima a un lugar vulnerable. El control es esencial para el delincuente organizado y por esa razón la policía está entrenada para buscar todos los elementos que puedan indicar este rasgo de la personalidad del criminal en las diferentes facetas de un crimen. El delincuente organizado hace cosas como, por ejemplo, ofrecerle un billete de 50 dólares a una prostituta, ofrecerse a llevar a una autoestopista, ayudar a un conductor que tiene el coche averiado, o decirle a un niño que le llevará con su madre. El delincuente ha planeado cuidadosamente su crimen, durante mucho tiempo ha pensado en maneras de conseguir víctimas y ha perfeccionado sus estrategias. Por ejemplo, John Gacy acudía a un barrio de Chicago donde había muchos transeúntes homosexuales y prometía dinero a hombres jóvenes a cambio de relaciones sexuales. Ted Bundy, por su parte, usaba su encanto, pero también el aura de autoridad conferida por ciertos objetos relacionados con la policía, para hacer que mujeres jóvenes subieran a su coche. El asesino organizado personaliza a sus víctimas, se produce una interacción verbal suficiente entre ellos como para que el criminal las reconozca como personas antes de matarlas.

El asesino desorganizado, en cambio, no selecciona a sus víctimas de una manera lógica y así sucede que a menudo elige una víctima que es de alto riesgo, a diferencia de lo que hace el organizado, que siempre escoge a su víctima por ser fácilmente controlable. A veces, la falta de criterio a la hora de seleccionar a la víctima ocasiona que ésta se resista tanto, que su cuerpo

presenta heridas defensivas. Además, el asesino desorganizado no tiene ni idea de la personalidad de sus víctimas, ni le interesan. No quiere saber quiénes son y a menudo intenta destruir su personalidad dejándolas inconscientes rápidamente, cubriéndoles la cara o desfigurándolas de algún modo.

La principal característica del asesino en serie organizado es, pues, la planificación. Dicho de otra manera en este contexto, la lógica del asesino queda reflejada en todos los aspectos del crimen que pueden planificarse. El delincuente desorganizado, por el contrario, comete acciones que suelen carecer de cualquier lógica normal; hasta que es detenido y puede contar su versión de los hechos, lo más probable es que nadie pueda seguir el razonamiento pervertido con el que elige a sus víctimas o comete sus crímenes.

Durante el acto criminal, el delincuente organizado adapta su conducta a las exigencias de la situación. Después de disparar a dos mujeres jóvenes en el campus universitario, Ed Kemper tuvo la sangre fría de pasar por delante del puesto de control, con dos mujeres moribundas en el coche y sin despertar sospechas entre los guardias. A pesar de estar muy ansioso, no se puso histérico ni se lió a tiros. Fue capaz de adaptar su comportamiento al peligro que suponía pasar por el puesto de control. Otro asesino, menos organizado, habría entrado en un estado de pánico e intentado saltarse el control a gran velocidad, llamando la atención de guardias y transeúntes. Kemper, sin embargo, hizo como que no tenía nada que esconder y consiguió superar la situación con éxito aquella noche. Cuando hay adaptabilidad y movilidad en un crimen, se trata de un asesino organizado. Además, los organizados aprenden de un crimen a otro; son cada vez mejores y esto se ve en su grado de organización. Cuando la policía tiene una serie de homicidios con el mismo *modus operandi*, aconsejamos que examinen con mayor atención el primer crimen, porque a menudo no ha sido planeado a fondo y es el que ocurrió más cerca de donde el asesino vive, trabaja o sale. A medida que va acumulando experiencia, sus crímenes muestran más previsión y los cuerpos son abandonados cada vez más lejos del lugar donde las víctimas son secuestradas. Cuando apreciamos más indicios de planificación en crímenes posteriores, sabemos que estamos persiguiendo a un asesino organizado.

Este avance cualitativo de las habilidades criminales es una clave importante para comprender la naturaleza del delincuente. En el capítulo anterior he explicado el modo en que los indicios de una mejoría en la conducta criminal ayudaron a definir más el perfil que llevó a la captura de John Joubert. Monte Rissell fue otro delincuente que mejoró sus crímenes en una escalada constante de violencia. Sólo después de su detención y condena por una serie de violaciones con asesinato confesó que también había cometido media docena de violaciones durante la adolescencia, crímenes por los que nunca fue detenido. Empezó atacando a sus víctimas en la finca donde vivía con su madre; más tarde, cuando estaba internado en un reformatorio, secuestró a una mujer en un aparcamiento y la obligó a llevarlo a su casa, donde la violó. Posteriormente, hizo un viaje en coche a otro estado para buscar una víctima. Cada vez iba disminuyendo la probabilidad de que lo identificaran como el responsable de las violaciones y, de hecho, sólo fue detenido cuando invirtió este patrón: los últimos seis crímenes —de los que cinco también fueron asesinatos— ocurrieron otra vez en o cerca de la finca en la que vivía. Incluso en esta última serie de asesinatos también hubo un incremento progresivo de la violencia: decidió matar a las tres primeras víctimas mortales durante la violación; en el caso de las dos últimas, sin embargo, antes de secuestrarlas ya había tomado la decisión consciente de matarlas.

A veces la policía dispone de otros indicios que sugieren que un crimen ha sido obra de un delincuente organizado: el uso de esposas, cuerdas y medios parecidos. Muchos asesinos, cuando salen «de caza», se llevan lo que llamamos un «*kit* de violación», con el fin de no tener problemas a la hora de someter a la víctima. De este modo el asesino puede disponer de una víctima sumisa, un elemento esencial de sus fantasías. En una ocasión, ayudamos en la investigación de un extraño asesinato sexual ocurrido en un tejado del Bronx: nos dimos cuenta de que el asesino no había traído nada con que inmovilizar a la víctima, sino que había empleado prendas de la víctima y objetos del bolso de la misma. La ausencia de un *kit* de violación nos ayudó a elaborar un perfil de un asesino *desorganizado*.

¿Se empleó un vehículo? ¿A quién pertenecía? Como dije a la policía cuando todavía no habían resuelto los asesinatos de Richard Trenton Chase, alguien tan desorganizado muy probablemente se había desplazado hasta el lugar del crimen andando. Estaba seguro de ello porque había decidido que el asesino mostraba todas las características de un delincuente desorganizado, alguien demasiado enfermo mentalmente como para conducir un coche y controlar a una víctima al mismo tiempo. Como el lector recordará, la parte de mi perfil que ayudó mucho a la policía fue el punto que insistía en que el asesino vivía a menos de media milla de donde murieron sus últimas víctimas. Lo mismo que Chase, el asesino desorganizado se desplaza andando o en un medio de transporte público, mientras que el asesino organizado conduce su propio coche o, a veces, el de la víctima. Si el desorganizado tiene un coche, muchas veces estará descuidado y en malas condiciones, lo mismo que su domicilio. El coche del delincuente organizado, en cambio, estará en buenas condiciones.

Cuando el asesino organizado utiliza su propio coche o el de la víctima, intenta conscientemente destruir las pruebas del crimen. Además, lleva su propia arma y nunca la deja en la escena del crimen una vez que ha terminado; sabe que las huellas dactilares del arma o las pruebas balísticas lo pueden relacionar con el crimen, por esa razón nunca la abandona junto a la víctima, sino que la lleva consigo. También puede borrar las huellas dactilares de toda la escena del crimen, lavar las manchas de sangre y hacer muchas otras cosas para evitar que él o la víctima sean identificados. Por supuesto, cuanto más tiempo se tarda en identificar a la víctima, mayor es la probabilidad de que el crimen no sea relacionado con el asesino. Las víctimas de un asesino organizado a menudo aparecen desnudas, lo que dificulta su identificación. Puede parecer muy diferente borrar las huellas dactilares en un cuchillo de decapitar un cadáver y enterrar la cabeza y el torso en lugares distintos, pero todas estas acciones se llevan a cabo con el mismo propósito: evitar la identificación del asesino y de la víctima.

El asesino desorganizado puede, por el contrario, coger un cuchillo de la cocina de la víctima, clavárselo en el pecho y dejarlo allí. Una mente desorganizada no se preocupa por si hay huellas dactilares u otras pruebas. Encontrar un cuerpo fácilmente suele indicar que el crimen ha sido cometido

por un asesino desorganizado. El asesino organizado no deja el cuerpo de la víctima en el lugar donde la ha matado, sino que lo transporta y lo oculta, a veces muy bien. Muchas de las víctimas de Ted Bundy no fueron halladas nunca. Bob Berdella, un asesino de Kansas City, Missouri que, al igual que John Gacy, secuestraba, torturaba y mataba a chicos, cortaba sus cuerpos en trozos y los echaba a sus perros. Muchos de los chicos que sufrieron este tratamiento no pudieron ser identificados jamás.

En el caso del *Hillside Strangler*, que resultó no ser un único asesino, sino una pareja de ellos, se produjo otra dinámica. A pesar de ser muy organizados, dejaban a sus víctimas en sitios donde era fácil encontrarlas. Si no intentaron ocultar los cuerpos para evitar ser descubiertos, era porque tenían el deseo egotista de ostentar los cuerpos ante la policía.

A veces, un asesino organizado escoge el lugar del crimen o dispone la muerte de un modo especial para despistar a la policía. Esta táctica requiere bastante planificación y es propia de una mente que funciona lógica y racionalmente. Ningún asesino desorganizado es capaz de manipular la escena del crimen con este fin, aunque, a veces, existe tal caos en ella que al principio surgen diferentes teorías contradictorias sobre lo sucedido.

Cuando la policía examina la escena de un crimen, debería ser capaz de determinar —por las pruebas o por la ausencia de éstas— si un crimen ha sido cometido por alguien organizado o desorganizado. Una escena de crimen desorganizada refleja la confusión que reina en la mente del asesino y presenta rasgos de espontaneidad y algunos elementos simbólicos que reflejan sus delirios. Si se encuentra el cuerpo —como sucede a menudo con las víctimas de este tipo de asesinos— tendrá probablemente heridas terribles. A veces, el agresor intenta despersonalizar a la víctima destruyéndole la cara o mutilándola después de matarla. En los asesinos desorganizados, la escena del crimen es también la escena de la muerte, porque el delincuente no posee claridad mental suficiente como para mover u ocultar el cuerpo.

El delincuente organizado a menudo conserva objetos personales de sus víctimas, bien como trofeos que le recuerdan sus fechorías o bien para que la policía no pueda identificar a la víctima. Carteras, joyas, anillos de graduación, prendas, álbumes de fotografías... todos estos objetos se han encontrado en el domicilio de asesinos organizados tras su detención. No

suelen tener un valor intrínseco, sino que son objetos que ayudan al agresor a recordar a la víctima. Estos trofeos se incorporan en las fantasías posteriores al crimen, como reconocimiento de los logros. Lo mismo que un cazador mira la cabeza de un oso colgada en la pared y siente satisfacción por haberlo matado, el asesino organizado mira el collar colgado en su armario y mantiene viva la excitación que sintió al cometer el crimen. Muchos asesinos fotografían sus crímenes con el mismo propósito. A veces incluso regalan un trofeo, como una joya, a su mujer, novia o madre, y sólo ellos saben el significado especial del objeto cuando la persona lo lleva. Aunque John Crutchley sólo fue condenado por secuestro y violación, advertí que sus acciones eran muy similares a las de un asesino en serie organizado, porque tenía docenas de collares colgados de un clavo en su armario. Aunque Monte Rissell robaba dinero de los bolsos de sus víctimas violadas o asesinadas, también les quitaba las joyas y las guardaba en su piso. Posteriormente amplió sus fantasías y empezó una rara costumbre de conducir los coches de sus víctimas durante horas después de haberlas matado.

El asesino desorganizado, por su parte, no colecciona trofeos. Dada la confusión que reina en su mente, suele quedarse con partes del cuerpo, un mechón de pelo o una prenda, recuerdos que tienen un valor indiscernible para cualquiera de nosotros.

Como he mencionado anteriormente, todos estos crímenes son de naturaleza sexual, incluso cuando no se ha completado un acto sexual con la víctima. En general, el verdadero asesino organizado completa el acto sexual con la víctima cuando ésta está viva, aprovechando al máximo la oportunidad para violarla y torturarla antes de darle muerte. Incluso si se trata de alguien que es impotente en circunstancias normales, cuando está golpeando, cortando, estrangulando, o lo que sea, sí puede realizar el acto sexual y lo hace. El asesino desorganizado, en cambio, a menudo no completa el acto sexual o lo hace con una víctima muerta o completamente inanimada. El desorganizado mata rápidamente, en un ataque relámpago. El organizado, en cambio, quiere aumentar su excitación sexual manteniendo viva a la víctima y realizando actos perversos y destructivos contra ella. Lo que le interesa es tener el poder sobre la vida de la víctima. John Gacy, por ejemplo, dejaba a sus víctimas casi muertas en repetidas ocasiones antes de matarlas, para poder

así disfrutar con su sufrimiento mientras las violaba. Durante la violación, el delincuente organizado exige que la víctima se muestre sumisa, miedosa y pasiva. Si la víctima se resiste, el agresor suele volverse más agresivo, a veces hasta el punto de que mata a una víctima que solamente quería violar.

En las fases tercera y cuarta, el asesino organizado realiza acciones encaminadas a ocultar los cuerpos de sus víctimas o borrar su identidad y posteriormente sigue de cerca el progreso de la investigación. Esto le sirve para prolongar el periodo de tiempo en que su fantasía parece estar al mando de los sucesos. Hubo un caso de una fantasía especialmente atroz, el de un conductor de ambulancia que secuestraba a sus víctimas en el aparcamiento de un restaurante y las transportaba a otro lugar para violarlas y matarlas. A diferencia de muchos asesinos organizados, dejaba los cuerpos en sitios parcialmente ocultos y luego llamaba a la policía para informarles del hallazgo de un cuerpo. En lo que tardaba la policía en acudir al lugar, el asesino volvía a toda prisa al hospital para estar preparado cuando la policía llamara solicitando una ambulancia. Sentía una satisfacción especial al acudir en su ambulancia, recoger el cuerpo de la víctima que él mismo había matado, y transportarlo de vuelta al hospital.

Los asesinos organizados y desorganizados tienen una personalidad muy diferente. La manera en que esa personalidad se desarrolla y los efectos conductuales de esos patrones de desarrollo son, a menudo, elementos importantes para la resolución de un crimen.

Nuestras entrevistas pusieron de manifiesto que el delincuente desorganizado se cría en un hogar con un padre que tiene un empleo inestable, donde reina una dura disciplina y en el que la familia está sometida a serias presiones, como la del alcohol, la enfermedad mental, etc. En cambio, la infancia del asesino organizado se caracteriza por un hogar en el que el padre sí tiene un empleo continuo y estable, pero donde la disciplina es inconsistente, dando al niño la sensación de que tiene derecho a hacer lo que quiera.

De este modo, el futuro delincuente desorganizado aprende a interiorizar el dolor, la ira y el miedo. Ahora bien, las personas normales también interiorizan estas emociones en cierta medida —es necesario si uno ha de

convivir con los demás—, pero el delincuente desorganizado va mucho más allá de lo normal. Es incapaz de desahogarse y carece de las habilidades verbales y físicas necesarias para expresar estas emociones en los contextos adecuados. Así, es muy difícil tratarlo psicológicamente porque no puede contarle mucho al terapeuta sobre la tormenta emocional que ruge en su interior.

La ira no expresada de los delincuentes desorganizados se debe, en parte, a que normalmente no son personas agraciadas. No son atractivos físicamente, según los estándares sociales sobre la belleza y, en consecuencia, su autoimagen es muy negativa. Pueden tener alguna tara física o una discapacidad que les haga diferentes a los demás; esta situación les hace sentir muy incómodos. En vez de aceptar su discapacidad, se creen inadecuados y actúan de manera inadecuada, reforzando aún más su dolor, ira y aislamiento. Los delincuentes desorganizados tienden a retirarse casi completamente de la sociedad y se convierten en solitarios. Mientras muchos asesinos organizados son bastante atractivos, extravertidos y sociables, los desorganizados son totalmente incapaces de relacionarse con los demás. Así pues, el asesino desorganizado no suele convivir con nadie del otro sexo y lo más probable es que ni siquiera tenga un compañero de piso. Si convive con alguien, será con su padre o madre. Nadie es capaz de soportar el modo de ser de un delincuente desorganizado, así que se convierte en un ser solitario, incluso a veces es un recluso. Su actitud es de rechazo activo a una sociedad que lo ha rechazado previamente.

Además de tener una autoimagen negativa, los asesinos desorganizados son también personas que no rinden, que no desarrollan plenamente su potencial. Son, por lo general, menos inteligentes que los asesinos organizados, pero la mayoría no padece deficiencias graves. Sin embargo, nunca desarrollan su pleno potencial, ni en los estudios ni en el trabajo. Si llegan a tener trabajo, ocupan puestos de baja categoría, en los que se suelen comportar de modo disruptivo dada su incapacidad para llevarse bien con los demás. Además, aceptan el hecho de tener un bajo rendimiento. Por ejemplo, cuando el asesino de la joven mujer en el tejado del Bronx fue interrogado por la policía, dijo que era un actor desempleado, pero esto no era más que

una fantasía, en realidad era un tramoyista en situación de desempleo... Sin duda, alguien que, incluso a sus propios ojos, estaba por debajo de sus posibilidades.

El delincuente organizado, en cambio, no interioriza el dolor, la ira y el miedo, sino que los exterioriza. Es el chico que comete actos agresivos en la escuela, actos que a veces no tienen sentido. Hace años, la gente creía que todos los asesinos habían tenido una infancia disruptiva y violenta, pero este estereotipo sólo es aplicable a los organizados. El chico desorganizado es tranquilo en la escuela, quizá demasiado tranquilo. Cuando es detenido por un crimen espeluznante, los maestros y alumnos de su infancia muchas veces apenas se acuerdan de él, y sus vecinos lo describen como un chico tranquilo que nunca causaba problemas, calladito, dócil y cortés. En el otro extremo, del asesino organizado se acuerdan todos: era el matón de la escuela, el payaso de la clase, el chico que hacía notar su presencia. Lejos de ser solitario, el delincuente organizado es sociable y se encuentra a gusto en compañía. Es la persona que se mete en peleas en los bares, conduce de modo irresponsable y es descrita, a lo largo de toda su vida, como problemática. A lo mejor consigue un buen trabajo que está acorde con su inteligencia, pero luego su conducta provoca una confrontación y acaba siendo despedido. Este tipo de estresores a menudo le lleva a cometer su primer asesinato. Un antiguo policía de Ohio que tenía problemas en el trabajo, con la ley y con una mujer, secuestró a una mujer joven y la asesinó casi accidentalmente. En cambio, en los asesinos desorganizados este factor importante, el del estrés situacional previo al crimen, a menudo está ausente: sus crímenes son provocados por la enfermedad mental, no por el impacto de sucesos externos.

En vez de sentirse inferiores, los asesinos organizados se sienten superiores a casi todo el mundo. Gacy, Bundy y Kemper, todos menospreciaban a los policías, a los que consideraban demasiado estúpidos para detenerlos, y a los psiquiatras, demasiado incompetentes para comprenderlos. Los organizados sobrecompensan, a menudo creyéndose las personas más listas y afamadas que jamás haya habido en el mundo, incluso cuando sólo lo son hasta cierto grado y no se distinguen más que por sus crímenes monstruosos. Después de cometer un crimen, a menudo siguen el

progreso (o la ausencia de progreso) de la investigación en los medios de comunicación. El delincuente desorganizado, en cambio, tiene poco o ningún interés por un crimen después de cometerlo.

Hay otro campo donde los asesinos organizados parecen tener éxito: en la cama. A menudo tienen muchas parejas sexuales. Como buenos estafadores, con unas habilidades verbales excelentes, logran frecuentemente convencer a las mujeres (y, en algunos casos, a los hombres) para que tengan relaciones sexuales con ellos. Ahora bien, aunque pueden ser superficialmente atractivos y buenos psicólogos *amateur*, son incapaces de mantener una relación normal de larga duración. Por su vida pasan cantidad de parejas, pero ninguna se queda mucho tiempo. Un destripador de mujeres de Oregón tuvo múltiples relaciones, ninguna muy profunda o de larga duración. La principal novia que Ted Bundy tuvo antes de ser detenido dijo que sexualmente era poco apasionado. La mayoría, si no la totalidad, de los asesinos organizados sienten una tremenda ira hacia las mujeres, ira que a menudo expresan en la creencia de que una mujer determinada no es «suficiente mujer» para «ponerlo a cien». Las filas de los delincuentes organizados están llenas de violadores que golpeaban a las mujeres porque, según ellos, no les estimulaban lo suficiente para llegar al orgasmo.

Los delincuentes organizados están enfadados con la novia, consigo mismos, con la familia y con la sociedad en general. Sienten que han sido maltratados durante toda su vida y que todo está dispuesto en su contra. Si son tan inteligentes y listos, ¿por qué no han ganado un millón de dólares o —como quería Charlie Manson— hecho carrera como estrellas del rock? Todos creen que la sociedad ha conspirado para mantenerlos oprimidos. Según Manson, si no hubiera estado en la cárcel al principio de su vida, sus canciones habrían sido muy populares. Mediante su retórica consiguió hacer creer a sus seguidores que con sus asesinatos podían dar vida a la lucha de clases. Ed Kemper creía que elegía a víctimas de clase media y alta y que haciendo esto ayudaba y vengaba a los pobres trabajadores. John Gacy pensaba que libraba al mundo de «miserables» y «mariquitas». Cuando estos asesinos matan, no solamente arremeten contra las víctimas individuales, sino contra la sociedad entera.

En nuestro estudio sobre los antecedentes y delitos de los asesinos en serie hay dos hombres que son ejemplos perfectos de lo que es un asesino organizado y un asesino desorganizado. Cuando mostraba las diapositivas y contaba los detalles del caso Gerard John Schaefer en las escuelas itinerantes siempre había algún asistente que me acusaba de haber basado las características del asesino organizado directamente en los de Schaefer. No era así, pero es verdad que los patrones asociados al asesino organizado quedan muy patentes en este caso.

A principios de los setenta, la policía de Florida estaba formando un grupo de trabajo para investigar un puñado de casos de mujeres desaparecidas. Entonces tuvieron un golpe de suerte: dos mujeres jóvenes muy turbadas y alarmadas salieron de un pantano, subieron a un coche que pasaba y acudieron a una comisaría, donde contaron la espeluznante historia de su secuestro.

Habían estado haciendo autoestop y fueron recogidas por un hombre de aspecto normal y bien vestido que iba en un coche que parecía de la policía. Aunque en un principio el hombre dijo que las llevaría a su destino, las llevó al bosque y las ató a punta de pistola. De repente se dio cuenta de la hora que era y dijo, «Uy uy, me tengo que ir; volveré» y se fue en su coche. Las mujeres consiguieron quitarse las ataduras y llegar hasta la carretera. Llevaron a los policías al lugar donde habían estado y les enseñaron cómo habían sido inmovilizadas. Una anécdota extraña es que la policía les pidió que reconstruyeran lo ocurrido, para mostrar los detalles del proceso de inmovilización, y las mujeres, que todavía debían de estar aterradas por su reciente fuga, se pusieron las cuerdas voluntariamente y se dejaron fotografiar por la policía en la posición en la que habían estado antes, con las manos atadas en alto y la cuerda tirada por una rama de la que, según decían, el hombre quería colgarlas.

Al buscar y excavar en los alrededores, la policía encontró partes de cuerpos parcialmente descompuestos y algunas prendas femeninas. También aparecieron unos vaqueros con un patrón distintivo cosido a mano que encajaba con la descripción del pantalón que llevaba una chica que había desaparecido antes. Al descubrir tantas pruebas, la policía empezó a tomar todavía más en serio el testimonio de las dos chicas. Pudieron describir con

mucha precisión el coche en el que habían sido secuestradas y los rasgos físicos del secuestrador. Así, por ejemplo, se acordaban perfectamente de que el coche tenía un enganche de remolque, porque el secuestrador ató un extremo de la cuerda a ese enganche y tiró el otro extremo por una rama, diciendo que usaría el coche para elevarlas y dejarlas colgando. También dijeron que en la ventana del coche había una pegatina de alguna hermandad.

Antes de seguir con la historia, me gustaría indicar los atributos del delincuente organizado que podemos ver hasta ahora. El secuestrador personalizó a las víctimas hablando con ellas, utilizó su propio vehículo y empleó sus habilidades verbales para engañar a las mujeres y hacer que subieran al coche. Llevó su propia arma para amenazarlas y se la llevó consigo al irse, y tenía una cuerda preparada (a mi juicio, un signo claro, en esas circunstancias, de que planeaba completar actos sexuales con las mujeres antes de torturarlas y matarlas). Después de los asesinatos, tenía previsto deshacerse de los cuerpos ocultándolos. Mostró movilidad y adaptabilidad durante el crimen: cuando se tuvo que ir para atender algún otro aspecto de su vida, dejó a las mujeres atadas y les dijo que volvería más tarde para rematarlas.

Gerard Schaefer se convirtió en sospechoso. Era policía en una jurisdicción vecina y, cuando se indagó sobre sus antecedentes, se descubrió que antes había trabajado en otro departamento de policía. Según me dijeron los investigadores que trabajaron en el caso, en su anterior trabajo, Schaefer había sido denunciado por parar coches conducidos por mujeres que cometían infracciones de tráfico, pasar los datos de la matrícula por el ordenador para obtener más datos y luego llamarlas por teléfono para intentar quedar con ellas. (Es verdad que algunos policías usan su insignia y autoridad para conseguir información y, digamos, una introducción a mujeres, pero muy pocos de ellos usan su autoridad para llevarlas al bosque, violarlas, torturarlas y matarlas.) Las autoridades dedujeron que Schaefer se había ido porque tenía que empezar a trabajar y que quería volver más tarde, vestido de uniforme y en su coche oficial, para rematar a sus víctimas. El coche particular de Schaefer encajaba con la descripción hecha por las mujeres y, cuando su domicilio fue registrado, se encontraron pruebas que permitieron condenarle por el asesinato de la chica desaparecida cuyos vaqueros fueron

encontrados en el bosque, además del asesinato de otra mujer. También fue condenado por el secuestro de las dos mujeres que lograron escapar antes de ser asesinadas.

Schaefer negó tajantemente haber cometido los crímenes, pero los testimonios de las supervivientes y las pruebas físicas lo desmintieron y fue condenado y encarcelado en Florida. No se sabe a cuántas mujeres mató en total; se llegó a pensar que hasta a 35. Como siempre se confesó inocente y no quiso ayudar a la policía en la búsqueda, no sabemos si algunos cuerpos que fueron encontrados son suyos, ni si quedan víctimas sin identificar.

Desde mi punto de vista como investigador de la mente de los asesinos, el domicilio de Schaefer era una mina de oro, no solamente porque había pruebas de sus crímenes, sino también porque nos mostraba el tipo de asesino que era. Se hallaron prendas femeninas y joyas, objetos que según mi terminología constituyen claros trofeos empleados para revivir los crímenes. Cuando le preguntaron acerca de estos objetos, Schaefer contestó que los había encontrado al lado de la carretera y que de vez en cuando los daba a la caridad. Si todavía estaban en su casa, era simplemente porque no había tenido tiempo de donar ese lote. Incluso había regalado uno de los collares a su novia. Tenía montones de revistas pornográficas y de detectives en su casa, y al hojearlas, las autoridades descubrieron que Schaefer parecía tener un interés especial por las historias sobre mujeres ahorcadas, estranguladas y ahogadas.

El ahorcamiento y la tortura eran elementos importantes en las fantasías de Schaefer. Así lo demostraron las historias que él mismo había escrito y los dibujos que había hecho encima de las fotos de mujeres. Todos tenían el mismo tema. Por ejemplo, había una foto relativamente normal de una chica desnuda, apoyada contra un árbol con las manos detrás de la espalda. Schaefer había dibujado agujeros de balas en la chica, cuerdas alrededor de sus brazos, y manchas de heces como las que se producen cuando se relajan los músculos de una persona que muere por ahorcamiento. En otra foto aparecían tres mujeres desnudas posando frente a un hombre; Schaefer había dibujado un globo diálogo con el texto: «Estas mujeres me satisfarán. Si no, serán llevadas a la plaza del pueblo y entretendrán a los lugareños bailando colgadas de mi sogá.» Hizo otros *collages* en los que, por ejemplo, realzó la

foto de una mujer tumbada de tal modo que pareciera que también hubiera sido ahorcada. Otras fotos encontradas en su casa mostraban mujeres que estaban siendo ahorcadas de verdad.

Así, pues, la casa y vida de Schaefer contenían muchos objetos que reflejaban rasgos del delincuente organizado. Tenía una relación con una mujer, tenía un trabajo estable, guardaba trofeos de sus crímenes, usaba material pornográfico e intentaba claramente realizar sus fantasías a través de sus crímenes. Sus víctimas preferidas parecían ser mujeres jóvenes que hacían autoestop y que nadie echaría en falta durante algún tiempo, ya que no residían en la zona sino que sólo pasaban por ella.

Durante el juicio, Schaefer flirteó con la prensa y se mostró sociable y extravertido; siempre decía a los periodistas que todo era una equivocación y que saldría exonerado. Hay una foto de periódico, sacada durante las vistas, en la que se ve a cuatro policías escoltándolo de un lugar a otro; Schaefer es el único de los cinco que está sonriendo, bien aseado y a gusto en su entorno; en otras palabras, el delincuente organizado que intenta controlar la situación incluso cuando está detenido y su vida está en juego. Condenado a cadena perpetua, Schaefer fue asesinado en la cárcel por otro preso el 3 de diciembre de 1995.

La mayoría de las personas que lo conocieron durante su infancia en Santa Cruz estaban de acuerdo en que Herbert Mullin había sido una persona sana y normal hasta que terminó los estudios secundarios a finales de los sesenta. Era relativamente bajito y delgado, medía un metro cincuenta y dos, y pesaba 54 kilos. Aun así, jugó en el equipo de rugby del colegio y era, además, un buen estudiante, popular tanto entre los chicos como entre las chicas, siempre cortés con todo el mundo, y elegido como el que tenía «el futuro más prometedor». Sin embargo, cuando estaba terminando la carrera, otra realidad bien distinta se escondía bajo esa aparente integridad: Herb Mullin se estaba desmoronando. Sufría una esquizofrenia paranoide incipiente, acelerada (¡pero no causada!) por sus experimentos con la marihuana y el LSD.

Una vez finalizados los estudios secundarios, la personalidad de Mullin sufrió una serie de transformaciones típicas de los esquizofrénicos paranoides. Antes de nada, me gustaría señalar que el público lego en la materia tiene un concepto equivocado de la esquizofrenia. La esquizofrenia es la más prevalente de todas las psicosis y el subtipo paranoide es la más común de las esquizofrenias. Sin embargo, los esquizofrénicos paranoides no suelen ser violentos, en su mayoría son inofensivos. De hecho, la incidencia de violencia es mayor entre la población general que entre los esquizofrénicos. No obstante, este dato importa poco, porque los crímenes que cometen los esquizofrénicos paranoides son tan horribles que, cuando salen a la luz, la ira recae sobre todos los enfermos mentales, como ocurrió en el caso de Herbert William Mullin.

A finales de los sesenta, gran número de jóvenes andaba «buscándose a sí mismo» en el norte de California, y algunas de las transformaciones de Mullin no desentonaban demasiado con las de los otros jóvenes de su edad. Empezó a estudiar en la universidad, pero fue demasiado para él. Llevó abalorios y el pelo largo durante una temporada. Llegó un momento en que no conseguía las experiencias sexuales que deseaba de esta guisa, así que se cortó el pelo, se puso traje y corbata y se hizo empresario. De vez en cuando, después de otro experimento fracasado, pasaba una temporada en un psiquiátrico. Siempre recibía el alta porque parecía relativamente inofensivo, tanto para sí mismo como para los demás. Decidió que era hora de casarse y se dedicó a preguntar a chicas en la calle o en fiestas si querían casarse con él. Como todas le rechazaron, decidió que eso significaba que era homosexual, así que fue a los barrios *gay* de San Francisco y preguntaba a hombres en la calle si querían vivir con él. Los *gays* tampoco le quisieron. Una vez se puso en pie durante una misa en una iglesia católica y gritó que aquélla no era una buena cristiandad; se le ocurrió estudiar para ser cura y empezó sus estudios, abandonándolos poco después. Otro día, apareció en un gimnasio y empezó a formarse para ser boxeador; luchó con tanta ferocidad en su primera pelea que sus entrenadores le dijeron que tenía una bonita carrera por delante, pero al poco tiempo se quitó los guantes.

Un año después de registrarse como objetor de conciencia se alistó en el ejército. A pesar de que su padre era militar, todas las ramas de las fuerzas armadas lo rechazaron, a excepción de los *Marines*, que le dejaron hacer el entrenamiento básico hasta que se dieron cuenta de que era inestable mentalmente y se negaron a pasarle al servicio activo, expulsándolo del cuerpo. Durante un tiempo, convivió con una mujer mayor que estaba mentalmente enferma y se metió en las religiones orientales y el misticismo. Viajó a Hawai para profundizar sobre el tema, pero no llegó muy lejos. Volvió al continente y dijo a un amigo que había estado en una institución mental en Hawai.

A esas alturas, con más o menos 25 años, Mullin era un completo inadaptado social. Lo había intentado todo con todo el mundo, pero no encajaba con nada ni con nadie. Aunque trabajaba esporádicamente, era incapaz de mantenerse en un puesto durante más de un par de semanas, de modo que sus padres le siguieron manteniendo. Además, sufría de un síndrome completo de esquizofrenia paranoide.

Los esquizofrénicos suelen tomar información de diferentes fuentes y sintetizarla en su mente, combinándola de tal forma que el resultado final es una ilusión que distorsiona el verdadero significado de las partes. Mullin había visto o leído información sobre la posibilidad de que en un futuro se produjeran terremotos en California, así que tuvo la idea de que era necesario prevenirlos. Creyó que si California no había sido destruida por una catástrofe en forma de terremoto durante los últimos seis años era porque la guerra del Vietnam había producido un número suficientemente alto de bajas estadounidenses. La lógica de su mente concluía que la naturaleza pedía sacrificios de sangre a cambio de no destruir el mundo natural. En octubre de 1972, sin embargo, la guerra estaba a punto de acabarse, por lo menos en lo que se refiere a la implicación estadounidense, y la mente de Mullin percibió una posible catástrofe. California sufriría tal cataclismo por terremoto que se hundiría en el mar, a no ser que se hicieran más sacrificios humanos a la naturaleza. Ése fue el motivo, según dijo más tarde, por el que su padre empezó a ordenarle —por telepatía— que empezara a matar.

Muy a menudo, encontramos que el asesino desorganizado lleva una vida completamente libre de conductas antisociales antes de iniciar sus crímenes. No tiene inclinaciones criminales ni es hostil o violento antes de empezar a matar. Mullin siguió este patrón. Fue incapaz de encajar en el tejido social y no fue aceptado ni profesional ni sexualmente por nadie. Fue detenido varias veces por posesión de marihuana, pero no violó, ni atracó, robó, peleó o excedió el límite de velocidad antes del momento en que legalmente pudo comprar un arma de fuego y ponerse a matar personas.

Aunque el relato que voy a contar a continuación es relativamente coherente, he de señalar que cuando Mullin estaba cometiendo sus crímenes, la policía sufría de lo que se llama *linkage blindness*, es decir, era incapaz de relacionar los asesinatos entre sí, por dos factores. El primero es que los asesinatos no parecían estar conectados por el uso de un arma o un *modus operandi* similares. Las víctimas eran de diferente sexo, tenían diferentes edades y otras características, y murieron en diferentes circunstancias. La segunda razón fue que Ed Kemper estaba operando en la misma zona en el mismo momento.

La primera víctima de Mullin fue un autoestopista de 55 años, un vagabundo. Mullin probablemente vio al hombre andando por la carretera y lo pasó. Luego aparcó en la cuneta y empezó a mirar debajo del capó. El hombre se acercó y preguntó si, a cambio de su ayuda, Mullin le podía llevar en su coche. Mullin le dejó examinar el motor, cogió un bate de béisbol del interior del coche y le partió la cabeza. Luego le arrastró al interior del bosque que estaba al lado de la carretera. El cuerpo fue encontrado al día siguiente.

Dos semanas después del primer asesinato, el padre de Mullin le ordenó que hiciera otro sacrificio para comprobar si era correcta la hipótesis de que el medio ambiente estaba contaminándose rápidamente y que se podía producir un terremoto en cualquier momento. Así que Mullin recogió a una autoestopista en una carretera y, mientras iba conduciendo, le clavó un cuchillo en el pecho. La llevó al bosque, le quitó la ropa, le abrió las piernas y le hizo un corte en el abdomen, para investigar la hipótesis de la contaminación. Le extirpó los órganos y los examinó, colgándolos de las ramas de alrededor para poder verlos mejor. El cuerpo no fue encontrado

hasta varios meses más tarde, y para entonces sólo quedaba el esqueleto. En consecuencia, la policía no pudo establecer la conexión entre los dos asesinatos.

Mullin era un asesino desorganizado y he dicho que los desorganizados no van en coche, pero Mullin sí conducía. Esto simplemente demuestra que ningún rasgo de nuestra lista es aplicable a la totalidad de los asesinos. En cierto sentido, ésta es la razón por la que la elaboración de un perfil sigue siendo un arte, no una ciencia, y por la que nos resistimos a proporcionar a nuestros alumnos un listado de ítems que les facilitaría la evaluación de escenas de crímenes. Aunque Mullin es algo diferente al clásico desorganizado en que sabía conducir un coche, comparte muchas de las otras características: víctimas y armas elegidas al azar, mutilación de los cuerpos, y la despreocupación por ocultar los cuerpos o evitar su identificación. El que la segunda víctima no fuera encontrada hasta meses después se debió a la suerte, no a la planificación o astucia del asesino.

Un jueves por la tarde, cuatro días después de descuartizar a la joven autoestopista en el bosque, parece que Mullin dudó de si las supuestas órdenes de su padre eran realmente válidas, así que acudió a una iglesia católica a unos 24 kilómetros de Santa Cruz. Según la versión posterior de Mullin, le habló al cura que estaba en el confesionario sobre el programa de sacrificios y las órdenes de su padre. El cura le preguntó: «Herbert, ¿lee la Biblia?»

«Sí.»

«¿Los mandamientos, donde dice que honres a tu padre y a tu madre?».

«Sí», contestó Mullin.

«Entonces sabes lo importante que es hacer lo que te dice tu padre.»

«Sí.»

«Creo que es tan importante», dijo el cura (según la versión de Mullin), «que me ofrezco voluntario para ser el próximo sacrificio».

Mullin le pegó media docena de patadas, golpes y puñaladas y salió corriendo, dejando al cura desangrándose en el confesionario.

Una persona en la iglesia fue testigo de la pelea y buscó ayuda. Mullin escapó y el cura falleció, pero no antes de describir su agresor a la policía. Desgraciadamente, lo describió como alto y delgado, datos de poca ayuda en

una investigación.

Mullin se puso a pensar e intentó averiguar qué había salido mal en su vida. Sus pensamientos se detuvieron en el momento en el colegio cuando un compañero del equipo le había dado marihuana. A medida que su enfermedad mental fue agravándose, Mullin abandonó progresivamente las drogas, culpándolas de sus problemas. A principios de enero de 1973 se dirigió a una zona remota de cabañas sin teléfono en las afueras de Santa Cruz, donde pensaba que quizá todavía vivía su compañero de equipo. Llamó a la puerta de una casa ocupada por una mujer, su pareja y los hijos de él. Él era vendedor de drogas pero no estaba en casa. La mujer abrió la puerta y le dijo a Mullin que el hombre al que buscaba vivía un poco más lejos en la misma calle. Según los recuerdos de Mullin, la mujer también dijo que tanto ella como los hijos se ofrecían voluntarios para ser sacrificados, como el cura. Los mató a todos con una pistola. Entonces llamó a la puerta de su antiguo compañero de equipo.

Éste dejó entrar a Mullin y al poco tiempo se produjo un enfrentamiento. El compañero también era traficante de drogas y había trastos relacionados con la droga por toda la casa. El hombre no pudo contestar a la pregunta de por qué en el pasado le había arruinado la vida a Mullin ofreciéndole marihuana, así que Mullin le disparó. El hombre moribundo consiguió arrastrarse al primer piso, al cuarto de baño, donde su mujer se estaba duchando; le gritó que cerrara la puerta pero Mullin entró a la fuerza y la mató a ella también. Cuando la policía encontró a cinco personas muertas en dos casas vecinas, donde todos los hombres estaban implicados en el narcotráfico, pensaron que los asesinatos tenían que ver con la droga —algún trato que había salido mal, o una venganza—. No sospecharon que pudiera haber una relación con la muerte del cura o la de los dos autoestopistas.

Un mes más tarde, Mullin iba por un bosque de secuoyas y se encontró con cuatro chicos adolescentes en una tienda. Les preguntó qué hacían allí y le dijeron que estaban de acampada. Dijo que era guardia forestal y que estaban contaminando el bosque y se tenían que ir y que además, no estaba permitido acampar en la zona en cuestión. Los cuatro mandaron a Mullin a otra parte; el que Mullin les hiciera caso seguramente tenía algo que ver con el hecho de que tenían una carabina del 22 en la tienda. Mullin dijo que

volvería al día siguiente para asegurarse de que se habían ido. Los adolescentes se quedaron en la tienda. Al día siguiente, Mullin volvió y los mató a todos con la carabina. Los cuerpos no fueron encontrados hasta la semana siguiente.

Mullin volvió a matar y esta vez fue detenido. Iba en su coche con un cargamento de leña, cuando su padre supuestamente le dio nuevas instrucciones. Mullin reparó en un hombre de origen hispano que estaba arrancando las malas hierbas de su jardín, al otro lado de la calle. Dio la vuelta en su coche, volvió sobre sus pasos, paró, sacó su escopeta, se puso en posición de tiro apoyándose en el capó del coche, y disparó. Cometió este asesinato a plena vista del vecino de la víctima, quien logró apuntar la matrícula de Mullin mientras éste se iba tranquilamente. Pocos minutos después de emitirse el aviso por la radio de la policía, un policía que patrullaba la zona avistó a Mullin, le ordenó que parara y lo detuvo. Mullin se mostró dócil y no intentó coger ni usar la escopeta que llevaba en el asiento de al lado. También llevaba consigo la pistola del 22 que había usado varias semanas antes para la matanza de las cabañas.

Mullin demostró ser un delincuente desorganizado con su comportamiento durante el juicio —fue necesario restringirle con cadenas, y escribió largos e incoherentes tractos al juez que no tenían nada que ver con el juicio— y con su conducta durante los cuatro meses en los que ejecutó a 13 personas. La lógica que conectaba los asesinatos entre sí sólo existía en su cerebro atormentado. Sin embargo, el jurado lo consideró legalmente cuerdo en el momento de cometer los crímenes y lo declaró culpable de todos los cargos.

Cuando entrevisté a Mullin en la cárcel me pareció dócil, cortés y apuesto, pero poco hablador. Intenté hacerle preguntas, pero cada dos o tres minutos él me preguntaba: «Señor, ¿puedo volver a mi habitación ahora?» Dijo que había cometido sus crímenes en un intento de salvar el medio ambiente. Presentaba todos los síntomas de una enfermedad mental grave. El que estuviera encerrado en una cárcel junto con criminales profesionales era, en el mejor de los casos, ridículo y poco indicado; su lugar era en un psiquiátrico.

Organizados y desorganizados: dos clases de asesinos. ¿Cuáles son los más prevalentes y peligrosos? Una pregunta difícil de contestar, pero quizá podamos formarnos una idea basándonos en nuestras investigaciones y haciendo algunas conjeturas sobre la sociedad moderna. Nuestro estudio ha sido reconocido como el más amplio realizado hasta la fecha. Clasificamos a dos tercios de los asesinos como organizados y un tercio como desorganizados; quizá esta proporción también se dé en la población general de asesinos, de los que sólo algunos, como nuestros sujetos, están entre rejas.

En mi opinión, siempre ha habido una cantidad fija de asesinos desorganizados en la sociedad, desde el principio hasta hoy en día —hombres que están muy trastornados y que de vez en cuando inician una carrera asesina que sólo termina con su detención o muerte—. No podemos hacer mucho respecto a los asesinos desorganizados; probablemente siempre habrá uno o dos entre nosotros. Sin embargo, creo sinceramente que el número y porcentaje de asesinos en serie organizados están creciendo. A medida que aumentan la movilidad social y la disponibilidad de armas de destrucción masiva, aumenta también la capacidad de las personas con tendencias antisociales para llevar a la práctica sus fantasías depredadoras y asesinas.

«QUÉ» MÁS «POR QUÉ», IGUAL A «QUIÉN»

Cuando llegué a la Unidad de Ciencias de la Conducta en 1974 me convertí en aprendiz del equipo del gordo y el flaco formado por Howard Teten y Pat Mullany. Mullany, un antiguo *Christian Brother*,¹ llevaba desde 1972 trabajando en las técnicas de elaboración de perfiles criminales y Teten, ex miembro de la Unidad de Pruebas de la policía de San Leandro, California, trabajaba en perfiles desde 1969. Teten, a su vez, había recibido ayuda de un psiquiatra de Nueva York, el Dr. James A. Brussel, quien asombró al país entero en 1956 cuando realizó unas sorprendentes predicciones sobre la personalidad del «bombardero loco» que había dejado 32 paquetes explosivos en Nueva York en un periodo de ocho años. Brussel examinó las escenas de los crímenes, los mensajes del bombardero y otras informaciones e indicó a la policía que el culpable era un inmigrante de Europa del Este de entre 40 y 50 años que vivía con su madre en una ciudad de Connecticut. Dijo que era un hombre muy aseado y, por la manera en que escribía la letra «w», redondeando las puntas, dedujo que adoraba a su madre (las «w» redondeadas parecían pechos) y detestaba a su padre. Brussel incluso predijo que en el momento de su detención el culpable llevaría un traje cruzado con todos los botones abrochados. Cuando George Metesky fue detenido, llevaba, efectivamente, un traje cruzado abotonado y también encajaba con otros aspectos del perfil, excepto que convivía con dos hermanas solteras en vez de con su madre.

Las técnicas del perfil criminal perdieron algo de prestigio en los sesenta a raíz del caso del Estrangulador de Boston. Un equipo de psiquiatras y psicólogos se equivocó estrepitosamente al sostener determinadas conjeturas acerca de la identidad del estrangulador. No obstante, la demanda de perfiles siguió creciendo, ya que la tasa de crímenes violentos contra personas desconocidas —el crimen más difícil de resolver— aumentaba sin cesar. En

los sesenta, la mayoría de los homicidios eran cometidos por individuos que tenían algún tipo de relación con su víctima. En los ochenta, sin embargo, más o menos el 25 % de los asesinatos eran homicidios de personas desconocidas. Según los sociólogos, el aumento se debía al estado de la sociedad: móvil, en muchos aspectos impersonal e inundada de imágenes violentas y sexualmente explícitas.

En aquel entonces, las técnicas de elaboración de perfiles criminales eran todavía menos científicas que ahora; eran un arte que uno tenía que aprender laboriosamente siendo aprendiz durante años. Incluso en el FBI, no era una actividad con una estructura clara, sino más bien una tarea a la que se dedicaban un puñado de agentes cuando algún departamento de policía local consideraba oportuno remitirnos un caso que parecía más allá de sus capacidades o cuando un agente era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que necesitaba ayuda. Tuve la suerte de iniciarme en este campo justo cuando Teten y Mullany tenían un caso difícil entre manos.

Pete Dunbar, un agente de la oficina del FBI en Bozeman, Montana, llamó nuestra atención sobre un caso de secuestro no resuelto. En el mes de junio anterior, la familia Jaeger, de Farmington, Michigan, estaba de acampada en Montana cuando alguien rajó con un cuchillo la tienda en la que estaba su hija de siete años, Susan, y se la llevó. Teten y Mullany habían hecho un perfil preliminar del probable sospechoso: pensaban que era un joven blanco que vivía en la zona, un solitario que se había topado con la familia durante un paseo nocturno. Concluyeron que Susan probablemente estaba muerta pero, al no encontrarse el cuerpo de la niña, la familia mantuvo la esperanza.

Dunbar tenía a un sospechoso que resultaba lógico/obvio, un veterano de la guerra de Vietnam de 23 años llamado David Meierhofer. Un confidente le había proporcionado su nombre y dio la casualidad de que Dunbar conocía a Meierhofer, a quien describió como un hombre «muy acicalado, de modales finos, excepcionalmente inteligente y cortés». Meierhofer encajaba bien con el perfil de Teten y Mullany, pero no había ninguna prueba que lo relacionara con el secuestro, así que no fue acusado del crimen. Los Jaeger volvieron a Michigan para retomar el hilo de su vida y Dunbar se dedicó a otros casos.

En enero de 1974, una mujer de 18 años que había rechazado las pretensiones amorosas de Meierhofer también desapareció en la zona de Bozeman y, lógicamente, la policía volvió a sospechar de él. Meierhofer se ofreció voluntariamente para una prueba de polígrafo y otra con el suero de la verdad y salió airoso de ambas, de modo que su abogado solicitó su puesta en libertad incondicional y que las autoridades se mantuvieran alejadas de él.

Sin embargo, el segundo crimen aportó nueva información que nos permitió —yo formaba parte del equipo, como neófito— refinar el perfil original, apuntando hacia alguien como Meierhofer. El hecho de que hubiera aprobado las dos pruebas no nos hizo cambiar de idea. La gente cree que esas pruebas son un buen método para averiguar la verdad y, de hecho, lo son para la mayoría de las personas normales. Se sabe, sin embargo, que los psicópatas tienen la capacidad de separar la personalidad que comete los crímenes del «yo» normal que tiene el control de la situación. De este modo, cuando un psicópata se somete a este tipo de pruebas, su personalidad normal consigue evitar todo conocimiento de los crímenes y, muy a menudo, el resultado es que el sospechoso pasa con éxito la prueba. En este caso, Meierhofer mantuvo el control en algunas ocasiones y en otras lo perdió totalmente. Convencimos a Dunbar de que Meierhofer tenía que ser el asesino y que, a pesar de los resultados de las pruebas, no abandonara el caso. Teten y Mullany pensaron que el asesino bien podía ser el tipo de hombre que llama a los familiares de sus víctimas para revivir el crimen y sus sensaciones. Así, pues, Dunbar pidió a los Jaeger que prepararan una grabadora de cinta y que la tuvieran siempre lista al lado del teléfono.

En el primer aniversario del secuestro de la niña, la señora Jaeger recibió una llamada en su casa de Michigan de un hombre que afirmaba que tenía a Susan y que estaba viva. «Estaba muy orgulloso e insultante», le dijo más tarde a un periodista. El desconocido dijo que se había llevado a Susan a Europa y que le estaba dando una vida mejor de la que los Jaeger jamás se habrían podido permitir darle. «No reaccioné del modo que él esperó», dijo la Sra. Jaeger. «Realmente fui capaz de perdonarle. Sentí mucha compasión y preocupación y eso realmente le cogió por sorpresa. Bajó la guardia y al final simplemente se desmoronó y lloró.»

El hombre no admitió que Susan estaba muerta y colgó antes de que se pudiera localizar la llamada. Un analista de voz del FBI estudió la cinta y concluyó que la voz era la de David Meierhofer. Sin embargo, en aquel entonces esa clase de prueba no era suficiente en Montana para obtener una orden de registro del domicilio de un sospechoso, por lo que las autoridades carecían de pruebas para detener a Meierhofer. Durante un tiempo, Dunbar intentó averiguar la procedencia de la llamada y descubrió que parecía proceder de una zona abierta en donde había unos postes telefónicos que atravesaban un rancho; quizá alguien había pinchado la línea allí. Dunbar investigó las actividades de Meierhofer en el ejército y resultó que había aprendido a pinchar líneas de teléfono de campaña en Vietnam. Sin embargo, eso tampoco constituía una prueba concluyente.

Mullany escuchó la cinta de la conversación entre la Sra. Jaeger y Meierhofer y se le ocurrió una idea audaz. «Pensé que quizá una mujer podría dominar a Meierhofer», recordó más tarde. «Sugerí que la Sra. Jaeger fuera a Montana y se enfrentara a él.» Así ocurrió en el despacho del abogado de Meierhofer en Montana, pero Meierhofer se mantuvo tranquilo y no perdió la compostura, con las emociones completamente bajo control. Sin embargo, poco tiempo después de regresar a Michigan, la Sra. Jaeger recibió una llamada a cobro revertido de un tal «Sr. Travis» de Salt Lake City. Travis quería explicar que fue él y nadie más quien se había llevado a Susan. Antes de que pudiera continuar, la Sra. Jaeger lo interrumpió y dijo: «Vaya, hola, David.»

La Sra. Jaeger hizo una declaración jurada y con ella Dunbar ya tenía suficientes pruebas para obtener una orden de registro del domicilio de Meierhofer, donde fueron encontrados restos de las dos víctimas. Ante el hallazgo por parte de la policía de esos restos y otras pruebas, Meierhofer no solamente confesó los dos asesinatos, sino también la muerte no resuelta de, al menos, un chico de Montana. Después de su confesión, fue encerrado a solas en una celda y al día siguiente se ahorcó.

No tuvimos ni la menor duda de que el perfil que hicimos en Quantico había ayudado a resolver el caso. Si no hubiera habido ningún perfil, Dunbar no habría tenido ningún motivo para interesarse tanto por un sospechoso que, a fin de cuentas, sólo había sido señalado por un confidente. Más tarde, tras el

segundo asesinato y después de que Meierhofer pasara con éxito las pruebas del polígrafo y del suero de la verdad, nuestro perfil ayudó a Dunbar a seguir aferrándose al caso y reforzó su convicción interna de que Meierhofer era el culpable. Gracias a la idea de Mullany sobre las respuestas confusas del asesino ante una mujer, la Sra. Jaeger pudo asestar el golpe final que abrió la brecha en sus defensas.

Este caso, uno de los primeros en los que aplicamos la técnica del perfil, me confirmó la utilidad y el potencial de los perfiles criminales. El perfil que hicimos había ayudado a identificar al sospechoso más probable y había dado al agente que llevaba el caso la motivación que necesitaba para seguirle la pista al asesino, aunque muchos factores obraban en su contra. Además, el caso mostró que, cuanta más experiencia e información tuviéramos sobre criminales violentos, mejores perfiles podríamos trazar.

No hay dos crímenes ni dos criminales exactamente iguales. La persona que elabora un perfil busca patrones e intenta encontrar las características del probable autor de un delito. Es un proceso basado en hechos en el que se utiliza el razonamiento analítico y lógico. Aprendemos todo lo que podemos sobre lo que pasó, empleamos nuestra experiencia para comprender las posibles razones por las que pasó y, basándonos en esos factores, dibujamos un retrato del criminal. Resumiendo en dos palabras: «qué» más «por qué», igual a «quién».

La verdadera tarea consiste en ir reduciendo el universo de sospechosos, eliminando los menos probables y permitiendo a los investigadores del campo centrarse en blancos realistas. De este modo, si podemos afirmar con un alto grado de fiabilidad que el sospechoso de un crimen es varón, ya hemos eliminado aproximadamente al 50 % de la población. Si especificamos la categoría «varones adultos», tenemos una fracción todavía más reducida de la población; «varones blancos solteros», reduce todavía más la muestra. Con estas elecciones, restringimos rápidamente la búsqueda. Cada categoría que añadimos hace que se vaya reduciendo todavía más el grupo de posibles sospechosos. Por ejemplo, podríamos sugerir que el criminal está en el paro o que es alguien que ha sido tratado antes por una enfermedad mental o que vive tan cerca de la escena del crimen que se ha desplazado andando.

He dado un sinnúmero de clases en Quantico y en las escuelas itinerantes sobre el tema de los perfiles y por mucho que intentáramos hacer comprender a los estudiantes los principios básicos de la técnica, todavía querían que les guiáramos más. Nos preguntaban si teníamos algún tipo de manual del que pudieran aprender qué preguntas debían hacerse, o cuáles eran las características más importantes de una escena del crimen. Los policías —e incluso los propios agentes del FBI— querían una escala para poder elaborar perfiles casi como si fueran operaciones matemáticas: introduces este detalle y esta prueba de la escena del crimen, pulsas un botón o aplicas una fórmula, y te sale un perfil perfecto. Nos gustaría tener un programa de ordenador que funcionara así, pero estuvimos trabajando en esto y hasta hoy no se ha conseguido. Elaborar un perfil sigue siendo una tarea para personas con mucha experiencia, especialmente si han estudiado psicología. También requiere mucho trabajo en el sentido de que hay que esforzarse mucho mentalmente para resolver lo que suele ser un complejo rompecabezas.

En el núcleo de ese rompecabezas está la escena del crimen, en la que generalmente se encuentran las mejores pruebas disponibles. Por ello, intentamos analizarla en profundidad para comprender tanto el crimen como, a través de la reflexión, la naturaleza de la persona que lo ha cometido. Un buen ejemplo es el caso de la profesora de educación especial que fue asesinada en una azotea del Bronx. Casi todo lo que se encontró en la escena del crimen procedía de la víctima: el bolso con el que se la estranguló, el peine que le fue colocado en el vello púbico, incluso el rotulador con el que el asesino escribió obscenidades sobre su cuerpo. Aquello fue importante para nuestra evaluación del asesino, ya que pensamos que no había planeado el crimen, que podía haberse producido espontáneamente. En otras circunstancias, un secuestrador llevaría consigo lo que hemos terminado por denominar un «*kit de violación*», con cinta adhesiva, cuerdas y posiblemente una pistola; todos ellos elementos utilizados para controlar a la víctima.

Como mencioné brevemente en un capítulo anterior, la ausencia de este *kit de violación* fue un factor determinante en otro caso ya clásico de asesinato en el que participé en la elaboración del perfil. Quien haya leído esta obra con detenimiento pensará que una ciudad del tamaño y sofisticación de Nueva York captaría rápidamente el potencial del perfil criminal como

ayuda en cualquier investigación, pero no fue así; para ello, hubo que esperar hasta que nuestra ayuda permitió resolver un asesinato especialmente enigmático, el de la joven profesora de educación especial.

Una tarde de octubre se encontró el cuerpo desnudo de una mujer joven en la azotea de la finca de protección oficial en la que vivía, en el Bronx. Francine Elverson era una mujer bajita, medía menos de un metro cincuenta, y pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. Vivía con sus padres en un apartamento de esa finca y no había sido vista desde la mañana en que salió temprano para dirigirse a la guardería cercana donde daba clases a niños discapacitados.

Su cadáver estaba colocado en una posición extraña, casi antinatural, una posición que, al principio, no tenía sentido para los investigadores, hasta que la describieron a los padres de la víctima, que dijeron que se parecía a la letra *chai* del alfabeto hebreo. Esa letra colgaba de la cadena que la víctima había llevado en el cuello pero que no estaba presente en la escena del crimen. No era un crimen antisemita, sin embargo, sino un brutal asesinato sexual. El asesino había colocado los pendientes de la víctima a ambos lados de la cabeza. La víctima tenía las muñecas atadas con sus propias medias, aunque sin apretar mucho. También tenía las bragas puestas en la cabeza, cubriéndole la cara. El resto de la ropa de Francine estaba cerca de ella, tendida en el suelo sobre el lugar donde el asesino había defecado. La mujer había sido golpeada en la cara, estrangulada con la correa de su bolso y mutilada brutalmente después de su muerte. El asesino le había cortado los pezones y se los había colocado en el pecho. El cuerpo tenía manchas de sangre en todas partes, marcas de mordedura en los muslos internos, un paraguas y una pluma insertadas en la vagina, y un peine en el vello púbico. En un muslo y en el abdomen de la víctima el asesino había escrito con tinta: «Jodeos. No me podréis parar.»

En el cuerpo de la víctima también se encontró semen y un único pelo púbico negro, que no pertenecía a la víctima; aquel pelo despistó a la policía durante algún tiempo. Cuando el detective Thomas Foley, del departamento de homicidios de la *New York Housing Authority*, finalmente nos mandó las fotos de la escena del crimen y otra información, la policía tenía 22 sospechosos, algunos de ellos muy prometedores. Este hecho no sorprendió

mucho, porque Nueva York es una ciudad muy grande, tanto en población como en superficie, y contiene un montón de gente rara y potencialmente violenta. Por ejemplo, un sospechoso obvio era un hombre que vivía en la finca y que había estado en la cárcel anteriormente por delitos sexuales. Otro sospechoso era un hombre negro que había sido conserje en la finca y que nunca había devuelto las llaves. Un tercer sospechoso era la persona que había encontrado la cartera de Francine en las escaleras por la mañana, un chico de 15 años que se dirigía al colegio, pero que no entregó la cartera a su padre hasta que regresó de la escuela más tarde.

Examiné las fotos de la escena del crimen y las otras pruebas y llegué a la conclusión de que el pelo púbico negro era irrelevante. Otro de los agentes que hacía perfiles no estaba de acuerdo conmigo, pero argumenté que estaba claro que el crimen había sido cometido por una persona mentalmente enferma, como demostraba el nivel de violencia empleado en el crimen. La ausencia de un *kit* de violación indicaba que no hubo un proceso completo de premeditación y acechamiento; los auténticos acechadores llevan consigo aquello que necesitan para dominar a la víctima. Este caso había sido, claramente, un ataque espontáneo, tipo relámpago, cometido durante un encuentro fortuito entre el asesino y la víctima. Aunque la escena había sido sensiblemente modificada para que el crimen pareciera obra de una pandilla, consideré que no era así. Nuestro perfil indicaba a Foley que debía buscar a un varón blanco de entre 25 y 35 años, que conocía a la víctima y que trabajaba en la finca misma o en otra cercana. Pensé que el asesino probablemente era un enfermo mental y que, como en el caso de Richard Chase, la enfermedad había estado desarrollándose lentamente en su interior durante diez años antes de estallar en forma de asesinato con mutilación incluida. La mayoría de las personas que presentan un cuadro completo de enfermedad mental no se alejan mucho de su domicilio para cometer esa clase de crímenes y entonces pensé que probablemente vivía cerca, solo o con un padre o una madre indulgente. Por las notas y la manera en que el cuerpo había sido colocado, creí que se trataba de alguien con un bajo nivel de escolarización, que no había finalizado su etapa de escolarización obligatoria y que había sacado la inspiración para la nota y la mutilación de una extensa colección de material pornográfico. Como estaba seguro de que el asesino

tenía un historial de enfermedad mental, dije que probablemente había sido dado de alta en alguna institución mental en el último año. También sugerí que previamente al crimen habría diversos estresores graves que podían haberlo desencadenado. En vista de la gran labor policial que se había realizado, todos pensamos que el culpable probablemente ya había sido interrogado.

Con este perfil en la mano, Foley y sus hombres pudieron cambiar el rumbo de la investigación. Podían desestimar como sospechoso al antiguo conserje, ya que habíamos dicho que el crimen fue cometido por un hombre blanco, y también podían eliminar al hombre que había sido condenado por delitos sexuales porque ahora estaba felizmente casado, tenía un empleo y parecía haber dejado atrás su pasado a todos los efectos. En cambio, otro sospechoso que previamente había sido descartado volvió a convertirse en nuestro principal punto de atención. Anteriormente, la policía había hablado con un sujeto que vivía en la cuarta planta de la finca (la misma de la víctima) y que compartía su apartamento con su hijo, antiguo paciente de una institución mental. La madre había muerto cuando el chico, Carmine Calabro, tenía 19 años, once años antes. Cuando el padre fue entrevistado en octubre, dijo que Carmine estaba internado en el momento del asesinato y la policía no comprobó si la coartada era cierta. Ahora sí lo hicieron.

Carmine Calabro no había terminado los estudios secundarios y había pasado más de un año en un hospital mental cercano a su casa. Más tarde consiguió trabajo como tramoyista, pero había sido despedido hacía poco tiempo. Primero dijo a la policía que era un actor desempleado, pero luego admitió que era tramoyista. El apartamento de los Calabro estaba lleno de material pornográfico. Cuando la policía investigó la seguridad en el hospital mental, descubrió que el nivel era tan bajo que habría sido fácil para Carmine salir, cometer el crimen y regresar sin que nadie le hubiera visto salir o hubiera notado su ausencia. En el momento del crimen, Carmine tenía el brazo escayolado y la policía supuso que lo usó para dejar a la víctima inconsciente. Cuando Carmine fue localizado, ya hacía mucho tiempo que no tenía el brazo escayolado pero, afortunadamente, ese elemento no hizo falta para probar que Carmine era, efectivamente, el asesino. Una de las pistas clave la proporcionó el cuerpo de la víctima, ya que la habían mordido. Tres

odontólogos forenses, incluido el Dr. Lowell Levine, encontraron que las marcas en la víctima correspondían a la dentadura del principal sospechoso: caso resuelto. Calabro fue declarado culpable y condenado a una pena de prisión de entre 25 años y cadena perpetua. Actualmente sigue encarcelado en Nueva York y en diciembre de 2005 podrá optar a la libertad condicional por primera vez.

Al investigar más a fondo este caso se descubrió que Carmine tenía un largo historial de autoviolencia, incluso con repetidos intentos de suicidio. Muchas personas lo describieron como un tipo inseguro con las mujeres. Aparentemente, su incapacidad para conectar con una mujer fue el desencadenante del crimen.

Se descubrió que el cuerpo de Francine Elverson había sido transportado al laboratorio forense en una bolsa que antes se empleó para transportar el cadáver de un varón negro y que posteriormente no fue limpiada adecuadamente. Así, pues, el inexplicable pelo púbico provenía de aquel asesinato anterior, no del cuerpo de Francine.

Cuando el caso Elverson-Calabro estaba totalmente cerrado, el teniente Joseph D'Amico, jefe de Foley y antiguo alumno mío de Quantico, dijo a un periodista: «(Los que hicieron el perfil) lo (al sospechoso) describieron con tanta precisión que pregunté al FBI por qué no nos dieron también su número de teléfono.» El cumplido nos gustó, pero nos agradó todavía más que el caso contribuyera a que la policía de Nueva York se diera cuenta de que los perfiles criminales pueden reducir el número de sospechosos en los casos difíciles.

En el juicio, Calabro nunca admitió su culpabilidad. No obstante, después de que se publicara un artículo en *Psychology Today* con información sobre el perfil que la Unidad de Ciencias de la Conducta había hecho para el caso —un artículo que no mencionó ni el nombre del asesino ni el de la víctima— Calabro nos escribió una carta. El que nos escribiera directamente e hiciera referencia al caso mencionado en el artículo fue lo más parecido a una confesión. En la carta decía: «personalmente creo que son correctos» algunos elementos de nuestro perfil psicológico.

Un día, mientras viajaba por una carretera interestatal en un coche del FBI para dar una conferencia en Richmond, Virginia, me llamaron por radio para decirme que diera la vuelta y regresara a Quantico. Protesté alegando que me esperaba un grupo de gente importante, pero me dijeron que el presidente Reagan había sido asesinado y que me necesitaban allí. Di la vuelta. En el camino de regreso sintonicé diversas cadenas de radio comerciales y me enteré de que habían disparado al presidente pero que, afortunadamente, estaba vivo y tenía un pronóstico favorable, lo mismo que el resto de víctimas. Fui alternando entre la radio y repasos mentales de algunos detalles de mis anteriores entrevistas con asesinos como Sirhan Sirhan y aspirantes a asesino como Arthur Bremer y Sara Jane Moore. Mi visita a Arthur Bremer fue casi una fotocopia de la entrevista con Sirhan Sirhan; eran como dos gotas de agua en su conducta: esquizofrénicos paranoides hasta la médula. Bremer tenía un aspecto raro, un poco como Howard Hughes de recluso: pelo despeinado, barba tupida, ojos que iban continuamente de un punto a otro. Llevaba consigo dos bolsas de la compra que contenían todas sus pertenencias terrenales. Aun así, parece que tenía el control sobre sus acciones cuando intentó asesinar al gobernador George Wallace. Durante mi regreso también pensé en David Berkowitz que, a pesar de ser otro tipo de asesino, compartía muchas características de personalidad con Bremer: había acechado a un tipo de víctima particular de un modo muy parecido al de Bremer con Wallace.

Una vez en Quantico, acudí al despacho del subdirector McKenzie, donde me estaban esperando para pasarme por teléfono con el agente de la oficina principal encargado del caso, Frank W. Waikart. Waikart me contó que las autoridades ya tenían a John Hinckley bajo custodia, que iban a registrar su habitación en el motel donde se hospedaba y que necesitaban ayuda para saber qué buscar. Le pedí todos los detalles que me pudiera dar sobre Hinckley.

El FBI había trabajado con celeridad. Mis colegas ya sabían que Hinckley era un varón blanco de unos veintitantos años, soltero, estudiante universitario de Denver, con una familia aparentemente acomodada. Después de liarse a tiros, Hinckley se dejó reducir fácilmente por los agentes del Servicio Secreto y los policías, y parecía tranquilo. El FBI tenía las llaves de

su habitación del motel, pero la prensa se había enterado y las autoridades casi tenían que apartar a los periodistas a golpes para evitar que entraran personas no autorizadas y lo pusieran todo patas arriba.

Aunque Hinckley estaba detenido, muchas (pero que muchas) cosas podían salir mal en esa fase de la investigación, cuando todavía no había pasado la consternación y el pánico. Para empezar, Washington D. C. es una zona de múltiples jurisdicciones y con infinidad de entidades policiales que podían intentar intervenir en el asunto y confiscar pruebas. También existía el peligro de que, si una prueba no era recogida según las reglas, los tribunales la rechazaran, con el riesgo de que ya no se pudiera juzgar a Hinckley. Lo esencial, pues, era obtener una orden de registro que nombrara objetos específicos para buscar. No debía parecer una búsqueda aleatoria.

Lo que se pedía, pues, era algo más que un perfil; era un viaje al interior de la mente de un asesino para ver cómo era y qué huellas de su personalidad podía haber dejado a su alrededor. Le dije a Waikart que todos los hechos que me había proporcionado apuntaban a que Hinckley tenía una enfermedad mental, aunque no lo suficientemente grave como para impedirle comprender lo que había hecho o lo que le estaba pasando. No lo veía como un asesino a sueldo o como parte de una conspiración, sino más bien como un solitario, un introvertido. Sería el tipo de chico, a menudo reconocido en los campus universitarios, que no mantenía buenas relaciones con las chicas, que no encajaba en el ambiente de citas y ligues juveniles, que no estaba en ningún equipo deportivo ni asociación, la clase de persona que no obtenía buenos resultados académicos y que encontraba su gratificación en las fantasías. Así que le dije a Waikart que buscara pruebas de esa soledad y fantasías en la habitación de Hinckley, así como en su coche y su casa en Denver.

Dije que recogieran cosas que reflejaran esas fantasías: diarios, libros con recortes, material de lectura, etc. Le avisé a Waikart de que recogiera todo el material de lectura que encontrara, por muy inofensivo que pareciera a primera vista, ya que nos daría una visión de la personalidad de Hinckley. Por ejemplo, podía haber artículos de revistas con secciones específicas subrayadas y así sabríamos qué cosas le parecían significativas a Hinckley. En el primer puesto del listado de cosas que en mi opinión debían buscar se encontraba una grabadora y cintas de audio, porque las personas solitarias

como Hinckley a menudo graban cintas y las usan como si fueran un diario. Otro ítem importante eran las tarjetas de crédito y los recibos, porque necesitaríamos reconstruir los pasos de Hinckley durante, por lo menos, los últimos seis meses y, posiblemente, un año entero. Los asesinos como Bremer acechan a sus víctimas y pensé que Hinckley probablemente también lo había hecho. Las facturas de hotel podían mencionar las llamadas efectuadas; puede que incluso tuviera una tarjeta de crédito para llamadas que podríamos utilizar para saber más sobre sus movimientos y gustos.

Mi listado de una docena de ítems se transformó en una orden de registro y las autoridades la emplearon para confiscar objetos de la habitación de motel de Hinckley y también de otras habitaciones donde se había alojado anteriormente. Se encontraron casi todos los ítems que apunté como importantes. Por ejemplo, había grabaciones de sus conversaciones con Jodie Foster. Había una postal con una foto de los Reagan, dirigida a Foster, con este texto:

Querida Jodie: ¿A que son una pareja adorable? Nancy es realmente sexy. Un día tú y yo viviremos en la Casa Blanca y a los paletos se les caerá la baba de envidia. Hasta entonces, por favor, haz lo que puedas para seguir virgen. Eres virgen, ¿verdad? [firmado] John Hinckley.

No había enviado la postal, pero la había escrito. Otro ítem confiscado fue una carta a Foster en la que decía que iba a disparar contra Reagan y que sabía que quizá no volvería, pero que quería que supiera que lo había hecho por ella (esa carta, junto con otras cosas, demostró que el atentado contra Reagan era premeditado y que Hinckley sabía que lo que hacía no estaba legalmente permitido). Se encontraron, asimismo, diversos diarios y periódicos con comentarios escritos en el margen de los artículos. Uno decía: «Todo da vueltas / y aun así las jóvenes chicas / se ríen y burlan de mi nombre.» También apareció un ejemplar anotado del guión de *Taxi Driver*, la película sobre un asesino en la que Jodie Foster tuvo un papel secundario. Todo ese material encajaba con mi primera impresión de que Hinckley era un solitario que no tenía éxito con las mujeres y vivía en un mundo de fantasía.

En muchos de los casos en los que el FBI interviene realizando perfiles, el delincuente en cuestión ya ha sido detenido, pero sus crímenes son tan extraños que las autoridades locales buscan ayuda para saber cómo proceder.

Una mañana, durante la semana del día de Acción de Gracias en noviembre de 1995, una chica adolescente desnuda, esposada de pies y manos, y muy débil debido a la pérdida de sangre, se arrastraba por el margen de una carretera cerca de Malabar, Florida, en busca de ayuda. Varios camiones pasaron sin parar pero, finalmente, un turismo se detuvo.

«No me vas a llevar de vuelta a esa casa, ¿verdad?», preguntó la chica, aterrada.

El conductor respondió que la ayudaría y la subió a su coche. La chica le pidió que «recordara esa casa» que le señaló, situada a poca distancia de donde estaban, una propiedad con el césped en buen estado, muchos árboles, una piscina y un patio. El conductor se la llevó a su propia casa y, desde allí, llamó a la policía y a una ambulancia. Cuando fue reconocida en el hospital, descubrieron que había perdido entre el 40 y 45 % de su sangre y que tenía marcas de ligadura en el cuello, así como en las manos y los tobillos.

Mientras se recuperaba, la chica, de 19 años, contó a la policía que el día anterior había estado haciendo autostop en el condado de Brevard para ir a casa de una amiga. La recogió un hombre que llevaba un abrigo tipo deportivo y corbata. El individuo ofreció llevarla buena parte del camino, pero dijo que tenía que parar en su casa para recoger algo. Una vez allí, le pidió que entrara, a lo que ella se negó. Entonces, el hombre se dirigió a la parte trasera del coche, entró detrás de ella, le puso una cuerda de nilón alrededor del cuello y la ahogó hasta dejarla inconsciente.

Cuando la autostopista volvió en sí, estaba atada sobre el banco de la cocina, con los brazos y las piernas inmovilizados. Había una cámara de vídeo y focos de luz. El hombre la violó mientras lo grababa todo en el vídeo. Luego le insertó agujas en el brazo y las muñecas y cuidadosamente le extrajo sangre, que empezó a beber, diciéndole que era un vampiro. A continuación, la esposó, la metió en la bañera y más tarde volvió para agredirla sexualmente otra vez y extraerle todavía más sangre. A la mañana siguiente, tras una tercera tanda de agresiones y extracciones, el hombre la dejó esposada en el cuarto de baño y le dijo que volvería más tarde para seguir agrediéndola y que, si intentaba escapar mientras él no estaba, su hermano vendría a matarla. Después de que el hombre se fuera, la chica logró

salir del baño forzando la ventana y se arrastró hasta la carretera. Los médicos que la vieron opinaron que, de no haber escapado cuando lo hizo, la próxima extracción de sangre la habría matado.

La casa que la chica señaló pertenecía a John Brennan Crutchley, de 39 años, un ingeniero informático que trabajaba para la *Harris Corporation*, contratista de la NASA. Estaba casado y tenía un hijo. Su mujer y su hijo estaban de vacaciones en Maryland, visitando a la familia de ella. Se obtuvo entonces una orden de registro que le fue notificada a Crutchley a las dos y media de la mañana siguiente. Fue detenido, se confiscaron diversos objetos y se realizaron fotografías del domicilio. Al principio la autostopista no quiso presentar una denuncia, pero al final la convencieron de que lo hiciera porque así se evitaría que agrediera a más mujeres. La víctima se sometió a una prueba de polígrafo para demostrar que decía la verdad y la pasó con éxito. Crutchley fue acusado de agresión sexual, secuestro y agresión con violación, así como de posesión de marihuana y otros artículos relacionados con la droga.

Durante el registro, la policía, con la mejor de las intenciones, se había llevado algunos objetos importantes (la cámara de vídeo, el gancho del techo al que la autostopista fue atada, la marihuana y algunas otras cosas relacionadas con las agresiones), pero no había llegado a tiempo para evitar que se borrarán las cintas que, según la víctima, habrían mostrado la agresión a la que fue sometida. Después del registro, no quedó completamente claro qué era lo que la policía tenía y qué era lo que se les había escapado, ni tan siquiera qué debían buscar en posteriores registros. Entonces, contactaron conmigo y aproveché un viaje que tenía que hacer a Florida para ir a Titusville y ayudar a la policía en el caso.

Me alegré mucho de que me pidieran ayuda porque, mientras que la policía creía que habían detenido a un violador peligroso, yo pensaba, cuando supe más cosas sobre Crutchley, que probablemente habían cogido a un asesino en serie.

Uno de los mayores problemas que tiene la policía hoy en día es que no sabe cómo enfrentarse a los casos menos comunes y, especialmente, no sabe qué buscar en la escena de un crimen. Si no se confisca en un registro todo lo que pueda ser de interés, el sospechoso y sus cómplices tienen tiempo para

esconder o destruir pruebas vitales. Mi tarea inicial era decir a la policía qué tenían que buscar en un segundo registro. Por ejemplo, las fotografías que la policía encontró en el primer registro mostraron un montón de tarjetas de crédito apiladas; cuando se efectuó el segundo registro, dichas tarjetas habían desaparecido y habían sido presuntamente destruidas.

Las tarjetas de crédito, cosas como una docena o más de collares de mujeres colgados de un gancho en un armario (en mi opinión, eran trofeos), así como la presencia en la casa del carné de identidad de dos mujeres, me hicieron pensar que el secuestro de la autostopista probablemente no era el primer delito que Crutchley había cometido. Cuando se le preguntó acerca de ello, contestó que había llevado a esas mujeres en su coche, que ellas se habían dejado los carnés en su coche y que todavía no había tenido la oportunidad de devolvérselos. En cuanto a los collares, dijo que eran de su mujer y que la autostopista había sido una «chica Manson» que le había pedido sexo duro.

Cuatro mujeres habían sido halladas muertas en sitios remotos del condado de Brevard durante el año anterior y la policía investigó si Crutchley podía haberlas asesinado, pero no se encontró ninguna prueba que lo relacionara con los cuerpos. Recomendé que también se hicieran excavaciones en la propiedad de Crutchley y que se registrara su despacho en la *Harris Corporation*. El registro reveló que las tarjetas de crédito habían desaparecido y que, aparentemente, Crutchley poseía ilegalmente un montón de información altamente secreta sobre armamento y comunicaciones navales. Parte de esa información estaba archivada en disquetes protegidos con un código que las autoridades lograron descifrar. Otras agencias federales consideraron la posibilidad de enjuiciarlo por espionaje. Encontramos 72 tarjetas de doce por siete con el nombre de pila y el número de teléfono de distintas mujeres, así como una evaluación de sus habilidades sexuales, realizada por el mismo Crutchley. Las autoridades llamaron a algunas de esas mujeres, que comentaron que Crutchley las había retenido o agredido, pero la mayoría dijo que sólo habían tenido prácticas sexuales no convencionales con él. Había indicios de que su mujer también lo había hecho.

Insistí en que se investigara el pasado de Crutchley. Averiguamos que en 1978 había sido la última persona que vio a Debbora Fitzjohn con vida. Fitzjohn era una secretaria del condado de Fairfax, en Virginia, y estuvo en la caravana de Crutchley antes de desaparecer. La policía estaba investigando si había alguna conexión, pero nunca se presentaron cargos. Constatamos que en todos los sitios donde Crutchley había residido, como, por ejemplo, en Pensilvania, había casos de mujeres desaparecidas o cadáveres encontrados en lugares remotos, aunque ninguno de esos casos le fue atribuido jamás.

En abril de 1986, cuando el juicio estaba a punto de comenzar, Crutchley decidió declararse culpable de secuestro y violación a cambio de que se le retiraran los cargos de consumo de sangre (agresión con violencia) y posesión de drogas. Tras este cambio, convocó una rueda de prensa para restarle importancia a lo que había hecho. Su mujer, que se hacía eco de su punto de vista, declaró más tarde que el crimen había sido «una violación suave, carente de cualquier brutalidad manifiesta».

Entonces, el fiscal Norman Wolfinger me pidió que volviera a implicarme en el caso, ya que el estado quería pedir una pena más severa de la que se suele dar a alguien que es condenado por primera vez de secuestro y violación. La pena normal era de entre 12 y 17 años; con la reducción por buena conducta, etc., Crutchley podría salir en cuatro o cinco años y el estado no creía que aquello fuera lo más beneficioso para la sociedad. Yo estaba de acuerdo y empecé a estudiar el caso antes de ir a Florida para testificar en una vista previa a la sentencia.

La familia de Crutchley tenía un alto nivel educativo. Sin embargo, su madre lo vistió de niña hasta que tuvo 5 o 6 años y también se produjeron otras anomalías durante su infancia. En la vista oral, Crutchley le dijo a un psiquiatra que recordaba haber ido a un psicoterapeuta en la juventud. Sus amigos y una ex mujer dijeron que le gustaba controlar a las personas, que a menudo les obligaba a hacer lo que él quería y que era un sádico sexual. Según otros, había participado también en sesiones de sexo en grupo. Parecía que era bisexual y las entrevistas con las mujeres de las tarjetas que Crutchley guardaba dejaron claro que lo suyo era la experimentación sexual ilimitada, una de las conductas que, como yo había documentado, frecuentemente estaba asociada con los asesinos en serie.

En junio se celebró la vista previa a la sentencia y la sala del tribunal estaba a tope de gente. Crutchley, rubio, bajito y erudito, decidió defenderse a sí mismo. Hizo una presentación de dos horas, con lágrimas y todo, en la que decía que únicamente le gustaba experimentar sexualmente y que el comportamiento por el que estaba siendo condenado era un asunto privado sobre el que el tribunal no tenía jurisdicción. Aunque lo de beber sangre ya no constaba en la acusación, todavía era un tema de discusión en la vista previa a la sentencia porque ponía de manifiesto hasta qué punto había sufrido la víctima. Intentó explicarlo diciendo que había aprendido a beber sangre de una enfermera, 15 años antes, como parte de un ritual sexual y que, si eso era realmente importante para la sentencia, había que desestimarlos porque, en este caso, realmente no había bebido la sangre. ¿Y por qué no lo había hecho? Porque se coaguló y no pudo tragarla. Por supuesto, este tipo de respuestas no le beneficiaron demasiado. Admitió que «necesitaba tratamiento», pero que no debía incluir una larga pena de prisión. Aunque su mujer estaba en la sala, no quiso testificar en su defensa, y más tarde dijo a los periodistas que su marido no era realmente culpable, que sólo era «un tío un poco perverso».

Como pasa a veces, cuando me tocó testificar, cuestionaron mis credenciales. El abogado defensor argumentó que el caso era tan inusual que nadie podía alegar ser un experto en el tema. Me preguntó cuántos casos había visto de personas que bebían sangre. Miré al techo un momento, conté en mi mente y contesté: «Oh, media docena.»

La gente en la sala se quedó boquiabierta. ¿Qué casos?, preguntó el abogado. Los nombré todos, empezando por el de Richard Trenton Chase. Después de esa demostración de mi experiencia, el resto fue un paseo en barca. Recomendé encarecidamente que la sentencia impuesta fuera más dura de lo habitual. Ahora bien, para poder hacer eso, el estado tenía que aportar argumentos sólidos; en este caso, las razones eran que la víctima había quedado gravemente dañada tanto física como mentalmente, que el acusado se había ensañado con ella, que había cometido el crimen con premeditación y se había aprovechado de una víctima vulnerable. La presencia de la videocámara y otras pruebas, como la ausencia de su familia, demostraban que el crimen era, sin duda alguna, premeditado. Además, con las sucesivas

agresiones a la víctima, a pesar de que ésta había perdido mucha sangre, Crutchley demostró una gran brutalidad y que era capaz de aprovecharse de una persona vulnerable. Asimismo, el que le dijera a la chica que volvería para agredirla de nuevo le causó también un enorme daño mental y físico.

Declaré que John Crutchley tenía toda la pinta de ser un asesino en serie y expuse mis razones: la colección de tarjetas de crédito y otros «trofeos» que, en mi opinión, provenían de mujeres desaparecidas; la experimentación sexual ilimitada; el hecho de que la víctima habría muerto si las extracciones de sangre hubieran continuado un día más; el caso Fitzjohn en Virginia, etc. Hice una comparación entre Crutchley y Ted Bundy, quien estaba esperando ser ejecutado por aquel entonces y cuyas maniobras retardatorias compartían portadas en los periódicos de Florida junto al caso Crutchley.

Al final, el juez fue más allá de las directrices y le impuso a Crutchley entre 25 años de cárcel y cadena perpetua, además de 50 años de libertad condicional. Con eso, Crutchley pasaría más o menos el resto de su vida bajo el control del estado.

Norm Wolfinger remitió una carta al director del FBI, Webster, agradeciéndole haberme permitido testificar. A mí me dijo personalmente que, sin mi testimonio, la sentencia de Crutchley quizá no hubiera sido más severa de lo normal. Fue bueno escucharlo, ya que, en mi opinión, Crutchley debía estar entre rejas durante un largo periodo de tiempo, pero a veces me pregunto si con nuestro empeño en perseguir a estos criminales peligrosos realmente logramos proteger a la sociedad. Hoy en día, nada significa nada ya en el sistema de justicia criminal. La cadena perpetua ya no es perpetua, la pena de muerte no significa la muerte y 25 años son doce años y medio o incluso seis.

De hecho, después de cumplir diez años de su condena original de 25 años, Crutchley salió de la cárcel bajo libertad condicional. La noche antes de salir, le hicieron una fiesta de despedida, durante la cual fumó marihuana. Al día siguiente, dio positivo en las pruebas de consumo de drogas. Como técnicamente había violado las condiciones de su libertad condicional, le enviaron de vuelta a la cárcel para cumplir cadena perpetua. Seis años más

tarde, el 30 de abril de 2002, Crutchley murió asfixiado durante una práctica autoerótica en la que se cubrió la cabeza con una bolsa de plástico para incrementar el placer sexual.

En octubre de 1989 me estaba preparando para la jubilación y hacía tiempo que había dejado el trabajo diario de redacción de perfiles en manos de mis colegas de Quantico. Aun así, en todo el país había gente con la que había colaborado o a la que había dado clase y cuando llamaban para pedir ayuda, preguntaban por mí personalmente y yo siempre decía que sí. Así fue como me vi envuelto en un caso que me hizo retroceder en el tiempo, tanto por el tipo de crimen como por el lugar en el que ocurrió.

Un día de entre semana, justo antes de Halloween, a plena luz del día, Amy Mijalevic, una chica de doce años, desapareció de un centro comercial situado justo enfrente de la comisaría de policía de Bay Village, Ohio. El lugar estaba también muy cerca de donde el doctor Sam Sheppard tenía su hospital osteopático, cerca de Cleveland. El caso Sheppard fue el asesinato más notorio que tuvo lugar en Cleveland entre los años cincuenta y sesenta.

Los carteles con la foto de Amy mostraban una cara que podía ser la de cualquiera de las diez mil chicas de doce años del corazón de Estados Unidos: una niña con pecas, ojos azules y pelo castaño, que llevaba unos enormes pendientes y un mono de color turquesa. Cuando mirabas la foto, deseabas que todo aquello hubiera sido una equivocación, que Amy doblaría la esquina en cualquier momento y volvería a casa; sin embargo, sabías que era muy poco probable que eso ocurriera.

Antes de trasladarme, en su día, a Quantico, estuve trabajando en la oficina del FBI de Cleveland, así que era antiguo colega de John Dunn, el agente que trabajaba en el caso de Amy. Otro agente involucrado en la investigación, Dick Wrenn, también había colaborado conmigo en un caso en Genoa, Ohio, en 1980. Ambos agentes me pidieron que revisara las pruebas. En aquel momento asistía a un congreso de la Academia Americana de Ciencias Forenses en Cincinnati y aproveché el fin de semana para coger un coche y acudir a Bay Village.

El FBI se implicó en el caso con rapidez y nuestra contribución siguió el modelo establecido en el caso de John Joubert. En las conferencias que había dado desde aquel caso había mencionado muchas veces que la clave para su resolución fue la coordinación entre los diferentes instancias oficiales, y varias investigaciones posteriores utilizaron este mismo modelo. Cuando llegué a Bay Village, Dunn ya había montado el cuartel general con su grupo de trabajo en la comisaría de policía local y dos docenas de agentes del FBI estaban asistiendo a las autoridades locales.

Aparte de que Amy había sido secuestrada, no se sabía gran cosa. Nadie había pedido un rescate, no se había encontrado ningún cuerpo, ni había señales de lucha. El principal testigo era el hermano menor de la víctima, quien dijo que en los días anteriores al secuestro, Amy recibió una serie de llamadas de un hombre que, según el hermano, soltó el siguiente rollo: «Trabajo con tu madre, la han promocionado y le queremos hacer un regalo. Vamos a quedar para vernos en el centro comercial después de clase y me ayudas a elegir el regalo. Mantén esto en secreto y no se lo digas a nadie porque no queremos que tu madre se entere de lo del regalo.»

Amy había preguntado si se lo podía contar a su hermano y el hombre le dijo que no. Amy estuvo de acuerdo porque su hermano era muy hablador, pero después de colgar se lo dijo y así fue como el hermano pudo contarlo a las autoridades. Varias personas habían visto a Amy hablando con un hombre en un coche en el centro comercial e hicieron descripciones parciales. Esas descripciones se plasmaron luego en un retrato dibujado que aparecía en la parte de abajo de los carteles y folletos que se repartían con la foto de Amy. El retrato era de un hombre blanco relativamente joven pero, según los testigos, sin características destacables, que podía llevar gafas o no.

Dunn, que había sido cura y policía antes de incorporarse al FBI, se sentó conmigo y juntos hicimos un perfil. Si John Joubert anduviera por ahí suelto, habría sospechado de él o de alguien muy similar, aunque Joubert mató a chicos y no a chicas. Muchas de las características que yo consideraba importantes en el hombre que buscábamos eran similares a las de Joubert. Por ello, quise que la policía buscara a un hombre de aproximadamente 30 años, introvertido y solitario, que había logrado relativamente poco en la vida, soltero, sin muchos estudios pero no por ello estúpido. Nuestro hombre no

había estado en el ejército y era propenso a pasar mucho tiempo en compañía de jóvenes. La facilidad con la que había engañado a Amy para que subiera al coche indicaba que conocía a los niños y sabía cómo funciona su mente. En mi opinión, alguien que prefería la compañía de los niños no se habría alistado en el ejército, donde los vínculos masculinos forman parte de la experiencia. Posiblemente iba a por víctimas de ambos sexos, aunque probablemente sólo le interesaban las chicas; en cualquier caso, era un hombre que no se sentía a gusto con los adultos. Estaba convencido de que era su primer crimen, ya que no se habían producido otros secuestros similares en la zona, y también porque el secuestrador había corrido un gran peligro al hacer las llamadas y llevar a cabo el secuestro en un aparcamiento público, donde mucha gente podía verlo. Pensé que probablemente le dijo cualquier cosa a Amy para que subiera al coche, luego se la llevó a casa bajo el pretexto de recoger dinero, una tarjeta de visita o cualquier cosa, quizá le ofreció leche y galletas, jugó con ella un rato hasta que ella empezó a tener miedo y a resistirse, y entonces se convenció de la necesidad de matarla. Avisé a las autoridades de que el secuestrador podía intentar mezclarse en la investigación.

No era gran cosa, pero tampoco teníamos mucho material con el que trabajar.

Regresé a Bay Village en enero. Las autoridades tenían a cuatro o cinco sospechosos que encajaban más o menos con el perfil. Uno era un mozo de cuadra que trabajaba en un sitio donde Amy había recibido clases de equitación. Este mozo tenía un trastorno mental, aunque en mi opinión este trastorno era más grave que el del hombre que consiguió que Amy subiera a su coche tan fácilmente. No obstante, la policía le detuvo y le hizo la prueba del suero de la verdad, que el sospechoso pasó con facilidad. El segundo sospechoso era policía y el tercero bombero. En mi opinión, no encajaban con el perfil porque los estudios, la disciplina, la adaptación y los vínculos masculinos eran elementos clave para obtener y mantener trabajos de este tipo.

El cuarto sospechoso era un hombre joven que había ido a la comisaría para ofrecerse como voluntario para distribuir folletos con la foto de Amy. Ahora bien, muchas personas se habían ofrecido voluntarias para ayudar,

pero Dunn y Wrenn intuyeron que ese hombre en particular era muy sospechoso. Era soltero, tenía treinta y tantos años, vivía solo y trabajaba en el almacén de un hipermercado de descuento para socios. Había acabado la escuela secundaria, pero no tenía más estudios ni había estado en el ejército. Lo que sí tenía era una afección gravísima de la piel que le provocaba erupciones cutáneas tan graves que tenía que medicarse. Supusimos que la enfermedad le impedía tener relaciones con mujeres. Además de ofrecerse a ayudar, el hombre también había mandado una tarjeta a la madre de Amy en la que expresaba su simpatía, firmando como «un amigo preocupado» y su nombre. Además de la tarjeta envió también dos *pins* baratos con una nota en la que decía que la Sra. Mijalevic llevara uno y que el otro era para Amy, para cuando volviera.

Estuve de acuerdo con Dunn y Wrenn en que era un probable sospechoso y quise saber de dónde provenían los *pins*. Eran de los que se vendían en el lugar de trabajo del sospechoso.

Dunn y yo fuimos a visitarlo con la excusa de agradecerle su trabajo de voluntario. El hombre vivía en un estudio en un complejo de viviendas baratas. Tenía una cama plegable, una cocina minúscula y un cuarto de baño. Después de hablar sobre el trabajo de voluntariado, le hicimos algunas preguntas personales. Dijo que tenía novia. Más tarde averiguaríamos que era una mujer que tenía un hijo pequeño de un matrimonio anterior. Dudé que hubiera mantenido relaciones sexuales con ella.

Después de un rato, subimos la temperatura deliberadamente. ¿Por qué se había metido tanto en la investigación? ¿Era posible que él hubiera recogido a Amy? Intenté minimizar lo que pudiera haber hecho diciendo que a lo mejor la niña había tenido problemas, quizá se cayó y se hizo daño en la cabeza y él tuvo miedo de decirlo. Quizá hubo un accidente. El hombre protestó vehementemente y negó tener algo que ver con la desaparición de Amy.

No teníamos una orden de registro pero aprovechamos cuando el hombre fue al cuarto de baño para echar un buen vistazo al piso. Me concentré en la detección de cualquier cosa que pudiera ser un trofeo de Amy o de otro niño o niña. Pensé que probablemente había matado a Amy en el estudio y que luego la había transportado a otro sitio, así que tenía a todo el

grupo de trabajo preparado para entrar en el estudio y abrir los desagües, tomar los pelos de los cepillos, etc., ante el menor indicio sospechoso. No hubo ningún indicio, sin embargo, y nos tuvimos que ir.

Al salir, le dije a Dunn que mi intuición me decía que ése era nuestro asesino. Dunn pensaba lo mismo que yo, pero no teníamos pruebas.

Tres semanas más tarde, el cuerpo de Amy fue encontrado a unos 80 kilómetros. Todavía llevaba el mono de color turquesa, aunque se lo habían quitado y vuelto a poner después de su muerte. El cuerpo estaba en un campo justo al lado de una salida de la I-71, la principal autopista que conecta Cleveland con Cincinnati, y se encontraba en buen estado de conservación. No llevaba allí mucho tiempo, como mucho una semana. El forense opinó que probablemente había muerto en octubre y que el cuerpo había sido conservado en frío hasta que lo dejaron en el campo.

El día en que los periódicos informaron del hallazgo del cuerpo de Amy, el sospechoso se suicidó bebiendo una mezcla de gas seco y Coca Cola.

En cuanto la policía se enteró de la muerte del sospechoso, Dunn y yo recomendamos que su estudio fuera registrado rápidamente. La policía obtuvo una orden de registro y fue al complejo de viviendas, pero llegaron tarde. Incluso antes de que se hubiera montado la capilla ardiente, la familia del sospechoso lo había limpiado todo, hasta las paredes, y había dado su ropa en caridad.

El secuestro y asesinato de Amy Mijalevic sigue clasificado en Bay Village como un crimen no resuelto y, probablemente, nunca sabremos oficialmente lo que ocurrió de verdad. No obstante, no se han vuelto a producir crímenes similares en la zona de Cleveland y esto es lo más importante.

8

EL MONTAJE DE LA ESCENA DEL CRIMEN: LOS PATRONES DEL ENGAÑO

En este capítulo repasaremos unos cuantos casos que, al principio, dejaron perpleja a la policía porque los criminales habían sido muy inteligentes en el montaje de la escena del crimen. Nuestra experiencia elaborando perfiles y nuestra investigación sobre la mente y los métodos criminales de los asesinos nos han proporcionado abundante información sobre el modo en que algunos criminales organizados intentan despistar a la policía (un criminal desorganizado nunca se molesta en engañar deliberadamente a la policía).

El lector ya sabrá algo sobre montajes si ha leído novelas de detectives o las noticias sobre hechos tan comunes como el asesinato de una mujer a manos de su marido en un ataque de ira; luego, el marido intenta arreglar la escena para que parezca que ha sido un ladrón quien ha entrado y matado a la pobre mujer. La policía casi siempre reconoce esos montajes rápidamente. Los casos descritos en este capítulo siguen un patrón similar, pero son mucho más ingeniosos. En todos ellos, las autoridades estuvieron desconcertadas durante algún tiempo.

Una noche de febrero de 1978, un grupo de mujeres ancianas y de mediana edad se encontraban juntas en una fiesta en Columbus, Ohio. El tema de conversación era la misteriosa serie de asesinatos que se había cobrado la vida de siete ancianas en Columbus. En un momento dado, siete de las mujeres presentes vaciaron sus bolsos y siete pistolas cayeron al suelo, poniendo de manifiesto hasta qué punto había cundido el miedo en la ciudad. La verdad es que eran asesinatos terribles: las ancianas habían sido estranguladas con medias de nilón en su propia casa y algunas de ellas habían sido violadas; todo el mundo le tenía terror al «estrangulador de la media».

Algunas pruebas forenses obtenidas de las escenas de los distintos crímenes indicaban que el asesino podía ser un hombre de color, pero no fue posible concretar más la búsqueda.

La policía de Columbus se hallaba bajo una tremenda presión por parte de la opinión pública. Afortunadamente, el jefe de policía no era el típico poli rural, sino alguien con un diploma avanzado en criminología. Aun así, se mostraba reacio a hacer lo que pedían los medios —solicitar ayuda a la Oficina de Investigación de Georgia (*Georgia Bureau of Investigation*) y al FBI— porque no quería perder el control sobre el caso.

Entonces el jefe recibió una carta inusual escrita a mano en papel oficial del Ejército de Tierra, dirigida a él personalmente. En la carta original, las mayúsculas y minúsculas tenían más o menos el mismo tamaño.

ESTIMADO Señor:

SOMOS UNA ORGiNiZACION COMPUESTA POR 7 MIEMBROS. LE ESCRIBO ESTa CARTA PARA INFORMARLE QUE tENEMOS CAuTiVA A UNA DE SUS MUJERES DE COLuMBUS. SU NOMBRE eS GaiL JACKSON. CoMO ESE FOrENSE DIjo QUE EL E-ESTRANGuLADOR eS NEGRO, dECIdIMOS VENIR aQUI Y INTentar COGErlo O PonER MAS PrESiON EN USTED. AHORA VEO, hACE FALTA MAS PrESiON. EN ESTe MOMENTO GaiL JACKSON siGUe CoN ViDa. SI ESE ESTrANGuLADOR NO eS DETENidO ANTES DEL 1 DE JUNIO de 1978. ENCONtraRA EL cuERPO de GaiL JACKSON EN LA CALLE WYNONTON. SI TODAVIA NO HA SIDO dETENIDO EL 1 DE SEPT DE 1978. LAS ViTIMAS Se duplicARAN. . . . tIENE hASta EL DomINGO PARA CONteSTAR. NO CreA QUE ESTAMOS faroLEanDo. . . . NOS LLAMAM LAS: FueRZAS DEL MaL.

La carta avisaba a las autoridades de que no dieran demasiada importancia al hecho de que estaba escrita en papel militar, porque supuestamente cualquiera podía conseguir ese tipo de papel. El mensaje parecía claro: una organización de hombres blancos vendría a Columbus para hacer de vigilantes y mataría a mujeres negras hasta que se detuviera al asesino negro de las ancianas blancas. Se recibieron más cartas anunciando que las Fuerzas del Mal habían llegado desde Chicago e indicando al jefe de policía que se comunicara con ellos a través de la radio o la televisión. También se pidió el pago de diez mil dólares a cambio de no matar a Gail Jackson. Al principio, el jefe hizo caso omiso a las cartas, pero luego las mandó a los periódicos con la esperanza de hacer salir de su escondite a la

persona que las había mandado. También asignó algunos de sus hombres para que buscaran a las Fuerzas del Mal en vez de al estrangulador. Tanto él como sus policías invirtieron muchos esfuerzos en la búsqueda de siete hombres blancos, llamando incluso a Chicago para saber si la policía de allí sabía algo sobre ese grupo de supremacía blanca.

Entonces llegó una llamada a la policía militar de Fort Benning, Georgia, la gran base militar que linda con Columbus. Alguien que decía representar a las Fuerzas del Mal dijo que estaban a punto de matar a Gail Jackson y preguntaba por qué la policía no hacía nada al respecto.

Dos días más tarde, a finales de marzo del 1978, me encontraba en Atlanta, Georgia, cenando con un antiguo amigo de la División de Investigación Criminal del Ejército, Tom McGreeve. Tom era subdirector de la Oficina de Investigación de Georgia y me había pedido que diera un curso en la Academia de Policía de Georgia. Me habló del caso de Columbus. Tom tomó parte en él cuando el jefe de policía de Columbus finalmente se dio cuenta de que era necesaria la intervención de las autoridades estatales. Me enseñó las cartas de las Fuerzas del Mal y me preguntó si le podía ayudar. Además de las cartas, también teníamos grabaciones de algunas de las llamadas efectuadas a la policía militar.

Cuando analicé las comunicaciones, descarté en seguida la idea de que Gail Jackson estuviera a punto de morir a manos de un grupo de siete hombres blancos que estuvieran vengando la muerte de siete ancianas blancas. Las pruebas apuntaban precisamente en dirección contraria. Basándome en el estilo de las cartas y en el acento en las grabaciones, me pareció más que razonable suponer que, probablemente, el culpable era un hombre negro soltero. Una vez que tuve claro eso, el resto fue fácil: las cartas eran un intento evidente de apartar a las autoridades del verdadero sospechoso, algún conocido de Gail Jackson. Pero ¿qué otra razón tendría para escribir una carta así? Quizá fuera para evitar que la policía se acercara a él porque ya había matado a Gail. Probablemente había escrito las cartas para disfrazar la muerte. El análisis que realicé de las cartas y de la voz de las llamadas fue respaldado por el asesor psicolingüístico del FBI, el doctor Murray Miron.

El tres de abril, la policía militar de Fort Benning recibió otra llamada informando de que el cuerpo de Gail Jackson estaba a «cien metros» de Fort Benning. Su cuerpo fue hallado rápidamente y la información pasó de las autoridades militares a McGreevy, y de él a mí. Jackson era una conocida prostituta que trabajaba en algunos de los bares cercanos a la base. El forense estimó que llevaba muerta unas cinco semanas, es decir, que su muerte era anterior a las cartas, como yo había sospechado.

En ese momento, disponiendo ya de más información, pude confeccionar un perfil más detallado. Muchas veces, la mejor manera de enfocar un perfil es a través de la victimología, estudiando a la víctima. ¿Era una víctima de alto riesgo o de bajo riesgo? ¿Qué zonas frecuentaba? ¿Cuál era su rutina diaria? ¿Cuál era su estilo de vida? ¿Con quién se asociaría en ese estilo de vida? Jackson, también conocida por otros nombres, había sido una prostituta negra que solía ir con soldados negros de las grandes instalaciones militares de Fort Benning, moviéndose por las calles y los bares cercanos a la base. Llegué a la conclusión de que el asesino era alguien tan cercano a Gail Jackson que su nombre saldría inevitablemente en la investigación y que por esa razón intentaba llevar a las autoridades en la dirección opuesta. Por eso eligió representar a los secuestradores de Jackson como siete hombres blancos de Chicago, para alejar la investigación hacia un punto totalmente opuesto a él.

Describí al sospechoso como un varón negro soltero, entre 25 y 30 años, un soldado en la base de Fort Benning, quizá un policía militar o un artillero. Estaba seguro de que era un soldado porque en las cartas y las llamadas hablaba de las distancias en «metros» y se refería a los coches como «vehículos». Su inglés deficiente indicaba con total seguridad que no tenía estudios universitarios y que, por lo tanto, no podía ser un oficial; como mucho, era sargento primero. En cuanto a su edad, el lector ya sabe que la mayoría de los asesinos en serie tienen entre 20 y 40 años; conjeturé que tendría entre 25 y 30 años porque es la edad habitual de alguien con un nivel de escolarización modesto en una posición militar de grado medio.

Las cartas más recientes de las Fuerzas del Mal hablaron de otra mujer negra, Irene (el autor de las cartas no sabía su apellido), y dijeron que ella también moriría si no se tomaban medidas. Pensé que también estaría ya

muerta y recomendé que se vigilaran todas las cabinas telefónicas en la base. Así se hizo y también se dispuso un sistema de grabación, pero cuando llegó una llamada el policía militar de guardia se asustó tanto que se olvidó de poner en marcha la grabadora. Siguiendo las instrucciones de la llamada, las autoridades encontraron una segunda mujer negra, Irene Thirkield, muerta en un campo de tiro dentro de la base. También era prostituta.

Conociendo el perfil que había hecho y sabiendo que ambas mujeres habían sido prostitutas, los agentes de la sección de narcóticos de la Oficina de Investigación de Georgia entrevistaron a los clientes de un club nocturno en las afueras de Fort Benning al que iban los soldados negros. Varias personas habían conocido a las prostitutas y dieron el nombre de su proxeneta. Dos días después de darse a conocer el perfil, las autoridades civiles y militares arrestaron a William H. Hance, un soldado especialista 4 de una unidad de artillería. Cuando le presentaron las diversas pruebas (la letra de las cartas, las grabaciones de las llamadas y las huellas de zapato de las escenas de los crímenes), Hance admitió que las cartas habían sido una farsa y confesó haber matado a las dos mujeres, con las que, según dijo, había estado metido en la prostitución y el tráfico de drogas a pequeña escala, además de a otra mujer en Fort Benning en septiembre del año anterior. Más tarde, se descubrió que también había matado a una cuarta joven negra en otra base en la que estuvo destinado, Fort Benjamin Harrison, en Indiana.

Como McGreevy dijo en una carta de agradecimiento al director del FBI, «los datos del perfil resultaron acertados en todos los aspectos». Nos dio las gracias a mí y al FBI, en su propio nombre y en el de la policía de Columbus, por los «esfuerzos entusiastas, profesionales e inmediatos» que apoyaron la investigación «cuando necesitábamos toda la ayuda que podíamos conseguir».

Al principio, pensé que Hance era, probablemente, el responsable de los asesinatos de las ancianas, pero las pruebas forenses descartaron esa posibilidad. Ahora que ya no tenían que perseguir al fantasma nacido de la imaginación de Hance, la policía de Columbus y la Oficina de Investigación de Georgia continuaron investigando y su buena labor dio frutos. En uno de los primeros asesinatos, una pistola había sido robada de la casa de la víctima; en ese momento la policía recibió un soplo sobre ese arma. Le

siguieron la pista a Kalamazoo, Michigan, y de allí a otras localidades. Finalmente apareció en una pequeña ciudad en Alabama, donde el hombre que admitió tenerla dijo que se la había dado su primo, Carlton Gary, que vivía en Columbus. Resultó que Carlton era un hombre negro que había cometido unos asesinatos en Nueva York, se había fugado de la cárcel, se había escondido en Carolina del Sur y había atracado varios restaurantes antes de volver a su lugar de nacimiento. Su madre había trabajado como asistente de hogar para muchas de las mujeres estranguladas. Gary fue detenido, enjuiciado y condenado a muerte. Hoy en día, sigue en el corredor de la muerte. William Hance, por su parte, fue ejecutado en 1994.

Justo después del caso de las Fuerzas del Mal, el Ejército pidió que el FBI diera clases sobre técnicas de negociación de rehenes, así que cambié mi traje del FBI por mi uniforme militar y fui a Alemania a dar las clases.

Para resumir una larga historia diré que, durante mis 20 años en el FBI, mantuve mi condición de reservista en el Ejército. Como eso iba técnicamente en contra de la política del FBI, de vez en cuando tenía que hacer acrobacias para poder mantener mi graduación. El resto de agencias gubernamentales no sólo permiten que sus empleados estén en la reserva, sino que les animan a ello. De hecho, la CIA tiene incluso su propia unidad de reservistas que se reúne en Langley. Al FBI, sin embargo, no le gusta la lealtad dividida. No obstante, de vez en cuando el Ejército pedía que el FBI proporcionara instructores experimentados para enseñar técnicas de negociación de rehenes o temas relacionados y entonces me tocaba a mí. En ese viaje en particular, le pedí a mi colega John Douglas que me acompañara, por si acaso; John había participado en una negociación muy tensa en Milwaukee que terminó bien y también había impartido nuestro curso de negociación de rehenes en Quantico.

Después de terminar las clases en Alemania, viajamos a Inglaterra, donde habíamos quedado en visitar Bramshill, la academia de policía británica que se encuentra a unos 160 kilómetros de Londres y es el centro de formación de policías más importante en las islas británicas, el equivalente a Quantico. Yo esperaba establecer algunos contactos y conseguir que se

hiciera un programa de intercambio. Conocimos al director de la academia y a otros oficiales de alto rango, dimos un par de conferencias como invitados y asistimos a algunas clases.

Los británicos se mostraron bastante escépticos respecto a lo que nosotros, los yanquis, podíamos supuestamente averiguar con sólo analizar las fotos de la escena de un crimen. El asunto se convirtió en el tema de discusión de una charla en un bar al que los policías solían ir al final del día. Douglas y yo estábamos allí sentados, tomando cervezas con John Domaille, un policía que estaba siguiendo clases en la academia y con otro que estaba investigando el caso de asesinato múltiple más notorio desde Jack el Destripador. Al asesino le habían puesto el nombre de *El Destripador de Yorkshire* y a lo largo de los cuatro años anteriores había asesinado a ocho mujeres en Yorkshire, la mayoría de ellas prostitutas. Las tres supervivientes de sus ataques sólo coincidían en que el agresor era un varón blanco, adulto, de mediana estatura. La policía no disponía de sospechosos concretos. Por ejemplo, decían a las comisarías que el asesino era un hombre nacido entre 1924 y 1959; es decir, alguien de entre 20 y 55 años de edad.

Domaille nos describió los crímenes. El agresor había actuado de un modo similar al que más tarde asociaríamos con el de Ted Bundy: apaleaba a las mujeres, las agredía sexualmente mientras yacían moribundas y mutilaba los cadáveres con un cuchillo.

Durante el año anterior, el inspector jefe George Oldfield había recibido dos cartas por correo ordinario de «Jack el Destripador», así como una cinta de audio, también por correo. Una tercera carta llegó a un periódico importante. Se organizó una gran investigación en torno a esos materiales. Oldfield, cuya fecha de jubilación se acercaba, estaba siendo sometido a mucha presión por parte del público para que encontraran al asesino antes de que volviera a matar. Era el mayor caso que jamás se había dado en la jurisdicción de Oldfield, y muchas personas intentaban predecir cuáles iban a ser sus decisiones y criticaban a la policía por ser incapaces de atrapar al asesino. Oldfield encargó un análisis electrónico de la cinta, así como una amplificación de los sonidos de fondo para identificarlos e hizo todo lo posible por compartir la información con el público. Se estaba invirtiendo un montón de tiempo y dinero en buscar al asesino a través de esa cinta. Se puso

a disposición del público un teléfono para escuchar la cinta y dejar un mensaje en caso de reconocer la voz o el origen exacto del acento, una pronunciación rural marcada. Cientos de policías recorrían los alrededores de los lugares donde el asesino había actuado y ponían la grabación para que la gente la escuchara y pudiera dar su opinión. También la radio y la televisión retransmitieron la grabación.

Dijimos que queríamos ver las fotos de las escenas de los crímenes y nos ofrecimos a elaborar un perfil del probable sospechoso después de haberlas visto, pero no estaban disponibles en Bramshill en ese momento. Sin embargo, alguien tenía una copia de la cinta y nos la puso. La voz era la de un varón adulto que hablaba lenta y mesuradamente. Había mucho ruido de fondo y la duración era de unos dos minutos.

Soy Jack. Veo que todavía no has tenido la suerte de cogerme. Siento el mayor respeto por ti, George, pero no estás más cerca de la solución ahora que cuando empecé hace cuatro años. Supongo que tus chicos te están fallando, George; será que no vales demasiado, ¿no? La única vez que se me acercaron fue hace unos meses en Chapeltown, cuando me interrumpieron. Incluso entonces fue un poli uniformado, no un detective. Te avisé en marzo de que volvería a golpear... pero no pude llegar a hacerlo. No estoy muy seguro de cuándo daré otro golpe pero será con seguridad a lo largo de este año, quizá en septiembre, octubre, incluso antes, si tengo la oportunidad... hay muchas de ellas rodando por allí. No aprenden nunca, ¿verdad?, George... Seguiré durante un buen rato todavía. De momento no me puedo imaginar que me pillen. Incluso si te acercas a mí, probablemente me mataré primero. Bueno, ha sido un placer charlar contigo, George...

«Jack» también instaba a Oldfield a escuchar la «melodía pegadiza» en la cinta, que resultó ser un fragmento de un disco llamado *Thank You for Being a Friend* (Gracias por ser un amigo).

Cuando terminamos de escuchar la cinta, un gran número de personas se había congregado alrededor de nuestra mesa. Como los ingleses me estaban pinchando, le dije a Domaille: «Te habrás dado cuenta, por supuesto, de que el hombre de la cinta no es el asesino, ¿verdad?».

Se quedó atónito. John Douglas estuvo de acuerdo con mi evaluación. Era una farsa diseñada con el propósito de confundir a la policía y llevada a cabo por alguien que no era el asesino. Entonces los dos nos metimos de lleno en el tema. Explicamos a los congregados por qué estaba tan claro que la cinta era el producto de un farsante: lo que la persona decía en la cinta no parecía concordar en absoluto con los crímenes tal y como Domaille nos los

había descrito. En nuestra opinión, el asesino no era la clase de hombre extravertido que se comunicaba con la policía, sino alguien tranquilo e introvertido, que odiaba a las mujeres. ¿No comprendían que su forma de dejar a las víctimas inconscientes rápidamente y mutilarlas después de matarlas reflejaba ese odio hacia las mujeres?

La gente se puso a cuestionarnos. Si el que mandó la cinta no era el sospechoso, entonces, en nuestra opinión, ¿qué clase de persona era el asesino? Nos pedían que hiciéramos un perfil al instante y eso es, justamente, lo que más reacios somos a hacer. Objetamos que no disponíamos de fotografías de las escenas de los crímenes, pero los policías nos dieron más detalles y no aceptaron un no: teníamos que decirlo todo o callar. Después de reunir fuerzas con otra ronda de cervezas, improvisamos: el asesino tenía, sin lugar a dudas, entre 25 y 35 años, probablemente no había acabado la secundaria o, al menos, no tenía estudios superiores. Postulamos que podía moverse de tal modo que resultaría casi invisible, que pasaría inadvertido a la gente, dado que su profesión lo llevaba a muchos sitios; sería taxista, camionero, cartero o, tal vez, incluso policía. Pensábamos que no era un recluso y que tenía una relación con una mujer, aunque la ausencia de penetración sexual en las víctimas sugería que el asesino tenía unos graves problemas mentales que llevaban años desarrollándose.

Cuando terminamos de exponer nuestro escueto perfil y de defender nuestras conclusiones, Domaille nos invitó a ir a Yorkshire para ver las fotos. No pudimos hacerlo porque teníamos que volver a Quantico, así que lo invité a ir a Estados Unidos y a enseñarnos las fotos personalmente en cuanto pudiera.

No vino Domaille ni mandó el material. Me enteré más tarde que el inspector jefe Oldfield se opuso firmemente a que nos enseñaran cualquier material y que tampoco estaba de acuerdo con nuestro perfil. No podía aceptar nuestra explicación de los crímenes, ni el hecho de que ésta implicara que le habían despistado y que habían perdido miles de horas buscando sin éxito al hombre equivocado.

Después de que pasara algún tiempo y de que se incrementara el número de víctimas, Oldfield fue relevado como jefe de la investigación. La búsqueda había costado casi diez millones de libras, la policía había hablado con

200.000 personas y registrado 30.000 casas y 180.000 vehículos. El caso del Destripador de Yorkshire no fue resuelto hasta 1981: durante un control rutinario en una zona de prostitución, la policía paró a un hombre al que las pruebas posteriormente relacionaron con 13 homicidios y siete agresiones más. Tal y como habíamos predicho, Peter Sutcliffe tenía 35 años, estaba casado, trabajaba de camionero para una compañía de ingeniería y viajaba regularmente por todo el país como parte de su trabajo. Después de la detención y condena de Sutcliffe, se siguió investigando y se descubrió la identidad de la persona que había montado la farsa de la cinta: era un policía jubilado que odiaba al inspector jefe George Oldfield y le había enviado la cinta para fastidiarlo.

En la pequeña ciudad de Genoa, Ohio, a finales de febrero de 1980, la adolescente Debra Sue Vine salió del domicilio de una amiga a las ocho de la tarde para volver a su propia casa, a sólo dos manzanas. Nunca llegó. A la mañana siguiente, su padre, el vicepresidente de un banco local, denunció su desaparición. La zona entre su casa y la de la amiga fue rastreada y apareció una de las manoplas de Debra. Más tarde, aquella misma mañana, una tía que se quedaba en casa de los Vine recibió una llamada de alguien que parecía rondar los 20 años de edad y que hablaba con un acento sureño o de Nueva Inglaterra. El hombre dijo: «Tenemos a vuestra hija. Queremos 80.000 dólares o no volveréis a verla nunca más.» La tía pidió hablar con Debra pero el hombre colgó.

La tía dijo a la policía que, por las características especiales de la red telefónica de Genoa, ella creía que la llamada había sido local y no de larga distancia. Al día siguiente, el padre de Debra recibió otra llamada de un hombre que, según él, hablaba con acento mexicano. El hombre decía tener a Debra y pidió 50.000 dólares. El señor Vine también pidió hablar con su hija y el hombre le dijo que iba a tener que confiar en él y que más tarde recibiría instrucciones para la entrega del dinero. La llamada fue grabada.

Como se había pedido un rescate, el FBI pudo intervenir en el caso. Genoa se encuentra a unos 30 kilómetros de Toledo y fue la oficina de Cleveland la que se encargó del caso. Al día siguiente, tres días después del secuestro, se produjo lo que parecía el gran golpe de suerte. Algunas prendas

de ropa de Debra fueron encontradas a unos tres kilómetros al oeste de Genoa, al lado de una carretera local, y el resto fue encontrado al día siguiente en otra carretera local de la misma zona. Cerca de su suéter había un mapa escrito a mano en una hoja estrujada de papel amarillo. El mapa mostraba la zona general en la que se había encontrado la ropa y tenía unas marcas que parecían indicar que se debería hacer una búsqueda cerca de un puente sobre un río. Las autoridades acudieron al puente y encontraron marcas de neumáticos y dos series de huellas que indicaban que alguien había arrastrado algo hasta el puente. El perro policía que acompañaba se puso bastante nervioso con los hallazgos, pero el rastreo del río no dio ningún resultado.

La policía estaba convencida de haber encontrado el sitio donde el cuerpo había sido arrojado y continuó buscando por el río. También se preparó un dispositivo para grabar las llamadas a los Vine, pero de momento no hubo más llamadas del secuestrador.

Al principio de mi carrera en el FBI estuve destinado en la oficina de Cleveland y todavía conocía a muchos de los agentes. Como pasaba por allí con frecuencia, en ese momento me encontraba en el área del crimen dando clases en una escuela itinerante; la oficina de Cleveland se enteró y se puso en contacto conmigo.

Los agentes Dick Wrenn y George Steinbach me dieron todos los detalles conocidos del secuestro, me contaron lo de los hallazgos de ropa, me enseñaron el mapa y me pusieron la grabación de la llamada pidiendo un rescate. Llegué inmediatamente a una conclusión. Las pistas eran un montaje deliberado que pretendía despistar a la policía, empleando el mapa dibujado para dirigir a la policía al sitio donde el culpable supuestamente se deshizo del cuerpo arrojándolo al río.

Cuando encuentro un montaje deliberado, lo primero que hago es mirar en la dirección completamente opuesta a la que el sospechoso me dirige. Dado que el hombre que llamó dijo que Debra estaba viva y que vendrían más demandas, informé a mis colegas de Cleveland y a las autoridades locales de Genoa que era casi seguro que Debra ya estaba muerta. Si el asesinato siguió las pautas habituales en esta clase de crímenes, alguien recogió a Debra, la violó o agredió sexualmente, y probablemente la mató

durante la agresión. Posiblemente no fue un secuestro planeado, sino algo improvisado, y la muerte fue un hecho inesperado. El asesino tendría unos momentos de pánico, tras los que se tranquilizó y trazó un plan para mantener a las autoridades alejadas. Es probable que pensara que cualquier investigación seria del crimen llevaría la policía hacia él, así que montó lo de la ropa y el mapa y las marcas de neumáticos y de arrastre, con el fin de dirigir la investigación en una dirección completamente opuesta. «Está intentando llevaros a un sitio donde nunca encontraréis a la chica», dije finalmente.

La llamada también parecía algo artificial, especialmente el acento hispano. «Hey, guey, quiero el dinero ahorita mismo.» Era como el acento de un cómico, no algo auténtico. La cinta fue enviada al doctor Murray Miron de la Universidad de Syracuse, el asesor psicolingüístico del FBI, para que la analizara más en profundidad pero, en vista del resto de las pruebas, yo estaba convencido de que no era más que otra pieza del montaje. Me dije: es una pequeña comunidad de 2.000 personas; lo más probable es que el secuestrador sea tan evidente para la policía que sepa que la investigación se topará con él, a no ser que la aparte como sea.

Me senté a elaborar un perfil del probable delincuente. Se trataba de un varón blanco de complexión atlética que tenía más o menos treinta años. Lo de la complexión atlética era porque había sido lo bastante grande como para secuestrar a Debra en plena calle sin obstáculos y también porque suponía que era la clase de persona antisocial que compensaba su personalidad con el atletismo, los coches trucados y las botas de *cowboy*. Siguiendo este razonamiento, lo describí como un macho, un individuo agresivo, de aspecto muy aseado y quizá con fama de mujeriego. Dado que el crimen fue algo espontáneo, pensé que probablemente los estresores previos al crimen estaban relacionados con algún problema con una mujer. Ese problema había supuesto una grave afrenta para el secuestrador y, como reacción, agredió a la primera joven atractiva y vulnerable que se le cruzó en el camino. Por las demandas de rescate, los dibujos y el montaje de la escena, pensé que seguramente el perpetrador conocía extremadamente bien el modo de trabajar de la policía. Postulé que el secuestrador había sido policía, detective privado o agente de seguridad pero que ahora estaba desempleado y que lo había

estado durante los últimos seis o nueve meses. Probablemente se había metido en varios líos a lo largo de su vida, uno de los cuales podía ser la causa de su actual desempleo y, posiblemente, también del final de la relación con una mujer, porque yo estaba igual de convencido de que se había divorciado al menos una vez y que tenía problemas con una mujer, bien una ex esposa o una ex novia. Supuse que, durante el periodo de desempleo, también había tenido problemas con la ley, problemas que causaron su detención. Para la mayoría de las personas cuya personalidad tiende a hacerles perder el empleo, los problemas no vienen en solitario, sino que, una vez que se cae un pilar tan básico como el trabajo, se van amontonando. Nuestro hombre tenía suficiente rabia para ser incapaz de no meterse en problemas una vez que había perdido tanto su trabajo como a su mujer o novia. Como ex agente de la ley, probablemente conducía un coche parecido a los de la policía, un último modelo, un sedán de colores oscuros, que llevaría una radio de la banda ciudadana o un dispositivo para escuchar las frecuencias de la policía, así como una antena montada en el parachoques trasero o en el centro del capó.

Como el lector habrá observado en gran parte de los otros casos descritos en este libro, a muchos asesinos les gusta hacerse pasar por una figura de autoridad para mejor poder ejercer el control sobre la situación y la víctima. En algunos casos —no tan raros como me gustaría que fueran, ya que he pasado toda mi vida profesional haciendo cumplir la ley y tengo el mayor respeto por la inmensa mayoría de los policías que mantienen la ley— el mismo deseo de usar la autoridad para fines nefastos está presente en algunas personas que logran incorporarse a la policía. A veces sucede que alguien es despedido en un departamento de policía por unas faltas que no llegan a ser un delito, pero que son graves. Luego solicita trabajo en otro departamento de policía y dice que le echaron del anterior, por ejemplo, porque había un conflicto de personalidad con un superior —cosa bastante común— y consigue ser contratado. En el capítulo 6, hablé de Gerard Schaefer, cuyo currículum encaja con este patrón.

En el caso de Genoa, mi perfil llevó a dos sospechosos, uno de ellos un policía de 31 años que había sido despedido recientemente del departamento de policía de Genoa por convivir con una chica de 18 años, y el otro, un

hombre que en su día estuvo en un departamento de policía de una localidad cercana, cuyo último empleo había sido el de detective de los ferrocarriles y que había sido despedido de ese empleo hacía nueve meses. El primero había estado intentando ayudar a la policía en la investigación, mostrándose demasiado colaborador. Muchas veces, detrás de tal comportamiento se oculta un culpable, porque el delincuente intenta averiguar cuánto sabe la policía para poder estar siempre un paso por delante de ella. A pesar de que desaconsejé que se les aplicara una prueba de polígrafo a los dos sospechosos porque los verdaderos psicópatas a menudo logran engañar a la máquina, la oficina de Cleveland decidió hacerlo en el caso del primer sospechoso. Luego me llamaron para decirme que había pasado la prueba con éxito. Pregunté si habían comprobado su coartada y me contestaron: «¿Para qué? Si ha pasado la prueba.» Pedí que comprobaran la coartada de todos modos y así se hizo. Como resultado, el primer ex policía fue descartado como sospechoso.

El segundo hombre se llamaba Jack Gall y parecía encajar con el perfil extraordinariamente bien. Tenía problemas con su ex mujer, con la que era copropietario de un complejo de casitas, situado en un lago de Michigan, que estaban intentando vender. Mientras todavía estaba en Michigan después de su despido de la policía de ferrocarriles, fue detenido por un robo con allanamiento. Su coche era un Monte Carlo último modelo con radio de banda ciudadana y todo. De hecho, encajaba tan a la perfección con el perfil que se decidió imponerle una vigilancia poco estrecha, con la esperanza de que él mismo se delatara, pero esta estrategia no surtió efecto.

Pasaron varias semanas y entonces el padre de la víctima recibió otra llamada del hombre del acento mexicano, diciéndole que en breve se le comunicaría el lugar donde entregar el rescate. Uno de los policías de Genoa que estaban trabajando en el caso, al escuchar la cinta más tarde, dijo estar seguro de que la persona que llamó era Jack Gall porque Gall a veces había entretenido a sus colegas policías con historias contadas con acento mexicano. Al día siguiente, el 10 de abril, llegó otra llamada que resultó proceder de un teléfono público que se encontraba en el exterior de una tienda Woolco, a pocos kilómetros de Genoa. A partir de entonces, se vigiló ese teléfono con la esperanza de que el secuestrador volviera a usarlo. Tan sencillo y obvio paso llevó directamente a la resolución del caso.

La vigilancia del teléfono dio resultado casi inmediatamente. A la tarde siguiente, los agentes que se encontraban en el interior de una furgoneta aparcada cerca del teléfono público en cuestión vieron a Gall acercarse y efectuar una llamada. Al mismo tiempo, el Sr. Vine recibió una llamada en su casa. La persona que llamó dijo «Esta noche es la noche» y le dijo que por la noche le daría instrucciones más detalladas. Al mismo tiempo que la llamada estaba siendo grabada, los agentes en la furgoneta le sacaron fotos a Gall llamando. Después de colgar, Gall sacó una nota plegada y la pegó justo debajo de la mesita de la cabina telefónica, usando guantes blancos para no dejar huellas dactilares.

Luego se fue a toda prisa. Los agentes lo persiguieron un par de manzanas, pero decidieron no continuar porque Gall parecía estar bastante pendiente de si estaba siendo seguido o no. De todos modos, se sabía dónde vivía y su domicilio estaba bajo vigilancia. Por la noche, el Sr. Vine recibió otra llamada, informándole de que fuera a la cabina de Woolco, donde encontraría más instrucciones en una nota pegada con celo debajo de la mesita. Dicha nota fue la primera de una serie de nueve que Gall había escrito en mayúsculas y escondido en lugares similares. Vine y unos agentes ocultos en su coche se embarcaron en una caza de varias horas que les llevó por todo el condado, corriendo de una cabina a otra, cambiando de vehículo, etcétera, hasta que finalmente se dirigieron a un lugar donde se suponía que Vine tenía que dejar el dinero en una maleta y donde se le diría cómo recuperar a su hija. Durante todo el recorrido hubo un avión del FBI con sofisticados aparatos de vigilancia a bordo siguiéndoles. Vine dejó la maleta en un lugar remoto cerca de un río. La maleta no fue recogida ni apareció Debra; cinco horas después de dejar la maleta, Vine la recuperó y la llevó de vuelta a casa.

Se había tolerado toda esa trampa cruel por si Debra todavía estaba viva pero no hubo ningún resultado positivo. Aparentemente, el motivo de esa parte de la farsa era darle una coartada a Gall, ya que durante el transcurso de la caza de cabina a cabina, su coche estuvo aparcado enfrente de su casa. En realidad, no le sirvió de nada porque toda la caza fue dirigida por las notas y Gall podía haber efectuado las llamadas a las cabinas desde su propia casa.

Aunque las autoridades no habían encontrado el cuerpo de Debra Sue Vine, tenían pruebas de sobra para acusar a Gall de extorsión, y así lo hicieron. Gall fue declarado culpable y condenado. El jefe de policía de Genoa, Garry Truman, me dijo que, de no haber sido por el perfil que yo había elaborado y por la ayuda del FBI, el caso no se habría resuelto. Gall fue acusado del asesinato de Debra cuando, finalmente, su cuerpo fue descubierto en un lugar desierto cerca de Genoa, pero en el extremo opuesto al sitio indicado en el mapa que se encontró al principio. El cuerpo estaba envuelto en una manta eléctrica y la policía esperaba poder vincular el caso con el robo con allanamiento por el que Gall había sido detenido en Michigan. Al final, sin embargo, Gall no fue condenado por el asesinato de Debra, pero sigue cumpliendo la condena que le cayó por extorsión.

No sólo se encubren las pruebas en las escenas de crímenes como asesinatos y violaciones violentas, casos que componen la mayor parte de este capítulo. También en casos que son menos sangrientos, más comunes y que sólo a veces aparecen en los titulares de prensa. Una de esas interesantes escenas me llegó en 1991, unos pocos meses después de mi jubilación del FBI.

Un psicólogo de una gran ciudad de la costa oeste había sido contratado por una compañía de seguros para evaluar una petición de indemnización por valor de 270.000 dólares, presentada por daños aparentemente causados por vándalos. Al encontrar la escena del crimen difícil de evaluar, el psicólogo quería que yo lo hiciera y elaborara un perfil del probable sospechoso o sospechosos.

Elegirme a mí fue una buena decisión porque a lo largo de 30 años de trabajo policial, había visto cientos de escenas de vandalismo en bases e instalaciones militares, edificios gubernamentales y en propiedades privadas —en casi cualquier tipo de lugar que pudiera ser objeto de vandalismo—. El psicólogo me quería mandar fotos en color de la escena, los informes de la policía y sus propios comentarios. Le dije que me enviara las fotos y los informes de la policía, pero que no me mandara sus propios comentarios hasta después de que yo hubiera hecho mi evaluación. Ése era el procedimiento que habíamos seguido en el FBI durante años. El objetivo era

dar una opinión independiente, por lo que siempre intentábamos evitar leer las conclusiones ajenas antes de hacer nuestra propia evaluación. Cuando la policía solicitaba nuestra ayuda, pedíamos que nos mandaran sólo fotos e informes de primera mano. Si insistían en mandarnos también sus propias conclusiones, pedíamos que las incluyeran en un sobre separado y sellado. Al recibir el paquete, dejábamos el sobre en un cajón hasta después de haber llegado a nuestras propias conclusiones. Cualquier otro modo de actuar habría puesto en peligro la independencia de nuestra evaluación de las pruebas.

Unos días después de mi conversación con el psicólogo, llegó un paquete por el correo con las fotos e informes de la policía. Lo esparcí todo en una mesa y me puse a revisar. Había docenas de fotos de una casa en un estado desastroso. En algún momento del pasado, había sido una preciosa casa de las afueras de una ciudad, pero ahora estaba destrozada, aparentemente por vándalos. Los propietarios pedían más de un cuarto de millón de dólares a la compañía de seguros. Dada la cuantía, la compañía había decidido pedir la opinión de terceros.

Lo que las fotos e informes mostraban a una persona sin formación especial era una casa en estado desastroso: estaba completamente patas arriba, era un caos total, con pintadas hechas con pulverizador, los objetos valiosos volcados y rotos en pedazos, y los marcos de puerta rotos. Había daños en el salón, los pasillos, la cocina, el dormitorio principal y el cuarto de baño. Se habían roto y desfigurado paredes, muebles, pinturas, ropa, jarrones, esculturas de jade y otros objetos. Las cortinas habían sido arrancadas. Había marcos con obras de arte de los que se habían roto los cristales. Había pintadas en varios sitios, en paredes, muebles, etcétera, en grupos de palabras únicas como *Asshole*, *Ass*, *Suck* y *Cunt* (gilipollas, culo, chupar y coño). También había una inscripción de dos palabras: *Fuck Me* (fóllame).

Quizá el lector haya visto alguna escena parecida, aunque probablemente no en la vida real, sino en una película o un programa de la televisión. Los daños son frecuentemente atribuidos a varones adolescentes, rebeldes incomprensidos, que exteriorizan su agresión hacia la sociedad a través del vandalismo. Es un tema recurrente en la ficción.

A mí, sin embargo, las fotos me enseñaban otra cosa. Las primeras apariencias pueden ser engañosas. El vandalismo de esa casa no era exactamente lo que parecía y, desde luego, no se correspondía con mis conocimientos sobre los delincuentes masculinos adolescentes. Los vándalos suelen actuar en grupo —manadas, si se quiere— compuestas por un líder fuerte y por varios seguidores con poco carácter que emulan su ejemplo. A veces, el vándalo es una sola persona, un varón adolescente solitario y antisocial cuyo vandalismo supone una agresión deliberada contra la sociedad en general o contra una figura de autoridad a la que conoce. Los daños ocasionados por tales personas suelen ser aleatorios, indiscriminados y van acompañados por inscripciones obscenas y, a veces, también por actos obscenos en el lugar de los hechos. Las pintadas reflejan los intereses y estilos de vida del vándalo o vándalos; en la mayoría de los casos de jóvenes adolescentes: son pintadas de grupos de música o de símbolos satánicos u ocultos, como pentagramas o cruces invertidas, en otras palabras, iconografía y música que a menudo atraen a los jóvenes que se sienten insatisfechos emocionalmente. En ocasiones, además de los *graffitis*, se realizan actos sexuales, actos que reflejan el estado de ánimo del vándalo en ese lugar. Siente que tiene total libertad de acción en el lugar que está destrozando, que tiene derecho a coger la ropa interior femenina y masturbarse en ella, o a defecar en una alfombra u orinar en un armario. A menudo, el vándalo roba cosas y también suele coger comida y bebida y consumirlas en el lugar mismo, acciones todas ellas que reflejan el derecho que el vándalo siente de hacer lo que hace. Lo habitual en los actos vandálicos cometidos por varones adolescentes es que el daño sea total, de modo que habitualmente sobreviven pocos objetos de valor material o sentimental.

Las fotos que me habían mandado, sin embargo, mostraban otro patrón de vandalismo. La destrucción no era total, sino selectiva. Sí que algunos cuadros estaban dañados pero en algunos casos sólo había daños en la pintura misma y no en el marco vistoso. Los cuadros realmente destrozados eran los que no parecían tener mucho valor. Había algunos grabados indios —resulta que yo conocía el valor de ese tipo de objetos de arte— que estaban dañados de un modo interesante: el cristal que los cubría estaba roto, pero los grabados mismos estaban intactos. El caso más interesante era un gran óleo

de una niña pequeña: estaba sin tocar. Algunos jarrones, estatuas y esculturas de jade parecían haberse volcado en el suelo con cuidado y ninguno parecía estar roto. El vándalo adolescente normal y corriente no habría dejado intactos esos objetos de arte. Además, había una estantería entera con plantas que no había sido tocada.

Aunque se habían hecho grandes destrozos en la cocina y el cuarto de baño, no había daños reales en los bancos, espejos, electrodomésticos y cosas fijas. Los pomos de puerta estaban dañados pero no las puertas mismas. Aparte de algunos daños menores en el techo, no se había roto ningún tabique; a los vándalos adolescentes les encanta destrozarlos a golpes o patadas. Había una barra de cortina en el suelo que parecía haberse depositado con cuidado, para no dañar o arrugar la cortina misma. Algunas prendas estaban dañadas, pero eran las que no parecían demasiado nuevas o valiosas. ¿Era posible que los vándalos hubieran dejado intactos casi todos los objetos de gran valor económico o sentimental?

Las pintadas también eran incompletas y no encajaban con el modo de actuar de los vándalos. Era como si estuvieran todas en sitios fáciles de limpiar, repintar o —en el caso de los muebles— retapizar. No había pintadas en los objetos de arte y las cosas valiosas delicadas. No se había realizado ningún acto sexual.

Finalmente, las pintadas mismas. Los vándalos adolescentes no suelen usar palabras obscenas sueltas; les gusta dejar eslóganes y nombres de grupos musicales como Eminem, Marilyn Manson, Extremoduro o Soziedad Alkoholika. Uno de los términos específicos usados era *Cunt* (coño) y los adolescentes utilizan *Pussy* (chocho). Para terminar, me pareció muy significativa la inscripción *Fuck Me* (fóllame). Lo típico para un chico joven hostil y arrogante habría sido *Fuck You* (Que te follen). ¿Pero «fóllame»?

Considerando todos esos factores, elaboré el siguiente perfil del probable sospechoso.

Rechacé la idea de que hubiera sido un grupo de varones adolescentes. El vandalismo era demasiado benigno, se había tenido demasiado cuidado. Todas las pruebas indicaban que no había sido un grupo de varones, sino otra clase de persona bien distinta. El autor de los daños era una sola mujer blanca de entre 40 y 50 años; en concreto, alguien que no estaba familiarizada con

los adolescentes contemporáneos. Era una mujer extremadamente narcisista para la que tenían especial valor sentimental los objetos y coleccionables que no habían sido destruidos. Dije que se trataba de una mujer a la que no le iban bien las relaciones interpersonales, alguien que se había divorciado varias veces. En mi opinión, era una familiar cercana del propietario o inquilino de la casa y tenía interés especial en que los actos de violencia fueran selectivos, para que no se destruyeran objetos que ella consideraba irremplazables.

Supuse que esa mujer había destruido la casa de tal manera que aparentara ser lo que ella consideraba un acto típico de varones adolescentes. Sus intentos de reproducir los *graffitis* juveniles revelaron su sexo y edad. Ningún chico vándalo escribiría «fóllame». No, aquí había obrado una mujer de edad mediana, bastante confusa. Probablemente no le gustaba usar palabrotas y las inscripciones reflejaban su imagen mental de lo que eran la hostilidad y conducta antisocial masculinas. En términos contemporáneos, sin embargo, su elección de palabrotas era casi infantil.

Si tenía hijos, probablemente no había ningún adolescente ni tampoco ningún niño. Probablemente tenía sólo una hija que, además, no vivía con ella en esos momentos. Para eso me basé (aparte de en su desconocimiento de los adolescentes y niños varones en general) en la presencia del óleo de la niña y en el hecho de que no se hubiera dañado; esa clase de símbolos suele referirse a un familiar ausente, pero muy querido.

Consideré probable que la mujer estuviera respondiendo a algún suceso específico, un desencadenante, unos eventos estresantes que habían sucedido días o, como mucho, semanas antes del acto vandálico. Podía haber sido un asunto económico, algo relacionado con un hombre, una pérdida de empleo o algo que hiciera que su futuro inmediato pareciera inseguro.

Resumiendo, dije que el vandalismo había estado motivado por uno de tres factores o una combinación de ellos. Una mujer enfadada cometió los actos vandálicos para vengarse de un familiar. Queriendo atraer la atención, transformó su acción en la clase de acusación falsa que vemos a menudo en los casos falsos de violación. La mujer pedía una indemnización porque había empezado a hacer reformas en la casa y ya no podía pagarlas.

Puse mis conclusiones y mi razonamiento por escrito y se lo mandé todo al psicólogo de la costa oeste. Después de leer mi documento, me llamó para decirme que el perfil describía casi a la perfección a la propietaria de la casa, la mujer que había denunciado los daños a la policía y pedido la indemnización. Era una mujer blanca de cuarenta y tantos años que había roto con su novio, que tenía problemas económicos y una hija que vivía con su ex marido, y que encajaba, asimismo, en muchos otros aspectos con la personalidad que yo había descrito. El psicólogo se quedó bastante sorprendido con mi perspicacia. Yo no. Comparado con los perfiles de criminales desconocidos, salvajes y antisociales en los que había trabajado intensamente durante 17 años en el FBI, la resolución de ese rompecabezas fue pan comido.

¿PARA VOLVER A MATAR?

El agente Kilburn McCoy parecía un vaquero a lo Clint Eastwood. Tanto él como su mujer Janet, que también era policía, asistían a un seminario que yo estaba impartiendo en una academia cerca de Salem, Oregón, en 1980. Al final de la semana, McCoy me pidió que fuera a la comisaría para ver el expediente de un asesinato cometido en 1975 por un veterano de Vietnam llamado Duane Samples, que estaba en prisión. Según McCoy, sería una excelente idea entrevistar a Samples como parte del Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, ya que, a pesar de que no era un asesino en serie —sólo había sido condenado por el asesinato de una persona—, se expresaba muy bien, tenía un diploma universitario de psicología y parecía tener el tipo de imaginación que resulta irresistible y que caracteriza a los asesinos en serie.

El terrible crimen de Samples había ocurrido en la pequeña ciudad de Silverston, Oregón, la noche del 9 de diciembre de 1975. Fran Steffens, su hija de 18 meses y su amiga Diane Ross estaban en el apartamento de Fran cuando vino un conocido, Duane Samples, para tomar una cerveza, fumar un porro y charlar un rato. Samples trabajaba como asesor en una clínica local de rehabilitación de drogadictos. Tenía treinta y tantos años y después de luchar en Vietnam había vagabundeado bastante y mantenido relaciones esporádicas con varias mujeres de la zona. Le gustaba Fran, pero ella no compartía sus sentimientos, aunque tampoco le dijo que se fuera. Se hizo tarde y las mujeres estaban cansadas. Fran se fue a dormir con su hija y Diane se quedó en el sofá escuchando a Samples, pero sus historias de Vietnam la aburrían lo indecible y, al final, le dijo que estaba cansada y que era mejor que se fuera.

Samples se fue y Diane se quedó dormida en el sofá. Al cabo de un rato, se despertó porque sentía algo extraño, caliente, pegajoso... Descubrió que le habían infligido tres profundos cortes, uno en la garganta, otro que cruzaba

transversalmente por debajo de los pechos, y un tercero que iba desde el ombligo hacia arriba. Había unos 60 centímetros de sus intestinos colgando fuera. Ni siquiera se había despertado por los cortes, sino porque Fran estaba gritando al ser arrastrada al dormitorio por Samples, que tenía un cuchillo en la mano. De algún modo, Diane se sujetó el abdomen con los dos brazos y salió corriendo. Al tener las dos manos ocupadas conteniendo los intestinos, no podía sujetarse al mismo tiempo los pantalones, que también habían sido rasgados, así que los dejó caer y consiguió llegar a una casa vecina, donde entró por la cocina y corrió directamente al dormitorio, diciendo a los vecinos: «Me han cortado. Llamad a un médico, me estoy muriendo.» Hizo un gran esfuerzo por no dejarse vencer por el sueño porque pensó que, si se dormía, moriría. Cuando la ambulancia llegó, escuchó que alguien decía: «No hace falta que os deis prisa. No sobrevivirá.»

Sí se dieron prisa y Diane sí sobrevivió. Incluso pudo decir a la policía que Duane Samples estaba matando a Fran Steffens.

La policía acudió rápidamente a casa de Fran, pero ya estaba muerta. Tenía cortes similares a los de Diane, alrededor del cuello y en el torso, con sangre e intestinos por toda la cama. En esa misma cama estaba durmiendo la hija de Fran, que había escapado a la carnicería sin siquiera despertarse. El cuerpo de Fran tenía manchas de sangre en los muslos, lo que indicaba que la habían agredido sexualmente después de la muerte. También había heridas defensivas en las manos, producidas cuando intentó defenderse de su agresor.

Resultó que los policías conocían muy bien a Samples, principalmente por su trabajo como asesor, pero también porque jugaba al béisbol con ellos. Se emitió una alerta general y dos policías acudieron al piso que Samples compartía con otros dos hombres en una ciudad cercana. Samples no estaba en casa, pero fue localizado poco después y se entregó sin resistencia. En el bolsillo llevaba una nota escrita a mano, fechada en «Lunes 8 dic.» y dirigida a Fran, en la que le pedía que enseñara la carta a la policía para evitar ser acusada de haberlo asesinado a él. La nota decía que él «procedió a amenazar con matar a Fran» si ella no hacía lo que él le ordenaba, que era «destriparme y castrarme». Le ordenó hacer eso porque, si no, él «la destriparía a ella y a

su hija». Ser asesinado por una mujer guapa era una «fantasía de toda la vida hecha realidad» y una parte suya «ansiaba ver» cómo la hoja del cuchillo le cortaba «sanguinariamente».

Según Samples, le llevó la nota a Fran, que se negó a matarlo, y por esta razón él la asesinó a ella. Era una nota excepcional y volveremos sobre ella más adelante.

Los policías y psicólogos que entrevistaron a Samples esa noche y en los días posteriores dijeron que no estaba desorientado, que sabía quién era y dónde estaba, que distinguía entre el bien y el mal, y que tenía, además, la serenidad suficiente como para pedir un abogado. Nada parecía indicar que el crimen fuera el producto de una psicosis. Al contrario, fue un crimen premeditado: Samples salió de la casa, se dirigió a su coche, cogió un cuchillo para hacer filetes de pescado y a continuación volvió con la intención de matar a las dos mujeres. Diane incluso creía que había escuchado a Samples perseguirla mientras intentaba llegar a la casa de los vecinos. Samples fue acusado de un cargo de asesinato y otro de intento de asesinato.

Durante el periodo previo al juicio, Samples y su abogado repasaron sus opciones y Samples las estudió muy metódicamente, haciendo incluso una tabla con filas y columnas en una hoja que llegó más tarde a manos del fiscal. El mero hecho de que pudiera actuar de una forma tan deliberada demuestra que su mente funcionaba racionalmente. Samples tenía, pues, tres opciones. Primero, podía declararse no culpable, ir a juicio y correr el riesgo de que Diane Ross testificara en su contra. Segundo, podía declararse no culpable por enajenación mental, en cuyo caso Diane todavía podía testificar y sus declaraciones podían tener más peso que el argumento de Samples — apoyado por la nota de «Lunes 8 dic.»— de que no había estado bien de la cabeza cuando cometió el asesinato. Durante un periodo, Samples y su abogado consideraron seriamente esta opción. Desenterraron el diario de Samples y otras pruebas que demostraban su honda obsesión por el destripamiento con el fin de apoyar esta tesis. La nota de «Lunes 8 dic.» también jugaría un papel: podía ser interpretada de tal manera que no mostrara premeditación, sino una clara inestabilidad mental (en mi opinión, la nota estaba demasiado bien escrita y pensada como para ser el reflejo de una

inestabilidad real; era la creación de un psicólogo semiformado que hacía todo lo que podía para crear una coartada). La tercera opción, la que Samples acabó eligiendo, era esencialmente un pacto. Se declaró culpable del asesinato de Fran a cambio de que se le retiraran los cargos de intento de asesinato; de ese modo, Diane Ross no podría testificar en su contra. A cambio, Samples recibiría la máxima condena posible en Oregón: de quince años a cadena perpetua. Seguramente pensó que, si se portaba bien y tenía un poco de suerte, podría salir de la cárcel en siete u ocho años.

Samples se declaró culpable, empezó a cumplir su condena y los medios de comunicación perdieron interés. Diane Ross se recuperó y se mudó a California, y la hija de Fran fue criada por otros miembros de su familia. La fiscalía admitiría más tarde que, como Samples se declaró culpable, no se molestaron en indagar mucho sobre su vida. No obstante, sí habían recogido algunas pruebas. La nota del 8 de diciembre hacía referencia a una fantasía que Samples siempre había tenido y en la que era destripado por una mujer guapa y desnuda. Éste había sido, en efecto, un tema recurrente en su vida durante algún tiempo. Una vez, a los cinco años, durmió entre su madre y su tía embarazada. La tía tuvo una hemorragia, perdió mucha sangre en la cama y acabó teniendo un aborto. Parece que la idea de órganos internos desparramándose se remonta a esa época. Más adelante, se estimuló al ver una hormiga corriendo en su vientre y empezó a desear que el insecto hiciera un agujero a través de él. Cuando tenía 13 años se pegó un tiro accidental en el abdomen jugando a la ruleta rusa. Después de sus experiencias en Vietnam, escribió en su diario que aquello fue la realización de una fantasía de su infancia, «un impulso desbordante de sentir acero en sus entrañas». En la fantasía inicial, era Samples el que era asesinado por una mujer «amazona» que lo atravesaba con una lanza durante el acto sexual. Fran Steffens había sido una mujer relativamente grande y alta. A un psiquiatra le dijo que en su infancia se dedicaba (en las palabras del informe psiquiátrico posterior) a «pincharse a sí mismo con agujas o cuchillos mientras disfrutaba de esas fantasías, que aumentaban la estimulación erótica». Más tarde, la fantasía incluyó también el asesinato de la mujer. Incluso había dejado constancia por escrito de su fantasía en una carta amenazadora dirigida a una antigua amante, mucho antes del asesinato de Fran Steffens. Esa carta era muy

similar lingüísticamente a la nota de «Lunes 8 dic.». En ella, avisaba a la chica de que, cuando estuviera en la cama con una pareja nueva, él «saldría de las entrañas de la oscuridad para rajarle la garganta tesa con una navaja de afeitar». Luego explicaba con todo lujo de detalles el modo en que iba a destriparlos tanto a ella como a su nuevo amante. Los torturaría sádicamente y participaría en su acto sexual de modo que el semen, la sangre y el resto de fluidos corporales se entremezclarían todos en el orgasmo y la muerte. Sería la mayor experiencia sexual que jamás hubieran tenido y la última, también para él. Después de herirlos mortalmente, tenía previsto usar el cuchillo en su propio vientre, para que todos estuvieran «juntos mutuamente muertos».

A primera vista, Samples era un hombre listo, situado en el cinco por cien superior de las escalas de inteligencia. Había ido a la Universidad de Stanford con una beca, se graduó en psicología en 1964 y luego se alistó en el ejército. Decía haber sido «observador avanzado» en Vietnam, ordenando ataques de artillería contra posiciones del Vietcong. Cuando regresó a Estados Unidos, la vida había cambiado tan drásticamente que destruyó su idealismo, como dijo más tarde. Después de estar en Vietnam de 1966 a 1967, se convirtió en vagabundo y tuvo problemas con el alcohol y las drogas. Fue *barman* aquí, trabajador social allá, desempleado durante mucho tiempo, viajando de ciudad en ciudad, siempre hacia el norte y el oeste. No fue capaz de mantener un trabajo fijo hasta que sacó provecho de sus propios problemas utilizándolos para poder hablar mejor con la gente sobre esas adicciones; así consiguió un puesto como asesor de estudiantes universitarios y adolescentes en los alrededores de Salem. Sus amigos y colegas lo consideraban un buen asesor y tenía muchos aliados en los círculos de los trabajadores sociales. A la vista de su pasado, muchos habrían concluido que el asesinato que cometió fue un suceso aislado, raro, quizá inducido por la droga, una aberración. La mayoría de la gente que lo conocía de modo superficial, sin embargo, veía sólo su cara exterior y no tenía acceso a las profundidades de su interior, ni sabía nada sobre las complejidades de su carácter.

Durante otra estancia en Oregón, en la que también iba a entrevistar a otros asesinos, decidí intentar visitar a Samples. Acudió a la entrevista sin problema alguno. Era un hombre delgado de casi 40 años que estaba

perdiendo el cabello, llevaba gafas metálicas y tenía una mirada inteligente, un hombre pensativo y de voz suave. Tenía un puesto de administrativo en la sección de psicología de la cárcel y era un buen trabajador que participaba en programas experimentales como el *biofeedback*, en el que se enseñaba a los reclusos a manejar los sentimientos de agresividad. Le expliqué de qué iba el asunto y le pedí una entrevista para poder rellenar el cuestionario de 57 páginas en el que entonces basábamos nuestro análisis estadístico de la vida de los asesinos. Dijo que no. Justificó su negativa con el argumento de que no se consideraba la misma clase de persona que los asesinos en serie y asesinos de masas a los que yo había estado entrevistando. Por lo tanto, no quería ser incluido en el programa. Habló conmigo extraoficialmente durante más o menos una hora, en el transcurso de la cual me contó que dedicaba su tiempo en la sección de psicología tanto a estudiar como trabajar y que, cuando saliera bajo libertad condicional, quería doctorarse en psicología. Se preguntaba si, una vez obtenido el doctorado, podría trabajar para la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI. Yo no podía creer lo que estaba escuchando y le dije que el FBI probablemente no aceptaría a un ex convicto. Tuve la impresión de que Samples había accedido a hablar conmigo simplemente para hincharse el ego y combatir el aburrimiento. Dado que no había aceptado participar en el programa, no hice ninguna promesa de confidencialidad; no tomé apuntes ni puse en marcha la grabadora.

Pensaba que con eso se había terminado mi relación con Samples. Por las fotos de la escena del crimen y otros materiales que había visto, los expertos con que había hablado y mi breve encuentro con Samples, tenía claro que era un clásico psicópata sexual sádico. Aunque se había negado a ser considerado como tal o a ser incluido en la misma categoría que los demás, tenía todas las características de este tipo de asesinos, desde su conducta tranquila hasta la fantasía que le impulsó a matar. En nuestros términos, era un caso «mixto», con rasgos tanto organizados como desorganizados. Por un lado, la escena del crimen era desorganizada por el destripamiento brutal, la mutilación del cuerpo, las manchas de sangre y la falta de agresión sexual. Por otro, sin embargo, Samples había planeado el crimen de un modo organizado; volvió a su coche con mente calculadora para coger el cuchillo y luego intentó asesinar a las dos mujeres. Tras el asesinato,

tuvo la sangre fría de quitarse la chaqueta y limpiar la escena. En el momento del crimen le impulsaba una irresistible fantasía sexual violenta. El alcohol y las drogas le dieron ganas de llevar su fantasía a la práctica y tuvo la oportunidad de hacerlo al encontrarse con dos mujeres vulnerables. En mi opinión, Samples probablemente escribió la nota de «Lunes 8 dic.» *después* y no antes del asesinato, en un intento de crear una justificación para una defensa por enajenación mental. Era el acto de un hombre que había pensado en el futuro, quizá no en el momento mismo en que cometió el crimen, pero sí en las horas posteriores, cuando se dio cuenta de que Diane había escapado y lo identificaría con total seguridad.

A principios de 1981 volví a saber de Duane Samples. El gobernador de Oregón, Vic Atiyeh, había conmutado su pena y pronto saldría de la cárcel. Samples ya había presentado la solicitud de conmutación en 1979, cuando intenté entrevistarle, pero yo no sabía nada al respecto. La fiscalía del condado de Marion tampoco sabía nada y la noticia les causó gran consternación. Cuando Samples presentó su primera solicitud, el entonces fiscal recibió una notificación a la que no respondió. Aquella primera solicitud fue denegada, pero la segunda tuvo éxito. Mientras tanto, el nuevo fiscal del condado de Marion, Chris Van Dyke —hijo del actor Dick Van Dyke— y su asistente Sarah McMillen se habían implicado en el caso; McCoy les había dado mi nombre y les había dicho que quizá yo podría ayudarles a conseguir que se anulara la conmutación. Las autoridades locales de Silverton se alarmaron cuando la conmutación fue concedida y comunicaron su fuerte protesta a la oficina del fiscal del condado. Van Dyke se enfureció porque el gobernador había conmutado una pena de esas características sin haberle dado la oportunidad de hacer una recomendación en contra. McMillen quería saber si yo podía acercarme y testificar. Estuve de acuerdo en que Samples no debía ser puesto en libertad y dije que testificaría. Sin embargo, para que yo pudiera hacerlo, ella tenía que presentar una solicitud en toda regla. Si Samples hubiera participado en el Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, me habría descalificado a mí mismo pero, como no lo hizo, yo estaba disponible en caso de que el FBI

diera el visto bueno. De modo que Chris Van Dyke mandó una carta de petición al director Webster y se hicieron las gestiones necesarias para que yo pudiera viajar a Oregón y testificar.

Samples basó su solicitud de conmutación en dos pilares: por un lado, el hecho de que se había rehabilitado y, por otro, la idea de que no había podido defenderse adecuadamente durante su juicio porque, aunque estaba mentalmente enfermo cuando cometió el crimen, la psiquiatría acababa de comprender y reconocer la enfermedad que padecía en 1975. En cuanto a su rehabilitación, mucha gente que habló con él concluyó que, efectivamente, había superado su crimen y había sido un prisionero modelo. Mostraba todos los comportamientos del hombre debidamente rehabilitado: lloraba cuando hablaba del asesinato, decía que fue algo terrible y afirmaba que ya podía controlar su agresividad y que no volvería a hacer nada parecido. Sus defensores argumentaban que, en Estados Unidos, no se juzga a la gente antes de cometer un crimen. Por lo tanto, no había que prejuzgar a Samples por posibles crímenes futuros, sino que se merecía la oportunidad de redimirse.

Las declaraciones de Samples sobre su rehabilitación eran como las de siempre. Donde sí fue innovador fue en su afirmación de que el asesinato de Fran Steffens había sido el resultado directo de un trastorno por estrés postraumático (TEPT) y que él, por lo tanto, no era responsable del asesinato. Como este trastorno mental no había sido reconocido todavía por la psiquiatría en 1975, cuando la segunda edición del DSM (Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales) era la referencia estándar, no lo pudo utilizar en su defensa. Samples decía la verdad, en parte. Lo único que se podía encontrar en el DSM de 1975 era algo llamado «trastorno situacional transitorio», un trastorno observado a veces en veteranos que se traducía en insomnio, incapacidad de mantener un empleo, irritabilidad y problemas sexuales, y cuya causa era un estrés procedente de diversas fuentes, siendo una de ellas la guerra. En 1980 se publicó la tercera edición, conocida como DSM-III, en la que el «trastorno situacional transitorio» había sido ascendido de tormenta de lluvia a tifón; es decir, había unos párrafos sobre el TEPT. Aunque la mayor parte de la descripción se refería al estrés no relacionado con la guerra, allí estaba la definición. Ese trastorno, pues, era el

salvavidas al que Samples se aferraba. Decía que sus experiencias en Vietnam lo habían dejado hecho polvo y que, tras años de sufrimiento, habían salido a la luz en la forma del asesinato de Fran Steffens. Con la ayuda de la terapia en la cárcel, Samples creía haber vencido su trastorno. Dado que no era responsable del asesinato en 1975 (porque sufría un trastorno por estrés postraumático) y estaba, además, rehabilitado, lo normal era dejarlo en libertad.

Había dos psicólogos que apoyaban a Samples. Uno trabajaba en privado y había sido contratado por la Administración de Veteranos para visitar a Samples regularmente en la cárcel, mientras que el otro era un académico que había estudiado extensamente a veteranos que sufrían de lo que se estaba empezando a reconocer como el síndrome de estrés post-Vietnam. Los abogados que trabajan en grandes empresas saben lo bastante como para no meterse en un juicio penal complejo, por mucho que tengan un diploma que diga que están preparados para hacerlo; francamente, esos profesionales de la salud mental también se habían salido de su terreno. Por ejemplo, en la inmensa mayoría de los casos de TEPT relacionados con el estrés post-Vietnam, se trataba de veteranos que siempre eran despedidos de su empleo, experimentaban problemas sexuales con su mujer, no dormían por la noche y tenían quejas similares. Que yo supiera, no había ningún caso en aquel entonces de un TEPT que abarcara, además de esas quejas bastante corrientes, el destripamiento de dos mujeres. Ahora bien, no ponía en duda que Samples pudiera estar sufriendo algún tipo de estrés por haber combatido en Vietnam. Sin embargo, había asesinado a una mujer y casi matado a otra impulsado por unas fantasías que habían empezado mucho antes de su estancia en Vietnam. Además, los efectos del TEPT suelen producirse unas semanas o algunos meses después del suceso traumático. Samples había cometido su crimen diez años después de volver de Vietnam.

Uno de los principales argumentos que Samples esgrimía a favor de la conmutación era que durante su estancia en Vietnam había visto morir a dos oficiales de un modo bastante horrible, por destripamiento. Incluso recordaba sus nombres: Hugh Hanna y Randy Ingrahm. Decía que se había quedado traumatizado por esas muertes. Según el informe del psicólogo académico, Samples vio cómo Ingrahm, «un íntimo amigo, fue literalmente hecho trizas

por una mina *claymore*»;¹ recordaba «colocar partes ensangrentadas de su cuerpo en una cesta para que el helicóptero médico se las llevara y ver cómo caía la sangre de la cesta cuando ésta fue izada al helicóptero». Samples también confesaba ser un héroe de guerra, condecorado por valentía en Vietnam, pero en sus sueños veía sus medallas con «color de sangre seca».

Durante su estancia en la cárcel, Samples se había casado con una mujer que trabajaba para una importante firma de publicidad y de relaciones públicas que tenía buenas conexiones entre los círculos políticos de Oregón; ella le había ayudado a obtener la conmutación. Consideré que Atiyeh no había actuado muy apropiadamente al denegar, en primer lugar, la petición de Samples y al concederla después. Atiyeh, un antiguo empresario y legislador del estado, era conocido —además, públicamente— por ser muy partidario del cumplimiento de la ley. Coleccionaba armas de fuego antiguas y más tarde participaría en un anuncio de la Asociación Nacional del Rifle (NRA) en el que decía, entre otras cosas: «Como gobernador, me preocupa la seguridad ciudadana y el sistema penal de Oregón. Y, como otros miembros de la NRA, quiero que las armas de fuego se empleen de forma segura y legal. Creemos que la aplicación estricta de los castigos es la mejor solución para los crímenes cometidos con armas de fuego.» Atiyeh llevaba varios años en el despacho de gobernador; le habían sido presentadas 100 peticiones de conmutación; las denegó todas menos cuatro, y las otras tres que había concedido eran casos sin controversia: uno, por ejemplo, era el de una mujer que había matado a su esposo que la había maltratado durante una década. Bueno, quizá le habían asesorado mal respecto a Samples o a lo mejor había decidido soltarlo para mandar una señal de buena voluntad a los veteranos de Vietnam, una comunidad que no había recibido un buen trato al regresar, pero que habían recibido el reconocimiento del nuevo presidente Reagan.

Antes de volver a Oregón me quedaba un poco de tiempo, de modo que me puse a investigar. Como oficial de reserva de la División de Investigación Criminal del Ejército, además de agente del FBI, no solamente tenía acceso a los archivos militares, sino que también contaba con la experiencia necesaria para saber evaluarlos. Pedí al Ejército que comprobara si habían muerto dos oficiales llamados Hanna e Ingrahm en 1966 o 1967, y conseguí una copia

del acta de licenciamiento de Samples, su formulario DD214. Todas las personas que se licencian de las fuerzas armadas reciben una copia de su «214», en el que consta su historial con todas las medallas y citaciones. En el 214 de Samples no figuraba que se le hubiera concedido ninguna medalla por valentía. Otro documento que encontré en los archivos contenía órdenes especiales dirigidas a Hanna en las que se hablaba de muchos asuntos, en algunos de los cuales aparecía el nombre de Samples y en otro párrafo el de Randy Ingrahm. El Ejército también me informó de que, aunque unos hombres llamados Hanna e Ingrahm habían resultado heridos en ese periodo de tiempo, ninguno de ellos murió, ni murió ningún oficial con un nombre de pronunciación similar, pero que se escribiera de otra forma.

Me resultó interesante que los dos profesionales de la salud mental que estaban dispuestos a testificar a favor de Samples no hubieran investigado suficientemente su historial militar como para poder saber si decía la verdad o no. De todos modos, creí muy probable que Samples hubiera solicitado y recibido copias de sus documentos militares, ya que escribía gran cantidad de cartas desde la cárcel y había conseguido que el Ejército le enviara un importe mensual por discapacidad debido a sus experiencias estresantes en Vietnam. De hecho, por esta razón, un psicólogo privado le visitaba regularmente. Ahora bien, es casi imposible que Samples obtuviera esa subvención económica sin citar los datos que figuran en sus documentos militares.

Resulta que Samples estaba muy familiarizado con la documentación y los archivos. John Cochran, un psicólogo forense que trabajaba a menudo en las cárceles de Oregón, creía que Samples se había aprovechado de su puesto de administrativo en la sección de psicología de la cárcel para alterar y reescribir su expediente, creando la imagen de que se había rehabilitado. No se pudo probar nunca esta acusación de falsificación, porque algunos de los documentos desaparecieron completamente. Cochran estaba acostumbrado a trabajar con reclusos y consideraba a Samples como un clásico sádico sexual. De hecho, declaró repetidamente ante las autoridades y la prensa que tal condición no era curable y que, por tanto, a pesar de la apariencia externa, Samples no estaba rehabilitado, ya que la rehabilitación era simplemente

imposible. Dijo, además, que había motivos para creer que volvería a matar si era puesto en libertad. Cochran recomendaba, pues, que no se le conmutara la condena a Samples, pero no se le hizo caso.

Cuando llegó el momento de ir a Oregón para ver al gobernador, mi mujer estaba en el hospital a causa de un grave accidente de coche. A pesar de sus heridas, me instó a viajar y cumplir con mi deber. La controversia en torno a Samples se había convertido en una noticia de prensa de gran interés porque la batalla por la conmutación había adquirido un carácter político, y la asamblea legislativa de Oregón empezaba a estudiar leyes que limitaran el poder del gobernador para conceder conmutaciones.

En los periódicos de Oregón y la televisión se exponían las opiniones de las dos partes del debate. Unos decían que Samples estaba rehabilitado y que, si la sociedad creía lo más mínimo en la rehabilitación de los reclusos y la posibilidad de tratar y curar los trastornos mentales, había que darle a Samples la oportunidad de emprender una nueva vida fuera de la prisión. Muchos psicólogos y psiquiatras —aunque no los que trabajaban regularmente en cárceles— compartían esa opinión, así como los veteranos de Vietnam, quienes le apoyaban políticamente y muchos liberales. Era una visión atractiva en la que las personas tienen la capacidad de cambiar y de crecer, la psiquiatría puede tratar la enfermedad mental y existe un pronóstico positivo para un hombre aparentemente rehabilitado.

Los que estaban situados en el otro extremo argumentaban que Samples era un sádico sexual cuyos excesos sólo habían estado bajo control porque estaba encarcelado; que era muy posible que repitiera su conducta asesina una vez puesto en libertad y que, por lo tanto, no debía salir de la cárcel. En cierto sentido, era una visión pesimista que sugería que, aunque la psiquiatría sí puede comprender la enfermedad mental, no puede tratar todos los trastornos. Los partidarios de esa visión también señalaban que la población carcelaria está compuesta en gran parte por reincidentes que tienen que ser detenidos y encarcelados una y otra vez.

En mi opinión, ambos argumentos eran un poco pomposos. Prefiero razonar a partir de hechos, y en este caso toda la información que encontré indicaba que Samples encajaba con el patrón que yo había observado en

tantos casos de asesinato en serie: un hombre tiene fantasías violentas desde la infancia y acaba llevándolas a la práctica asesinando a alguien. Los propios escritos de Samples, su vagabundeo, las drogas, las malas relaciones con mujeres en los años previos al asesinato, las circunstancias mismas del asesinato, así como sus mentiras sobre su pasado militar y la fuente de sus problemas, todos estos factores eran indicadores reconocibles de una conducta psicopática. Había varios asesinos múltiples encarcelados en Oregón que encajaban con el mismo patrón, como Jerome Brudos y Richard Lawrence Marquette. Ambos habían sido puestos en libertad prematuramente tras un historial de fantasías extrañas y actos violentos en su infancia, y ambos acabaron matando. En la cercana California, Ed Kemper, recluido en un psiquiátrico por el asesinato de sus abuelos en la adolescencia, había salido prematuramente y había vuelto a matar, cobrándose muchas vidas. En ninguno de esos asesinos habían remitido las fantasías asesinas, ni siquiera después de pasar por la cárcel. Dentro tienen una conducta estable pero eso no significaba que fueran capaces de vivir en el mundo exterior sin volver a recurrir al asesinato.

Hacia finales de 1981, la noche antes de ver al gobernador, el equipo del fiscal se reunió para hablar del caso. Además de Van Dyke, McMillen y yo, estaban también John Cochran del servicio de psicología forense del Hospital Estatal de Oregón, Steven H. Jensen, director de la unidad de tratamiento correccional de dicho hospital, y el doctor Peter DeCoursey, un psicólogo de Portland que había examinado a Samples en 1975, justo después del asesinato. Hablamos de lo que haríamos a la mañana siguiente y durante la charla sugerí que, dado que Samples basaba su conmutación en el síndrome de estrés post-Vietnam, podíamos confirmar o refutar sus alegaciones a través de los archivos militares. Van Dyke los había tenido en sus manos, pero no los había mirado detenidamente, ni había visto el DD214, que no mencionaba ninguna medalla por valentía y mucho menos una Estrella de Bronce. El equipo del fiscal tampoco había pensado, como yo sí había hecho, en preguntar al Ejército si Hugh Hanna o Randy Ingrahm realmente habían muerto en combate. Sarah McMillen me preguntó si yo podía averiguar si Randy Ingrahm estaba vivo y le dije que debería hacerlo oficialmente, pero que lo intentaría de todas formas cuando regresara a Quantico.

A la mañana siguiente fuimos al edificio del Capitolio de Oregón para testificar. Fui el primero en hablar y encontré al gobernador Atiyeh visiblemente nervioso. Me preguntó si yo era de la oficina local del FBI. Cuando le dije que había venido de Quantico, quería saber qué tenía que ver el FBI en el caso, ya que no era un asunto federal. Le expliqué que yo era un experto sobre el comportamiento violento y que había venido por invitación de las autoridades del condado de Marion, una petición que había sido cursada debidamente a través del FBI.

Esperábamos una pregunta como la que me hizo Atiyeh. Incluso había hablado del tema con nuestros asesores legales en Quantico y en el cuartel general antes de viajar a Oregón. Todos estuvimos de acuerdo en que sería un error hablar de Samples específicamente, así que me limité a exponer seis casos similares que conocía muy bien, como los de Brudos, Marquette y Kemper. Di especial importancia a Brudos y Marquette, resaltando que habían salido de la cárcel prematuramente después de haber cometido unos asesinatos y que, debido a las fantasías violentas e incontrolables que siempre habían tenido, volvieron a asesinar poco tiempo después. Mi testimonio tenía una duración prevista de 20 minutos. Después de diez minutos, Atiyeh salió y no volvió más. Nos dijeron que tenía que atender un asunto importante. A mí me pareció que el gobernador se había dado cuenta de que la información y el asesoramiento que le habían dado antes no habían sido base suficiente para conceder la conmutación. Aparentemente, prefería dar la impresión de no estar personalmente implicado en el caso, sino algo distante, y que el asunto estaba realmente en manos de sus ayudantes. Dichos ayudantes escucharon atentamente, pero no tomaron notas durante mi comparecencia. Cuando terminé, testificaron los especialistas de salud mental. Ellos sí hablaron sobre Duane Samples específicamente y lo describieron como un peligro para la sociedad y un hombre que, con toda probabilidad, seguiría siéndolo en el futuro.

Regresé a casa, creyendo que había dejado atrás la controversia. Le habíamos dado al gobernador la información que antes no había tenido y ahora el asunto estaba en sus manos. Sin embargo, el barullo no se acabó. Incluso antes de que Atiyeh tomara su decisión, Marquette presentó una solicitud de conmutación similar a la de Samples, solicitud que fue denegada

sumariamente. Había gran expectación en torno a la decisión de Atiyeh, pero el gobernador no acababa de decidirse. Durante el mes siguiente, bajo el impulso de Sarah McMillen, conseguí localizar a Randy Ingrahm, que trabajaba como vendedor de seguros en Illinois. No había sido oficial en Vietnam, sino soldado, y había sufrido heridas, pero decía no recordar a Samples, aunque estuvieron en la misma unidad de artillería. Transmití esa información a McMillen y ella le dio amplia difusión. Entonces Samples devolvió el golpe: el hombre muerto se llamaba Ingraham, no Ingrahm (aunque él antes había insistido en que se llamaba Ingrahm); el Ejército confirmó que alguien llamado Ingraham había muerto en Vietnam en 1966 o 1967 pero no tenía nada que ver con la unidad de Samples.

El otro golpe de Samples era insistir públicamente en que el testimonio del equipo del fiscal era erróneo, puesto que hablaba de un crimen sexual, y no hubo agresión sexual durante el asesinato. ¿Cómo pudo haber un crimen sexual sin contacto sexual? Como he explicado en los casos y ejemplos anteriores en este libro, la ausencia de penetración en el cuerpo de la víctima es una característica de ciertos tipos de asesinos desorganizados que, aun así, utilizan sus crímenes para llevar a la práctica fantasías sexuales. Sin embargo, comentar todo esto requiere una larga explicación, y la mente del público asimila más fácilmente las frases que Samples empleaba, cortas y sencillas, idóneas para la televisión.

Incluso el programa «60 minutos» de la cadena CBS llegó a interesarse por la controversia, realizando un reportaje de «investigación» bastante superficial. Había llegado el momento de explicar el síndrome de estrés post-Vietnam y Duane Samples era un hombre elocuente. Esa combinación resultó irresistible para el programa, que presentó una visión favorable de Samples. Claro que éste ya se sabía todas las cosas que tenía que decir y el modo en el que tenía que comportarse. ¿Cómo no creer a un hombre tan cortés y arrepentido? Estados Unidos estaba superando el trauma de la guerra de Vietnam y teníamos que ser comprensivos con las últimas víctimas, nuestros soldados que habían ido a luchar y fueron recibidos con desprecio a su regreso. Según CBS, el caso parecía haberse resuelto al fracasar el intento de impugnar a Samples por la no muerte de Ingrahm.

Sin embargo, no habían finalizado todos los intentos. Durante una estancia en Europa por asuntos del Ejército logré localizar a Hugh «Bud» Hanna. Tenía el rango de mayor y estaba destinado en el cuartel general de la OTAN en Bélgica, donde pude hablar con él. Se acordaba muy bien de Samples: se suponía que éste tenía que sustituir a Hanna como observador avanzado, pero no lo hizo porque surgieron problemas. Samples, el graduado de Stanford, estuvo hablando en contra de la guerra con los soldados, y sus superiores lo consideraron inestable. En vez de mandar a Samples directamente al frente, los mandos decidieron esperar a ver si las cosas se arreglaban y mandaron a Hanna de vuelta a su puesto, donde recibió un disparo en la boca, la lengua y el paladar. Cuando Hanna tuvo que testificar sobre las actividades en contra de la guerra de Samples, apenas fue capaz de hablar y el asunto se quedó en el aire. Transmití toda esa información y algunos comentarios a la oficina de Van Dyke, y él la pasó a los ayudantes del gobernador. El verano fue pasando y el gobernador siguió sin anunciar su decisión.

En ese momento el antiguo oficial al mando de la unidad de Samples se implicó en el asunto. Hacia finales de agosto de 1981, el coronel Courtney Prisk contó al periodista Bob Smith, en un artículo publicado en el *Silverton Appeal-Tribune*, que conoció a Samples en Vietnam «tan bien como todo comandante conoce a un alférez de su unidad. Probablemente incluso mejor, porque hablábamos mucho». Dijo también que «Duane estaba preocupado por la *ilustración* que había en aquel entonces... Necesitaba mucha ayuda para mantener un buen estado de ánimo. Era una persona rara, no especial o peculiar, sino rara. Le perturbaban cosas que no perturbaban a los demás». Prisk señaló que ni Ingrahm ni Hanna habían muerto, ambos estaban vivos. Recordaba que se había producido una baja por una mina *claymore*, pero que el incidente había ocurrido a 300 metros de donde estaba Samples, que probablemente ni lo vio, aunque sí se habló del suceso en la unidad. Resumiendo, Prisk dijo: «Creo que Samples ha cogido dos o tres cosas que vio o escuchó y las ha usado para inventarse una historia... [Duane Samples] era un buen soldado e hizo un buen trabajo en Vietnam. De eso no hay duda. Por eso, todo ese rollo del estrés no es más que un montón de m****a».

Quizá fuera la declaración del comandante la que finalmente convenció a Atiyeh o a sus ayudantes; quizá fueron nuestros testimonios que, como miembros del equipo del fiscal, resultaron convincentes; o quizá fue la reacción del público, reflejada en cartas a los periódicos y, sobre todo, en la presión del parlamento del estado para adoptar una legislación que restringiera el poder del gobernador en la concesión de conmutaciones. El caso es que, a finales de 1981, Atiyeh revocó su decisión anterior. Samples tenía que cumplir el resto de su condena hasta que el consejo que dispensaba la libertad condicional considerara conveniente dejarlo en libertad —si es que lo hacía—.

Después de la decisión del gobernador, Samples llegó a creer que yo era el culpable, que yo fui el que le confinó a la cárcel injustamente, y montó una campaña en mi contra que tardó varios años y montones de papeleo en resolverse. El malo de la película no podía ser John Cochran, que conocía bien a Samples, o cualquiera de los otros profesionales de salud mental que lo habían tratado y habían recomendado con ahínco que no se le soltara por mucho tiempo; no, el culpable tenía que ser el calumniador contratado de Washington, el hombre que quiso entrevistarle oficialmente pero que él, Samples, había rechazado. En el proceso, Samples se ganó a unos legisladores de Oregón e incluso a un senador de Estados Unidos, escribiéndoles para que iniciaran una investigación de mi papel en el asunto. Según decía, yo le había calumniado delante del gobernador; no me incumbía decir nada sobre sus crímenes o los de asesinos en serie; no era doctor en psicología criminal y, por consiguiente, no estaba académicamente cualificado para saber nada sobre nada. Como es habitual cuando se despierta a la burocracia, se puso en marcha una investigación y todo el mundo tuvo que invertir un montón de tiempo y corrieron ríos de tinta para contestar las preguntas. Todo esto lo consiguió Samples desde la cárcel con su máquina de escribir. Afortunadamente, tanto Van Dyke como yo habíamos procedido según las reglas y podíamos demostrarlo de manera irrefutable a todo el que estuviera interesado. Al final, tuve que hacer una declaración jurada ante la Oficina de Responsabilidad Profesional del FBI. Decidieron que yo no había hecho nada malo y con eso terminó la investigación oficial.

Duane Samples fue puesto en libertad en 1991. Espero sinceramente que se haya rehabilitado de verdad y que no repita la clase de crimen por la que fue condenado antes. Sólo su buena conducta lo demostrará, por supuesto.

ESTRECHANDO EL CERCO

Allá en los años cincuenta se estaba produciendo una serie de violaciones y asesinatos en serie de mujeres jóvenes en el área de Los Ángeles, pero sólo un investigador sospechó que podía haber un único asesino detrás de estos asesinatos, que aparentemente no estaban relacionados. Un cuarto de siglo más tarde, la búsqueda de ese asesino culminó en la creación de estructuras gubernamentales diseñadas para estrechar el cerco de los asesinos en serie que pudiera haber en un futuro.

Harvey Murray Glatman era un asesino muy adelantado para su tiempo. En los años cincuenta puso anuncios en los periódicos en los que ofrecía trabajo de modelo. Decía que no buscaba modelos profesionales, sino mujeres jóvenes sin experiencia, y prometía una buena remuneración. Ofrecía a las interesadas más dinero del que estaban ganando en su trabajo y eso sólo a cambio de posar discretamente durante unas horas. Las convencía para que fueran a un piso apartado y luego les pedía que se quitaran cada vez más ropa, mientras él iba haciendo sus fotografías. Glatman suponía que probablemente las mujeres que contestaban a su anuncio no habrían dicho nada a sus amigos y familiares, por si no estaban de acuerdo y que, en consecuencia, pasaría un tiempo hasta que las echaran en falta. Glatman parecía creer que el hecho de que una mujer estuviera dispuesta a quitarse la ropa delante de un desconocido era una invitación expresa a ser violada, de modo que eso es lo que hacía. Más tarde, la mataba para evitar que contase lo sucedido. Otros asesinos posteriores, como Jerome Brudos, de Oregón, repetirían este patrón.

Digo que Glatman estaba muy adelantado para su tiempo porque en los años cincuenta poner anuncios personales en los periódicos era una idea muy novedosa; hoy en día, es algo muy común y hay periódicos marginales e incluso revistas corrientes donde se publican anuncios de contactos con

desconocidos. Son anuncios como éste: «Joven soltero, apuesto, busca mujer interesada en compartir experiencias, esquí, baile.» La mayor parte son de buena fe, pero detrás de algunos se esconde un violador o asesino que los utiliza como reclamo para sus víctimas. Glatman llevaba 15 años desarrollando sus fantasías, y sus anuncios eran la culminación de un largo proceso en el que empezó experimentando con el sexo en la infancia, pasó a intentar ligar con las chicas y a cometer agresiones sexuales menores, y terminó violando y asesinando.

Al detective Pierce Brooks del departamento de homicidios de Los Ángeles le encargaron investigar dos asesinatos de mujeres jóvenes que en apariencia no estaban relacionados. Brooks era un hombre poco común, había sido oficial de la Marina y piloto de dirigibles hasta que se convirtió en un investigador de primera categoría. Tenía la hipótesis de que un solo hombre había cometido los dos asesinatos (y posiblemente algunos más), pero se sintió muy frustrado al no encontrar ningún modo sistemático de demostrarlo. Decidió revisar personalmente los archivos de la policía local y los periódicos de varios condados de los alrededores para ver si se habían producido otros asesinatos con un *modus operandi* similar al seguido en los asesinatos que estaba investigando. En resumen, el trabajo preparativo de Brooks permitió condenar a Glatman, que confesó cuando le presentaron todas las pruebas que le acusaban.

La extensa confesión de Glatman, obtenida por Brooks, es uno de los primeros documentos de que disponemos sobre la mente de un asesino en serie. En ella se muestran muchos de los factores que he descrito en otros capítulos de este libro. Entre los aspectos más interesantes encontramos sus razonamientos y el relato de las conversaciones que tuvo con las mujeres después de violarlas. Como pasa con muchos asesinos, Glatman se irritaba cuando una mujer intentaba controlarlo —por ejemplo, prometiendo no decir nada a su compañera de piso si dejaba que se fuera— y eso era suficiente para enfurecerlo hasta el punto de matarla. En realidad, era casi imposible que Glatman dejara marchar a una mujer después de haberla violado puesto que el asesinato era la parte final de una fantasía en la que estaba preso y que

llevaba muchos años formándose en su mente. Glatman fue declarado culpable y condenado. En 1957 tuvo lugar su ejecución, a la que Brooks asistió.

Si algo de todo esto suena familiar, es porque se han escrito libros basados tanto en el asesino como en el detective. Hace unos años, presenté el caso de Glatman en un taller para escritores de novelas de misterio y Mary Higgins Clark me pidió más información. Se la proporcioné y la utilizó como base para su novela *Le gusta la música, le gusta bailar*. Años antes, Joseph Wambaugh basó el personaje del detective de su célebre libro *The Onion Field* en Pierce Brooks, aunque el libro trata sobre un caso que no es el de Glatman.

Sus experiencias a la hora de intentar obtener información de los diferentes departamentos de policía alrededor de Los Ángeles le dieron a Brooks la idea de crear un sistema que vinculara a todos los departamentos de California, de modo que se facilitara en el futuro la persecución y captura de los criminales. Su idea era hacerlo por ordenador, porque el teletipo, otra de las opciones, era muy engorroso y no se podían compartir datos fácilmente. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la informática era algo muy nuevo y los ordenadores tenían grandes dimensiones y resultaban muy costosos, de modo que el estado de California dijo que no se podía permitir comprar ordenadores para fines policiales. Brooks, en consecuencia, abandonó la idea por el momento y se dedicó a desarrollar su carrera, llegando a ser jefe de los detectives de homicidios de Los Ángeles y, más tarde, jefe de policía en Springfield y Eugene, ambas ciudades en Oregón, y Lakewood, Colorado.

A mediados de los setenta, cuando empecé a profundizar seriamente en la vida personal de los asesinos en serie, me llamó la atención el caso de Glatman y lo estudié a partir de la información disponible para el público. Como el lector sabe, en la última parte de la década de los setenta me dediqué en gran parte a montar el Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, a obtener la aprobación del FBI y, posteriormente, a conseguir fondos del Departamento de Justicia para llevar a cabo las entrevistas. En el transcurso de dicho proyecto y el crecimiento de la Unidad de Ciencias de la Conducta, empezamos a institucionalizar algunas de mis iniciativas

personales. Teten y Mullany ya se habían jubilado y yo era el máximo experto en criminología y perfiles criminales del FBI. De ser un puñado de hombres investigando asesinatos, violaciones y secuestros, habíamos pasado a constituir un grupo formal de gente que elaboraba perfiles para la policía local e iba a las cárceles para llevar a cabo sus investigaciones. A pesar de que hubo alguna resistencia interna en el FBI, conseguí iniciar un programa de formación en técnicas de elaboración de perfiles dirigido a investigadores experimentados. Trajimos a 55 agentes del FBI a Quantico en 1979 para un curso intensivo en lo que estaba empezando a ser más ciencia que arte, y les mandamos de vuelta a sus oficinas locales para que hicieran de expertos residentes en el tema, ayudándonos en nuestra investigación y actuando como coordinadores en los casos en los que se pedía nuestra ayuda: su función era canalizar la información hacia nosotros y transmitir nuestro análisis a la policía local.

En 1981, el director de Quantico, Jim McKenzie, y yo estábamos sentados en un bar tomando unas cervezas después del trabajo, y me puse a filosofar.

Habíamos establecido la mayor institución docente para la policía de todo el país, quizá del mundo entero, y desde hacía tiempo nuestro archivo de huellas dactilares y el laboratorio para el análisis de pruebas eran considerados los mejores. Le recordé a Jim que la legislación acababa de cambiar y que el FBI tenía más libertad para trabajar en áreas del crimen violento que antes competían exclusivamente a la policía local. Le sugerí que era hora de emplear nuestros crecientes recursos en las ciencias de la conducta y a los coordinadores de campo para crear en Quantico un Centro Nacional para el Análisis de la Violencia Criminal. Dicho centro englobaría al Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, la formación especial para policías en prácticas, los programas que aplican los resultados de la investigación para ayudar a la policía a redactar órdenes de registro y realizar entrevistas basadas en los principios de las ciencias de la conducta, así como otros aspectos de nuestras modalidades internas de formación para la policía local y nuestros propios agentes. Con cara inexpresiva, McKenzie dijo que el centro se debería llamar Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento y que, al cambiar dos palabras, el concepto se había vuelto

idea suya. Los dos nos reímos, porque entendíamos la broma sobre el funcionamiento de la burocracia y el modo en que los superiores se llevan el crédito por todo. McKenzie reconoció que el Centro Nacional era una idea buena y que era mía. En los años posteriores, luchó con uñas y dientes para que el CNACV¹ se hiciera realidad; hoy en día puedo decir que sin sus grandes esfuerzos no se habría conseguido, porque en el gobierno federal no se producen cambios en la organización si no hay alguien incansable defendiendo la causa desde una buena posición.

El CNACV terminó absorbiendo todos los programas de ciencias de la conducta en Quantico con los que yo había estado relacionado. Como he dicho anteriormente, Quantico empezó en 1972 como un centro de formación para agentes del FBI, policías invitados y agentes nuevos. Gran parte de la formación de personal experimentado se realizó más tarde bajo los auspicios del CNACV; además, se incorporaron muchos programas de recopilación de datos y de investigación que nunca se habían desarrollado en Quantico antes de que yo empezara con mis entrevistas. A partir del Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, por ejemplo, se llevaron a cabo programas similares para estudiar el maltrato infantil, la piromanía, la violación, la mente de los asesinos a sueldo, los espías y los contraespías, y otros temas importantes relacionados con la justicia criminal. El CNACV se convirtió, de hecho, en la sección de investigación y formación en ciencias de la conducta en Quantico. La antigua Unidad de Ciencias de la Conducta se había ampliado considerablemente.

Mientras estábamos considerando la posibilidad de establecer el CNACV, me enteré de que un tal Pierce Brooks había obtenido una pequeña subvención del Departamento de Justicia para estudiar la viabilidad de un Programa para la Detención de Criminales Violentos (PDCV).² Después de más de 20 años, Brooks había retomado su sueño de finales de los cincuenta en un momento, además, en que los ordenadores se habían convertido en un instrumento habitual de trabajo y que resultaban, en consecuencia, mucho más económicos.

Desde la época de Harvey Glatman hasta principios de los ochenta se había producido un cambio significativo en el panorama del crimen violento en Estados Unidos. En los cincuenta y sesenta, casi todos los homicidios

cometidos en Estados Unidos fueron resueltos antes de transcurrir un año. Eso fue posible porque la mayoría de los 10.000 asesinatos anuales eran cometidos por algún conocido de la víctima: la pareja, un pariente, un vecino o un colega. Hablando en términos estadísticos, un porcentaje muy reducido era cometido por «desconocidos» o resultaba por algún motivo «imposible de resolver». En los setenta, sin embargo, la situación cambió drásticamente. De los aproximadamente 20.000 asesinatos anuales cometidos en Estados Unidos, unos 5.000 quedaban sin resolver —entre un 25 y 30 %—. A esos asesinatos iba dirigido el sistema PDCV de Brooks. En los 20 años que habían pasado desde que la idea fuera formulada por vez primera, Brooks la había ampliado considerablemente: ahora no solamente quería que el sistema se implantara en California, sino a nivel nacional, y también quería que todos los departamentos de policía pudieran introducir datos y luego acceder al sistema para evaluar sus propios crímenes no resueltos.

Cuando me enteré de que el Departamento de Justicia le había concedido la subvención, me puse en contacto con Brooks y le invité a formar parte del consejo asesor del Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal y a visitarnos en Quantico. Cuando vio la labor que estábamos realizando, nos invitó a mí y a mi superior inmediato a formar parte de su propio grupo de trabajo, que estaba operando desde las instalaciones del profesor Doug Moore y la Universidad Estatal Sam Houston en Huntsville, Texas, uno de los centros académicos de Estados Unidos dedicados a los estudios policiales.

Nunca he visto a nadie sacarle tanto jugo a una subvención como Pierce Brooks. Cualquier persona conocedora de los entresijos del gobierno habría pedido un par de millones de dólares para estudiar la viabilidad de un sistema nacional de ordenadores; Brooks había pedido y obtenido unos 35.000 dólares y había cuidado celosamente de cada centavo de ese dinero. Había reunido un consejo con los máximos expertos en homicidio y otros temas relacionados. Para asistir a un congreso en Texas, nos pidieron que reserváramos nuestros billetes de avión de antemano y que fueran los billetes más económicos posibles, las superofertas, con tal de limitar los gastos al máximo. Nos hospedaron en colegios mayores y nos llevaron en autobús a restaurantes de comida rápida. O sea, que de gastos exorbitantes nada.

Aunque admiraba la forma en que Brooks cuidaba el dinero de los contribuyentes, en mi opinión su plan inicial para el PDCV pronto sería inviable.

Lo que Brooks quería era montar la oficina central del PDCV en uno o dos cuartos del departamento de policía de Lakewood. Habría sólo unos 10 o 15 ordenadores repartidos por todo el país, en los lugares más importantes, lo que significaba que cada terminal tendría que cubrir dos o tres estados. Además, para mantener el programa funcionando necesitaba renovar la subvención federal cada año. Eso sí, pensaba pedir un poco más de dinero en el futuro para disponer de una reserva.

Cuando ya tuvimos más confianza, le expliqué a Brooks con toda franqueza mi opinión sobre el funcionamiento del gobierno, las subvenciones y todo eso. Le dije que, por la naturaleza propia del gobierno federal, incluso si obtenía una subvención considerable en 1982, existía el riesgo de que no se la renovaran y de que posteriormente el proyecto abortara por falta de fondos si el gobierno cambiaba en 1984. En cambio, si el programa pasaba a formar parte de una agencia gubernamental ya existente, su financiación podía incluirse en el presupuesto permanente de dicha agencia, y de este modo las probabilidades de supervivencia aumentarían considerablemente, aunque hubiera un cambio en la administración. Además, la agencia federal podría aportar despachos y personal preexistentes, así como un sistema de telecomunicaciones, quizá incluso un sistema informático que él pudiera utilizar, lo que le permitiría sacarle más rendimiento al dinero que recibiera. Podía ser cualquier agencia gubernamental, como Correos o el Departamento de Salud, Educación y Bienestar, pero el hogar más lógico para el PDCV era el FBI. Aunque a muchos departamentos de policía local no les gusta el FBI (el lector recordará lo de que el FBI siempre se lleva el crédito...), era obviamente el lugar perfecto para el PDCV, especialmente si éste se juntaba con el CNACV, cuya creación estábamos estudiando.

Brooks tenía que admitir que mi idea tenía lógica y pusimos en marcha el proceso para poner el PDCV bajo la protección del FBI, como parte del CNACV. El plan era que, cuando le renovaran y ampliaran la subvención,

Brooks vendría a Quantico durante el primer año para dirigir el programa. En vista de todo lo anterior, Brooks y el FBI pidieron una subvención de varios millones de dólares para poder iniciar el PDCV y el CNACV.

Mi interés por la creación del PDCV se debía a las experiencias acumuladas en el FBI durante la década anterior. Había visto con demasiada frecuencia que la fase inicial de los casos de asesinato cometidos por desconocidos de la víctima no se llevaba a cabo correctamente. David Berkowitz mató a varias personas antes de que la policía de Nueva York empezara a reconocer que había alguna conexión entre las víctimas o los crímenes. Si el PDCV hubiera estado funcionando plenamente, la conexión se habría establecido antes y a lo mejor Berkowitz habría sido detenido antes de que asesinara más. Lo mismo puede decirse del caso de Wayne Williams en Atlanta; la policía negó durante más de un año que tuviera a un asesino en serie entre manos.

Aparte de que se necesitaba el PDCV para ayudar a la policía en este tipo de casos, también había otro buen motivo para vincular el PDCV con el CNACV y con otros programas gubernamentales ya existentes, como el que se encarga de las personas desaparecidas: para liberar de su agonía a gente como los padres de Johnny Gosch. Es posible superar una muerte, incluso la de un hijo, pero si no se tiene información, las heridas se mantienen abiertas y no cicatrizan. Es lógico que muchos años después del secuestro de su hijo, los Gosch quieran saber si está vivo o muerto, si sus restos han sido encontrados y su asesino detenido y encarcelado, quizá por algún otro crimen. Necesitan olvidar el asunto y, para ello, necesitan información. El PDCV y el CNACV pueden ayudar a proporcionar esa información.

Los cambios en las instituciones tardan mucho en llevarse a cabo y el establecimiento del PDCV y el CNACV no fue la excepción que confirma la regla. Se habló del PDCV durante un año más. En el curso de una de nuestras sesiones en Texas, un miembro del grupo de trabajo del PDCV, un ex periodista, irrumpió en la sala para anunciar que un tal Henry Lee Lucas había confesado más de 100 asesinatos en casi todos los estados de la Unión. Dijo que era el caso perfecto para vender la necesidad del PDCV.

Los que teníamos más experiencia directa investigando asesinatos pusimos cara de recelo, aunque estábamos de acuerdo en que ese caso podría ayudarnos a convencer al público de que el PDCV era necesario.

Henry Lee Lucas, un vagabundo tuerto de casi 50 años, fue condenado por el asesinato de una mujer mayor en una pequeña ciudad de Texas en 1983. En el momento de su condena, Lucas dijo al juez que, aunque lo habían cogido por ese asesinato, no era gran cosa porque había cometido cientos de asesinatos por todo el país desde que salió de la cárcel en 1975 (donde había estado por matar a su madre), algunos a solas y otros junto con otro vagabundo, Ottis Toole, al que conoció en 1979. Con esa primera confesión y las que posteriormente haría, Lucas consiguió evitar el corredor de la muerte e involucró a la policía en una búsqueda que les hizo recorrer todo el país durante varios años.

Los primeros a los que Lucas se ganó fueron los *Texas Rangers*, que estaban recibiendo un montón de peticiones de información de los departamentos de policía de muchos estados; todos ellos intentaban averiguar si tenía algo que ver con sus casos no resueltos. Los *Rangers* informaron discretamente de que, si les mandabas los detalles de los casos sin resolver en tu jurisdicción, los investigarían e indicarían si era necesario enviar a alguien a Texas para que formulara directamente las preguntas pertinentes a Lucas.

Ahora bien, supongamos que estás en un departamento de policía en el sur de Illinois. Hay un caso de homicidio no resuelto, una joven violada y apuñalada detrás de un supermercado, y todo indica que el crimen es obra de un transeúnte. Mandas los detalles básicos a los *Rangers* y ellos hablan con Lucas. Sin embargo, en vez de hacerle preguntas indirectas para saber si estuvo en Illinois en la fecha en cuestión o si alguna vez mató a alguien cerca de un supermercado, los *Rangers* le hacen preguntas inductivas, preguntas que le proporcionan el color, sexo y edad de la víctima. A veces incluso le enseñan fotos de la escena del crimen —para refrescarle la memoria— y luego le preguntan si ha cometido el asesinato. Lucas fue lo bastante astuto como para negar más de la mitad de los casos, pero también confirmó un gran número. Cuando decía que sí, el departamento de policía en cuestión mandaba a un representante a Texas para entrevistarse con Lucas en persona y luego, la mitad de las veces, hacía gestiones para que Lucas pudiera viajar

al lugar en cuestión y visitar la escena del crimen, testificar en el juicio, etcétera. Casi siempre se trataba de casos en los que no había otras pruebas ni testigos en los que basar una condena. Por increíble que parezca, la policía de 35 estados utilizó este procedimiento para cerrar 210 casos de homicidio no resueltos.

Por supuesto, todo esto permitió a Henry Lee Lucas salir de su celda sin aire acondicionado de Texas durante largos periodos de tiempo, hacer largos viajes en avión o coche, hospedarse en hoteles, comer bien en restaurantes y, en general, recibir un trato de famoso. En un momento dado, al principio de todo, se celebró una especie de convención en la que se reunieron policías de todo el país para «hablar» sobre los casos de Lucas. Yo no fui, pero me contaron que aquello fue el colmo de la confusión. Hubo allí un ambiente como en un mercado de valores, con todo el mundo gritando y haciendo señales con las manos para intentar quedarse con ciertos casos. Mi impresión es que aquel fiasco no se debió solamente a que los departamentos de policía necesitaran cerrar sus casos no resueltos, sino también al aburrimiento de los policías mismos. Muchos de ellos convencerían a sus superiores de que era importante ir a Texas —tomándose una especie de vacaciones pagadas— para entrevistarse con Lucas.

Uno de mis superiores no quería perderse la acción e intentó ir a Texas, no tanto para obtener información, sino más bien para poder decir que había estado allí y se había sentado a entrevistar a un criminal terrible. Afortunadamente, como yo controlaba los fondos de la subvención que el superior quería usar para viajar, pude vetar la idea. Un agente de la oficina del FBI en Houston sí entrevistó a Lucas y le preguntó si había cometido los asesinatos en Guyana. Dijo que sí. El agente le preguntó cómo había ido a Guyana. «Fui en mi coche», respondió Lucas. El agente le hizo más preguntas y Lucas contestó que no sabía exactamente la ubicación de Guyana, pero que lo situaba por Louisiana o Texas. Vamos, que admitió libremente haber sido responsable de la muerte de los cientos de personas que murieron a manos de Jim Jones en los asesinatos/suicidios de Jonestown, a varios miles de kilómetros de Estados Unidos, cuando era obvio que no había tenido nada que ver con todo aquello. De este modo, dejó claro que las otras confesiones, de cientos de asesinatos, también eran falsas.

Al final, se cotejaron los documentos referentes a los trabajos que Lucas había tenido —por ejemplo, cogiendo champiñones en Pennsylvania y vendiendo chatarra en Florida—, los recibos de su tarjeta de crédito y otras pruebas. Resultó que había claras discrepancias en sus historias. Hugh Aynesworth y Jim Henderson del periódico *Dallas Times Herald* hicieron una labor importantísima, rebuscando en el pasado de Lucas y descubriendo, por ejemplo, que se encontraba físicamente en Florida cuando en Texas se había producido un asesinato supuestamente cometido por él.

Cuando llegó el momento de entrevistarme con Lucas, años después de la controversia, los ánimos se habían calmado y Lucas dijo que, en realidad, no había cometido ninguno de los asesinatos que había confesado. Cuando le presioné, admitió haber «matado a algunas personas» desde 1975, menos de diez, quizá cinco, no estaba seguro. Contó todas esas mentiras para divertirse y dejar patente lo que él llamaba la estupidez de la policía.

El fiasco causado por Lucas tardó varios años en superarse. Sin embargo, el miembro de nuestro grupo de trabajo que irrumpió en la sala acabó teniendo razón: si el PDCV hubiera estado funcionando cuando Lucas hizo su primera y sorprendente confesión, habría sido fácil averiguar dónde terminaba la verdad y dónde empezaba la mentira. Primero, habríamos pedido a los departamentos de policía que rellenaran el formulario del PDCV con los datos de los asesinatos no resueltos y que los introdujeran en el sistema informático. Luego habríamos analizado los datos por fecha, localidad y *modus operandi*, y en poco tiempo habríamos podido demostrar que varios de los asesinatos habían sido cometidos el mismo día en localidades muy distantes, eliminando así la posibilidad de que los cometiera la misma persona. Ese proceso de eliminación habría restringido el campo muy rápidamente y los investigadores habrían podido concentrarse en las posibilidades reales.

Estábamos todavía desarrollando el formulario prototipo del PDCV cuando la policía de Los Ángeles se vio envuelta en un caso importante llamado el *Night Stalker* (el Cazador Nocturno). Se había producido una serie de asesinatos en los barrios hispanos de Los Ángeles, y la policía no estaba completamente segura pero pensaba que podía ser obra de un solo asesino.

Enviamos a algunos miembros del PDCV para que ayudaran a la policía, principalmente con tareas técnicas como determinar cuántas de las víctimas podían atribuirse al asesino. Era una labor relativamente fácil para investigadores experimentados como Frank Salerno de la policía de Los Ángeles, que había jugado un papel importante en la resolución del caso del *Hillside Strangler* y que ahora estaba al mando de la operación contra el Cazador Nocturno, pero estábamos poniendo a prueba nuestro formulario y queríamos ayudar sin convertirnos en los protagonistas de la investigación. El objetivo era demostrar a la policía que era posible recurrir al FBI sin correr el riesgo de perder el control de la investigación. Aunque Richard Ramírez, el Cazador Nocturno, fue apresado con muy poca ayuda del FBI, el caso nos permitió hacer una revisión del formulario, que era demasiado largo al principio y pretendía abarcar demasiado —como ocurre a menudo con los proyectos diseñados en comité—. Aunque posteriormente acortamos el formulario, sigue siendo muy detallado y se requiere más o menos una hora para rellenarlo.

La época de mediados de los ochenta, cuando nos estábamos preparando para solicitar fondos para el PDCV y el CNACV, fue el periodo denominado por Philip Jenkins de la Universidad Estatal de Pensilvania como los años de «pánico por los asesinos en serie de 1983 a 1985». Jenkins publicó un artículo en el *Criminal Justice Research Bulletin* (1988) en el que citaba numerosos artículos que salieron en periódicos y revistas durante dicho periodo. Todos señalaban que durante esa época hubo muchos más asesinatos no resueltos en Estados Unidos que en cualquier otro momento del pasado. Se pensaba que muchos eran asesinatos en serie y se pedían más recursos para que el sistema de justicia criminal pudiera afrontar el problema. La tesis de Jenkins era que se había exagerado la oleada de crímenes y citó el caso de Lucas para demostrarlo. Aunque, como he dicho antes en este capítulo, en los años setenta y ochenta hubo un aumento de los asesinatos no resueltos cometidos por desconocidos, Jenkins sí tenía razón en lo básico: a mediados de los ochenta, la prensa creó una especie de locura, cuando no pánico, en torno a este tema, y los que estábamos en el FBI, así como otras personas interesadas en la creación del PDCV, contribuimos a dar la impresión de que existía un gran problema que necesitaba resolverse. No es que saliéramos en

busca de publicidad, sino que respondíamos a las llamadas de los periodistas y les proporcionábamos el material necesario para escribir un buen artículo. Al hacer esto, estábamos empleando una vieja táctica de Washington, la de exagerar un problema con el fin de conseguir la atención del Congreso y las altas esferas del ejecutivo.

El problema en este caso fue que algunas personas en el aparato burocrático se excedieron haciendo uso de esta estrategia para llamar la atención. Pierce Brooks y yo recomendamos encarecidamente que se crearan el PDCV y el CNACV, y lo hicimos por buenos motivos. Sin embargo, nosotros los considerábamos proyectos a largo plazo que probablemente no arrojarían resultados inmediatos, al menos no en el sentido de capturar un criminal nada más pulsar la primera tecla de un ordenador. Recuerdo haberle dicho a Brooks que, si el PDCV empezaba oficialmente en 1985, no estaría plenamente operativo hasta 1995. No es difícil comprender por qué. Para los departamentos de policía local rellenar los formularios del PDCV y mandarlos a Quantico sería algo voluntario y tardarían algún tiempo en darse cuenta de que valía la pena. También haría falta tiempo para ir construyendo la base de datos y para perfeccionar un sistema de consulta que permitiera que la información fuera útil para la investigación.

El 21 de junio de 1984, en la convención anual de la Asociación Nacional de Sheriffs en Hartford, Connecticut, el presidente Ronald Reagan anunció la creación del CNACV. Dijo que su principal misión era la de identificar y perseguir a los asesinos múltiples. El Instituto Nacional de Justicia proporcionó los fondos iniciales. Pierce Brooks se apuntó al equipo y pasó nueve meses con nosotros. A finales de mayo de 1985 llegó el gran momento: Brooks se sentó delante de un ordenador en Quantico y vio cómo introducíamos los datos del primer formulario auténtico del PDCV. Había tardado 27 años, pero al final se cumplió su sueño de poder contrastar los datos de un crimen violento con los de otro. Tres días después, Pierce volvía a Oregón y yo me quedé con la gestión del programa.

Sin embargo, no era éste mi deseo. El PDCV es el sueño de todas las personas a las que les gustan las matemáticas y los números, pero lo mío son las ciencias de la conducta y las investigaciones activas. El hombre ideal para el puesto era un supervisor del Departamento de Justicia, Robert O. Heck,

que se había encargado de conseguir que la cuantiosa subvención saliera viva de la maquinaria burocrática. Había invertido muchísimo trabajo en el proyecto y esperaba poder gestionar el programa una vez funcionara. Sus superiores del FBI incluso se lo habían prometido. Una vez que el dinero llegó, sin embargo, le informaron de que ellos serían los administradores. Heck se sintió frustrado y yo también. A pesar de eso, el proyecto siguió adelante. En octubre de 1985, toda la financiación del PDCV quedó integrada en el presupuesto anual del FBI; sus cuatro programas básicos eran Investigación y Desarrollo (principalmente mi Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal), Formación (de agentes del FBI y de policía local), Perfiles y el PDCV.

Pronto surgió otro obstáculo. El diseño original del PDCV preveía que habría un director y muchos analistas subalternos. Estos últimos se encargarían de recoger los datos de los informes, introducirlos en el ordenador, y convencer a los departamentos de policía local para que rellenaran los formularios en los casos de homicidio no resuelto y otros crímenes violentos. Durante el primer año, mis superiores cogieron el dinero previsto para los puestos subordinados y lo destinaron a la compra de ordenadores. Acabamos teniendo nuevos y bonitos juguetes electrónicos, pero nadie que los utilizara para la aburrida y costosa labor de introducir información en el sistema. En posteriores asignaciones, mis superiores decidieron que el mejor destino para el dinero no era la contratación de analistas subalternos y procesadores de datos, sino directores y analistas criminales de alto nivel. Claro está, esos directores y analistas tenían poco material que analizar, porque muy pocos datos entraban en el sistema. Se había previsto ingenuamente que todos los casos no resueltos serían introducidos en el ordenador durante el primer año. Como se producían unos 5.000 asesinatos no resueltos al año, en 1989, tras cuatro años de operación, el ordenador debía contener 20.000 casos. Sin embargo, sólo se habían introducido 5.000 y el programa no parecía dar de sí todo lo que podía. Sólo a finales de los ochenta, poco antes de mi jubilación, pudimos contratar a los técnicos intermedios necesarios para introducir los datos, y contamos con la colaboración de suficientes departamentos de policía local para que el PDCV tuviera la oportunidad de demostrar de lo que era capaz.

Todavía hay varias grandes ciudades e importantes estados que no quieren participar plenamente en el PDCV, y su negativa hace más difícil que el sistema consiga los objetivos que le han sido fijados. En mi opinión, el gobierno federal debería obligar a todos los departamentos de policía local a denunciar los crímenes violentos al PDCV, como ya tienen que hacer con el *Uniform Crime Reporting System* (Sistema de Informes Uniformes Sobre la Delincuencia). Si esto se hiciera y todos los departamentos de policía enviaran su información al PDCV de manera rutinaria, estoy seguro que la tasa de crímenes no resueltos se reduciría del 25 por cien a un cinco o diez por cien.

Digo esto por la siguiente razón. El PDCV no se encarga exclusivamente de los asesinos en serie, a los que se podría seguir la pista, por ejemplo, estableciendo que el patrón de las heridas por arma blanca en la víctima A de Massachusetts corresponde con el patrón de las heridas en la víctima B de Nueva Hampshire. También se beneficiaría la investigación de muchos otros crímenes. Supongamos que se produce un homicidio por arma de fuego en Nueva Jersey. Se encuentra la bala pero no hay rastro del asesino. La información se introduce en el ordenador del PDCV. Unos dos años más tarde, un hombre es detenido en un bar en Texas por intento de violación. Lleva un arma. Se cotejan los datos de balística del arma con los datos contenidos en la base de datos del PDCV, el ordenador dice que el arma del bar y la del asesinato de Nueva Jersey son idénticas, y queda establecida la conexión entre el hombre detenido y el homicidio no resuelto.

Todavía no hemos llegado a ese punto, pero algún día llegaremos. Además, es necesario. En Gulfport, Louisiana, en 1991, se dio el caso de Donald Leroy Evans, que primero confesó haber asesinado a una niña de 10 años, pero luego sorprendió a todo el mundo diciendo que había matado a más de 60 personas en 20 estados desde 1977. Dos de esos asesinatos fueron confirmados y Evans fue condenado a cadena perpetua y enviado a la cárcel, donde otro recluso lo asesinó el 4 de enero de 1999. Es posible que fuera un asesino en serie de grandes proporciones —de hecho, fue el principal sospechoso en una docena de casos— pero es difícil saberlo. El mejor modo de averiguarlo sería introducir los datos de todos los crímenes que Evans confesó en el ordenador del PDCV, compararlos con los datos de los

programas del FBI para personas desaparecidas y muertos no identificados, y luego analizar los resultados comparándolos con los trayectos de viaje de Evans y otros detalles. Todos estos sistemas se pueden utilizar, pero tienen que estar interconectados para que el trabajo se haga bien, y en esta área queda mucho trabajo por hacer.

Al final, parece que mi estimación original de que el PDCV estaría funcionando a pleno rendimiento en 1995 fue acertada, aunque recibí muchísimas críticas en el FBI por decirlo en 1985.

DOBLE ESPECTÁCULO

El 20 de junio de 1988, fui el maestro de ceremonias de una videoconferencia en directo muy inusual puesto que aparecían dos de los asesinos en serie más notorios y peligrosos de Estados Unidos. Fue un intento de conseguir que el Programa para la Detención de Criminales Violentos (PDCV) tuviera una mayor aceptación, y para ello celebramos el primer Simposio Internacional sobre Homicidio, en Quantico, al que asistieron 300 representantes de los cuerpos de seguridad de Estados Unidos y del extranjero. Nuestro principal objetivo era la unificación de los criterios de investigación del homicidio en todos los países, ya que en cada país —y en Estados Unidos, en cada jurisdicción— parecía haber un modo diferente de examinar la escena de un crimen, de interrogar a los testigos y de capturar a los asesinos. Como encargado de la gestión del Programa para la Detención de Criminales Violentos (PDCV), yo quería que los asistentes supieran de la existencia del programa. La primera parte del plan del FBI era congrega a especialistas en Washington, D.C. La segunda parte consistía en proporcionarles una experiencia que probablemente no obtendrían en ningún otro lugar, algo de lo que pudieran hablar en casa: una entrevista en directo con dos notorios asesinos en serie. Gracias a las numerosas y amplias entrevistas que había tenido con John Wayne Gacy y Edmund Kemper a lo largo de casi diez años, pude persuadirles para que nos hicieran una «visita» desde Illinois y California. Ambos hombres confiaban en mí y, en mi opinión, no habrían aceptado participar si yo no hubiera estado al mando de todo y no se lo hubiera pedido personalmente. Después de mis gestiones preliminares, un chupatintas del FBI intentó llevarse el crédito y quiso hacer de maestro de ceremonias; le dije que Gacy y Kemper esperaban escuchar mi voz y que, si él salía en mi lugar, cabía la posibilidad de que ya no quisieran seguir adelante, poniéndonos a todos en ridículo. El chupatintas decidió que

tendría que contentarse con una breve introducción y luego se sentó y se comportó como todo buen miembro del público, dejando que yo me encargara de la función.

La idea de entrevistar a un asesino convicto por satélite no era algo nuevo. Antes, me la habían sugerido miembros del equipo del programa de Geraldo Rivera, pero en mi opinión un agente del FBI no debe participar en algo así y me negué a pedir a nadie que saliera en la televisión comercial. El programa de Rivera intentó en vano convencer a las autoridades penitenciarias de California de que permitieran a Charles Manson salir en la tele en directo. Como no fue posible, el equipo de rodaje se desplazó a la prisión para grabar la entrevista con Manson allí mismo. El programa fue emitido en varias partes y nos pidieron al Dr. Jack Levin de la Northeastern University y a mí que hiciéramos observaciones sobre lo que Manson había dicho.

A diferencia de aquella entrevista televisada, nuestra videoconferencia fue por circuito cerrado y era de carácter interactivo. Los dos hombres hablaron ante unas cámaras de vídeo que mandaban las imágenes a Quantico, donde eran proyectadas en pantallas de gran tamaño. Primero, hice una presentación con diapositivas sobre el caso de cada uno y luego transmití las preguntas del público a los entrevistados. Nosotros podíamos verles a ellos, pero ellos no a nosotros; sólo podían escucharnos. Cada uno estuvo una hora y media contestando las preguntas y resultó una experiencia muy *sui generis*, porque tanto Gacy como Kemper eran hombres extremadamente inteligentes y elocuentes, además de peligrosos asesinos en serie.

Mi familia y yo viajábamos a Chicago en coche para pasar las vacaciones de Navidad de 1978 cuando escuché en la radio que se habían descubierto unos cadáveres en una pequeña casa cerca de Des Plaines, Illinois, un suburbio de Chicago próximo al aeródromo de O'Hare y del lugar donde me crié. Habían aparecido varios cuerpos y, según las noticias de la radio, podía haber muchos más.

Para alguien interesado en el asesinato múltiple, era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar, fueran o no vacaciones. Dejé a mi familia en casa de nuestros parientes, a los que saludé brevemente, me

disculpé, cogí la cámara y acudí a la escena del crimen. Había docenas de personas pululando, muchas de ellas buscando información sobre familiares desaparecidos. Pedí ayuda al agente local del FBI y me presentó al hombre encargado de la investigación, Joe Kozenczak, antiguo jefe del departamento de policía de Des Plaines. A esas alturas, la búsqueda y exhumación de los cuerpos habían pasado a manos de la oficina del *sheriff* del condado de Cook y también me presenté a esos investigadores. Dio la casualidad de que uno de ellos, el teniente Howard Vanick, había sido alumno mío en Quantico, así que me enteré de los pormenores del caso a medida que éstos salían a la luz.

Así fue como empezó: el 11 de diciembre de 1978 era el cumpleaños de Elizabeth Piest. Se había organizado una fiesta familiar y Elizabeth fue a esperar a su hijo de 15 años, Robert Piest, a la salida de la tienda en la que trabajaba para llevarlo a casa. Cuando Robert salió, le dijo que primero tenía que ir al aparcamiento para hablar con un contratista que le había ofrecido un trabajo en la construcción para el verano por el que le pagarían casi el doble de lo que estaba ganando en la tienda. Después de diez minutos, Bob todavía no había vuelto y la Sra. Piest se alarmó, regresó a casa y llamó a la policía, que le dijo que era frecuente en los chicos adolescentes no volver a casa a su hora y que no se preocupara. A las 11 y media de aquella noche, la Sra. Piest ya no pudo esperar más e insistió en que la policía empezara a buscar a su hijo.

Cada año desaparecen unas 20.000 personas en Chicago y alrededores, de los que más de 19.000 aparecen en un plazo comprendido entre unas horas y un año. La policía, pues, se muestra a menudo reacia a buscar a personas desaparecidas hasta que haya transcurrido un periodo de tiempo más largo que el que había pasado en este caso. El jefe de detectives Joe Kozenczak, sin embargo, sí decidió iniciar una búsqueda en serio; él también tenía un hijo de 15 años en el mismo colegio que la Sra. Piest y conocía al chico desaparecido: era un chico normal, como tantos otros, y un gimnasta; no la clase de chico que desaparece sin avisar. Por eso, estaba seguro de que había ocurrido algo. Cuando Kozenczak fue a la tienda a hablar con los empleados, le dijeron que un contratista local, John Wayne Gacy, había estado allí el 11 de diciembre, fotografiando el lugar y sacando medidas para elaborar un presupuesto para una reforma.

La policía llamó a Gacy, pidiéndole que viniera a hablar del asunto, y en la mañana del 13 de diciembre, acudió a la comisaría. Kozenczak ya había empezado a investigar si Gacy tenía antecedentes penales, pero no había encontrado nada. Gacy tenía 36 años y era un hombre bajito y gordito, con papada y bigote negro. Si se atendía exclusivamente a las apariencias externas, Gacy era un hombre de negocios respetable y comprometido con la comunidad; un contratista que también hacía diseño interior y mantenimiento. Había trabajado en la política local y llegó a encabezar un desfile del Día de la Constitución Polaca en el que participó Rosalynn Carter, la esposa del presidente Carter; incluso salió en una foto con la primera dama. También se había disfrazado como payaso, con maquillaje y todo, para entretener a los niños durante un acto caritativo. Llevaba viviendo en su casa desde 1972 y era muy conocido en el barrio.

Gacy negó conocer a Robert Piest o haber tenido contacto con él. Cuando Kozenczak le dijo que lo habían visto con el chico en el aparcamiento, Gacy modificó ligeramente su historia para cubrir la posibilidad de que lo pudieran haber visto cerca del chico en el aparcamiento, pero no admitió nada más. Kozenczak me dijo más tarde que tuvo la sensación, así como la intuición, de que Gacy estaba mintiendo; negaba las cosas demasiado rápido, sin antes pensar, y de un modo no convincente del todo. Kozenczak obtuvo una orden de registro y sus hombres hicieron una inspección muy superficial de la casa de Gacy, en la que encontraron prendas de ropa masculina juvenil y el resguardo de un carrete de fotos que estaba siendo revelado en la tienda de Des Plaines donde Piest trabajaba, un resguardo que no iba a nombre de Gacy. Al investigar el resguardo, se descubrió que Piest había prestado su chaqueta a una chica que también trabajaba en la tienda; ella entregó el carrete para que fuera revelado y dejó el resguardo por error en la chaqueta de Piest cuando se la devolvió.

Kozenczak y sus superiores consideraron que todavía no tenían pruebas suficientes para poder acusar a Gacy de nada —oficialmente, Piest todavía estaba «desaparecido»— pero sí tenían suficientes indicios para vigilar abiertamente todos sus movimientos e interrogar a sus amigos, colegas y conocidos. Fue una vigilancia muy estrecha: los hombres acompañaban a Gacy por la calle y, cuando iba en su coche, se acercaban tanto que, a veces,

los coches casi se tocaban, todo con tal de provocarle para que hiciera algo. Al principio, mantuvo la calma. Dijo a los hombres que sólo cumplían órdenes y que no les responsabilizaba personalmente. Les decía adónde iba por si le perdían en el tráfico y, al menos una vez, ofreció invitarles a comer en el restaurante al que se dirigía. Tras cinco días de vigilancia, sin embargo, se vino abajo hasta tal punto que dejó de afeitarse y empezó a beber, tomar drogas e increpar a la gente. Aun así, colgó lucecitas de Navidad en el exterior de su casa, como venía haciendo desde hacía años.

Gacy contrató a dos abogados para que presentaran una denuncia contra la policía por acoso, alegando que la persecución perjudicaba sus negocios.

El día después de la denuncia, el 20 de diciembre, Kozenczak por fin recibió noticias sobre los antecedentes de Gacy: había sido condenado por sodomizar a un adolescente en Iowa en 1968. Por este motivo pasó varios años en la cárcel, donde tuvo un comportamiento modélico —incluso fundó una división de los *Jaycees*¹—. La condena fue de diez años, pero gracias a su buena conducta consiguió la libertad condicional en 1970. Se mudó a Illinois y allí fue denunciado por agresión con agravantes y conducta temeraria a mediados de 1972; un joven alegó que había conocido a Gacy en el barrio gay, que le llevó a su casa y que allí intentó hacerle daño. Unos días después de su detención, Gacy dijo a la policía que el joven estaba intentando extorsionarle a cambio de retirar la denuncia y que quería que detuvieran al chico. Ninguna de las dos denuncias llegó a tener consecuencias; cuando el joven no acudió al tribunal para confirmar la denuncia, todos los cargos contra Gacy fueron retirados.

Tras recibir esta nueva información, Kozenczak decidió que había suficientes motivos para solicitar una orden de registro completo. El 21 de diciembre, en colaboración con la oficina del *sheriff* del condado de Cook, se presentó en la casa de Gacy con un gran contingente de hombres y procedió a registrarla a fondo. Gacy estaba presente y la policía le acusó de tener a Robert Piest retenido a la fuerza en la casa. Aunque lo negó todo, sí dijo, sin embargo, que en 1972 se vio forzado a matar a uno de sus parejas homosexuales en defensa propia y que había enterrado el cuerpo debajo del suelo hormigonado del garaje. Mientras la policía miraba, Gacy cogió un espray de pintura y marcó en el suelo el sitio donde todavía se encontraba el

cuerpo. En el interior de la casa, los policías hallaron más tarde una trampilla que daba a un espacio de altura reducida que estaba por debajo de la casa. Se metieron dentro y encontraron tres cuerpos en estado de descomposición, así como partes de otros. Gacy fue detenido y acusado de asesinato. En su primera confesión, de la que fueron testigos media docena de detectives, confesó haber matado a Robert Piest y a 27 varones más, la mayoría de ellos enterrados debajo de la casa y los últimos —Piest incluido— arrojados al río Des Plaines. La policía se puso a trabajar tan a fondo en la casa y la propiedad de Gacy que al final sólo quedaron las paredes exteriores, el tejado y las vigas de soporte. Como dijo el forense del condado de Cook a los periodistas, la policía buscaba «cualquier pedacito de pruebas —un anillo, una hebilla de cinturón, un botón— que nos ayude a identificar a las víctimas». Fue necesario llegar hasta tales extremos porque Gacy sólo recordaba el nombre de unas pocas víctimas. Cuando todos los cuerpos habían sido encontrados, el número total de víctimas ascendía a 33 (29 dentro y debajo de la casa, 4 en el río), el mayor número de personas muertas a manos de un solo asesino en la historia de Estados Unidos. La mayoría eran varones jóvenes de entre 15 y 20 años. Puede que Ted Bundy hubiera matado a un número superior de personas, pero no fueron encontrados todos los cuerpos, ni todos le fueron atribuidos directamente. Oficialmente, John Gacy era el peor asesino de la era moderna.

Al principio, Gacy proporcionaba detalles sobre los asesinatos pero, después de consultar con su abogado, dejó de hablar. Los asesinatos empezaron una noche de enero de 1972. Había estado merodeando por la estación de autobuses cerca de la carretera de circunvalación de Chicago, buscando una pareja sexual, y se llevó a casa a un hombre joven. Según Gacy, a la mañana siguiente el joven le atacó con un cuchillo, hubo una lucha, y Gacy logró apuñalar a su atacante en el pecho. Enterró al chico en el hueco que había debajo de su casa. Más tarde en 1972, Gacy se casó por segunda vez (su primer matrimonio, del que tuvo dos hijos, terminó en divorcio durante su estancia en la cárcel). Su segunda mujer le preguntó una vez sobre las carteras de jóvenes que Gacy guardaba en la casa; él le increpó que no era asunto suyo, y la mujer olvidó el tema. Luego se quejó de los extraños olores que había en la casa; Gacy aprovechó una ocasión en la que

ella se fue de viaje para tirar hormigón encima del primer cuerpo y, así, evitar el olor. Después vinieron a vivir a su casa la suegra y los hijos que su segunda mujer había tenido en un matrimonio anterior. Estuvieron allí unos años, durante los cuales, según la suegra, continuó el olor a «ratas muertas». También continuaron los asesinatos.

Gacy no recordaba cuándo mató por segunda vez pero creía que fue entre 1972 y 1975, y así lo confirmaron posteriormente los datos forenses. Estranguló a un joven, lo guardó en el armario del dormitorio antes de enterrarlo y se puso muy nervioso cuando la víctima empezó a soltar fluidos corporales por la boca, manchando una alfombra. A raíz de ese incidente aprendió a meter paños u otros materiales en la boca de sus víctimas.

Según esta primera confesión, a mediados de 1975, John Butkovitch, un obrero de la construcción de 20 años que trabajaba para Gacy, fue a su casa con unos amigos y le pidió que le pagara unos salarios atrasados. Hubo una discusión, la cuestión quedó sin resolver y los hombres se fueron. Esa misma noche pero más tarde, Gacy fue a «dar vueltas» en su coche y recogió a Butkovitch. Llevó al chico otra vez a su casa y le ofreció unas copas. Luego le dijo que le enseñaría el «truco de las esposas». Una vez esposado, Butkovitch se quedó indefenso y le espetó a Gacy que si conseguía salir de ésta, lo mataría. En respuesta, Gacy le enseñó el segundo truco letal, el «truco de la cuerda»: le puso una soga en el cuello a Butkovitch, introdujo un palo y empezó a dar vueltas lentamente, estrechando la soga y estrangulando al chico.

La policía obtuvo descripciones de los trucos de las esposas y la cuerda por los testimonios de varios chicos que Gacy había llevado a su casa. Ellos, sin embargo, se negaron a participar en las demostraciones «mágicas» y así lograron sobrevivir. No fue el caso de Butkovitch, que acabó enterrado y cubierto de hormigón en una fosa al fondo de un trastero, cerca del garaje.

La familia Butkovitch sospechó de Gacy, pero la policía no investigó. «Si nos hubieran hecho caso, podrían haber salvado muchas vidas», diría más tarde el padre de Butkovitch a los periodistas. Si la policía no investigó, fue probablemente porque pensaría que Butkovitch se había fugado de casa,

como hacen miles de chicos en todo el país. Además, para poder descubrir el crimen, habrían necesitado una orden de registro y no la habrían obtenido, puesto que no tenían ninguna prueba tangible.

Más tarde salieron a la luz los detalles sobre las prácticas sádicas de Gacy y las técnicas que empleaba para atraer y controlar a sus víctimas. Solía merodear por los barrios gay, buscando a posibles víctimas, muchos de ellos transeúntes a los que nadie echaría en falta durante un tiempo. Otras veces, cometía sus crímenes cerca de su casa, pidiendo a sus empleados a tiempo parcial que fueran allí a cobrar salarios atrasados. Una vez que las víctimas estaban en su casa, les daba alcohol y drogas y luego les mostraba películas. Primero ponía pornografía heterosexual y después introducía material homosexual. Si la persona no se oponía con demasiada fuerza, sacaba las esposas y la cuerda. Una vez inmovilizada la víctima, Gacy la agredía sexualmente. Después, la metía en una bañera, a veces con una bolsa de plástico en la cabeza, y la ahogaba, pero sin matarla; luego, la revivía con el fin de seguir torturándola y agrediendo.

Gacy era un hombre listo, con un alto CI, pero más importantes todavía eran sus habilidades verbales y sus dotes para la manipulación, con los que lograba neutralizar la paranoia y curiosidad de sus víctimas. Era una araña que sólo podía matar a sus víctimas cuando las tenía en el centro de su telaraña. Mientras Bundy golpeaba a las mujeres en la cara con una palanca, Gacy no utilizaba ni armas de fuego, ni cuchillos, ni objetos contundentes, sino que inmovilizaba a sus víctimas mediante la astucia y el engaño.

Cuanto más secuestros, agresiones y asesinatos cometía con impunidad, más complicados se volvían los rituales y la tortura. Tenía un alto concepto de sí mismo y una opinión muy baja de la policía y todos los demás, y acabó convirtiéndose en un asesino experimentado y experto.

En febrero de 1976, la segunda mujer de Gacy y su familia se mudaron de la casa, y Gacy incrementó su violencia, matando aproximadamente una vez al mes. A medida que iba asesinando, debió de pensar que era invencible porque nadie sospechaba de él, y se volvió más atrevido y arrogante. Ya no se valía del anonimato de los barrios gay, sino que recogía a chicos en plena calle —uno volvía a casa después de estar en una hípica, otros provenían de entre sus empleados a tiempo parcial—. Simplemente iban desapareciendo

varones jóvenes de entre 15 y 20 años, y las más de las veces se pensaba que se habían fugado de casa. Mientras sus asesinatos pasaban desapercibidos, el éxito en su comunidad y negocios aumentaba. Se hizo el encargado del programa de vigilancia del barrio, recorría las salas infantiles de los hospitales con su disfraz casero de payaso, y organizó una edición de la fiesta anual del barrio a la que asistieron 400 vecinos. «Siempre estaba dispuesto a hacer cualquier tarea, limpiar cristales, poner sillas para reuniones, incluso reparar un grifo que goteaba», dijo alguien de la delegación local del Partido Demócrata a los periodistas, concluyendo que «no sé de nadie a quien no le cayera bien».

Los primeros artículos en los periódicos hablaron de un Gacy que era una especie de Doctor Jekyll y Mister Hyde. Como he argumentado en otros capítulos de este libro, esta explicación no es válida para este tipo de asesino. El lado oscuro siempre está presente, pero el asesino logra ocultarlo con frecuencia al mundo exterior. De hecho, cuando se reconstruyó el pasado de Gacy, quedó patente que su lado extraño y asesino había sido visible durante 15 años. Allá en los sesenta, en Iowa, cuando gestionaba tres restaurantes de pollos asados que su primer suegro tenía en franquicia, utilizaba su posición para tener relaciones sexuales con algunos de sus empleados más jóvenes. Un documento oficial presentado por el fiscal del condado de Cook alegaba que «los jóvenes mantuvieron relaciones sexuales con la primera mujer de Gacy, a cambio de practicar el sexo oral con él». Además, «cuando una víctima sodomizada lo denunció ante las autoridades, Gacy contrató a otro chico para que le diera una paliza y lo convenciera de que no testificara». Gacy sólo fue acusado, condenado y encarcelado después de la denuncia de una víctima con buenas conexiones.

En su casa se encontraron anillos de graduación, documentos de propiedad de coches y otras posesiones de sus víctimas; en un caso, Gacy incluso le vendió a un empleado suyo el coche de una de sus víctimas. De hecho, guardaba un trofeo de casi cada uno de ellos. A principios de 1978, Gacy consideró que el espacio que había debajo de su casa y los otros escondites en su propiedad estaban al límite de su capacidad y empezó a arrojar víctimas desde puentes sobre el río Des Plaines.

Cuando Kozenczak y sus investigadores interrogaron a Gacy en su casa el 12 de diciembre de 1978, el cuerpo de Piest estaba todavía en el ático. De algún modo, antes de iniciarse la fase intensa de vigilancia policial, Gacy logró sacar el cuerpo y tirarlo al río; Robert Piest ni siquiera fue encontrado hasta después del juicio, durante el que sólo aproximadamente la mitad de las víctimas habían sido identificadas.

En el juicio, los abogados de Gacy argumentaron que sufría de trastorno múltiple de la personalidad y que un tal «Jack Handley» había cometido los asesinatos. (Gacy sugirió que sus personalidades «John» y «Jack» eran opuestos; el verdadero Jack Handley era un policía del área de Chicago de cuyo nombre se había adueñado Gacy.) Más adelante, Gacy dijo que, debido a la naturaleza de su trabajo, al menos una docena de hombres tenía copias de las llaves de su casa. Además, de vez en cuando algunos socios suyos se alojaban en ella y podían haber estado implicados en los asesinatos. Cambió su versión de la historia y dijo que sólo había matado a unos cuantos chicos, no a 33, y que, desde luego, no había matado a todos los chicos con los que tuvo relaciones sexuales. Algunas de esas hipótesis empezaron a salir a la luz en las 60 horas de cinta que Gacy grabó para sus abogados. En ellas también confesaba haber cometido muchos de los asesinatos.

La fiscalía sólo enjuició a Gacy como autor de los asesinatos, a pesar de que existían indicios de que, efectivamente, podían haber estado implicadas más personas, dos socios de Gacy que estuvieron viviendo en su casa. Esto ocurre a menudo en los grandes juicios: el fiscal persigue al sospechoso que tiene y deja de lado a los demás, porque complicarían un juicio que, sin ellos, es sencillo. Lo importante es tratar el caso con celeridad y conseguir que se condene a un hombre que obviamente es culpable.

Gacy y sus abogados basaron su defensa en que no era culpable por enajenación mental. La fiscalía replicó que los pasos que Gacy había dado para conseguir víctimas, inmovilizarlas, matarlas y esconder sus cuerpos demostraban que eran asesinatos conscientes y premeditados, y que Gacy sabía claramente distinguir entre el bien y el mal en el momento en que cometió los asesinatos. Después de un juicio de casi seis semanas, Gacy fue declarado culpable del asesinato de 33 personas y condenado a la silla eléctrica.

Tras el fallo, solicité una entrevista con Gacy y él consintió verme a mí y a unos colegas de la Unidad de Ciencias de la Conducta. Me dijo que me conocía de su infancia. Vivíamos a cuatro manzanas el uno del otro y recordaba haber entregado pedidos de supermercado en casa de mi madre; incluso describió algunas macetas peculiares que teníamos en el jardín. Así que hablamos del barrio y entablamos una especie de relación. Yo había aprendido lo suficiente sobre el modo de hablar con los asesinos como para poder conversar con él bastante objetivamente, sin estigmatizarlo por lo que había hecho. A esas alturas, Gacy estaba convencido de que la policía, los abogados y los tribunales eran todos unos idiotas que eran incapaces de comprenderlo y que estaban muy por debajo de su capacidad intelectual; yo, sin embargo, tenía buenos conocimientos sobre los asesinos inteligentes y conmigo podía tener una conversación razonable sobre su vida. Afirmó que dos o tres de sus antiguos empleados habían participado en los crímenes. En mi conversación con Gacy, le dije que yo estaba de acuerdo en que la policía debía haber investigado más exhaustivamente a los empleados que se habían quedado en su casa de vez en cuando. No estaba mintiendo. Hoy en día sigo creyendo que quedan vías por explorar que podrían revelar la implicación de terceros en los asesinatos.

Gacy no quería hablar con los medios e incluso rechazó hacer entrevistas pagadas. Dijo que algún día querría contar su historia y le animé a hacerlo. No obstante, le recomendé que fuera sincero y que no intentara negar haber matado a todas las víctimas. De hecho, le dije que, en mi opinión, podía haber matado a más de 33 personas, ya que había viajado por 14 estados, y podía haber buscado víctimas en los barrios gay de muchos lugares. Ni confirmó ni negó esa acusación.

Me mantuve en contacto con Gacy a lo largo de los años. En nuestras últimas conversaciones calificó a sus víctimas como «un hatajo de mariquitas y miserables». Le cuestioné acerca de esa afirmación. ¿Por qué descalificaba a sus víctimas? Si ellos eran unos homosexuales miserables, él ¿qué era? Contestó que ellos eran unos inútiles que se habían fugado de casa, mientras que él era un exitoso hombre de negocios que no tenía mucho tiempo para citas. Le producía más satisfacción tener sexo rápido con un chico joven que

salir con una mujer, llevarla a restaurantes y seducirla; su apretada agenda no le permitía hacer eso. Esa respuesta no me gustaba, pero la acepté sin cuestionarla, porque no quería perder la relación especial que tenía con él.

Más tarde, Gacy pintó un cuadro y me lo mandó. Mostraba un payaso, vestido como Gacy solía vestirse cuando hacía de payaso, posando en medio de una arboleda de árboles de hoja perenne, rodeado de globos. La inscripción dice: «No puedes esperar tener una buena cosecha, si no labras los campos primero.» Algunos han interpretado el mensaje como un cumplido dirigido a mí, con el significado de que pude acercarme mucho a Gacy porque había trabajado mucho tiempo con asesinos múltiples y estaba muy preparado para hablar con él. Otros, sin embargo, lo han interpretado como que todavía quedan víctimas por encontrar. Gacy siempre se negó a dar más detalles.

La gente que alcanza cierta notoriedad por sus crímenes suele atraer la atención de terceros. Así fue como ocurrió con John Gacy. En 1986, cuando estaba en la cárcel, una mujer dos veces divorciada y con ocho hijos fue a verlo, y entablaron una larga relación por correspondencia. Después de dos años y 41 cartas, la mujer accedió a que se publicaran extractos de algunas de ellas en el *Chicago Sun-Times*. Había párrafos como éste:

Soy una persona crédula y creo que tú también. Pero lo puedes superar. Y no tiene nada que ver con la educación. Tengo tres diplomas universitarios. ¡Qué más da! No significa nada si no tienes sentido común. De quien puedes aprender es de la gente que conoce bien la vida de la calle. Pero también tienes que tener cuidado con los estafadores. Quiero decir, [palabra borrada], el fiscal dijo que soy manipulador. Desde luego que sí. Pero si no lo hubiera sido, no habría tenido éxito. No tendrías éxito operando de incógnito, si no manipularas de vez en cuando.

El psiquiatra forense Marvin Ziporyn, antiguo jefe de psiquiatría de la cárcel en la que Gacy estaba, evaluó y analizó las cartas para el periódico. Ziporyn también entrevistó a Richard Speck a fondo y escribió un libro sobre él, *Born to Raise Hell*. Respecto a Gacy, escribió que en cada carta, casi en cada párrafo, se veían los dos grandes temas de su pensamiento. El primero era que Gacy se veía a sí mismo como un «tipo simpático», lo que, según Ziporyn, significaba heterosexual, «atento, amable, generoso, cariñoso, viril y valiente». Al mismo tiempo, Gacy se esforzaba por negar que hubiera un «Yo Malo, y malo quiere decir débil, temeroso, cobarde y —por encima de todo—

homosexual». Ese «Yo Malo» era el que había cometido los asesinatos. Como Gacy renegaba de su lado «malo», podía creer que, en el fondo, era bueno. Según Ziporyn, Gacy era un sociópata clásico, un hombre cuyo tremendo ego «existe solamente para satisfacer su propio apetito por existir. Su respuesta a la pregunta: “¿Qué está permitido?” es: “Lo que puedas hacer sin que te pillen” y a la pregunta: “¿Qué es bueno?” es: “Lo que sea bueno para mí”». Incluso en sus cartas, Gacy intentaba controlar a su nueva amiga, diciéndole «qué tenía que hacer, qué tenía que pensar, cómo tenía que tratar con su familia, cómo tenía que gestionar sus asuntos», y así quedaba patente su necesidad de controlar y dominar, la misma dinámica que lo llevó a meterse en el *bondage* y el asesinato.

Hacia el final, Gacy llegó a creer que sus problemas se remontaban a su infancia temprana. Nació de padres inmigrantes (Polonia y Dinamarca) y se crió en un hogar donde regía una disciplina estricta, impuesta por un padre borracho que, a menudo, agredía a los miembros de su familia. Alegaba que fue agredido sexualmente por una adolescente cuando tenía cinco años y por un contratista masculino a los ocho años. A los diez años tenía ataques epilépticos y su salud le impidió participar en muchas actividades y practicar deporte en el colegio. Cuando empezó a trabajar, estaba de baja médica uno de cada tres días. También insistió en que el alcohol y las drogas le habían afectado la mente. Incluso llegó a decir que ni siquiera estaba viviendo en su casa cuando los cuerpos fueron descubiertos y que otra persona había cometido los asesinatos.

A finales de 1972, la ciudad de Santa Cruz, en California, parecía la capital del asesinato de Estados Unidos. Cada mes salía la noticia de otro crimen horrendo: un cuerpo encontrado aquí, una autoestopista desaparecida allá. Había más noticias de este tipo *per capita* en Santa Cruz que en cualquier otro lugar del país. Los habitantes eran conscientes de esta epidemia asesina y muchos compraron armas de fuego. También se extremaron las medidas de seguridad en el campus de la Universidad de California, en Santa Cruz, donde habían desaparecido varias mujeres. Más

tarde, se sabría que hubo tres asesinos múltiples operando en la misma zona al mismo tiempo: John Linley Frazier, Herbert Mullin y Edmund Emil Kemper.

Frazier y Mullin fueron detenidos, pero los asesinatos continuaron hasta el fin de semana de la Semana Santa de 1973. El martes siguiente, a las tres de la madrugada del 24 de abril de 1973, el departamento de policía de Santa Cruz recibió una llamada desde un teléfono público de Pueblo, California. La persona que llamaba decía ser Ed Kemper, un empleado del departamento de carreteras. También era un gran conocido de los policías, porque pasaba mucho tiempo con ellos en el bar que había cerca del palacio de justicia y en la tienda de armas de la ciudad. Kemper quería hablar con un agente en concreto, un teniente, pero se conformó con la persona que estaba de guardia. Decía que quería confesar el asesinato de diversas universitarias del campus de Santa Cruz, así como el de su madre y una amiga de ella. Que si por favor alguien podía ir a Pueblo y recogerlo, les mostraría el sitio donde encontrar los cuerpos.

Los policías no se lo podían creer; uno creyó que Kemper simplemente les estaba tomando el pelo. Pero cuando le hicieron preguntas sobre los asesinatos de las universitarias, Kemper contestó con tantos detalles íntimos que nadie más que él podía ser el asesino. Mientras Kemper seguía al teléfono, la policía de Santa Cruz contactó con la de Pueblo y pidió que fueran a recoger a Kemper y lo retuvieran hasta que llegara alguien de Santa Cruz. Cuando los policías de Pueblo fueron a la cabina de teléfono, creyeron primero que había dos personas dentro —con sus dos metros y cinco centímetros de altura y 136 kilos de peso, Kemper podía dar esa impresión—.

Cuando hablé por primera vez con Kemper, cinco años después, me impactó en seguida su tamaño. Por supuesto, lo sabía de antemano, pero aun así, un hombre tan grande te llama la atención. Nos dimos la mano e inmediatamente después me preguntó si, a cambio de la entrevista, le podía conseguir algunos privilegios en la prisión, así como unos sellos para mandar cartas. Le dije que le daría los sellos, pero que no le podía ofrecer nada más. A pesar de eso, estaba dispuesto a hablar y demostró tener una clara comprensión de sus crímenes, gracias al hecho de que llevaba un largo periodo bajo tratamiento psicológico y había trabajado un tiempo en la

sección de psicología de la cárcel. En su opinión, sus crímenes fueron causados por la hostilidad que sentía hacia su madre, que lo había tratado de un modo opresivo. Los crímenes cesaron cuando Kemper acabó con la causa de sus problemas. Era una explicación bastante clara y exacta para un tema muy complejo, así que le pregunté dónde creía que su caso encajaba en el DSM, el manual diagnóstico de trastornos mentales, que en aquel entonces iba por la segunda edición. Dijo que conocía las categorías y que había leído el libro, pero que no había encontrado ninguna descripción que se ajustara a él, ni esperaba encontrar ninguna, porque la psiquiatría tardaría todavía un buen tiempo en obtener la información necesaria para comprender a personas como él. ¿Cuándo sería eso? Pues para la sexta o séptima edición del DSM, en el siglo XXI.

Con esas respuestas, Kemper intentaba decirme lo excepcional que era. También reflejaba la opinión de un prestigioso psiquiatra que había hablado mucho con él y publicado un libro. El psiquiatra creía que casos como el de Kemper sólo ocurren cada 200 años. Yo no estoy de acuerdo. Por muy extraordinario que sea Kemper, no es un caso tan excepcional. Hay otros asesinos como él, aunque él quizá se distinga por su brutalidad y por las terribles experiencias sufridas en su infancia.

El tamaño de su cuerpo siempre fue un problema; se volvió demasiado grande demasiado deprisa. Nunca tuvo la oportunidad de ser un niño de verdad, porque era tan grande que los adultos lo trataban como si fuera mayor. No tenía amigos de su misma edad y los que sí tenían su tamaño iban varios años por delante de él mentalmente. Su tamaño tampoco era un obstáculo invencible que le hubiera impedido tener una vida productiva; el deporte profesional está lleno de hombres enormes que fueron niños enormes, y ninguno de ellos se había convertido en asesino múltiple. En el caso de Kemper, sin embargo, se combinaron varios factores: su tamaño corporal; el estrés de un hogar seriamente anómalo; una madre alcohólica y despótica; un padre ausente; hermanas que recibían un trato de favor; y una abuela que, en muchos sentidos, era peor cuidadora que la madre. Su madre lo minusvaloraba continuamente, diciéndole que él era la causa de sus propios problemas e infligiéndole otras formas de maltrato psicológico. En mi opinión, el suceso más importante ocurrió cuando Ed tenía diez años: sin que

él lo supiera, su madre y hermanas lo mudaron de su dormitorio en el primer piso a un viejo cuarto lúgubre en el sótano, cerca de la caldera. ¿La razón? Ed era demasiado grande y consideraron que no era bueno que estuviera cerca de su hermana de 13 años o que durmiera en el mismo cuarto que su hermana menor. Es decir, lo vieron como una amenaza sexual. El impacto de esta decisión sobre Kemper fue tremendo y el incidente le descubrió el tema del sexo: a partir de entonces sus fantasías, que habían comenzado antes, se hicieron más intensas e incorporaron actos sexuales desviados con sus hermanas y su madre, así como el asesinato de esas torturadoras. De vez en cuando, Ed cogía un cuchillo y un martillo, entraba en el dormitorio de su madre a hurtadillas y fantaseaba con matarla.

La mudanza al sótano a los diez años coincidió más o menos con el momento en que su madre se separó del padre biológico de Ed, en lo que fue su primer divorcio. En los cuatro años siguientes se casaría y divorciaría dos veces más. Cada vez que el matrimonio iba mal, la madre de Kemper lo mandaba a vivir con sus abuelos a una granja, algo que Ed aprendió a odiar. Ed se fue familiarizando con las armas de fuego, tanto en la granja como en casa. Uno de sus padrastros era un experto y se preocupó de que Ed aprendiera a disparar y adquiriera conocimientos sobre las armas, la seguridad, las municiones, etc. Como mencioné antes, los abuelos de Kemper le quitaron un arma cuando el chico la usó para matar animales pequeños. Sin embargo, era algo que su padrastro parecía animarle a hacer. Esta confusión en los mensajes que Kemper recibía de su entorno es sintomática del tipo de educación que recibió.

En 1965, cuando tenía 15 años y su madre estaba en medio de otro cambio matrimonial, Kemper fue enviado de nuevo a la granja. Lo pasó fatal y se sintió utilizado por su abuela y excluido por sus compañeros. Un día, la abuela estaba sentada, redactando una carta con la máquina de escribir. Había ordenado a Ed que se quedara en casa y la ayudara con sus tareas, cuando lo que al chico le apetecía era salir al campo con su abuelo, que le caía mucho mejor. Kemper se acercó a su abuela por detrás, le disparó con un fusil y luego la apuñaló. A continuación, pensó que lo mejor sería que su abuelo no viera la cosa horrible que acababa de hacer, así que esperó a que el hombre volviera a casa y le pegó un tiro antes de que pudiera entrar. Después, como

si intentara evidenciar la conexión entre el asesinato y la fuente de sus problemas, entró en la casa, llamó a su madre al chalet donde estaba pasando la luna de miel y le dijo que iba a tener que suspender sus vacaciones, porque su hijo acababa de matar a los abuelos.

Kemper pasó los cuatro años siguientes internado en el Hospital Mental Estatal de Atascadero. Hizo docenas de tests mentales y sacó buenos resultados, posiblemente porque logró averiguar las respuestas adecuadas; más tarde, confesaría que había memorizado 28 tests y las respuestas correspondientes. En 1969, el personal del correccional y los profesionales de la salud mental del hospital de Atascadero declararon que Kemper estaba preparado para reintegrarse en la sociedad. Después de todo, técnicamente hablando, todavía era un menor. A pesar de las objeciones de un fiscal, Kemper recibió el alta y fue enviado a un campamento de la *California Youth Authority*. Al año siguiente, tras la intercesión de su madre, las autoridades le concedieron la libertad condicional y lo dejaron bajo la custodia de su madre, en contra de las recomendaciones del consejo de libertad condicional y algunos de los psiquiatras de Atascadero.

Echando la vista atrás, me pareció bastante asombroso que Kemper quedara bajo la custodia de la misma mujer que era la fuente de sus problemas. Fue a vivir con su madre y trabajó como obrero en una fábrica de enlatado de la marca Gigante Verde. Su madre continuó presionando para que el delito juvenil de su hijo fuera borrado de su historial antes de que llegara a la edad adulta. No obstante, aunque había salvado a su hijo, nunca dejó de maltratarlo psicológicamente. Solía decirle a Ed, tras su regreso de Atascadero, que «debido a ti, mi hijo asesino, no he tenido sexo con ningún hombre en cinco años, porque nadie quiere estar conmigo por miedo a ti».

En cuanto al sexo, Kemper todavía era virgen y lo siguió siendo; durante los años que podía haber experimentado sus primeros contactos sexuales, estuvo en una institución mental, con lo que se replegó todavía más sobre sí mismo y sus propias fantasías. Alquiló un apartamento para cuando no se quedaba en casa de su madre y allí veía pornografía y leía revistas de detectives para obtener estimulación erótica y violenta. Sus fantasías asesinas no habían remitido; de hecho, se habían vuelto aún más detalladas e intensas. Más tarde, diría a las autoridades que durante su estancia en Atascadero pasó

mucho tiempo pensando en un método perfecto de deshacerse del cuerpo de una persona después de matarla. Ningún psicólogo en Atascadero logró sacarle esa clase de información. Creo que ocultó la fantasía deliberadamente porque sabía que, probablemente, no lo dejarían salir si la revelaba.

Kemper empezó a trabajar en el departamento estatal de carreteras en 1971 y luego solicitó una plaza de policía estatal. Varias agencias policiales lo rechazaron —por su tamaño, obviamente— pero empezó a frecuentar a los policías de Santa Cruz. Un amigo le dio una insignia de la escuela de formación y unas esposas. A otro conocido le pidió prestada una pistola. Tenía un coche que se parecía a los de la policía, con radio de banda ciudadana y antena. Cuando no usaba ese coche, iba en una moto. Para quien sólo las veía rápidamente y no sabía mucho, las credenciales de Kemper podían pasar por las de un auténtico policía estatal. En febrero de 1971 fue atropellado por un coche mientras iba en la moto y se lesionó seriamente el brazo. Interpuso una demanda civil porque las lesiones le obligaron a llevar una escayola durante muchos meses, y en diciembre de 1971 llegó a un acuerdo con la otra parte en el que se estableció que recibiría 15.000 dólares. Al tener el brazo escayolado, no podía desempeñar su trabajo en el departamento de carreteras, de modo que disponía tanto de tiempo como de dinero.

Su madre trabajaba como auxiliar administrativa en la universidad estatal, en el campus de Santa Cruz, y era muy querida. Consiguió una pegatina especial para el coche de su hijo para que pudiera venir al campus y recogerla después del trabajo. Se mostraba amable y atenta con los estudiantes y profesores, pero descargaba todas sus frustraciones en su hijo, y la relación entre ambos empeoró. Después de una riña terrible en la primavera de 1972, Kemper salió de casa cerrando la puerta detrás de sí con un golpe y juró que la primera chica guapa que viera aquella noche moriría.

Nunca se encontró a esta primera víctima. De hecho, Kemper proporcionó poca información sobre aquel asesinato, por el que nunca fue acusado. El 7 de mayo de 1972 mató a otras dos mujeres jóvenes, que fueron ambas identificadas. Eran universitarias del campus de Santa Cruz que habían ido a visitar a sus respectivos novios en Berkeley y estaban haciendo autoestop en Palo Alto para ir a visitar a unos amigos en la Universidad de

Stanford. Kemper me contó que las eligió porque, por un lado, eran el tipo de «chica hippie» que tanto admiraba como odiaba y, por otro, porque había muchas de ellas en las carreteras; en otras palabras, eran víctimas fáciles de cazar a las que probablemente nadie echaría en falta durante un tiempo.

Ese mismo verano, cuando Kemper recogía a esas dos víctimas potenciales en la autopista, una investigadora llamada Cameron Smith se dedicó a recoger a chicas autoestopistas a quienes pedía que rellenaran un cuestionario. En el libro que Ward Damio escribió sobre los asesinatos de Santa Cruz se dice que Cameron Smith descubrió que un 24 % de las autoestopistas entrevistadas habían sido violadas mientras hacían autoestop, un 18 % había sido agredidas, y un 27 % decían haber sufrido un intento de violación u otros actos perversos; sólo un 30 % no había tenido ningún incidente. A pesar de esas estadísticas espeluznantes, las mujeres jóvenes seguían haciendo autoestop en el área de Berkeley, y así fue como Kemper pudo parar al lado de una autopista importante y recoger a dos chicas adolescentes que iban en vaqueros y llevaban un bolso de viaje. Él tenía las esposas y sus credenciales, un cuchillo, y la pistola prestada. Apuntó a las chicas con la pistola, les dijo que las iba a violar y salió de la autopista para aparcar el coche en un camino secundario. Por lo visto, las chicas creyeron que Kemper no las iba a matar y decidieron no resistirse. Kemper convenció a una de las chicas para que se metiera en el maletero del coche, luego volvió al asiento trasero, esposó y ató a la segunda chica, la apuñaló y la estranguló. No empleó la pistola porque las balas podían dar pistas a la policía. Después de matar a la primera chica, abrió el maletero y apuñaló a la otra. Volvió a casa con los dos cuerpos en el coche y, una vez allí, les cortó la cabeza y las manos.

En su piso, Kemper se limpió lo mejor posible. Todavía quedaban manchas de sangre en la escayola y las fue cubriendo con betún blanco hasta que logró que los médicos le pusieran una escayola nueva. Kemper se quedó muy impresionado por la cantidad de sangre derramada y por los problemas que experimentó a la hora de matar con un cuchillo. Juró que los siguientes asesinatos irían mejor. Aquella noche desnudó los cuerpos y copuló con ellos. A la mañana siguiente se dio cuenta de que había cometido al menos tres errores que podían haber dado lugar a su detención, por lo que decidió obrar

con más cautela aún en el futuro. Como había fantaseado con hacer en Atascadero, arrojó los cuerpos, las cabezas y las manos en sitios diferentes. De ese modo, si los cuerpos eran encontrados, sería imposible identificarlos porque no había caras o dentaduras, ni huellas dactilares. Además, el condado en que se deshizo de los cuerpos era diferente al condado en el que había recogido a las chicas. Arrojó las prendas de las víctimas a cañones remotos en las montañas de Santa Cruz. Se denunció la desaparición de las chicas, pero los cuerpos tardaron varios meses en aparecer. En agosto se descubrió una cabeza, con lo que se pudo identificar a la víctima, pero no pudo obtenerse más información sobre el modo en que había muerto.

En esas fechas, la madre de Kemper estaba haciendo una intensa campaña para que el tribunal eliminara el historial delictivo de su hijo, que contenía la referencia al asesinato de sus abuelos. El fiscal se opuso, argumentando que el historial debía quedar abierto durante por lo menos diez años más. Kemper tenía que someterse a una evaluación psiquiátrica a mediados de septiembre. Cuatro días antes de la prueba volvió a salir de caza. Recogió a una mujer atractiva con su hijo de doce años. Mientras se alejaban, Kemper vio cómo el amigo de la mujer, que los había visto subir al coche, apuntaba su matrícula, así que llevó a los dos a su destino y volvió a las afueras de Berkeley, casi desesperado por encontrar una víctima. Esto me indica que Kemper es un delincuente altamente organizado cuyo intelecto controla muy bien su compulsión por matar. Vio a una chica asiática, una estudiante de ballet de 15 años, y la recogió.

Cuando le dijo que la estaba secuestrando, la chica se puso histérica. Logró calmarla sacando una pistola nueva que otro amigo le había prestado y diciéndole que tenía problemas y que quería hablarle de ellos. Paró el coche justo al norte de Santa Cruz, asfixió a la chica hasta dejarla inconsciente, la violó, la mató estrangulándola con su propia bufanda, y tuvo sexo con el cuerpo. Con el cadáver todavía en el maletero del coche, decidió visitar a su madre; sintió un extraño placer por estar hablando con su madre mientras tenía una chica muerta en el coche.

Ese placer que Kemper sentía al hablar con su madre mientras tenía un cadáver en su coche, a sólo unos metros, pone de manifiesto un elemento importante del desarrollo de una fantasía. Era un componente para añadir al

ritual, para prolongar la excitación de la fantasía. Me dijo más tarde que, desgraciadamente, la realidad nunca llegó a alcanzar la fantasía, pero siguió intentando mejorar tanto su actuación como la naturaleza compleja de la fantasía.

Puede ser que esa noche hablaran sobre la evaluación psiquiátrica que estaba pendiente; su madre le había dicho muchas veces que, una vez borrado su historial, quedaría libre del pasado. Más tarde esa misma noche, en su propio apartamento, Kemper depositó el cadáver en la cama y volvió a mantener relaciones sexuales con él. Por la mañana, pasó varias horas desmembrando el cuerpo meticulosamente, tirando los fluidos por el desagüe y vertiendo después desatascador para eliminar todo rastro. A continuación llevó su carga en coche a caminos secundarios, enterrando las manos en un condado, el torso en otro y guardando la cabeza en el maletero, donde todavía se encontraba cuando Kemper fue a ver a uno de los psiquiatras designados por el tribunal. También eso le causó placer.

Los dos psiquiatras que evaluaron a Kemper en septiembre de 1972 concluyeron que había hecho grandes progresos durante su estancia en Atascadero. Uno escribió:

Si viera a este paciente sin tener ningún historial suyo disponible o sin que él me lo contara, opinaría que estamos tratando con un hombre joven muy bien adaptado, con iniciativa e inteligencia, libre de cualquier trastorno psiquiátrico... En efecto, estamos tratando con dos personas completamente diferentes cuando hablamos del chico de 15 años que cometió el crimen y el hombre de 23 años que vemos ante nosotros ahora... En mi opinión, ha tenido una respuesta muy excelente a los años de tratamiento y rehabilitación y no veo ningún motivo psiquiátrico para considerarlo un peligro para sí mismo o para ningún miembro de la sociedad.

El segundo psiquiatra añadió:

Parece haberse recuperado bien de tan trágica y violenta división en su interior. Parece que ahora funciona en una pieza y que dirige sus sentimientos hacia la verbalización, el trabajo y los deportes, y que no permite que se acumule una tensión neurótica en su interior. Dado que eso le daría más libertad para desarrollar su potencial como adulto, considero que sería razonable borrar su historial juvenil de forma permanente. Me alegro de que recientemente haya «borrado» su moto y espero que lo haga («borrarla») permanentemente, ya que la amenaza que ésta supone para su propia vida y salud es mayor que cualquier amenaza que él represente actualmente para cualquier otra persona.

Dado que ambos psiquiatras recomendaron que el pasado delictivo de Kemper fuera borrado para que pudiera seguir con su vida, el 29 de noviembre de 1972, su historial quedó oficialmente cerrado.

Después de matar a la bailarina asiática, Kemper logró controlar sus impulsos asesinos durante varios meses antes y después de que se cerrara su historial juvenil. Sin embargo, cuando se aproximaron las fiestas de fin de año, el ansia de matar volvió a la superficie. Devolvió las pistolas que le habían prestado sus amigos e intentó conseguir una propia. Ahora que carecía de historial, tenía el derecho legal de comprar una pistola. Cogió el coche, fue a la ciudad donde había trabajado en la fábrica de alimentos, y compró una pistola del calibre 22 de cañón largo y unas balas de punta hueca. Esa misma tarde, a plena luz del día, recogió a otra autoestopista, una chica joven bastante gordita. Le dijo que quería hablar con ella y la chica se mostró amable. Aun así, la mató de un solo tiro y después fue a casa de su madre. No estaba en casa, así que cogió el cuerpo del coche y lo metió en el armario de su dormitorio. Al día siguiente, después de que su madre se fuera al trabajo, descuartizó el cuerpo. Cortó la cabeza, entre otras razones, para sacar la bala, porque así eliminaba la posibilidad de que las pruebas balísticas le conectaran con el crimen. Tiró las partes del cuerpo al mar desde un acantilado remoto; algunas de ellas fueron encontradas al cabo de unos pocos días. La cabeza la enterró debajo de la ventana de su madre.

Por aquellas fechas, tanto Kemper como Herbert Mullin estaban asesinando en la misma zona, muchas personas tenían miedo y las fuerzas de seguridad estaban alerta por si veían a alguien sospechoso.

En febrero de 1973, menos de un mes después de matar a la chica gordita y tras una discusión especialmente fuerte con su madre, Kemper fue a la universidad, recogió a dos chicas y les disparó incluso antes de salir del campus. Cuando llegó a la puerta de salida tuvo que pasar por el control de dos jóvenes guardias novatos. Las chicas no estaban muertas del todo y se podían oír los gemidos de una de ellas. Los guardias miraron directamente al interior del coche pero, o bien no vieron a las chicas moribundas, o bien no comprendieron lo que estaban viendo. Aunque por fuera el coche era de un color marrón algo claro, por dentro era negro. Una de las chicas, la que estaba

sentada en el asiento delantero, parcialmente tumbada hacia delante, vestía de negro; la otra chica estaba cubierta con una manta que Kemper siempre llevaba en el coche por si surgía una ocasión como ésta. Los guardias prestaron más atención a la pegatina especial en el cristal del coche que a los gemidos de las chicas y dejaron pasar a Kemper. Fue un momento triunfal para él.

También en esta ocasión manejó los cuerpos con osadía cuando su madre estaba cerca; aparentemente, le excitaba la posibilidad de ser descubierto en el acto. Decapitó los cuerpos en el maletero del coche, mientras lo tenía aparcado al lado de la casa de su madre, y llevó las cabezas al interior para poder mirarlas en su habitación. La masturbación formaba parte de ese horroroso ritual. A la mañana siguiente, volvió a meter las cabezas en el coche y guardó todas las partes juntas un par de días más, llevando el coche a casa de unos amigos para cenar. Tras la cena, tiró las partes en diferentes lugares, asegurándose de haber quitado antes las balas de las cabezas.

Esta vez, sin embargo, había un agujero de bala en el coche y tanta sangre en el maletero que Kemper no podía quitarla solo, además de otros indicios que le podían delatar. Parece que se daba cuenta de esas cosas y que estaba un poco nervioso. A principios de abril se compró otra arma, una pistola del calibre 44. Un *sheriff* que recordaba algo sobre la condena juvenil de Kemper fue informado de la venta del arma y decidió investigar. Constató que el historial estaba archivado pero, aun así, fue al apartamento de Kemper y le preguntó por la pistola. Dijo que la quería guardar hasta que un tribunal decidiera si Kemper tenía, o no, el derecho legal de poseer armas. Kemper abrió el maletero y entregó la pistola al *sheriff* sin discutir. El hombre se quedó satisfecho y no registró el coche a fondo, por lo que no encontró la pistola del 22 que estaba escondida debajo de un asiento.

Después de la visita del *sheriff*, sin embargo, Kemper empezó a darle vueltas a la cabeza. ¿Y si el *sheriff* había visto restos de sangre o pelo en el maletero? ¿Y si el *sheriff* se enteraba de que tenía una pistola del 22, como había hecho con la del 44? ¿Y si las autoridades volvían y registraban su

coche, su apartamento o la casa de su madre? ¿Y si ahora le seguían? Más tarde, Kemper dijo a la policía que fue entonces cuando decidió que tenía que matar a su madre y entregarse.

Dos semanas después de la visita del *sheriff*, el 20 de abril de 1973, Viernes Santo, Kemper fue a casa de su madre. Ella llegó tarde porque había tenido una reunión en la universidad. Conversaron brevemente y, como de costumbre, su madre fue sarcástica con él. Cuando ella se hubo dormido, a las cinco de la mañana, Kemper fue a la cocina, cogió un martillo de carpintero y, de acuerdo con el guión que había seguido tantas veces en su imaginación, fue al dormitorio de su madre, le golpeó fuertemente con el martillo en la sien derecha y luego le cortó la garganta con su navaja. Incluso antes de que su madre hubiera terminado de desangrarse, la decapitó como había hecho con sus otras víctimas. Después le extirpó la laringe y la echó a la trituradora de cocina, que fue incapaz de digerirla y la devolvió en lo que a Kemper le pareció un acto de justicia poética. Envolvió el cuerpo en las sábanas ensangrentadas y lo metió en el armario.

Más tarde en la misma mañana acudió al bar donde los policías solían estar y a la tienda de armas, habló tranquilamente con unos amigos e incluso intentó tomar una pistola prestada a uno de ellos, pero el amigo se negó. Por la tarde, empezó a pensar y consideró que, como era un fin de semana festivo, podían aparecer familiares o amigos íntimos de la universidad para visitar a su madre. Tomando la iniciativa, invitó a una compañera de su madre, Sara Hallett, a venir y organizar una fiesta sorpresa. Cuando la mujer llegó, le rompió el cuello, depositó el cuerpo en su cama y se fue a dormir a la cama de su madre. En la mañana del domingo de Pascua metió el cuerpo de la amiga en otro armario, cogió todas sus armas de fuego y el dinero y las tarjetas de crédito de las dos mujeres, y emprendió su último viaje en el coche de la amiga.

Una vez detenido, estaba decidido a proporcionar a la policía todas las pruebas necesarias para condenarle. Estaba convencido de que la policía nunca las encontraría por sus propios medios y de que, si simplemente confesaba y no llevaba a los investigadores a todas las pruebas físicas una por una, un abogado listo podría conseguir que su confesión fuera descartada y que quedara impune. De modo que, además de confesar, indicó a la policía

los lugares exactos donde se podían encontrar los cuerpos en la casa de su madre e, incluso antes de que el público se enterara de que había cometido otros asesinatos, llevó a la policía a los sitios donde había tirado o enterrado los cuerpos de las otras víctimas. En su apartamento, su coche y la casa de su madre se encontraron todavía más pruebas pertenecientes a las chicas muertas —una bufanda, un libro de texto, etcétera—. Algunas de esas pruebas pudieron obtenerse gracias a que los policías se mostraron muy listos en los interrogatorios: no pararon de felicitar a Kemper por su intelecto, su poderosa memoria y sus detallados recuerdos, hasta que los condujo a objetos como una sábana empapada de sangre con un comentario despectivo como: «Aquí tenéis otra prueba para vuestro caso.»

Durante el periodo previo al juicio, Kemper intentó suicidarse dos veces cortándose las venas de las muñecas, y fue transferido a una celda en solitario. El juicio fue bastante corto. Había suficientes pruebas y mostraban claramente que hubo premeditación. Todos los psiquiatras que testificaron dijeron que sin duda Kemper estaba cuerdo cuando cometió los crímenes. Cuando le preguntaron a Kemper por qué había matado a las autoestopistas, contestó: «Era el único modo de que fueran más.» Añadió: «Cogí sus espíritus. Todavía los tengo.» Fue declarado culpable de siete asesinatos y condenado a muerte. A la pregunta de cuál consideraba el castigo apropiado por sus crímenes, contestó: «La tortura.»

No fue ejecutado ni torturado, sólo fue enviado a la cárcel: aunque California aceptaba la pena de muerte en principio, en esa época no se estaba aplicando. Kemper se calmó en la cárcel, se comportó muy bien, fue aceptado por sus compañeros y recibió gradualmente más privilegios, aunque no la libertad.

Empecé a entrevistar a Kemper cinco años después de los crímenes. Primero se centró en los hechos de los asesinatos, contándome de paso algunas cosas muy interesantes desde el punto de vista policial. Por ejemplo, intentó conscientemente conferir a su coche la apariencia de un vehículo policial, y arrancaba los dientes de sus víctimas para dificultar su identificación. Hablaba sobre los asesinatos de una manera impersonal, no con ánimo de ofender, sino como si mentalmente lo hubiera repasado todo

miles de veces y lo considerara algo ajeno a él. Decía que —aparte de los patólogos— nadie sabía tanto sobre cadáveres como él; todavía le hacía gracia, por ejemplo, que uno de los forenses que hizo un informe sobre una víctima suya no hubiera comprendido que Kemper no había cortado los tendones de Aquiles como parte de algún ritual extraño, sino para evitar el *rigor mortis* y facilitar las relaciones sexuales con el cuerpo.

También habló de su infancia, no empleándola como excusa, sino asombrándose de todo lo que había vivido. De hecho, no fue hasta que llegó a Atascadero cuando empezó a darse cuenta de que el clima que rodeaba a su madre no era normal. En realidad, las autoridades le dieron el alta justo en el momento en que estaba comenzando a recuperarse, sumergiéndolo otra vez en el hervidero. Le pregunté si había cometido algún acto sexual con el cuerpo de su madre después de matarla. Me miró con enfado y me dijo que había «humillado su cuerpo». Kemper comprendía que, aunque la fuente de sus problemas había sido eliminada, no se los había quitado de encima, y nunca estaría en condiciones para volver al mundo exterior. También me dijo que sus fantasías le impulsaron a matar y que, a medida que pasaba el tiempo, durante los meses que estuvo matando, esas fantasías se tornaron cada vez más complicadas e intensas. Siempre había algún detalle imprevisto en los asesinatos, o algo que podría haber mejorado. Esa imperfección le empujaba a volver a matar. Concluyó que el acto mismo de matar nunca llegaba a ser tan gratificante como en sus fantasías, ni lo sería nunca.

Durante la transmisión por satélite en 1988, Kemper y Gacy se comportaron más o menos como yo había previsto. Kemper habló de sus crímenes de un modo completamente abierto, admitiéndolo todo, entrando en ocasiones en detalles sangrientos, y proporcionando bastante información psicológica sobre el papel de sus fantasías. Fue una perspectiva reveladora para muchos miembros del público. De algún modo, los detallados recuerdos y explicaciones de Kemper demostraron que incluso esos asesinos horribles deberían seguir vivos. En mi opinión, no hay que ejecutarlos, sino encarcelarlos y proporcionarles tratamiento con el fin de aprender los modos de evitar que otros posibles asesinos vayan por el mismo camino. Ejecutarlos no aporta ningún beneficio a la sociedad. No disuade a otros potenciales

asesinos en serie, porque están tan absortos en sus propias fantasías que la posibilidad de ser detenidos y ejecutados no les impide matar. Además, el Estado ni siquiera ahorra dinero, porque hoy en día una ejecución cuesta millones de dólares en gastos de abogados, apelaciones, etc. Es más útil mantener vivos a hombres como Ed Kemper, para poder estudiarlos.

John Gacy, por su parte, empleó los 90 minutos que tuvo a su disposición para intentar persuadir al público de que era inocente de los crímenes por los que había sido condenado y que ellos, como expertos de la policía, deberían atar los cabos sueltos, interrogar a los testigos «perdidos» y, en resumen, dedicarse a conseguir que su condena fuera anulada y que saliera libre. Algunos miembros del público se enfadaron conmigo después de la transmisión, porque no había cuestionado lo que Gacy había dicho, porque no le había obligado a admitir sus crímenes. Intenté explicar que eso no habría servido de nada y que mi objetivo había sido que ambos asesinos mostraran su personalidad, de modo que el público pudiera ver, por ejemplo, la perspectiva de Gacy, sus brillantes dotes de manipulación y el modo en que ahora lo negaba todo. Algunas personas siguieron sin comprenderlo, pero supongo que justamente por eso es por lo que hacen falta más seminarios y más formación sobre el homicidio y la mente de los asesinos múltiples.

HORIZONTES MÁS AMPLIOS

Desde que creamos la Unidad de Ciencias de la Conducta hasta hoy en día, siempre hemos estado en el punto de mira de los medios de comunicación y esta presencia de los medios siempre ha sido un arma de doble filo para nosotros. Todo empezó cuando Teten y Mullany se fueron y yo me quedé como el principal responsable de la elaboración de perfiles. En ese momento estaba dictando un curso sobre negociación de rehenes en Chicago al que Patricia Leeds, una periodista veterana especializada en temas policiales, asistía para preparar un artículo sobre ese mismo tema. En una de nuestras conversaciones le mencioné mi interés por William Heirens, cuyo caso ella conocía muy bien. Ella, a su vez, mostró interés por venir a Quantico para preparar un artículo sobre la elaboración de perfiles y el crimen violento. Consulté con mi superior en Quantico y con el departamento de relaciones públicas, y me dijeron —aunque con poca convicción— que vale, que Pat podía venir y entrevistarme a mí y a otros miembros de la Unidad.

Así que Pat vino a pasar un día con nosotros y al final de éste expresó su deseo de quedarse un día más. Los agentes que trabajamos en Quantico tenemos el privilegio de poder alojar a huéspedes en habitaciones especiales, de modo que reservé una para ella. Aquella noche estuvimos charlando en la cantina con varios policías de Chicago que estaban estudiando en Quantico por tres meses. Se hizo tarde y yo quería irme a casa, así que pedí a los de Chicago que acompañaran a Pat a su habitación cuando terminaran de beber y hablar. Quiso el destino —o la clase de suerte que yo parezco atraer— que alguien que conocía a Pat la viera en la cantina sin su escolta de policías. Fue John Otto, que acababa de ser ascendido a subdirector del FBI y que antes había sido el jefe de la oficina de Chicago. Otto pasaba por la cantina

acompañado por un grupo de peces gordos del FBI, entre los que se incluían el director Webster y Ken Joseph, el entonces director de Quantico. El que hubiera una huésped suelta sin escolta molestó profundamente a Joseph.

A la mañana siguiente, Joseph habló con el encargado de relaciones públicas de la Academia, quien alegó no saber qué hacía la periodista en Quantico ni la razón por la que circulaba por las instalaciones sin ser supervisada. Cuando llegué al trabajo, Joseph se encontraba en un estado de pánico. Me llamó a su despacho y una vez allí empezó a especular sobre las consecuencias. ¿Quién sabía lo que la periodista demoníaca escribiría sobre Quantico! ¿Y si se le ocurría escribir sobre policías bebiendo cerveza en instalaciones del FBI? ¿O sobre agentes del FBI cuyas camisas no estaban debidamente almidonadas? Obviamente, había motivos para creer que el fantasma de J. Edgar Hoover todavía deambulaba por los pasillos de Quantico.

«No juguemos a “¿Y qué pasaría si?”», le dije a Joseph. Pat era una periodista amiga que estaba investigando para un artículo que yo estaba seguro de que iba a ser positivo. Además, había consultado con mi superior y con los relaciones públicas antes de dejarla venir a Quantico. Si el artículo era negativo, habría motivos y tiempo de sobra para echarme la bronca; hasta entonces, sin embargo, consideraba que no había justificación para tanto pánico. Como buen amigo, Ken Joseph aceptó mi manera de ver el asunto, pero cuando salí de su despacho sabía que le debía un favor.

El artículo de Pat Leeds salió en la portada del *Chicago Tribune* el 15 de febrero de 1980 y se titulaba «Estudian los asesinatos más extraños», con el subtítulo de «Una unidad poco conocida del FBI elabora perfiles de asesinos raros». Nadie podía haber deseado un artículo más exacto y positivo que el de Pat, y ya no escuché más rumores paranoicos sobre periodistas no escoltados en la Academia. El artículo fue recogido por las agencias de noticias y muchos otros periódicos se hicieron eco de él. A raíz de aquel primer artículo se publicaron otros en muchos más medios, algunos tan importantes como el *New York Times*, *People* y *Psychology Today*, y fui invitado a aparecer en diversos programas de televisión y radio. Despertó gran interés porque, en aquel momento, la Unidad de Ciencias de la Conducta era algo único en su

campo. En Los Ángeles y Nueva York había psicólogos trabajando para la policía, pero no se dedicaban a la elaboración de perfiles criminales como hacíamos nosotros.

También fui pionero en entablar otro tipo de vínculos con el exterior: establecí relaciones con psiquiatras y profesionales de la salud mental. Estas relaciones las fomenté deliberadamente, a diferencia de lo que ocurrió con los medios de comunicación. De hecho, mis movimientos para entrar en contacto con estos profesionales formaban parte de mis intentos generales de ir más allá de las actividades tradicionales del FBI y establecer lazos con los profesionales de la salud mental. Empecé a hacerlo a mediados de los setenta y lo he venido haciendo hasta ahora. Por mi parte, estaba convencido de que podía aprender cosas de los psiquiatras, psicólogos y otros profesionales que trabajan en la salud mental, las ciencias forenses, las cárceles, etcétera. Por su parte, muchas de las asociaciones que trabajaban, en particular, en el ámbito de la salud mental estaban encantadas de contar con un representante del FBI en sus congresos. Siempre que era invitado a dar alguna conferencia en representación del FBI la sala se llenaba. Descubrí que no era lo mismo presentar información sobre nuestro trabajo a un público de policías que presentarla a una sala llena de psiquiatras: los policías solían estar sentados, mirar y escuchar, muchas veces con los brazos cruzados, casi retándome a contarles algo que no supieran todavía, mientras que los psiquiatras (quizá porque llevaban muchos años asistiendo a clase) siempre tomaban muchos apuntes.

Uno de los momentos clave tuvo lugar cuando presenté el caso de Monte Rissell en un congreso de psiquiatría cuando estaba iniciando mis contactos con los profesionales de este ámbito. El caso me fascinó desde que tuve conocimiento de él, fundamentalmente porque, si hubiera elaborado el perfil del violador y asesino en el momento mismo en que los crímenes se estaban produciendo, me habría equivocado sin lugar a dudas. El número y la magnitud de los crímenes sugerían que se trataba de un hombre de unos treinta años; si le hubiera dicho o escrito esto a la policía de Alexandria, Virginia, cuando Rissell todavía andaba suelto, habrían buscado al tipo de sospechoso equivocado. Con mis conocimientos de entonces hubiera creído

improbable que alguien de menos de veinte años fuera capaz de cometer una docena de violaciones y, encima, matar a las cinco últimas víctimas. Pero eso fue lo que Rissell había hecho.

Como investigador, había aprendido a examinar detenidamente toda la información que ponía en tela de juicio las preconcepciones, incluidos los datos sobre Monte Rissell. Los problemas de Rissell empezaron temprano, a la misma edad que muchos de los delincuentes que he descrito antes, y también se crió en una familia disfuncional. Sin embargo, esto es lo único que tiene en común con ellos porque el resto de su vida parece haber transcurrido de manera acelerada. Empezó a violar a mujeres a los 14 años y fue condenado y enviado a un psiquiátrico en Florida. Allí cometió cinco violaciones más mientras, en teoría, estaba a cargo de la institución: una durante unas vacaciones, otra durante una fuga y las otras tres mientras residía en el psiquiátrico mismo —en el aparcamiento, en una piscina pública y en otro lugar parecido—.

Tres semanas después de volver a casa, Rissell fue acusado de un intento de robo a mano armada que, en realidad, había sido un intento de violación. La acusación tardaría un año en pasar por la maquinaria judicial y, durante ese tiempo, el juez le ordenó acudir regularmente a ver a un psiquiatra. Desgraciadamente, el psiquiatra en cuestión no contaba entre sus pacientes habituales con delincuentes juveniles violentos como Rissell.

Rissell acudió a las citas con regularidad y —según los informes— progresó adecuadamente. Sin embargo, no era más que una ilusión: durante un año estuvo recibiendo tratamiento y fue justamente en este periodo cuando mató por primera vez a una de sus víctimas de violación, cerca del complejo de viviendas donde residía. Cuando se celebró el juicio por el robo del año anterior, Rissell fue condenado a libertad bajo vigilancia y a seguir bajo tratamiento psiquiátrico. Nadie había descubierto (ni siquiera sospechado) que él era el autor del asesinato.

Durante el periodo de libertad vigilada, mientras seguía acudiendo al psiquiatra, Rissell cometió cuatro violaciones más en las cercanías de su domicilio, matando a las cuatro víctimas. En estos asesinatos no parecía haber ningún patrón; todas las víctimas eran diferentes: algunas eran jóvenes, otras tenían más de treinta años; algunas eran blancas, otras negras; algunas

eran solteras, otras casadas. La policía seguía buscando a un forastero y la detención de Rissell no se debió a una pista lógica que condujera hasta él, sino a un registro fortuito de su coche. Confesó los asesinatos, fue declarado culpable y se le impusieron cinco cadenas perpetuas. Sólo después de cumplir dos años en la cárcel informó a las autoridades sobre las violaciones anteriores, las que había cometido cuando estaba en el psiquiátrico.

Entrevisté a Rissell en la cárcel y lo encontré muy abierto y elocuente a la hora de hablar sobre sus crímenes. Proporcionó muchos detalles sobre sus motivaciones y su estado mental, y los relacionó con su infancia. Accedió a formar parte de nuestro Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal y nos proporcionó datos muy útiles. Dijo, por ejemplo, que había dejado escapar a una víctima. No la mató porque le dijo que estaba manteniendo a un miembro de su familia que tenía cáncer. Rissell también tenía un familiar que padecía cáncer, así que dejó a la víctima con vida. Dicho en nuestros términos, se había involucrado tanto con la víctima a nivel personal que ya no la podía despersonalizar y matar.

Un día de principios de los ochenta estaba dando una conferencia sobre este tema a un grupo de psiquiatras forenses de Chicago. Mi público estaba formado por unos ochenta profesionales de la salud mental y en la pantalla de la sala de conferencias había proyectado alguna de las fotos que la policía hizo de Rissell cuando lo detuvo. En un momento determinado miré hacia la puerta y vi una escena que parecía sacada de los dibujos animados: un hombre pasó, miró hacia dentro y siguió andando; luego, su cabeza volvió a aparecer, para volver a mirar, y posteriormente apareció el resto de su cuerpo. El hombre entró en la sala y se sentó delante, cerca del atril. Miró y escuchó con mucha atención mientras yo seguía con mi ponencia. Conté que Rissell estuvo visitando a un psiquiatra mientras violaba y mataba, y que el psiquiatra no se dio cuenta de que Rissell le estaba mintiendo descaradamente para obtener un informe favorable. Eso, sugerí, mostraba que los asesinos organizados son verdaderos genios a la hora de manipular a la gente. En mi opinión, el problema se debía a que, históricamente, la psiquiatría tradicional ha dependido de los autoinformes, es decir, se parte de la suposición de que el paciente le dirá al médico toda la verdad sobre lo que ha pasado y que participará activamente en su proceso de curación. La psiquiatría forense, en

cambio, sí ha aprendido a no valerse sólo de los autoinformes, sino a utilizar fuentes adicionales, como informes de terceros, información de los juzgados, etcétera, además de cuestionar continuamente la veracidad de lo que el paciente delincuente revela sobre su vida y sus acciones.

Mientras daba mi conferencia, el hombre que había entrado empezó a sudar abundantemente y a palidecer. Cuando terminé, se encendieron las luces y la gente empezó a salir de la sala. Entonces el hombre sudado, pálido y obviamente perturbado se acercó y me dijo que tenía que hablar conmigo.

«Soy psiquiatra», dijo.

«Tienes pinta de *necesitar* un psiquiatra», le contesté.

«Soy el Dr. Richard Ratner», dijo. «Soy el tío al que Rissell engañó. Su caso me ha atormentado durante muchos años. ¿Podemos hablar?»

Resumiendo una larga historia, hablamos y nos hicimos amigos. Le repetí que Rissell le había engatusado del mismo modo que engatusó a sus víctimas, y que no se culpara demasiado por ello. También le recalqué la importancia de que en el futuro no se contara sólo con los autoinformes de los pacientes delincuentes.

Estos últimos años, el Dr. Ratner se ha convertido a esta idea de modo activo. Todavía le perturba la idea de que quizá, si hubiera sido más astuto en el caso de Rissell, podía haber salvado la vida de varias personas. Por eso, da charlas y se pone a sí mismo como ejemplo de alguien que fue engañado por un maestro de la manipulación. Me ha invitado a hacer giras por los hospitales del área de Washington, D.C., para dar conferencias sobre psiquiatría y yo, por mi parte, le he invitado a dar conferencias en Quantico. Además, se ha convertido en asesor del Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal. Creo que de tales vínculos nace el progreso en el conocimiento de la mente criminal.

El segundo incidente importante ocurrió cuando ya llevaba algunos años dando conferencias a psiquiatras. Fue en un encuentro similar al anterior y estaba hablando sobre lo que he terminado por llamar «necrofilia regresiva». En la pantalla había una diapositiva de la escena de un crimen que mostraba a la víctima con una rama de árbol insertada en la vagina. Expliqué que el término «necrofilia regresiva» se empleaba para describir la inserción de objetos en la vagina o el ano, algo que habíamos observado en asesinos muy

desorganizados. Nuestra interpretación era que tal acto reflejaba una tremenda hostilidad hacia las mujeres y, al mismo tiempo, un desconocimiento de la sexualidad consentida. Los analistas de escenas de crimen a menudo malinterpretan este acto como una mutilación, cuando en realidad es un sustituto del sexo.

Un hombre del público, un psiquiatra no forense de cierta edad, objetó ruidosamente contra la diapositiva y mi conferencia sobre el tema. Me acusó de intentar ofender al público e insistió en que el caso en cuestión tenía que ser una rareza, que nunca se había producido ningún otro caso parecido. Interrumpió la conferencia hasta tal punto que tuve que dirigirme a él directamente.

Le pregunté cuántas escenas de crimen había evaluado.

«Ninguna», contestó. «Soy psiquiatra, no policía.»

Me mantuve firme, diciéndole que habíamos visto conductas similares en docenas de casos. El hombre continuó diciendo que era absurdo.

Otra persona del público le pidió que se sentara y escuchara, que si lo hacía, quizá todos podrían aprender algo. Sin embargo, no había forma de apaciguarlo y se marchó dando zancadas. Más tarde, algunas personas del público sugirieron que el hombre había sufrido una sobrecarga, que tenía las antiguas creencias demasiado arraigadas para poder asimilar información nueva, pero que ellos sí habían aprendido con mi conferencia. En general, las docenas de grupos profesionales para las que he hablado en los últimos treinta años han tenido la misma reacción positiva.

En el otoño de 1991, mis intentos de acercamiento a la comunidad psiquiátrica fueron reconocidos por la Academia Americana de Psiquiatría y la Ley en su reunión anual en Orlando, Florida, donde me galardonaron con el premio anual *Amicus*, premio que se otorga a la persona ajena al campo de la psiquiatría que más ha hecho para mejorar sus conocimientos. Ningún otro agente del FBI ha sido considerado jamás para este premio.

Desde mis comienzos en Quantico, estuve decidido a que nuestro trabajo fuera en doble sentido y no en sentido único, como había sido la norma en el antiguo FBI. A tal fin, estaba continuamente buscando a gente que invitar al FBI para que nos ayudara. El Dr. Murray Miron, por ejemplo, un experto en

psicolingüística, había sido contratado como asesor por Pat Mullany. A veces utilizábamos expertos en hipnosis para ayudar a los testigos presenciales a recordar con más detalle lo que habían visto, y mis mentores, Mullany y Teten, también habían contribuido de manera decisiva a la formación de gente en el FBI que pudiera asistirlos en esa tarea. Establecí relaciones con diversos psiquiatras forenses, como los Drs. Park Dietz, James Cavanaugh, Richard Ratner, Robert Simon y otros, y para mi Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal, con la Dra. Ann Burgess y con asesores como el Dr. Marvin Wolfgang de la Universidad de Pensilvania, que había realizado estudios pioneros sobre delincuentes violentos.

Pasaba gran parte de mi tiempo dando conferencias para agentes del FBI y para policías que venían a Quantico con el fin de completar su formación; para estos seminarios siempre invitaba a expertos externos. Vinieron, por ejemplo, Burgess, Dietz y los otros que acabo de mencionar, así como el capitán Frank Bolz, que prácticamente inventó las técnicas de negociación de rehenes para la policía de Nueva York. Me di cuenta de que, por muy amenas que fueran nuestras propias clases, los informes que los estudiantes mandaban a sus superiores versaban, casi invariablemente, sobre las conferencias dadas por los ponentes invitados.

No limité mi búsqueda de invitados interesantes al campo de la policía y las ciencias forenses, sino que fui mucho más allá. Un amigo me había dicho que la paciente del caso de *Las Tres Caras de Eva*, Chris Sizemore, se había recuperado de un trastorno múltiple de la personalidad, que fue el tema de un famoso libro y una película con Joanne Woodward, y que se había convertido en una conferenciante muy buena. Conocí a Chris y me propuse traerla a Quantico. En el FBI, la regla general, aunque oficiosa, era que si querías hacer algo inusual, como traer a conferenciantes extraños, tenías que obtener el beneplácito de tu superior. Invariablemente, dicho superior no objetaba, pero te decía que, si algo salía mal, serías tú el que respondería ante la ira del FBI y no él, aunque fuera el superior. En esa ocasión, mi jefe me soltó el rollo estándar, y alguno más. ¿No era esa mujer una enferma mental? Le dije que se había recuperado completamente y que no era peligrosa. Me dijo que

yo me la jugaba, no él. Con cara inexpresiva le dije que, dado que Chris tenía tres personalidades, el mayor problema era que tendríamos que pagarle el triple de lo normal. No entendió la broma.

La conferencia de Chris fue un gran éxito; nos explicó lo que era sufrir un trastorno mental y curarse de él. Las portadas de los periódicos habían informado de varios juicios en los que la defensa se había acogido a la personalidad múltiple del sospechoso. Chris nos convenció de que, si una de las personalidades múltiples del paciente es capaz de asesinar, lo son todas, y si una personalidad es incapaz de matar, entonces las otras tampoco pueden hacerlo. En resumen, dijo que tener una personalidad múltiple no exculpaba a un sospechoso de asesinato.

Los invitados que pasaron por Quantico ayudaron a incrementar nuestros conocimientos de algún modo. Entre los ponentes invitados más inusuales contamos con un escultor, Frank Bender, especializado en construir modelos que muestran el aspecto que puede tener un sospechoso después de estar diez o veinte años en paradero desconocido. También conocimos a una vidente, Noreen Renier, que tenía muy buenas recomendaciones y que había trabajado con departamentos locales de policía, ayudando a localizar cadáveres y proporcionando pistas similares. Mi superior me encargó decir a los estudiantes que solamente presentábamos a Renier como una conferenciante interesante, pero que su presencia no significaba que la estuviéramos recomendando a las policías locales ni que creyéramos en lo que ella hacía.

Renier vino a Quantico a principios de 1981 y nos contó que no controlaba sus poderes, sino que a veces acertaba y a veces no. Ese día, frente un grupo de policías, predijo que, antes de terminar el mes, alguien intentaría asesinar al presidente Reagan. Dijo que sería alcanzado en el lado izquierdo del pecho pero que no moriría, sino que se recuperaría, ganaría mucho apoyo y realizaría grandes obras.

Después del atentado contra Reagan, pedí a la vidente que volviera a Quantico. La segunda vez, predijo que el presidente moriría en un atentado en noviembre, a manos de hombres con uniformes extranjeros y ametralladoras. Informé al Servicio Secreto de las predicciones y se alteraron cuando supieron que no les había dicho nada la primera vez, al no haberle

dado mucha importancia. En esa ocasión, Renier acertó y se equivocó al mismo tiempo: Reagan no murió, pero el presidente egipcio, Sadat, murió en octubre, no en septiembre, a manos de hombres con uniformes extranjeros y ametralladoras.

En otra ocasión, ayudó a localizar un avión estrellado que contenía el cuerpo de un pariente de un agente del FBI. También predijo algo que tenía que ver con mi propia vida. Varios días antes de que yo saliera para Alemania en un viaje de seis semanas, me dijo que tendría que volver pronto por algo relacionado con una mujer de pelo oscuro. Efectivamente, tres días después de aterrizar en Alemania, me llamaron para que volviera a Estados Unidos porque mi mujer, que tenía el pelo oscuro, había sufrido un terrible accidente de tráfico.

Los medios de comunicación se enteraron de que Renier había dado clases en Quantico y esta vez distorsionaron la información: la vidente invitada a dar una conferencia se había convertido en una supuesta asesora del FBI. Un segundo artículo fue incluso más lejos, diciendo que el FBI la había contratado para predecir sucesos como, por ejemplo, atentados. Las autoridades de Quantico estaban furiosas y me prohibieron volver a invitarla para dar conferencias.

Un año o dos después, la mujer de un agente de la DEA, la Agencia Antidroga, fue asesinada en la mismísima base de Quantico. El caso nos dejó perplejos durante mucho tiempo. Entonces mi superior, que era nuevo en la Unidad, me preguntó si yo podía invitar a la vidente para que diera otra conferencia. De ese modo, él podría hablar con ella y a lo mejor nos podía ayudar a resolver el asesinato. Objeté, recordándole que las altas esferas me habían prohibido volver a utilizarla nunca más, pero él insistió y accedió a asumir la responsabilidad si el asunto salía a la luz. Renier vino y después de su conferencia mi superior la llevó fuera de la sala e hizo que tocara las pruebas, pero la vidente no consiguió decirnos nada que tuviera alguna relación con el caso, que nunca ha sido resuelto.

Aunque la clase de publicidad que Noreen Renier nos proporcionaba no era la que más nos satisfacía, la Unidad de Ciencias de la Conducta continuó en el punto de mira. A principios de los ochenta, la gente empezó a tener otro

tipo de interés por nosotros: en vez de documentar nuestra labor, nos utilizaba como fuente de inspiración para obras de ficción.

Muchas veces, los autores de artículos —y más, si son obras de ficción— presentan una imagen exagerada de lo que se puede conseguir con la técnica de elaboración de perfiles. Hacen que los perfiles parezcan una varita mágica que permite a la policía resolver un crimen al instante. Como el lector ya sabrá a estas alturas, nuestra técnica no tiene nada que ver con la magia. Un agente que elabora un perfil no hace más que aplicar sólidos principios conductuales y la experiencia acumulada durante los muchos años que ha pasado evaluando escenas de crimen, examinando pruebas y entrevistando a criminales encarcelados, todo con el fin de dirigir las pesquisas hacia el tipo de sospechoso más probable. Un perfil nunca atrapa a un asesino. La policía sí.

A pesar de que hemos reiterado esta explicación en numerosas ocasiones, los escritores de obras de ficción parecen empeñarse en crear la imagen de que nuestro trabajo va mucho más allá. Un día, a principios de los ochenta, el departamento de relaciones públicas me pidió que acompañara en una visita guiada de la Unidad a Thomas Harris, autor de un *best-seller*, *Domingo Negro*, que ya había sido llevado a la pantalla. Harris me explicó que estaba escribiendo otra novela y que uno de los personajes sería un asesino en serie. Quería saber cómo se vería implicado el FBI en un caso así, cómo se elaboraría un perfil, y cómo ayudaríamos a la policía. Pasamos varias horas juntos y le enseñé las diapositivas de diversos casos, como los de Kemper y Chase. Harris era como una esponja: hablaba poco pero lo absorbía todo. También hablamos de mis numerosas entrevistas en la cárcel y le dije que últimamente habíamos traído a varios psiquiatras y expertos en salud mental al FBI para que nos asesoraran.

Más tarde, Tom Harris fusionó la idea de las entrevistas en la cárcel con la de los psiquiatras en su novela *Dragón Rojo*, en la que el agente del FBI recurre al ahora famoso personaje de Aníbal Lecter, el psiquiatra y asesino en serie encarcelado que ayuda a resolver el misterio. El personaje y el guión son producto de la fértil imaginación de Harris, por supuesto, pero estoy orgulloso de haberle proporcionado algunos datos.

Después de la publicación de *Dragón Rojo* le pregunté a Harris por qué el protagonista de su novela es un civil que trabaja para el FBI y no un agente. Me dijo que quiso que el personaje tuviera problemas mentales debidos a su primer encuentro con Lecter, problemas mentales que le impidieran ser agente. Me resultó gracioso que dijera eso, después de que muchos miembros de la Unidad experimentáramos síntomas como pérdida de peso, pseudoataques al corazón, etcétera.

Harris volvió a visitarnos cuando estaba escribiendo otra novela. Estuve más tiempo con él que la primera vez y le enseñé otros casos específicos, como el de Ed Gein, en quien está basado parcialmente el villano de *El silencio de los corderos*. También le presenté a la única mujer agente que por aquel entonces trabajaba con nosotros en la Unidad.

Las novelas de Harris son estupendas obras de ficción, aunque no muestran una imagen demasiado realista, ni de los asesinos en serie, ni de los héroes y heroínas del FBI. El asesino en serie de la primera novela, por ejemplo, Francis Dolarhyde, tiene atributos de diferentes tipos de asesino en serie, características de la personalidad que muy difícilmente se combinarían en una persona real. Además, los agentes del FBI no persiguen a los asesinos personalmente: nosotros evaluamos escenas de crimen, elaboramos perfiles de la personalidad del asesino y transmitimos nuestras sugerencias a la policía local. Los policías son los que realizan el duro trabajo de campo y, finalmente, efectúan las detenciones.

Desde que Harris pasó por la Unidad, me he convertido en una fuente de información para otros autores de novelas y libros de no ficción conocidos. Entre los más importantes están Mary Higgins Clark, cuya novela *Le gusta la música, le gusta bailar* está basada, en parte, en una conferencia que di sobre el caso de Harvey Glatman (y en algunas consultas posteriores después de mi jubilación del FBI), y Ann Rule. Ann Rule llegó a ser colega mía en el PDCV y fue invitada a Quantico para hablar sobre Ted Bundy, en quien basó uno de sus libros. La asesoré sobre Jerome Brudos y más tarde ella fue a Oregón, investigó mucho sobre el caso y escribió un libro sobre él, llamado *Lust Killer*.

Recientemente, el barullo sobre los perfiles, la malinterpretación de los mismos, así como del trabajo del FBI, no han dejado de aumentar. Los medios de comunicación tratan a los investigadores de las ciencias de la conducta como si fueran célebres superdetectives que dejan en ridículo a las otras fuerzas policiales y resuelven los casos con los que nadie más puede.

Lamentablemente, el mismo FBI parece haberse subido al carro, como quedó patente en la manera en que el FBI colaboró con los productores de la película *El silencio de los corderos*. Uno de los últimos asuntos en pasar por mi mesa antes de mi jubilación fue el guión de la película. Había varios aspectos con los que no estuve de acuerdo. En mi opinión, si el FBI se involucraba en el rodaje hasta el punto de permitir que se filmara en Quantico, debíamos presionar más para que la película fuera realista. Por ejemplo, la heroína de la película, interpretada por Jodie Foster, es una estudiante en Quantico; nosotros nunca habríamos expuesto a un estudiante a tanta responsabilidad o peligro como la película sugiere. Habría sido muy fácil cambiar ese detalle sin afectar la estructura de la ficción y lo mismo vale para docenas de detalles adicionales. No se cambiaron, sin embargo, y en algunas escenas rodadas en Quantico aparece incluso gente del FBI como extra o en papeles muy breves. Se ve que los altos poderes decidieron que la película le aportaría tanta publicidad positiva al FBI que daba igual si los detalles eran correctos o no.

El éxito que tuvo el libro y la película de *El silencio de los corderos* suscitó un gran interés entre el público por todo lo relacionado con los asesinos en serie y con los profesionales de la elaboración de perfiles. Donde mejor se vio fue en la televisión. Mientras al principio de la década de los ochenta hubo algunos programas adecuados sobre asesinos en serie, los programas que se hicieron después de la película eran el equivalente televisivo de la prensa rosa. Lo que más me molesta de los programas recientes es que se hacen muy deprisa. Un programa televisivo que ayuda mucho a la policía es *America's Most Wanted* (Los más buscados de América). Sin embargo, incluso este programa se apresuró a presentar a Joe Fisher, un preso de Nueva York, como el asesino de 150 personas. Eso era lo que Fisher decía pero, aunque sí había matado a su mujer y quizá a unas pocas personas más, no había matado a cientos de personas, ni mucho menos,

y una investigación un poco más profunda lo hubiera puesto de manifiesto. Al igual que Henry Lee Lucas, Fisher era un transeúnte y alcohólico al que le gustaba hacer declaraciones rimbombantes y ver su cara en los periódicos y la televisión.

La avalancha de publicidad ha suscitado algunas reacciones extrañas y perturbadoras. Varios asesinos en serie reciben correspondencia en la cárcel de personas a las que no conocen, gente que les escribe diciendo que quiere ser como ellos y hacer las mismas cosas. En diversas ocasiones alguien me ha dicho que cree que sería interesante ir a una fiesta y charlar con alguien como Ted Bundy u otro asesino en serie. Estos asesinos son terribles representantes de la humanidad y no deberían ser objeto de idolatría ni de imitación.

Algunas personas que estaban en la Unidad cuando se rodó *El silencio de los corderos* han dicho que sirvieron de modelo para los personajes del libro y la película, aunque Harris ha afirmado (y estoy de acuerdo con él) que los personajes son completamente suyos y que no se basó en nadie en particular. Este problema no surge solamente con antiguos miembros de la Unidad. Los nuevos candidatos para la Unidad toman el personaje de Jodie Foster como modelo; ellos también quieren ser superdetectives. Del mismo modo que a la policía no le interesa aceptar a cadetes que se identifiquen demasiado con *Harry el Sucio* Callahan y tener luego a un montón de policías peligrosos, violentos y de gatillo fácil, al FBI no le hacen falta superdetectives. Como sociedad, parecemos polillas, volando demasiado cerca de la luz, buscando estimulación... Somos un público aburrido que sintoniza más con la fantasía que con la realidad, con el correspondiente riesgo de caer en el abismo contra el que Nietzsche nos avisó.

Desde que me jubilé del FBI he trabajado como perito judicial y conferenciante. Uno de los casos en los que he testificado ha sido el de Ricky Green, un asesino de Texas. Había matado a un puñado de personas en incidentes violentos aparentemente azarosos y estaba pendiente de ser condenado. Testifiqué que se le podía considerar como todavía más peligroso que Ted Bundy, ya que, mientras Bundy elegía a sus víctimas en función de determinados criterios, Greene casi estaba dispuesto a matar a cualquiera. No

sé cuánto influyó mi testimonio sobre el veredicto, ya que también testificaron otras personas, pero Green fue condenado a muerte en 1990 y ejecutado el 8 de octubre de 1997.

En otro caso, uno más famoso, en Rochester, Nueva York, se acusó a Arthur J. Shawcross de haber matado a once mujeres de la zona, muchas de ellas prostitutas. Anteriormente, Shawcross había cumplido una pena de prisión de 14 años por agredir sexualmente y estrangular a una niña de ocho años. También confesó haber matado a un niño, pero esa acusación fue retirada a cambio de que se declarara culpable del asesinato de la niña. Después de pasar 14 años en la cárcel, fue puesto en libertad y volvió a matar en seguida.

Cuando era juzgado por el asesinato en serie de las prostitutas, Shawcross se declaró no culpable por enajenación mental. Quería basar parte de su defensa en el supuesto maltrato sexual, psicológico y físico que había sufrido durante la infancia. También alegó que padecía un trastorno mental con «estados alterados» parecidos al trastorno múltiple de la personalidad. La tercera estrategia defensiva se basaba en que Shawcross tenía un trastorno mental relacionado con Vietnam, el trastorno por estrés postraumático (TEPT).

Mi antiguo amigo y colega, el psiquiatra Park E. Dietz, asesoró a la fiscalía en el tema de las alegaciones de maltrato infantil y trastorno múltiple de la personalidad, y yo me encargué del trastorno por estrés postraumático. A esas alturas, toda la experiencia que había acumulado a lo largo de 35 años de servicio activo y en la reserva en la Policía militar y la División de Investigación Criminal me ayudó a demoler rápidamente la defensa de TEPT. Mis investigaciones mostraron que Shawcross mentía descaradamente cuando decía haber visto atrocidades en Vietnam, y mi labor fue tan convincente que al final la defensa ni siquiera intentó utilizar el TEPT durante el juicio. El Dr. Dietz hizo otro tanto con las otras dos vertientes de la defensa, y en un juicio Shawcross acabó siendo declarado culpable de diez cargos de asesinato en segundo grado y condenado a diez penas de cadena perpetua, y en otro le declararon culpable de un cargo de homicidio y le condenaron a una pena de entre 25 años y cadena perpetua. Es poco probable que vuelva a salir de la cárcel con vida.

Al igual que el resto del mundo, en el verano de 1991 leí los titulares sobre la detención de Jeffrey Dahmer por 17 asesinatos en Milwaukee, Wisconsin, y los detalles sobre las agresiones sexuales y los actos de mutilación, canibalismo y necrofilia que había cometido. Era como si Dahmer se hubiera adueñado de todo el horror de los asesinatos sexuales y en serie de los 25 años anteriores, condensándolos todos en sí mismo. De hecho, había matado esporádicamente durante gran parte de ese periodo, puesto que su primer asesinato databa de 1978, cuando tenía 18 años. Recogió a un autoestopista cerca de la casa de su infancia, en Bath, Ohio, y lo mató de manera bastante espontánea, sin plan previo. Durante nueve años sus extrañas fantasías asesinas siguieron aumentando en fuerza hasta que volvió a matar, una vez en 1987, dos veces en 1988, una vez en 1989, cuatro veces en 1990 y ocho veces en 1991, produciéndose los últimos asesinatos con sólo unos días de separación, hasta que fue finalmente detenido.

Viendo el caso desde fuera, era obvio para mí que Dahmer había seguido el patrón predecible de los asesinos en serie. Empiezan a matar con cautela, temerosos. Después aceleran el ritmo y se van convirtiendo en máquinas de matar eficaces y efectivas. Finalmente, ya convencidos de que ningún ser mortal es capaz de atraparlos, se vuelven arrogantes y descuidados. Creen ostentar el poder absoluto y la autoridad suprema sobre los demás.

Como el lector sabe, a lo largo de los años impartí cientos de clases con la escuela itinerante —algunas de ellas por Milwaukee— sobre la evaluación de la personalidad criminal y los perfiles psicológicos. Después de mi jubilación, en enero de 1991, me invitaron a dar un curso similar en Milwaukee bajo el patrocinio de la Universidad de Wisconsin y fui con Ken Lanning, que se había convertido en nuestro máximo experto en crímenes relacionados con la explotación y agresión sexual de niños. Durante el periodo de mis cursos itinerantes había establecido buenos contactos con los policías, abogados y profesionales de la salud mental de Milwaukee y alrededores. No me sorprendió, pues, recibir una carta en agosto de 1991 de un detective de la policía de Milwaukee que había asistido a mi curso en enero y que estaba participando activamente en la investigación del caso Dahmer. «No le puedo reiterar suficientemente lo útil que la información del

curso ha sido para mí en los sucesos recientes aquí en Milwaukee», me escribía. «A mí y a los otros investigadores que trabajamos [sobre el caso de Dahmer] nos ha ayudado mucho saber qué cosas teníamos que buscar.»

Aunque me alegré de recibir ese elogio, lamenté algunas cosas que habían sucedido en el caso Dahmer. Unos agentes de la policía fueron despedidos porque habían permitido que un chico laosiano de 14 años se quedara en el piso de Dahmer, incluso después de haber hablado con este último y haber visto el estado altamente sospechoso de su piso. Ojalá esos policías hubieran podido asistir a mi curso, como el detective. Estoy seguro de que su entrevista inicial con Dahmer habría terminado de otra forma. Dahmer mató al chico laosiano pocos minutos después de que la policía lo dejara en su custodia. Además, mató a otros cuatro varones en los dos meses comprendidos entre aquel incidente y su detención. Es muy probable que esas cinco vidas se hubieran salvado si los agentes de patrulla hubieran tenido mayores conocimientos sobre los patrones y motivaciones de los asesinos sexuales. Si la policía de Milwaukee en general hubiera sido más consciente de esas cosas, habrían sospechado de Dahmer incluso antes, cuando fueron desapareciendo varones jóvenes de los bares *gays* de la ciudad. Sin embargo, en honor a la verdad, no se puede culpar a la policía de Milwaukee por su error de juicio; muy pocos policías en el país habían sido formados en las técnicas de reconocimiento de la compleja dinámica de estos asesinos. Este incidente no hace sino reforzar mi creencia de que la policía necesita más formación en este campo.

En el otoño de 1991, tanto el fiscal como la defensa del caso Dahmer me pidieron que testificara como perito. Mi amigo Park Dietz aceptó testificar para la fiscalía y, en un giro extraño, yo acabé decidiendo testificar para el lado opuesto, para la defensa.

El que un ex agente del FBI testifique para la defensa en un juicio, en cualquier juicio, es muy inusual y puede ser malentendido por la mayoría de los no iniciados y, la verdad, también por algunos de mis antiguos colegas en el FBI y la policía. No obstante, desde que me jubilé del FBI y empecé a trabajar y cobrar como asesor y perito, he llegado a comprender que un auténtico experto no tiene más que una opinión. No importa, realmente, quién reclama sus servicios, porque su opinión está basada en los hechos y su

experiencia, y no puede ser alterada para apoyar la estrategia de la defensa o la fiscalía. Ésa fue la condición que impuse para trabajar con Gerald P. Boyle, el abogado de Milwaukee encargado de defender a Jeffrey Dahmer. Nunca debía parecer que yo estuviera respaldando las acciones o la conducta de Dahmer, ni que condonara la barbaridad de matar a 17 personas; simplemente, comprendía los actos y el estado mental de Dahmer. No estaba a favor de Dahmer ni en contra suya; solamente utilizaba mi experiencia para proporcionar a todas las partes el conocimiento necesario para que el juicio fuera justo. Estoy a favor de un sistema de justicia criminal capaz de manejar casos tan difíciles como el de Dahmer de la manera más adecuada.

El 13 de enero de 1992, Boyle anunció que Dahmer estaba dispuesto a cambiar su postura y declararse ya no «no culpable por enajenación mental», sino «culpable, pero con enajenación mental» de los 15 cargos de homicidio que había en su contra. «La decisión de declararse culpable es del señor Dahmer, no mía», dijo Boyle a la prensa. «El juicio trata sobre su estado mental. Su intención es declararse culpable.» Aunque en muchos otros estados no es posible, en Wisconsin la ley sí permite declararse «culpable, pero con enajenación mental». Estuve completamente de acuerdo con el cambio. Dado que su culpabilidad ya no era un asunto por determinar, Dahmer se enfrentaría a un juicio abreviado cuya segunda fase se centraría en su estado mental. Saliera como saliera dicha fase, era casi seguro que Dahmer pasaría el resto de su vida en un lugar seguro, fuera un psiquiátrico o una cárcel estatal, y así era como el caso tenía que terminar, en mi opinión. Al declararse culpable su cliente, Boyle ahorró a los tribunales de Milwaukee muchas semanas y, quizá, incluso meses de testimonios pesados, así como millones de dólares, permitiendo que el caso tuviera un desenlace favorable para la sociedad.

Entrevisté a Dahmer durante dos días, acompañado del equipo de la defensa. Antes de realizar la entrevista, me preparé estudiando el caso a fondo. Al leer los detalles sobre Dahmer, el personaje que más me venía a la mente era el terrible fantasma de Richard Trenton Chase, el asesino vampiro cuyos crímenes son el tema del primer capítulo de este libro. Lo mismo que Chase, Dahmer consumió sangre y carne humanas, pero no era tan desorganizado. Acudía a los bares de homosexuales de Milwaukee buscando

víctimas y las llevaba a su piso, sabiendo que corría el riesgo de ser investigado por la policía. En este aspecto me recordaba a John Gacy. Asimismo, Dahmer conservaba partes de los cuerpos, como esqueletos y cráneos, sabiendo perfectamente que dichos objetos podían ser utilizados como pruebas en su contra. También aprendí cosas que el tribunal ya sabía, pero que todavía no eran de dominio público: Dahmer bebió sangre, consumió partes de los cuerpos y prefería tener relaciones sexuales, no con sus víctimas vivas, sino con sus cadáveres desmembrados. En estos dos últimos aspectos, me recordaba a Ted Bundy y Ed Kemper.

Me sorprendió mucho que Dahmer se quedara esperando tranquilamente la llegada de la policía cuando su última víctima logró escapar de su piso mientras la estaba atacando. No intentó destruir ni ocultar la gran cantidad de pruebas que había en su piso y, la verdad, la cantidad de pruebas era tremenda: cientos de fotos de las víctimas, tanto vivas como muertas; cráneos y partes de cuerpos en el frigorífico, en barriles y en cajas. El piso estaba lleno de instrumentos que habían sido empleados para atar y matar a las víctimas. Me quedé destrozado al enterarme de que en los meses anteriores a su detención, varias personas entraron en el piso de Dahmer, como el dueño y unos policías. Todos los instrumentos estaban a la vista en el salón y en los cuartos, que tenían las puertas abiertas. Estaba allí la firma del asesino, pero nadie le hizo caso.

Aunque Dahmer exhibía muchas de las características del asesino organizado —cazaba a sus víctimas, las llevaba a su piso con promesas de dinero y favores y, después de matarlas, ocultaba las pruebas— también mostraba muchos aspectos propios de los asesinos desorganizados: tenía relaciones sexuales con los cadáveres de sus víctimas, consumía su carne, mutilaba sus cuerpos y guardaba partes de ellos como recuerdos. En nuestra terminología, pues, Dahmer era un asesino «mixto». De hecho, presentaba tantos aspectos generalmente no relacionados que quizá habría que proponerlo como ejemplo de una categoría de asesino en serie totalmente nueva.

¿Estaba Dahmer cuerdo o loco? Después de entrevistarle durante dos días, no sentí más que empatía por la persona atormentada y trastornada que se había sentado enfrente de mí. Dahmer fue tan abierto y cooperador como

cualquier asesino en serie con el que me he sentado a hablar. Aun así, sabiendo que había cometido todos esos actos horrendos, él no comprendía cómo lo había hecho. Estando dentro del entorno controlado de la cárcel, se daba cuenta de hasta qué punto sus compulsiones y fantasías se habían apoderado de su mente racional, impulsándolo a asesinar una y otra vez. Fumó como un carretero durante la entrevista y sugirió que el cáncer de pulmón podía ser la solución a sus problemas. Era simplemente impensable que aquel individuo atormentado hubiera estado cuerdo en el momento de cometer sus crímenes. Me alegraba de que, pasara lo que pasara en el juicio, Dahmer permanecería el resto de su vida entre rejas.

También me alegraba de que no existiera la pena de muerte en Wisconsin, porque ejecutar a Dahmer no habría servido de nada. Ejecutar a Ted Bundy le costó al estado de Florida siete u ocho millones de dólares, dinero que se podía haber invertido mucho mejor en la construcción de alguna institución penal forense dedicada a la investigación y el estudio de gente como Bundy, Kemper, Gacy, Berkowitz y Dahmer, personas que tan horrorosamente han violado la confianza de la sociedad. Ya hace tiempo que los criminólogos están de acuerdo en que la pena de muerte nunca ha disuadido a los delincuentes violentos. Sólo sirve para satisfacer a los familiares de las víctimas y el deseo general de la sociedad de vengarse. Si, como en el caso de Dahmer, se puede asegurar a la sociedad que esos monstruos no cumplirán sólo unos años en la cárcel para luego salir otra vez a la calle —si podemos ponernos de acuerdo en tenerlos encarcelados el resto de su vida—, entonces habremos progresado mucho. Exactamente dónde y cómo alejarlos de la sociedad no debería ser objeto de polémica.

A pesar de que Dahmer se declaró «culpable, pero con enajenación mental», el jurado lo consideró cuerdo en el momento de cometer sus crímenes y lo declaró culpable de 15 asesinatos. Fue condenado a 15 cadenas perpetuas y pasó los siguientes años en la cárcel, hasta que otro recluso, también un enfermo mental que no debería haber estado allí, lo asesinó el 28 de noviembre de 1994.

La existencia de alguien como Jeffrey Dahmer me impulsa a seguir con mis investigaciones. Sigo estando afiliado a diversas universidades estadounidenses y europeas, y soy profesor adjunto en la Universidad Estatal

de Michigan y la Universidad de Georgetown. Soy asesor de un centro psiquiátrico forense en Alemania y he trabajado con el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia en Valencia, España. En la actualidad estoy asesorando a la policía de Chihuahua en el caso del asesinato de más de cien mujeres jóvenes en Juárez, México. También trabajo para tribunales federales y estatales como asesor y perito en gran variedad de casos criminales y civiles. Esto me permite seguir haciendo entrevistas a criminales encarcelados, aunque ya no lo haga con ánimo de investigar. Aparezco a menudo en los medios de comunicación cuando se produce algún crimen inexplicable, y sigo asesorando a la industria cinematográfica. Ya no estoy en el Ejército, pero ocasionalmente doy cursos a investigadores de todas las ramas de las Fuerzas Armadas. Aunque de vez en cuando pienso en retirarme del todo, no creo que lo haga en un futuro cercano.

NUEVOS HORIZONTES¹

Desde que este libro se publicara por primera vez, he tenido la oportunidad de trabajar, como director de *Forensic Behavioral Services*, en muchos casos alrededor del mundo a los que no habría tenido acceso de haber sido todavía un agente del FBI. Además, durante estos años he podido realizar investigaciones en torno a aplicaciones únicas y novedosas de la técnica de elaboración de perfiles criminales.

Una de esas aplicaciones es el «contraperfil» (*reverse profiling*). Cuando se traza un perfil convencional, se recoge toda la información posible sobre la escena del crimen y la víctima; a partir de esa información se elabora un perfil de la personalidad del asesino. El contraperfil, en cambio, va en la dirección opuesta: ha ocurrido un crimen y una persona ha sido condenada por él. El proceso consiste en examinar a la persona, teniendo en cuenta las características de su conducta y sus circunstancias personales, y desde ahí se va descendiendo hasta las características del crimen. Se trata de hacer una evaluación de la personalidad y de intentar determinar de un modo realista si la persona en cuestión es capaz de cometer el tipo de crimen por el que ha sido condenada.

En estos últimos años he trabajado en casos aparentemente resueltos — con el supuesto autor acusado, juzgado y encarcelado—que, después de muchos años, son sometidos a revisión. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de William Heirens, un anciano de más de 70 años, que padece diabetes, tiene una salud precaria y lleva casi toda su vida adulta en la cárcel. Hoy en día, sin embargo, se duda de que fuera el autor de los crímenes por los que fue encarcelado. La Universidad Northwestern de Chicago me pidió que formara parte de un panel que iba a examinar las circunstancias de sus crímenes junto con algunas pruebas nuevas, y me encargó que determinara si Heirens había sido, o no, el responsable. No es una tarea agradable; descubrir que este tipo

pasó casi 60 años de su vida en la cárcel por un crimen que no cometió sería muy traumático. No es que yo tenga relación alguna con este caso (sólo le entrevisté una vez para nuestro Proyecto, hay que tener en cuenta que el crimen ocurrió cuando yo tenía nueve años) pero sería una injusticia muy grave que un hombre hubiera perdido toda su vida en la cárcel siendo inocente. Creo que nada causa más miedo que la posibilidad de ser juzgado y condenado por delitos que uno no ha cometido. Una cosa es ser un criminal, porque entonces te la estás jugando, otra bien distinta es pasar toda tu vida en la cárcel injustamente.

Trabajé en un caso muy conocido que ocurrió en Carolina del Sur en 1981, en Clover, una comunidad muy pequeña de sólo unos cientos de habitantes, justo al lado de la frontera con Carolina del Norte. En sólo unos meses fueron asesinadas tres ancianas, todas estranguladas; una tenía cincuenta y siete años, la otra ochenta y pico, y la tercera sesenta y nueve. Un joven negro, Sterling Spann, de 19 años de edad, fue condenado por el asesinato de una de ellas. El cuerpo de la víctima fue hallado en la bañera de su domicilio, donde se cometió el asesinato; tenía la ropa puesta y habían echado agua sobre ella; en su casa todo parecía indicar que se había llevado a cabo una especie de ritual. La segunda mujer también fue encontrada en su bañera. La tercera, en cambio, fue hallada en el suelo, aunque también habían echado agua sobre ella. Así que los asesinatos presentaban conexiones muy evidentes, patrones muy similares en el *modus operandi*. No hubo agresión sexual. La policía de la región tenía métodos y enfoques muy tradicionales. Sterling Spann fue condenado por uno de los asesinatos, porque había estado en la casa y se habían encontrado allí sus huellas dactilares. Efectivamente, Sterling Spann había estado en la casa, pero sólo había hecho algunas reparaciones domésticas para la señora, así que su presencia estaba perfectamente justificada. Otro de los asesinatos fue atribuido a un hombre blanco mayor que Spann, de entre 30 y 35 años, y el tercero quedó sin resolver.

Dieciocho años después, el abogado de oficio que llevaba el caso de Spann contactó conmigo, me dijo que creía que era inocente y me pidió que examinara el crimen y las circunstancias de éste. Mi análisis concluyó que los homicidios habían sido cometidos por una sola persona. La pregunta que

surgió fue la siguiente: de los dos hombres encarcelados por los mismos homicidios; ¿cuál era el sospechoso más probable, o estaban los dos libres de sospecha y encarcelados injustamente? Por una parte teníamos al hombre blanco, Johnny Hullett, cuya personalidad rozaba la esquizofrenia. Era un tipo que siempre andaba metido en líos, un maltratador de mujeres que tenía antecedentes penales y psiquiátricos; en conclusión, su personalidad encajaba con el tipo de persona que habría cometido estos asesinatos. Durante el juicio confesó algunas cosas relacionadas con los asesinatos, pero la policía no las investigó. En el otro lado estaba Sterling Spann, un chico negro que tenía 19 años cuando se cometieron los asesinatos, disfrutaba de una buena reputación y tenía un historial delictivo bastante limpio; en breve, alguien que no tenía ninguna de las características propias del autor de los homicidios y que se convirtió en el blanco de la policía sin que hubiera, realmente, ninguna prueba en su contra. De modo que declaré en el nuevo juicio que Sterling Spann no era el autor probable del crimen, mientras que Johnny Hullett sí lo era, y expuse mis argumentos. Hice un análisis de los estrangulamientos producidos en Estados Unidos en 1981. En dicho año, hubo unos 84 u 85 estrangulamientos en general en todo el país. El número de mujeres estranguladas era inferior al de hombres, y el de mujeres mayores todavía menor. De los estrangulamientos de mujeres mayores, sólo tres tuvieron lugar en Carolina del Sur y, encima, eran los tres que estábamos tratando. Hice entonces la pregunta de si era probable y lógico que los tres crímenes hubieran sido cometidos por tres personas distintas, teniendo en cuenta que todos tenían las mismas características y que, además, las mujeres mayores blancas no son el tipo de víctima normal de los varones negros jóvenes. Mi razonamiento tenía sentido y el juez lo aceptó, diciendo que en su opinión era una prueba convincente de que Spann no había cometido el crimen.

La historia tendría que haber acabado aquí, pero no fue así. El juez, en vez de anular el veredicto anterior, ordenó que se celebrara otro juicio, el tercero, en el que yo tendría que volver a testificar. Antes de ese juicio, el fiscal se reunió con Spann y le hizo una propuesta. Le dijo que, si se declaraba no culpable y perdía el juicio, sería ejecutado sin lugar a dudas. Sin embargo, si se declaraba culpable, la comisión encargada de decidir sobre su libertad condicional no se opondría a que se le concediera y saldría en

libertad. Spann aceptó el trato. En vez de dejar que su caso llegara a juicio, hizo una declaración de *nolo contendere* o *no contest*, en la que no se declaró ni culpable ni inocente, sino que dijo algo como «no voy a hacer ninguna declaración, lo dejo todo a merced del tribunal». Era lo que se llama una declaración *Alford*, basada en una oferta determinada, y el tribunal acordó que saliera en libertad la próxima vez que su caso apareciera ante la comisión de libertad condicional. La policía y el fiscal, sin embargo, tenían miedo de permitir que Spann saliera, porque sería embarazoso para ellos y podría derivar en una acción civil en su contra. Hablaron con la comisión y ésta denegó la solicitud de Spann por una formalidad. Spann sigue en la cárcel y ahora el abogado defensor ha organizado un gran movimiento para conseguir una nueva vista.

Ha habido muchos casos de condenas no justificadas en los últimos 8 o 10 años. Yo he trabajado en algunos de ellos, ayudando con un contraperfil a liberar a personas inocentes como, por ejemplo, Kerry Max Cook, en Texas, un hombre que pasó 18 años en la cárcel por un homicidio sexual que no había cometido y que fue definitivamente exculpado en 1999 tras una prueba de ADN. Ahora bien, la técnica del contraperfil también puede aplicarse a casos que todavía están en curso de investigación, examinándolos e informando a la policía de si es, o no, lógico pensar que el sospechoso del crimen sea el culpable. Sin embargo, son los viejos casos, como el de William Heirens, los que más llaman la atención de los medios. A veces, esta atención puede ser beneficiosa —como en el caso de Sterling Spann— cuando ayuda a presionar a las autoridades para poner a alguien en libertad. Sin embargo, también puede ser perjudicial, porque los medios de comunicación tienen una gran influencia sobre la opinión pública y no siempre han utilizado este poder de un modo responsable.

En general, se puede decir que la actuación de los medios ha agravado el problema. Acostumbran a distorsionar la información que presentan al público, exagerando las historias, dándoles espectacularidad y rebuscando datos para mantenerlas vivas aun cuando realmente no haya mucho que contar. Por supuesto, el público basa su opinión sobre el tema del asesinato en serie y múltiple en, precisamente, la información que facilitan los medios.

Por otra parte, el tema puede ser (por sus características) y es, de hecho, objeto de explotación comercial. Las películas y libros sobre el tema del asesinato en serie suelen crear situaciones que sí están basadas en hechos reales pero que van más allá, entrando de lleno en el terreno de la ficción. Durante los últimos años se ha multiplicado el número de series televisivas que presentan una imagen completamente irreal de lo que supone investigar un homicidio, elaborar un perfil y atrapar al culpable. También están los autores de novelas que inventan guiones totalmente inverosímiles, como agentes del FBI (que elaboran sus perfiles en una oficina) y detectives de la policía (que llevan a cabo el trabajo de campo) enamorándose entre sí y siendo a su vez perseguidos por asesinos en serie. Estas cosas, simplemente, no suceden en la vida real. Los agentes del FBI que elaboran perfiles no suelen conocer a los detectives que los solicitan, y los asesinos en serie están demasiado absortos en sus fantasías como para ir a por agentes del FBI que, a fin de cuentas, son víctimas de alto riesgo. A todo ello hay que añadir la figura reciente de Aníbal Lecter, un psiquiatra brillante con una capacidad casi sobrenatural: tiene un sentido del olfato muy superior a la media, una vista extraordinaria y una capacidad de percepción increíble. Vamos, es casi un vidente y así nos aparece, describiendo la ropa que lleva Clarice Sterling incluso antes de verla. Este hombre diabólico es capaz de evitar ser detenido gracias a su inteligencia. Todo esto no son más que cuentos de Hollywood. Lo he dicho antes en este libro, pero es necesario repetirlo: los asesinos en serie son personas inadaptadas, inútiles. Tienen graves problemas para enfrentarse con la vida cotidiana porque no funcionan bien como individuos, son incompetentes y no tienen las capacidades necesarias para integrarse en su entorno. Si las tuvieran, serían capaces de afrontar los estresores que les llevan a cometer un crimen, superarían los obstáculos que les hacen cruzar el umbral. Estos tipos son unos monstruos y, encima, están inadaptados. Por supuesto, el cine y la industria del entretenimiento presentan a veces una imagen bien distinta del asesino en serie, que hace que algunas personas inestables empiecen a fantasear con seguir su ejemplo. Hablo del tipo de persona inadaptada que es un don nadie pero quiere «ser alguien». No creo que entre éstos vaya a haber muchos asesinos en serie en el futuro, pero es verdad que me he cruzado con algunos individuos que dijeron que les

gustaría ser igual que John Gacy o algún otro asesino en serie, alcanzar su notoriedad. De hecho, incluso existen páginas web donde se habla del asesinato en serie con admiración.

Un asesino en serie es un don nadie que quiere ser alguien, no a través de la fama positiva, sino de la infamia. Cualquier tipo de reconocimiento es importante para él. De hecho, son adolescentes o adultos que se comportan igual que lo hace un niño cuando quiere llamar la atención. A veces, un niño que no recibe ninguna atención intenta conseguir, por lo menos, una atención negativa. Una vez me encontré en una situación que refleja esto muy bien: un grupo de personas estábamos trabajando en casa de alguien, sentados alrededor de una mesa, con unas copas, y tomando apuntes. El hijo de nuestro anfitrión, un chiquillo de unos cuatro o cinco años, entró en el cuarto e intentó llamar nuestra atención. Su padre le dijo que no era el momento y le pidió que se fuera. El niño volvió a entrar unas cuatro o cinco veces más, hasta que al final volvió con una pelota y la tiró justo en medio de la mesa, volcando todos los vasos y derramando la bebida. Estaba claro que sabía que se había metido en problemas y que su padre le castigaría, pero no le importaba porque había conseguido lo que quería: la atención de su padre. Este incidente pone de manifiesto a un nivel primitivo e infantil —en los colegios de primaria y secundaria suceden cosas de este tipo con frecuencia— que el niño que no tiene el talento del orador, del atleta o del músico, el niño que no saca buenas notas y que no puede alimentar su autoestima de ese modo, recurre a menudo a conductas antisociales para llamar la atención.

En Estados Unidos el tema de la violencia escolar está cada vez más en boga. La edad en que aparecen las conductas violentas graves es cada vez menor. Antiguamente se daban casi exclusivamente en el mundo adulto, luego aparecieron en la universidad, y ahora se producen en el instituto de secundaria e incluso en primaria, donde vemos que hay niños que llevan armas de fuego a la escuela y disparan sobre los maestros y sobre sus propios compañeros. Estos niños no son los atletas, o niños que reciban gran reconocimiento académico, deportivo o social, sino que son más bien los perdedores, el tipo de joven que hay en todos los colegios, el que lleva el pelo en punta, teñido de azul, rojo o verde, y tiene *piercings* por todo el cuerpo. Es su manera de pedir aceptación y reconocimiento... que alguien le preste

atención, aunque sea para ridiculizarlo. Uno de estos grupos que existe desde hace tiempo es el movimiento gótico. Son jóvenes que llevan el pelo y las uñas de color negro, que se reúnen para escuchar música rara y consumir drogas. También están los «vampiros», jóvenes que dicen ser vampiros y que beben sangre de forma ritual, haciéndose cortes y bebiéndose la sangre los unos a los otros, y cosas así. Incluso los dos jóvenes asesinos de Columbine, Klebold y Harris, llevaban gabardinas negras y ropa oscura, y cuando iban por la escuela juntos, los demás les señalaban con el dedo y se reían de ellos. Eran marginados, pero al mismo tiempo se reconocía su estatus de marginados; recibían atención, aunque fuera negativa.

Este patrón de conducta se reproduce a veces en la vida adulta. David Berkowitz, por ejemplo, el Hijo de Sam, me dijo que el mayor logro de su vida había sido ver publicada su carta en las portadas de los periódicos neoyorquinos. Envío la carta anónimamente, así que nadie conocía su identidad. Me dijo que cuando la vio publicada «casi estaba gritando en mi interior, queriendo decirles, ‘Oye, soy yo, David Berkowitz, yo soy el Hijo de Sam, poned mi foto en el periódico’. Yo quería eso, pero me daba cuenta de que si lo hacía, me meterían en la cárcel y nunca saldría, así que no podía hacerlo». Se sintió muy frustrado por el hecho de que su carta hubiera aparecido en el periódico y que todo el mundo hablara de ella, pero sin que él recibiera ningún reconocimiento. Cuando lo detuvieron y lo metieron en un coche patrulla con las manos esposadas a la espalda, le dijo al policía: «¿Vamos a la Jefatura Central?». El policía contestó que sí y entonces Berkowitz dijo: «¿Podrías coger el peine de mi bolsillo? Quiero tener buen aspecto cuando la prensa llegue. Quiero ir bien peinado.» ¿Qué es lo que nos revela esta anécdota sobre este tipo? Lo han detenido por asesinato múltiple, es acusado de ser el Hijo de Sam, el autor de siete u ocho asesinatos en un año, sabe que será juzgado y que probablemente pasará en la cárcel el resto de su vida y ¡se preocupa por la prensa y por cómo saldrá en la tele! Y es feliz, porque ahora su identidad se vinculará con el famoso Hijo de Sam, porque todo el mundo sabrá que David Berkowitz es el Hijo de Sam. Cualquier persona que recibiera esta clase de atención se moriría, pero estos asesinos se alegran.

Lo mismo ocurre durante los juicios. Los acusados se portan mal y montan numeritos para llamar la atención del tribunal. Hay veces que incluso se quedan quietos, posando para los dibujantes de la prensa (no se permite la entrada de cámaras). Éste era el caso, por ejemplo, de John Hinckley, el hombre que intentó asesinar al presidente Reagan, caso en el que trabajé junto con Park Dietz. Fue declarado no culpable por enajenación mental, pero en realidad no estaba tan enajenado. Era un tipo muy inadecuado, un chico rico pero solitario, introvertido, que no había tenido novias ni tenía amigos de su mismo sexo. Fue a la universidad durante siete años, pero no consiguió licenciarse y lo único que hizo fue perder el tiempo. Empezó a decirles a sus padres que quería hacer carrera en la música, estudiar y ser compositor. Sus padres y abuelos le dieron dinero para que comprara los instrumentos necesarios, pero él lo derrochó todo. Entonces vio la película *Tax i D r i v e r*, en la que Jodie Foster hace de una niña prostituta. La vio repetidas veces, hasta llegar a obsesionarse, y se inventó una relación amorosa con Jodie Foster. Quiso conocerla y empezó a coleccionar libros y fotos sobre ella. Leyó en alguna parte que iba a la Universidad de Yale, así que viajó a New Haven, Connecticut, y se puso a dar vueltas por el campus, buscándola. No la encontró, pero de algún modo consiguió su número de teléfono, la llamó y consiguió hablar con ella en persona. Ella no sabía quién era él, pero se dio cuenta de que sólo era un tipo raro y, cuando la invitó a cenar para conocerla, ella dijo que no podía ser. A pesar de su negativa, Hinckley siguió acechándola. Su fantasía era encontrarla, matarla y después matarse a sí mismo; de este modo, los dos se irían juntos al cielo y la gente asociaría los nombres de Jodie Foster y John Hinckley para siempre. Ésta era la clase de pensamientos que rondaban su cabeza. Cuando disparó al presidente, dejó una carta para ella, afirmando que mataba al presidente por ella, para demostrarle su amor. Era simplemente ridículo. Está claro que no la impresionó demasiado. Durante el juicio, en un momento dado, los dibujantes no estaban haciendo nada, simplemente estaban esperando a que sucediera algo, así que Hinckley cogió su corbata, se la puso en la boca y se quedó allí sentado, sin moverse. Todos los artistas cogieron sus papeles y sus lápices y se pusieron a dibujar la escena, porque era algo diferente: John Hinckley sentado con su corbata en la boca. En otras palabras, el tipo era tan

inadecuado que incluso era capaz de hacer una estupidez con tal de que su imagen saliera en el periódico.

Muchos de estos criminales violentos empiezan sus «carreras» porque son tan inadecuados que son incapaces de obtener ningún tipo de reconocimiento social. Empiezan entonces a fantasear con ser asesinos y con adquirir, de este modo, alguna notoriedad. Un caso con el que tratamos en la Unidad de Ciencias de la Conducta ilustra esto. Se trataba de un hombre de Wichita, Kansas, que estaba matando a mujeres y dejando toda clase de indicios. Escribió una carta a la policía pidiendo que, por favor, le llamaran el Estrangulador ATM, por «Átalas, tortúralas, mátalas».² En otras palabras, este individuo estaba pidiendo a la prensa que le diera una identidad. Hablamos, pues, de personas que casi regresan a un estado mental infantil para obtener algo en su vida adulta que no tienen. Infantil, muy infantil. Es algo que se ve en los niños todo el tiempo: hacen cosas que un par de años más adelante ni siquiera se les pasarían por la cabeza, pero las hacen porque buscan el reconocimiento de sus iguales o de los adultos. Desean profundamente ser el centro de atención y no les importa si ésta es negativa o positiva. Lo mismo vale para los delincuentes organizados. Los desorganizados, en cambio, no tienen la misma mentalidad, al menos no en los casos que yo vi, porque lo suyo son las fantasías, alucinaciones, ilusiones; no buscan el reconocimiento, sino que simplemente realizan sus fantasías. Los organizados sí tienen ese deseo de reconocimiento. Se podría argumentar en contra de mi afirmación que los organizados, en realidad, no necesitan el reconocimiento de los demás, porque ya tienen una sensación grandiosa de autovalía: se consideran los reyes del mundo. El problema, sin embargo, es que, aunque ellos creen que son los mejores, ¿alguien les reconoce como tales? Pueden creerse los mejores, pero ¿qué han hecho para atraer la atención que desean? Si examinamos algunos casos —no todos, por supuesto— podremos comprender que esta búsqueda de atención está en la base de todo.

Veamos, por ejemplo, el caso de Ted Bundy, un asesino en serie muy notorio. Estuvo metido en grupos políticos, intentó obtener un título y quería estudiar derecho. En resumen, aspiraba a mucho, pero conseguía poco. John Gacy es otro buen ejemplo. Era un empresario que hacía reformas y

subcontratas. Tengo una cinta de vídeo en la que hablo con él y me dice que tiene cuatro títulos. Cuando le pregunté en qué había conseguido esas titulaciones, me dijo que una de ellas era en artes culinarias, es decir, fue a la escuela de cocina de la cadena de comida rápida *Kentucky Fried Chicken*, donde le dieron una especie de certificado que él llamaba «título». También tenía un certificado de un curso de contabilidad que había hecho. Así que hablaba de los certificados como si fueran titulaciones. Cuando nosotros hablamos de títulos, pensamos en másters, títulos universitarios, doctorados, etcétera. Él, sin embargo, hablaba de pequeños certificados y los llamaba títulos. También dijo tener millones de dólares cuando, en realidad, su declaración de la renta demostraba que no estaba ganando tanto dinero. Se vislumbra esta sensación de grandiosidad, quieren ser más de lo que son, y en diferentes aspectos. Gacy, al menos, tenía una empresa, aunque no le iba todo lo bien que él hubiera querido. Peor lo tiene la persona que no ha alcanzado ningún logro y que busca el reconocimiento entrando simplemente en la vía antisocial. La competitividad que impera en la sociedad estadounidense actual juega un papel importante en esto: el éxito social, profesional y familiar es lo que más se valora. Ganar es lo importante. Además, el segundo no cuenta, sólo cuenta ser el primero.

Esta competitividad se manifiesta de diferentes formas en diferentes sociedades. En Japón, por ejemplo, la presión por destacar es muy fuerte. Pese a ello, las tasas de crímenes violentos y homicidios son muy bajas. En lugar de externalizar esta presión, lo que hacen es suicidarse. De hecho, el suicidio es un problema muy grave en la sociedad japonesa. Parece como si Japón hubiera elegido la solución interior, mientras nuestra cultura ha optado por la solución exterior. La sociedad japonesa es muy conservadora. Existe mucha presión social en cuanto a tener una conducta apropiada y cortés, en cuanto a ir bien vestido y a tenerlo todo siempre bajo control. Me quedé muy sorprendido, pues, cuando viajé a Japón y descubrí que la cultura japonesa está realmente muy interesada en la pedofilia y la violación. Puedes entrar en un ultramarinos o una librería y comprar cómics donde aparecen representaciones gráficas de actos sexuales y violaciones de niños. Son escenas en las que, por ejemplo, aparece una niña andando por la calle y luego un hombre la rapta y la obliga a realizar actos sexuales. Vamos, cosas

bastante explícitas. En Estados Unidos, si hicieras algo así, estarías en la cárcel en menos que canta un gallo. Las leyes prohíben mostrar a niños en contextos sexuales. En Japón, sin embargo, muestran nada más y nada menos que la violación de niños y no pasa nada. Muchos de los vídeos y las películas de allí muestran actos sexuales en grupo y coercitivos, violaciones, y no es nada inusual que un chico lleve a su novia al cine para ver violaciones o a una librería pornográfica donde abundan los libros y vídeos de violaciones. Quizá los japoneses estén sublimando su hostilidad a través de los libros y las películas, satisfaciendo sus tendencias agresivas con la sublimación o la sustitución en vez de llevarlas a la práctica.

Estuve trabajando en Japón desde mediados hasta finales de los noventa aunque los homicidios allí son tan poco comunes y ocurren tan espaciados en el tiempo que casi resulta difícil detectarlos. La tasa de homicidios es de las más bajas del mundo: es menos de la mitad de la tasa española y unas 12 veces más baja que la estadounidense. No obstante, de vez en cuando sale algún caso particularmente horrendo que deja a todo el mundo perplejo. Por ejemplo, el caso del asesino del colegio, que decapitó a un niño y dejó su cabeza en los escalones de la entrada de una escuela de primaria. Otro caso fue el de un hombre asesinado cuyo cuerpo fue encontrado cortado en 15 o 20 trozos envueltos y depositados en los cubos de la basura de un parque. Otro caso que generó gran conmoción fue el del médico que mató a su mujer e hijos, el Dr. Nomoto. Había muchos indicios en su conducta que le apuntaban como el autor de los asesinatos, pero cuando lo sugerí a la policía, dijeron que era imposible, que el hombre era médico y que un médico nunca haría algo así. Sin embargo, cuando le interrogaron y mencionaron que un experto en psicología de Estados Unidos, Robert Ressler, le tenía por el principal sospechoso, ¡empezó a confesar! Era un caso evidente de un marido que había matado a su mujer e hijos, pero los japoneses no lo pillaron, no porque no sean personas brillantes, porque sí lo son, sino porque no tienen conocimientos en el área de la investigación de homicidios o en la evaluación y el análisis de la conducta. Uno no puede ser un experto en algo que no ocurre en su entorno, y en Japón, simplemente, no se dan suficientes homicidios. Sí tenían un buen programa de ciencias de la conducta, pero no tenían nada que examinar porque no había problemas en su propio país;

estudiaban mis casos de Estados Unidos y los trabajos de otra gente. Esa falta de casos autóctonos, ¿se debe a factores culturales o no? Mi respuesta es que uno sólo puede estudiar algo que 1) está ocurriendo y 2) es reconocido. En Estados Unidos está ocurriendo y es reconocido y, por tanto, se estudia, lo mismo que en otros países como el Reino Unido, España, Holanda y Australia. Todos estos países tienen centros de investigación del comportamiento que examinan estos temas, pero hay zonas enteras en el mundo donde no hay nada parecido, como África, por ejemplo. Sólo sé de un país en este continente que tiene un programa de ciencias de la conducta: Sudáfrica. Algo similar ocurre en Latinoamérica. Por ejemplo, cuando Garavito estaba cometiendo sus asesinatos no se mencionó que hubiera ningún psiquiatra o psicólogo trabajando en el caso. Fue más una investigación policial que otra cosa. Tampoco he oído hablar de investigaciones o centros de estudio con programas de ciencias de la conducta en Oriente Medio, en países como Jordania, Irán, Irak o Libia. Estoy seguro de que este tipo de crímenes ocurren en esos países. Sin embargo, las autoridades no disponen de métodos suficientemente sofisticados ni siquiera para estudiarlos, no digamos ya para resolverlos. Hace unos años hubo un caso en Irán, el del vampiro de Teherán, que fue ahorcado en una grúa. Esto ilustra parte del problema. En aquellos países no se estudia ni se entrevista a los asesinos. Detienen a uno, lo ejecutan y ya está, se acabó. En Rusia probablemente ocurría igual. Bajo el gobierno soviético, siempre que fuera posible resolver un caso, no se tenían en cuenta sus aspectos conductuales. Un ejemplo es el caso de Andrei Chikatilo, que mató a 53 personas. A lo largo de los años, las autoridades detuvieron a muchos individuos por esos crímenes y ejecutaron a algunos de ellos. Así era el estilo soviético: cuando se encontraba un cuerpo, se buscaba un culpable, se le ejecutaba y se acabó. Si aparecía otro asesinato con exactamente las mismas características que el anterior se buscaba a otro asesino. No había preguntas, nadie pensaba en que pudiera haber un patrón común en los homicidios. El Dr. Alexander Bukhanovsky, el psiquiatra que trabajó en el caso, acertó en muchos aspectos pero tuvo muchas dificultades para convencer a la policía. Tuve un breve encuentro con él en los ochenta, cuando Chikatilo todavía andaba suelto, y hablé con él por teléfono durante el

juicio, pero el FBI no me permitió trabajar con los soviéticos por la simple razón de que eran el enemigo. Ya se sabe el grado de paranoia al que se llegó durante la guerra fría. El FBI temía que yo revelara secretos de las ciencias de la conducta a los soviéticos. No hay secretos, por supuesto, pero ésa era la mentalidad, la burocracia. Una vez que cambió el clima político, sin embargo, pude traer a Bukhanovsky a la Academia del FBI hace unos años, y montamos una presentación conjunta sobre los asesinatos en serie en Rusia.

Desde que se publicó este libro por primera vez se han producido diversos cambios en el panorama criminal. El primero y más importante es el gran aumento de casos de acoso o acecho, el *stalking*. Incluso algunas personas famosas han sido acosadas y asesinadas por *stalkers*. John Hinckley, a su manera, acosaba a Jodie Foster. Mark David Chapman acechó a John Lennon. Robert Bardo acechó y mató a una joven estrella del cine llamada Rebecca Schaeffer. En Inglaterra hubo un caso paralelo, el de Jill Dando, una presentadora de un programa televisivo sobre criminología. Su asesinato fue muy similar al de Rebecca Schaeffer. La violencia escolar extrema, bien en los centros de primaria y secundaria o en la universidad es, asimismo, un fenómeno relativamente nuevo. Al hablar de este fenómeno nos referimos realmente a un asesinato de masas que tiene lugar en el contexto de la escuela. A veces se trata de niños que sólo disparan sobre un maestro pero, en general, llegan con un arma de fuego y disparan hasta quedarse sin balas. Se produjo un caso muy impactante en Canadá. Marc Lépine, un estudiante de ingeniería al que le habían denegado el acceso, descubrió por las estadísticas que había un gran número de chicas entre los estudiantes admitidos. Concluyó que le habían rechazado porque los puestos de los chicos estaban siendo ocupados por chicas, de modo que un día entró en un aula con un arma semiautomática y dijo: «Chicos, salid; chicas, quedaos.» Mató a 14 chicas.

Desde finales de los ochenta, periodo en el que surgió, el problema de la violencia en el trabajo ha cobrado cada vez más importancia. Hoy en día es un gran problema en Estados Unidos pero también ha habido incidentes en Europa, donde he trabajado dando clases sobre este tema. De nuevo, hablamos de una forma de asesinato de masas. Es necesario que sepamos que

cuando hablamos de «violencia en el trabajo» estamos utilizando una etiqueta que los medios de comunicación han puesto al asesinato de masas en el lugar de trabajo. De hecho, corresponde a la categoría 124 —Asesinato de Autoridad— del Manual de Clasificación de Crímenes³ y representa un crimen en el que el agresor o la agresora mata a una o más personas que tienen una relación de autoridad real o simbólica por la que el agresor percibe que ha sido agraviado. Digo «el agresor o la agresora» porque es lo políticamente correcto, pero en realidad se trata, otra vez, de un crimen cometido casi exclusivamente por varones. Sólo conozco unos pocos casos, quizá 2 o 3, de mujeres agresoras.

En este tipo específico de violencia la agresión puede ir dirigida contra una o varias personas, contra un edificio, una estructura o cualquier institución que simbolice la autoridad, así que el crimen puede adoptar varias formas, como el asesinato de personas físicas o la destrucción de un edificio con explosivos o con fuego. El agresor típico es una persona adulta, de unos 35 años o más, que roza la psicosis o que tiene una personalidad paranoide. Ha desarrollado el deseo de vengarse y ajustar las cuentas y para ello emprende una acción suicida que va dirigida hacia el exterior, es decir, que mata a otro en vez de matarse a sí mismo. Un caso excelente, en el que Park Dietz y yo trabajamos juntos, es el de Joseph T. Westbecker. Este señor trabajaba en una imprenta importante y era un empleado muy bueno hasta que empezó a tener problemas personales. Su matrimonio se fue a pique, su hijo fue detenido en varias ocasiones, tuvo problemas económicos, y todo esto acabó influyendo sobre su trabajo. Dejó de ser productivo y le dieron la baja médica y, finalmente, la jubilación anticipada, algo que le afectó profundamente.

Así que, un día de 1989, volvió al trabajo armado hasta los dientes, no con la idea de matar a nadie en particular, sino simplemente para atacar a la compañía que había sido injusta con él. Llevaba una bolsa de deporte con dos subfusiles semiautomáticos MAC-11, un fusil de asalto semiautomático AK-47, un revólver Smith & Wesson del 38, una pistola alemana semiautomática SIG-Sauer de 9 milímetros, una bayoneta y 1.100 balas.

Aparcó enfrente del edificio y entró por la puerta de las oficinas de administración, lo que probablemente le dio una satisfacción especial porque esa puerta estaba reservada para los jefes y los de arriba, y los trabajadores no podían utilizarla. Subió a las oficinas de los jefes, pero no estaban. Había llegado demasiado temprano. Él era un operario que realizaba trabajos manuales y por eso solía entrar alrededor de las siete y media o las ocho. Los jefes solían entrar entre las nueve y las diez, así que no había nadie en las oficinas. Se puso a disparar contra las paredes de las oficinas y las mesas, atacando simbólicamente a la autoridad. En esos momentos las secretarías salieron corriendo de sus propias oficinas y las mató. Eran trabajadoras inocentes, colegas suyas, pero las mató igual. A continuación bajó a la fábrica y la recorrió matando a los trabajadores, sus iguales. Terminó en el lugar donde solía trabajar y entró en la oficina del supervisor, que estaba vacía, y volvió a disparar contra la oficina, la mesa, las paredes. Al lado estaba la sala donde media docena de trabajadores estaba en su hora de descanso, tomándose un café, preparándose para volver al trabajo, y los mató a ellos también. Finalmente, sacó una de las pistolas y se pegó un tiro. Su ataque fue una mezcla de blancos específicos y ataques arbitrarios contra todo aquello que pudiera ser un símbolo de la organización. Ha habido muchos casos así. Algunas personas, por ejemplo, que se sienten frustradas por el sistema judicial, entran en un tribunal, matan al juez y a los alguaciles y después disparan contra las paredes de la propia sala. Las oficinas de correos también tuvieron grandes problemas durante varios años, pero atajaron las causas.

No obstante, no todo son malas noticias. Se ha progresado mucho en la lucha contra el crimen. Como he mencionado antes, hoy en día varios países disponen de programas sobre ciencias de la conducta, y la policía en general sabe cada vez más sobre el tema. Esto supone una novedad porque tradicionalmente la policía ha sido una profesión muy cerrada, que no ha querido hablar con los medios de comunicación o compartir información con psiquiatras, psicólogos o sociólogos porque, en su opinión, no son de fiar. Cuando estaba en la Unidad de Ciencias de la Conducta, durante los setenta y ochenta, yo defendía que teníamos que ser una organización interdisciplinar, especialmente los departamentos de ciencias de la conducta. Quería traer a

gente de fuera, con sus conocimientos, y compartir los nuestros con ellos, pero encontré mucha resistencia. Cuando empecé a trabajar con académicos, con Ann Burgess y Park Dietz, la gente del FBI me miraba como si fuera una especie de hereje, de rebelde. Un alto cargo me acusó de ser un trabajador social. Dijo, «¿Quieres ser un trabajador social, o un agente del FBI? ¿Para qué quieres hablar con la gente cuando ya está en la cárcel? Tu trabajo es meterlos en la cárcel, no hablar con ellos después.» Ésa era su actitud, su mentalidad —la burocracia, otra vez—.

Desde entonces, sin embargo, la violencia es un área que cada vez recibe más atención. Hay instituciones como el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia que se dedican exclusivamente a la investigación de esta área. En Estados Unidos existen diferentes universidades que están llevando a cabo programas de investigación; muchos departamentos de policía a lo largo y ancho del país han establecido programas sobre las ciencias de la conducta, y el servicio secreto que protege al presidente —que hasta el atentado de Hinckley carecía de un componente de ciencias de la conducta— ha desarrollado su propio programa en la materia, con nuestra ayuda. Hoy en día ya no es raro que uno necesite estudios universitarios para optar a un puesto de policía; al menos dos años de estudios y a veces una licenciatura. Algunos departamentos de policía más progresistas incluso tienen policías con másters o doctorados. Tanto los académicos como los profesionales de la salud mental se están orientando cada vez más hacia las ciencias forenses. El concepto de enseñar o formar en justicia criminal, criminología o administración de policía criminal en un contexto universitario es bastante nuevo. Sólo se remonta a los años cuarenta o cincuenta. La universidad estatal de Michigan, donde yo estudié, era una de ellas, así como la de Berkeley, California, donde incluso podías estudiar asignaturas que te encaminaban a una carrera en la justicia criminal. Hoy en día, casi todas las universidades, o al menos la mayoría, tienen programas que preparan a la gente para una carrera profesional en la policía, penología, criminología, trabajo de laboratorio o en prisiones, etcétera.

Así, la policía cada vez está adquiriendo más conocimientos académicos y el mundo académico, por su parte, se está orientando cada vez más hacia la práctica. Hoy en día las aplicaciones forenses se están desarrollando

muchísimo, y algunos psiquiatras y psicólogos han llegado a especializarse en ciencias forenses con el fin de poder ayudar en la resolución de casos y testificar en juicios. La psiquiatría y la psicología ya no se dedican únicamente a tratar a los enfermos mentales. Los profesionales de la salud mental siempre han tenido la Asociación Americana de Psiquiatría, pero en los últimos años han surgido otras organizaciones como la Academia Americana de Psiquiatría y la Ley, que se dedica a fijar estándares y a investigar temas estrictamente forenses. La Academia Americana de Ciencias Forenses tiene, asimismo, una sección de Ciencias de la Conducta y Psiquiatría. Otra institución de reciente creación es la Academia Americana de Psicología Forense, de modo que podemos afirmar que ahora existen organizaciones profesionales que dirigen sus esfuerzos al mundo forense en el campo de la salud mental.

También se ha progresado en el método de recolección de pruebas. El FBI dispone incluso del llamado ERT o *Evidence Response Team*. Cuando hay un caso de gran repercusión social, como el 11 de septiembre o el atentado de Oklahoma, la investigación no corre a cargo de los agentes locales, sino que se llama al ERT. Son profesionales especialmente formados, algunos con doctorado y todo, que vienen y recogen las pruebas de un modo que raramente se ve en otra parte. No solamente recogen pelos, fibras, sangre, huellas de zapatos, esa clase de cosas, sino que también hay entomólogos forenses que estudian los cultivos de insectos debajo de los cuerpos, odontólogos forenses que descubren las marcas de mordedura en un cuerpo durante la autopsia, y patólogos forenses con una formación mucho más amplia que la de los médicos forenses normales. El concepto de «llamar al equipo especial» puede ofender a los policías que quieren hacer su propio trabajo, pero tiene mucho más sentido porque hay muchos casos que se echan a perder durante las primeras horas, sólo porque las pruebas no se recogen correctamente. El caso de JonBenet Ramsey, la niña de Colorado, es un buen ejemplo. La policía no recogió las pruebas correctamente de la escena del crimen de modo que hoy, ocho años más tarde, el caso sigue siendo un misterio sin resolver.

Algo que tiene un gran potencial en la lucha contra el crimen es el sistema PDCV, del que he hablado larga y extensamente en el capítulo 10. Lleva ya unos años operando, con una base de datos que contiene casi 100.000 asesinatos, por lo que actualmente es un instrumento muy útil para llevar a cabo comparaciones. Sin embargo, el programa todavía no ha demostrado su valía, creo que por lo novedoso que es. Hacen falta un par de décadas para montar algo así, hacer que funcione y conseguir que la gente lo acepte. Hay otro formulario similar cuyo origen resulta bastante curioso. Unos policías canadienses que habían venido a estudiar a Quantico por un año se llevaron el formulario del PDCV de vuelta a Canadá. Allí lo utilizaron como base para desarrollar su propio formulario, el SAVCV. PDCV significa «Programa para la Detención de Criminales Violentos», y SAVCV son las siglas de Sistema de Análisis de Vínculos del Crimen Violento.⁴ El SAVCV supera al PDCV en el sentido de que, además de asesinatos, también abarca delitos como la violación y la agresión sexual a niños. También es bilingüe, francés e inglés, por su origen canadiense, y ha sido adoptado por Austria, Alemania, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Australia. México tenía previsto utilizar el SAVCV pero al final se decantó por el PDCV. De todos modos, los programas son compatibles y pueden intercambiar información. También hay otros programas en Estados Unidos. En Nueva York hay uno llamado EHSP, Evaluación de Homicidios y Seguimiento de Pistas.⁵ En Portland, Oregón, y Seattle, Washington, opera el SSIH, Sistema de Seguimiento e Investigación de Homicidios.⁶ Está claro que no faltan iniciativas, pero lo que realmente necesitamos es un programa estándar que funcione para todo el mundo y que sea utilizado. En efecto, uno de los puntos débiles del PDCV es que queríamos que su uso fuera obligatorio, junto con los Informes Uniformes sobre la Delincuencia.⁷ Por ley, cada Estado debe utilizar los Informes Uniformes sobre la Delincuencia y remitir sus estadísticas a Washington cada año. Nosotros queríamos vincular el PDCV a esos Informes pero no lo conseguimos, y por eso ahora hay algunos estados que no utilizan el PDCV. Es verdad que el PDCV todavía tiene problemas, pero es mejor que no tener nada. Ha habido algunos éxitos, no los suficientes en mi opinión, pero las hipótesis en las que el programa está basado son sólidas y creo que simplemente necesitamos más tiempo. Mi esperanza es que algún día todo el

mundo esté conectado y que se puedan comparar los datos criminales mediante este sistema computarizado, sea PDCV o SAVCV. Desde luego, no es nada imposible; se puede hacer, pero es necesario concienciar en primer lugar a los círculos políticos, buscando su colaboración. Habría que coordinarlo todo a través de una institución central, como Interpol, por ejemplo. De hecho, es lo que se está haciendo, hasta cierto punto, pero no completamente. Por eso me parece muy bien lo que hizo Austria hace seis años, organizando una conferencia e invitando a representantes de unos 14 países europeos para que vieran el funcionamiento del SAVCV. La idea era motivar a los asistentes para que lo pusieran en marcha en sus respectivos países. Éste es, sin duda, el camino hacia el futuro. El crimen es un fenómeno cada vez más global. Por eso es necesario que aquellos que lo combatimos entremos también en la era de la globalización y olvidemos nuestras pequeñas diferencias para unirnos en aras del bien común.

GLOSARIO

- Bardo, Robert: acosador que mató a la actriz Rebecca Schaeffer el 18 de julio de 1989. Fue condenado a cadena perpetua.
- Berdella, Bob: asesino en serie que mató a seis hombres entre 1984 y 1988. Fue condenado a cadena perpetua y murió en la cárcel de un ataque al corazón. Más tarde se creyó que pudo haber sido envenenado.
- Berkowitz, David: conocido como el «Hijo de Sam», este asesino en serie mantuvo en vilo a la ciudad de Nueva York desde julio de 1976 hasta su detención en agosto de 1977, matando a seis hombres y mujeres jóvenes, generalmente por la noche, cuando se encontraban en el interior de su coche aparcado. Está cumpliendo cadena perpetua (365 años). Se ha convertido al cristianismo y rechaza la posibilidad de salir bajo libertad condicional.
- Bianchi, Kenneth: ver *Hillside Strangler*.
- Bremer, Arthur: intentó asesinar a George Wallace, gobernador de Alabama y candidato a la presidencia de Estados Unidos, el 15 de mayo de 1972. Fruto de ese atentado (motivado no por la política, sino por el deseo de ser famoso), Wallace quedó en silla de ruedas. Bremer fue condenado a 53 años de cárcel.
- Brudos, Jerome: este asesino en serie, fetichista de los pies femeninos, mató a cuatro mujeres entre 1968 y 1969. Está cumpliendo cadena perpetua.
- *BTK Strangler* (Estrangulador *BTK* – *Bind, Torture, Kill* – Atar, Torturar, Matar): asesino en serie que mató a siete personas entre 1974 y 1977. Entraba en la casa de sus víctimas, a veces cuando ellas estaban dentro, otras veces esperaba a que volvieran, y después las agredía. Nunca fue detenido; simplemente dejó de actuar. Volvió a aparecer en 2004, enviando varias cartas a la prensa, una de ellas con objetos y fotos que sólo el asesino podía tener.
- Bundy, Ted: asesino en serie que mató al menos a 22 mujeres jóvenes entre 1974 y 1978. Famoso por su encanto personal, mucha gente no podía creer que fuera culpable de sus crímenes. Fue ejecutado el 24 de enero de 1989.
- Buono, Angelo: ver *Hillside Strangler*.
- Calabro, Carmine: asesinó a Francine Elverson, en 1979. Está en la cárcel en Nueva York, cumpliendo una condena de entre 25 años y cadena perpetua.
- Chapman, Mark: asesinó a John Lennon el 8 de diciembre de 1980. Fue condenado a una pena de entre 20 años y cadena perpetua. Está actualmente en la cárcel, tras intentar salir en libertad condicional en tres ocasiones, la última en 2004. Las autoridades también son reacias a concederle la libertad porque ha recibido amenazas de muerte.
- Chase, Richard: asesino en serie que mató a seis personas en 1977 y 1978. Creía que su sangre se estaba convirtiendo en polvo y necesitaba reponerla bebiendo la de sus víctimas. Fue condenado a muerte, pero el 26 de diciembre de 1980 se suicidó por una sobredosis de píldoras antidepresivas.
- Chikatilo, Andrei: asesino en serie que mató al menos a 53 personas (en su mayoría niños, niñas y chicas jóvenes) entre 1978 y 1990 en la antigua Unión Soviética. Era caníbal y mutilaba los cuerpos horrendamente. Las autoridades tardaron mucho tiempo en detenerlo porque, entre otros

motivos, el «asesinato en serie» no existía en la URSS supuestamente. Fue ejecutado en febrero de 1994.

- Corona, Juan: asesino en serie que mató al menos a 25 personas en 1971. Está cumpliendo cadena perpetua.
- Crutchley, John Brennan: secuestró a una autoestopista y le extrajo sangre en 1985. Probablemente había asesinado a varias personas antes, pero nunca se pudo probar nada. Fue condenado por secuestro y violación, y murió en la cárcel el 30 de abril de 2002.
- Dahmer, Jeffrey: apodado «el carnicero de Milwaukee», este asesino en serie mató a 17 chicos y hombres entre 1979 y 1991. Comía partes de los cuerpos de sus víctimas y disolvía el resto en ácido. Condenado a cadena perpetua, fue asesinado por otro preso el 28 de noviembre de 1994.
- Evans, Donald Leroy: al estilo Henry Lee Lucas, alegó haber matado a 60 personas, pero se cree que sólo mató a dos personas, una en 1985 y otra en 1991. Fue enviado al corredor de la muerte, donde otro preso lo asesinó el 4 de enero de 1999.
- Frazier, John Linley: asesino de masas que mató a 5 personas en 1970. El asesinato de una familia entera y una amiga de ellos fue motivado por su ira ante la explotación del ecosistema y el materialismo. Lo condenaron a muerte, pero su pena fue conmutada a cadena perpetua en 1976.
- Fromme, Lynette «Squeaky»: seguidora de Charles Manson. Está en la cárcel.
- Gacy, John Wayne: asesino en serie que mató al menos a 33 hombres jóvenes entre 1972 y 1978. Era muy apreciado en su barrio, donde organizaba actos benéficos y ayudaba a la gente. Fue ejecutado el 10 de mayo de 1994.
- Gall, Jack: asesinó presuntamente a una niña en 1980. No se pudo probar su autoría, pero fue condenado por extorsión y en la actualidad sigue entre rejas.
- Gary, Carlton: asesino en serie negro que mataba a mujeres blancas, cobrándose siete víctimas entre 1977 y 1978. Fue condenado a la pena capital. Actualmente está en el corredor de la muerte en Georgia.
- Gein, Ed: asesinó a dos mujeres y posiblemente a cinco personas más entre 1954 y 1957. Desenterró los cuerpos de mujeres recién sepultadas para seccionar partes que más tarde empleaba para fabricar distintos artefactos, incluidas camisas hechas de piel humana. Fue enviado a un psiquiátrico y murió de cáncer el 26 de julio de 1984. Los asesinatos de las películas *Psicosis* de Alfred Hitchcock y *El silencio de los corderos* están parcialmente inspirados en Ed Gein.
- Glatman, Harvey Murray: asesino en serie que asesinó a tres mujeres en 1957 y 1958. Contrataba a mujeres para sesiones fotográficas y las llevaba al desierto, donde las mataba. Fue ejecutado el 18 de septiembre de 1959.
- Good, Sandra: seguidora de Charles Manson. Al salir de la cárcel se mudó para vivir cerca del lugar en el que Manson está recluso.
- Greene, Ricky: asesino en serie que fue condenado a muerte por el asesinato de tres personas en los ochenta, aunque probablemente mató al menos a doce personas más. Fue ejecutado el 8 de octubre de 1997.
- Hance, William: asesinó a tres mujeres en 1977 y 1978. Intentó aprovechar los asesinatos de Carlton Gary (ver arriba) para cubrir sus propias huellas. Fue ejecutado el 31 de marzo de 1994.
- Heirens, William: mató a tres personas en 1945 y 1946; tenía sólo 17 años cuando fue detenido. Fue condenado a cadena perpetua. Actualmente insiste en su inocencia. Su caso está siendo reexaminado.
- *Hillside Strangler* («Estrangulador de la colina»): nombre que recibió la pareja de asesinos en serie formada por Angelo Buono y Kenneth Bianchi, por los lugares donde aparecían los cuerpos de sus víctimas. Asesinaron a 14 mujeres en Los Ángeles en 1977 y 1978. Bianchi testificó contra Buono a cambio de evitar la pena de muerte. Sigue encarcelado en la actualidad. Buono murió en la cárcel el 21 de septiembre de 2002.

- Hinckley, John: acosó a Jodie Foster e intentó impresionarla atentando contra el presidente Reagan el 30 de marzo de 1981. Fue declarado inocente por enajenación mental y recluido en un psiquiátrico, donde permanece hoy en día.
- Joubert, John Joseph IV: asesino en serie que mató a tres chicos en 1982 y 1983. Tenía sólo 21 años cuando fue detenido y estaba en las fuerzas armadas. Fue ejecutado el 17 de julio de 1996.
- Kemper, Edmund: asesino en serie que mató a 11 personas entre 1965 y 1973. Empezó asesinando a sus abuelos, pasó a matar a mujeres jóvenes, mutilando sus cuerpos y teniendo relaciones sexuales con ellos, y terminó asesinando a su madre y entregándose a la policía. Quería recibir la pena de muerte, pero fue condenado a cadena perpetua.
- Lépine, Mark: asesino de masas canadiense que mató a 14 mujeres jóvenes e hirió a 13 personas más el 6 de diciembre de 1989, suicidándose después. Este asesino era un misógino que creía que había perdido muchas oportunidades en su vida por culpa de las mujeres.
- Lucas, Henry Lee: asesino en serie que confesó haber cometido cientos de asesinatos entre 1970 y 1983, en solitario y con Ottis Toole. En realidad cometió muchos menos. Fue condenado a muerte, pero su pena quedó conmutada en 1999. Murió en la cárcel el 12 de marzo de 2001.
- Manson, Charles: líder de una secta muy reducida, indujo a sus seguidores a asesinar a Sharon Tate, la esposa de Roman Polanski, y a seis personas más en 1969. Fue condenado a muerte en 1971; en 1972 la Corte Suprema de California abolió la pena de muerte y Manson pasó a cumplir cadena perpetua.
- Marquette, Richard: asesinó y desmembró a una mujer en 1961. Condenado a cadena perpetua, salió de la cárcel bajo libertad condicional después de 11 años y mató a otras dos mujeres.
- Meierhofer, David: mató al menos a tres personas antes de su detención en 1974. Se suicidó al día siguiente de ser detenido.
- Metesky, George: conocido como el «Bombardero Loco», colocó unas 30 bombas en Nueva York entre 1940 y 1956, causando pocas víctimas, ninguna de ellas mortal. Fue encerrado en un psiquiátrico, del que salió en 1973. No causó más problemas y murió el 23 de mayo de 1994.
- Moore, Sara Jane: intentó asesinar al presidente Gerald Ford el 22 de septiembre de 1975.
- Mullin, Herbert: asesino en serie que mató a 13 personas en 1972 y 1973. Estaba mentalmente trastornado y creía que sus asesinatos eran necesarios para evitar catástrofes naturales. Fue condenado a cadena perpetua.
- Nomoto, Iwao: médico japonés que mató a su mujer y dos hijos el 29 de octubre de 1994.
- Ramirez, Richard: conocido como el *Night Stalker* (acechador nocturno), este asesino en serie mató al menos a 13 personas en 1983 y 1984. Está en el corredor de la muerte.
- Rissell, Monte: violador y asesino en serie que mató a cinco mujeres entre 1975 y 1976. Tenía tan sólo 19 años cuando fue detenido. Está entre rejas.
- Samples, Duane: asesinó a una mujer e intentó matar a otra en 1975. Salió de la cárcel en 1991.
- Schaefer, Gerard John: policía que era asesino en serie en su tiempo libre. Fue condenado a cadena perpetua en 1973 por dos asesinatos, pero cometió muchos más que no pudieron ser probados. Fue asesinado en la cárcel por otro preso el 3 de diciembre de 1995.
- Shawcross, Arthur: asesino en serie que fue encarcelado por el asesinato de dos niños en 1972. Tras salir de la cárcel, asesinó a once mujeres, casi todas ellas prostitutas, entre 1988 y 1990. Se inventó historias de atrocidades en Vietnam y fingió trastornos mentales en un intento de montar una defensa por enajenación mental. En la actualidad cumple cadena perpetua.
- Sheppard, Sam: marido de Marilyn Sheppard, asesinada el 4 de julio de 1954. Declarado culpable en un juicio muy seguido por los medios de comunicación, fue nuevamente juzgado después de pasar 10 años en la cárcel y quedó absuelto. Murió el 6 de abril de 1970. Hasta la fecha no ha quedado clara su inocencia o culpabilidad.
- Sirhan Sirhan: disparó sobre Robert Kennedy el 5 de junio de 1968 (Kennedy murió al día siguiente a

causa de sus heridas). Su pena de muerte fue conmutada por la de cadena perpetua cuando la Corte Suprema de California abolió la pena de muerte en 1972.

- Speck, Richard: asesino de masas que mató a ocho estudiantes de enfermería en una sola noche el 13 de julio de 1966. Pudo haber matado a más personas, pero no fue juzgado por esos posibles asesinatos. Condenado a muerte, su pena fue conmutada a entre 50 y 100 años en prisión. Murió en la cárcel a causa de un infarto el 5 de diciembre de 1991.
- Sutcliffe, Peter: apodado el *Yorkshire Ripper* (el destripador de Yorkshire), este asesino en serie británico mantuvo en vilo a Gran Bretaña desde julio de 1975 hasta enero de 1981, matando a 13 mujeres y dejando a 7 muy graves. Fue condenado a cadena perpetua.
- Toole, Ottis: asesino en serie que mató a un número indeterminado de personas, en solitario y junto con Henry Lee Lucas. Murió de cirrosis hepática en la cárcel en septiembre de 1996.
- Watson, Charles «Tex»: seguidor del líder sectario Charles Manson. Aunque fue condenado a muerte, le conmutaron la pena por cadena perpetua. Sigue entre rejas.
- Westbecker, Joseph: asesino de masas que fue a la empresa de la que había sido despedido y mató a 8 personas e hirió a 12 el 14 de septiembre de 1989, suicidándose después. Estaba deprimido y se ha dicho que la medicación que tomaba contribuyó a que actuara de esa forma.
- White, Dan: después de despedirse voluntariamente de la Junta de Inspectores del Ayuntamiento de San Francisco y no conseguir ser readmitido, Dan White asesinó al alcalde George Mosconi y al inspector Harvey Milk el 27 de noviembre de 1978. Recibió una pena de prisión notoriamente leve y fue puesto en libertad cinco años después. Se suicidó el 21 de octubre de 1985.
- Whitman, Charles: asesino de masas que primero mató a su madre y esposa, y después mató a disparos a 16 personas e hirió a 31 desde la Torre de la Universidad de Texas en Austin, el 1 de agosto de 1966. Murió abatido por la policía ese mismo día.

Notas

1. Nota del traductor: *Our Gang* y *The Little Rascals* se refieren a una serie de televisión que se emitió en Estados Unidos entre 1922 y 1944. A lo largo de 221 episodios se contaban las mil y una aventuras de una pandilla de niños.

2. Nota del traductor: Sam Spade es el detective privado al que da vida Humphrey Bogart en la película «El Halcón Maltés».

3. Nota del traductor: *Murder Man* significa «hombre asesino».

1. Nota del traductor: un animador en espectáculos deportivos.

1. Nota del traductor: liga de béisbol para jóvenes.

1. Nota del traductor: Los *Christian Brothers* o Hermanos Cristianos son una congregación de laicos religiosos que se dedican a la enseñanza y evangelización de la juventud y a la ayuda a los pobres.

1. Nota del traductor: la mina *claymore* es un tipo de mina antipersonal cuya explosión puede ser dirigida. Se usa en emboscadas y trampas, y para proteger posiciones fijas.

1. Nota del traductor: en inglés las siglas son NCAVC: *National Center for the Analysis of Violent Crime*.

2. Nota del traductor: en inglés se llama VICAP: *Violent Criminal Apprehension Program*.

1. Nota del traductor: una cámara juvenil de comercio de Estados Unidos. El nombre viene de las siglas JC, de *Junior Chamber (of Commerce)*.

1. Este capítulo está basado en las entrevistas realizadas al coronel Ressler en mayo de 2003, cuando acudió a Valencia para impartir el V Curso Magistral del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, titulado «Asesinos en serie y agresores sexuales hiperviolentos – Perfil criminal y análisis de la escena del crimen».

2. En inglés: BTK Strangler, de «Bind them, torture them, kill them».

3. En inglés: *Authority Killing y Crime Classification Manual*.

4. Nota del traductor: en inglés PDCV se llama VICAP, *Violent Criminal Apprehension Program*, y SAVCV viene de VICLAS, *Violent Crime Linkage Analysis System*.

5. Nota del traductor: HALT, *Homicide Assessment and Lead Tracking*.

6. Nota del traductor: HITS, *Homicide Investigative Tracking System*.

7. Nota del traductor: UCR, *Uniform Crime Reporting*.

Asesinos en serie

Robert K. Ressler & Tom Shachtman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Whoever Fights Monsters. My Twenty Years Tracking Serial Killers for the FBI*

© 1992, R. Ressler & T. Shachtman

© 2018, de la traducción, Xavier de Jonge cedida por el Centro Reina Sofía, Fundación de la Comunidad Valenciana para el Estudio de la Violencia

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografía de cubierta: © Benn Mitchell - Getty Images

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-344-0472-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com